







EL VIAGERO

UNIVERSAL.

QUADERNO LII.

EL
VIAGERO UNIVERSAL,
Ó NOTICIA DEL MUNDO
ANTIGUO Y NUEVO.

OBRA RECOPILADA

DE LOS MEJORES VIAGEROS

POR D. P. E. P.

TOMO XVIII.

MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1798.



EL
VIAGERO UNIVERSAL,
Ó
NOTICIA DEL MUNDO
ANTIGUO Y NUEVO.

CARTA CCLXXXVIII.

Continuacion de la Nueva Zelanda.

El 30 de Mayo permitimos á la mayor parte de las tripulaciones salir á tierra : adquirieron algunas curiosidades del pais, y juntamente entonces fue quando se entregaron á su brutalidad con las Zelandesas, sin causarles repugnancia el color pegajoso de sus mexillas, ni la asquerosidad de sus cabezas y vestidos llenos de piojos, que ellas comian de quando en quando. ¡Y merecerán nombre de personas civilizadas unos hombres tan brutales!

El primero de Junio vinieron á visitarnos otros Zelandeses, á quienes no habiamos visto antes. Sus piraguas eran de diferentes tamaños, y lo mas estraño es que tres de ellas tenian velas, esto es, unas esteras triangulares, aseguradas en el mastelero y en una verga, formando un ángulo agudo con el pie del mastelero, y se plegaban facilmente. Cinco penachos de plumas negras adornaban la parte mas ancha de la vela. Estas piraguas no presentaban aquella perfeccion de escultura y de dibujo que observé en mi primer viage; parecian viejas y estropeadas, pero su forma era la misma que la que entonces describí. Estos Indios nos vendieron varios adornos, que eran nuevos para nosotros, principalmente unos pedazos de piedra verde, labrados de varios modos, en forma de hachas, de pendientes y de anillos; otros representaban una figura humana, en la qual habian sobrepuesto unos ojos monstruosos de nacar. Las personas de ambos sexôs llevaban colgada al pecho una de estas figuras, que llamaban *tiguí*, que quizá es para ellos una especie de talisman. Nos vendieron un delantal de su estera la mas fina, cubierto de plumas roxas, de pedazos de piel de perro blanco, y adornado de conchas, los quales usan las mugeres en sus danzas. Tambien compramos unos anzuelos de madera, guarnecidos de puntas de huesos,

que nos dixeron eran humanos. Tenian adornado el pecho con varios collares de dientes humanos : estos sartales estaban unidos al *tiguí*, pero nos los vendieron con mucho gusto en cambio de instrumentos de hierro y cuentas de vidrio. Observamos en sus piraguas gran número de perros, que al parecer estimaban mucho, y los tenian atados por medio del cuerpo. Estos perros eran de pelo largo : tenian las orejas puntiagudas, y se parecian mucho al mastin. Los habia de varios colores ; unos manchados, otros del todo negros, y otros enteramente blancos : se mantienen de pescado, ó de los mismos alimentos que sus amos, quienes despues los matan para alimentarse de su carne y adornarse con sus pieles. De los varios perros que nos vendieron, los mas viejos no quisieron comer nada, pero los jóvenes se acostumbraron pronto á nuestros alimentos. Estos Zelandeses pasaron á bordo, y entraron en nuestros camarotes sin mostrar el asombro y atencion que nuestro antiguo amigo de la bahia de Dusky. Tenian arado el rostro con lineas espirales muy profundas ; en particular uno que era alto y robusto, de edad madura, tenia rayas muy regulares en la barbilla, mexillas, frente y nariz, de suerte que su barba, que debiera ser muy espesa, no consistia mas que en algunos pelos esparcidos. Este hombre se llamaba *Tringo-Vaya*, y pa-

recia tener autoridad sobre los otros : hasta esta ocasion no habiamos advertido ninguna superioridad entre los que habian venido á vernos. Preferian las camisas, y sobre todo las botellas á todos nuestros artículos de comercio, quizá porque no tienen vasija ninguna para contener los líquidos, sino unas calabacitas pequeñas, que solamente se crian en la isla del Norte, y es muy rara entre los habitantes del *canal de la Reyna Carlota*. Sin embargo, sabian comerciar con ventaja; señalaban el precio mas alto á la menor vagatela que nos ofrecian ; pero no se daban por ofendidos si lo rehusabamos. Algunos de ellos que estaban de buen humor, nos dieron una danza á su modo en el navio: puestos en fila, se despojaron de sus ropas de encima: uno de ellos cantó de un modo grosero, y los demas acompañaban las gesticulaciones que éste hacia. Extendian los brazos, y daban golpes en el suelo con los pies alternativamente, con unas contorsiones como frenéticos : repetian en coro las ultimas palabras, y distinguiamos facilmente una especie de metro, pero no puedo afirmar que sus canciones tuviesen rima : la música era muy salvage y poco variada. Por la tarde se volvieron á lo interior del canal de donde habian venido.

El 2 de Junio, estando ya los navios aprestados para hacerse á la vela, envié á

tierra á la costa oriental del canal dos cabras, el macho tenia poco mas de un año, la hembra era mucho mas vieja. El Capitan Fourneaux dexó tambien en la bahia *de los Canibales* un verraco y dos cerdas de cria, de suerte que podemos esperar que la Nueva Zelanda se verá llena con el tiempo de estos animales, si no los destruyen los naturales antes que se hagan silvestres, porque entonces ya no habrá peligro. Como los Zelandeses no saben que los dexamos allí, quiza se pasará mucho tiempo antes que los descubran.

En nuestra excursion al Este vimos la vaca marina mas grande que hasta entonces habiamos descubierto: nadaba á flor del agua, y nos dexó acercar lo bastante para tirarla un fusilazo que no produxo efecto. Despues de haberla perseguido por espacio de una hora, tuvimos que abandonarla. Si he de juzgar de este animal por su tamaño, probablemente era un leon marino, lo qual se hace mas verosímil porque en mi primer viage vimos un leon marino al llegar á este canal. Creo que se fixan sobre algunos peñascos que hay en el estrecho, ó en medio de la bahia *del Almirantazgo*.

El 3 de Junio el carpintero fue en un bote á cortar madera sobre la costa oriental del canal; al volver fue perseguido por una gran piragua doble, llena de Indios, sin que sepamos porque motivo: nuestro bote,

que iba sin armas, huyó á vela llena, porque no era prudencia ponerse á merced de cincuenta bárbaros, que no tienen mas leyes ni principios que su capricho.

Al dia siguiente algunos de nuestros amigos nos traxeron una buena provision de peces. Uno de ellos consintió en embarcarse con nosotros; pero quando se trató de partir, mudó de intencion, como otros muchos que habian prometido marchar con el Capitan Fourneaux.

Dixeronme que unos Zelandeses habian querido vender sus hijos, pero conocí que en esto se habia padecido equivocacion. Esta voz tuvo origen entre la tripulacion de *la Aventura*, donde nadie entendia palabra de la lengua de los Zelandeses ni sus costumbres. Estos traian consigo ordinariamente á sus hijos, y nos los presentaban con la mira de que les diesemos algo. El dia anterior un Zelandés me presentó así su hijo de unos nueve á diez años: como me aseguraban entonces, que vendian sus hijos, crei que este querria le comprase el suyo; pero me convencí de que solamente pedia una camisa para el muchacho y se la dí. El quedó tan alegre con su nuevo vestido, que se paseaba por el navio y se presentaba con ostentacion á todos. Un macho de cabrió irritado sin duda por sus movimientos, le derribó de una topetada, y le hubiera repetido los golpes si

no hubieramos acudido en su socorro. Manchóse la camisa, y el pobre muchacho no se atrevia de verguenza á presentarse á su padre que estaba en mi camarote. Fue preciso que le introduxese Mr. Forster ; entonces el afligido muchacho contó su lamentable historia contra *gurrey*, *el perro grande*, nombre que daban á todos los quadrupedos que teniamos á bordo, y no se le pudo consolar hasta que se le labó y se le secó la camisa. He referido con extension este suceso que podrá parecer de poca entidad, para hacer ver quan facil es equivocarse en las costumbres de los pueblos desconocidos, cuya lengua se ignora, atribuyendoles cosas en que jamas han pensado ; reflexîon que es menester tener muy presente para leer con crítica las relaciones de los Viageros.

Por la tarde descubrimos una gran piragua doble en que venian de veinte á treinta hombres. Los Zelandeses amigos nuestros que estaban á bordo, se mostraron muy asustados, y nos dixeron que eran enemigos suyos : dos de ellos, el uno con una pica en la mano y el otro con una hacha de piedra, subieron sobre la popa del navio, y desde allí desafiaron á sus enemigos con brabatas. Los demas que estaban á bordo, se acogieron inmediatamente á sus piraguas, y se retiraron á tierra, quiza para poner en salvo sus mugeres é hijos. Todas nuestras ins-

tancias no pudieron persuadir á los dos Zelandeses que se habian quedado en el navio, á que llamasen á bordo á los que venian en la gran piragua; al contrario se enojaban porque yo les hacía señas de amistad para llamarlos, y me aconsejaban que hiciese fuego contra ellos. Los Indios que venian en la piragua no hicieron caso de los que estaban en nuestro navio, y fueron acercandose poco á poco.

Pusieronse en pie dos hombres de buena presencia, el uno en la parte anterior, y el otro en la posterior de la piragua, permaneciendo los demas sentados. El primero tenia un manto negro de estera muy tupida, adornado de pedazos de piel de perro: tenia en la mano una planta verde (era de lino de aquel pais) y de quando en quando pronunciaba algunas palabras. El otro decia en alta voz y con tono solemne una larga arenga bien articulada, elevando y baxando la voz de varios modos. Segun sus tonos y gesticulaciones parecia, ya que nos preguntaba, ya que nos desafiaba, y ya que nos persuadia: á veces hablaba en voz baxa, de repente prorumpia en exclamaciones violentas, y despues se paraba un poco para tomar aliento. Luego que hubo concluido su discurso, le convidé á que subiese al navio: al pronto se mostró indeciso y receloso, pero llevado de su valor natural subió al navio,

y le siguieron todos los suyos. Al punto saludaron á los dos Zelandeses que estaban en el navio, tocando las narices unos con otros, que es su modo de saludar, y el mismo cumplimiento hicieron á todos los nuestros que encontraron al paso. Los dos Oradores fueron introducidos en mi camarote; el uno se llamaba *Teiratu*, y venia de la parte opuesta de la isla septentrional, llamada *Tierravite.*

No tardó mucho en establecerse la paz entre todos: no me pareció que tuviesen intencion de acometer á los que estaban con nosotros, á lo menos si la tenian lo disimularon por nuestro respeto. Los nuevos huespedes preguntaron al punto por Tupia, á quien habian conocido en mi primer viage, y luego que supieron su muerte, expresaron su sentimiento con unos lamentos que me parecieron afectados. Los conocimientos y talentos de aquel desgraciado Otahitino, juntamente con la facilidad de hablar su lengua, le habian grangeado el afecto de los Zelandeses. En efecto, Tupia era mas propio que nosotros para conducir á estos salvages á la civilizacion en que se hallan los Isleños de Otahiti; porque nosotros no podiamos acomodarnos á su corta capacidad, queriendo que desde la corta esfera de sus ideas pasasen á la grande extension de nuestros conocimientos.

Teiratu y sus compañeros eran mas al-

tos que los Zelandeses que habiamos visto hasta entonces. No habiamos observado entre los habitantes del *canal de la Reyna Carlota* trages, adornos ni armas tan ricas como las de estos; y hablaban con una volubilidad muy nueva para nosotros. Tenian varios mantos cubiertos casi del todo de pieles de perro, y hacian mucho aprecio de estos mantos, porque los preservaban del frio que empezaba ya á dexarse sentir. Eran estos mantos de lino de la Nueva Zelanda, del todo nuevos y adornados con elegantes bordados, trabajados con simétria, de color roxo, negro y blanco, que parecian obra de un pueblo mas civilizado. Su negro es tan vivo y tan bien impreso en sus ropas, que seria muy importante para nuestras fábricas el saber de que vegetales lo extraen, lo qual no pudimos averiguar. Sus mantos son quadrados; las dos puntas superiores se sujetan al pecho con una especie de clavo de hueso de ballena ó de piedra verde. Un cinturon de una esterilla fina de yerba les sujetaba por la cintura la parte inferior del manto, el qual les llega hasta la mitad del muslo, y á algunos hasta media pierna.

Por lo demas eran tan sucios como los habitantes del *canal de la Reyna Carlota*, teniendo cubiertos sus vestidos de piojos. Ademas de los que tenian el rostro arado con las rayas que ya he dicho, otros se pintaban con

almazarron mezclado con aceyte, y recibian mucho contento quando les untabamos las mexillas con bermellon. Guardaban en unas calabacitas bien esculpidas un aceyte muy hediondo: todos sus instrumentos estaban grabados con elegancia, y trabajados con primor: el corte de una hacha que nos vendieron era de un jaspe verde muy bello, y el mango estaba labrado con un relieve muy gracioso. Nos trajeron algunos instrumentos de música, y entre otros una trompeta ó tubo de madera, de unos quatro pies de largo, y bastante derecho, de dos pulgadas de diametro en la embocadura, y de cinco en la otra extremidad: producia un sonido ronco y aspero, siempre de un mismo tono. Con otra trompeta compuesta de la concha, llamada *murex tritonis*, engastada en madera, cincelada y horadada por una punta, formaban una especie de bramido horrible. Dimos el nombre de flauta á otro instrumento que era un tubo hueco, mas ancho en la parte de enmedio, donde tenia una grande abertura, y otras dos en las dos extremidades. Esta trompeta así como la primera se componia de dos semicilindros huecos, colocados uno sobre otro con tanta exactitud, que formaban un tubo perfecto. Una figura humana adornaba, segun su costumbre, la proa de su piragua, y ademas de los ojos de nacar, le salia de la boca una lengua

muy larga, quiza porque acostumbran sacar la lengua quanto pueden, para manifestar su desprecio á sus enemigos, y para desafiarlos. La figura de la lengua se halla tambien en la proa de sus piraguas de guerra, y en la punta de sus hachas de armas. Llevan tambien sobre el pecho colgada de un collar una figura de lengua, y la graban tambien en los remos y otros instrumentos.

Comerciaron con nosotros, mostrando mucho deseo de adquirir nuestras obras de hierro. No fue posible impedir á los marineros el trocar sus propios vestidos por unas vagatelas inutiles y de ningun valor, lo que me obligó á despedir á nuestros huespedes mas pronto de lo que habia pensado. Pasaron á *Matuara*, donde con nuestros anteojos descubrimos quatro ó cinco piraguas y varios Indios sobre la costa. Resolví pasar allá en la chalupa con algunos oficiales: el xefe y toda la tribu compuesta de unas noventa á cien personas, entre hombres, mugeres y niños, nos recibieron bien.

Les ofrecimos medallas de cobre dorado que se nos habia encargado repartir entre las naciones nuevas que encontrasemos, como monumentos de nuestra expedicion, y con inscripciones que la indicaban: habiamos ya dado algunas de ellas á los naturales de la bahia *Dusky*, y á los del *canal de la Reyna Carlota*. Como tenian abundancia

de armas, instrumentos, vestidos &c., adquirimos gran número de todos estos objetos; por el mucho respeto que todos mostraban á *Teiratu*, hice juicio que seria su xefe. Quizá me engañé, porque es costumbre entre ellos respetar mucho á los viejos; y los xefes son siempre fuertes, activos; y en la flor de su edad. Eligen para estos empleos, así como los Salvages de América, á hombres de un valor y talento conocidos, porque una nacion guerrera necesita de hombres de valor y práctica militar que la dirijan.

Estos Indios tenian consigo seis piraguas y todos sus muebles, de donde se puede inferir que habian venido con animo de establecerse en el *canal de la Reyna Carlota*. Sin embargo conviene advertir, que aun quando se alejan poco de sus habitaciones, acostumbran llevar consigo todos sus muebles; les debe ser muy indiferente el parage en que se establecen, siempre que encuentren en él la necesaria subsistencia, y así siempre se hallan en su patria. Por aquí se puede entender la causa de la emigracion de aquel corto número de familias que se hallan en la bahia *Dusky*: como viven dispersos en quadrillas cortas, padecen varios inconvenientes, á los quales no estan expuestos los que viven en una sociedad civilizada. Estos establecen leyes para la utilidad co-

mun: la venida de los estrangeros no los espanta; y si el enemigo los acomete, tienen fortalezas donde guarecerse, y defender con ventaja sus vidas y lo que poseen. Esta parece que es la situacion de los Zelandeses de *Eaei-nomuau*; al paso que los de *Tavai-poennamu* viven errantes, y no gozan de casi ninguna de las ventajas de la reunion, lo que los expone á continuos sobresaltos. En general, los hallamos muy preparados para defenderse; así quando caminan como quando trabajan, siempre estan con las armas en la mano. Aun las mugeres no estan exêntas de llevarlas, como lo reconocí en nuestra primera visita en la familia de la bahia *Dusky*, pues cada una de las dos mugeres tenia en la mano una pica de diez y ocho pies de largo.

Me he detenido en estas reflexîones, porque no encontré ninguno de los Isleños que habia visto tres años antes; ninguno me reconoció, ni á los compañeros de mi primer viage. Es pues probable que la mayor parte de los Zelandeses que en 1770 habitaban este canal, hayan sido despues arrojados de allí, ó que voluntariamente se hayan retirado á otros paises: lo cierto es que en 1773 el número de los habitantes se habia disminuido mas de dos tercias partes. La fortaleza sobre la punta de *Motuara* estaba abandonada ya hacia tiempo, y en todas lás partes del canal habia chozas enteramente desam-

paradas. Pero no se debe inferir de aquí que este pais haya estado muy poblado en otro tiempo, porque cada familia que se muda de un lugar á otro, puede tener para su comodidad una ó dos chozas.

Quizá se dirá ¿como es que aquellos Zelandeses sin haber visto jamas á los que estuvieron en el primer viage, tenian noticia de Tupia? y como es que se hallaron en su poder algunos muebles que no pudieron adquirir sino de aquel navio? Á èsto responderé, que el nombre de Tupia se hizo tan famoso entre ellos, que probablemente se extenderia por la mayor parte de la Nueva Zelanda. Igualmente hubieran preguntado por Tupia al primer navio que hubiese llegado, de qualquier nacion que fuese. La mayor parte de las alhajas que dexamos en nuestro primer viage, pasarian sin duda de mano en mano hasta los que jamas hubiesen visto nuestro navio el *Endeavour*.

Llevé á Teiratu á los huertos que habiamos plantado; le hice ver todas las plantas, y en particular las patatas. El Zelandés se agradó mucho de esta raiz; manifestó que la conocia, porque la patata de Virginia, ó la patata dulce (*convolvulus patatas*) se hallaba en la isla Septentrional. Prometiome que no destruiria aquella plantas, antes bien cuidaria mucho de su conserva-

cion. Despues de haber estado una hora con estos Zelandeses en *Motuara*, me volví al navio.



CARTA CCLXXXIX.

Vuelta á Otahiti.

El 7 de Junio de 1773 salimos del *canal de la Reyna Carlota.* Por espacio de mas de dos meses de navegacion procuramos descubrir el nuevo Continente Austral, pero no encontramos mas que islas baxas medio sumergidas. Estas islas parecian cubiertas de cocoteros: y como teniamos necesidad de refrescos y de descanso, resolví arribar á la bahia *Oaiti-Piha*, cerca de la extremidad Sudeste de Otahiti, adonde llegamos el 16 de Agosto.

Las montañas de este pais tan deseado parecia salian de entre las nubes doradas con los rayos del sol al ponerse: todos nos asomamos á ver aquella tierra, en que esperabamos restablecernos de tantas fatigas, y que ha encantado á todos los que la han visitado. Al amanecer gozamos de una de aquellas madrugadas, que los poetas de todas las naciones se han esforzado en pintar. Un vientecillo de tierra al mismo tiempo que rizaba

la superficie del agua nos traia el dulce perfume de las plantas aromáticas : las montañas cubiertas de selvas, elevaban sus magestuosas cabezas, sobre las quales descubriamos los primeros albores de la aurora. Cerca de nosotros se veia una cordillera de colinas, cuyas suaves pendientes estaban cubiertas de árboles variados de mil colores ; al pie de ellas se descubria una frondosa llanura sembrada de pinos , y terminada con grandes palmas. Toda la naturaleza viviente parece que dormia: distinguiamos algunas casas entre los árboles , y piraguas sobre la costa. A media milla de la ribera las olas estrellándose contra los peñascos , formaban un apacible ruido , y el mar estaba como dormido en toda la extension de la bahia. Apenas el sol empezó á dorar la llanura , descubrimos varios Isleños , que levantándose á sus acostumbradas ocupaciones , iban animando poco á poco esta escena encantadora. Al punto que descubrieron nuestros navios , echaron al mar sus piraguas , y bogaron rapidamente ácia nosotros. Bien lejos estabamos entonces de pensar que ibamos á padecer el mayor peligro , y que bien pronto se verian amenazados de la destruccion los dos navios con sus tripulaciones sobre aquella costa tan deliciosa y amena.

Una de las piraguas se acercó á *la Resolucion* ; venian en ella dos hombres casi des-

nudos con una especie de turbantes en la cabeza, y una faxa por la cintura. Agitaban en las manos unos ramos verdes, gritando repetidas veces *tayo*, esto es, *amigos*. Echamosles algunos clavos y otras buxerias; ellos en cambio nos presentaron un renuevo de platano en símbolo de paz, pidiendo le colocasemos en la parte mas visible del navio, como lo executamos; visto lo qual, se volvieron á tierra los dos embaxadores. Poco despues descubrimos un gran gentío sobre la costa, contemplándonos muchos de ellos, y cargando otros sus piraguas de varias producciones del pais. En menos de una hora nos vimos rodeados de mas de cien canoas, cada qual con dos, tres, y aun mas Isleños, los quales se nos acercaban con la mayor confianza sin ningunas armas. El dulce nombre de *tayo* resonaba por todas partes; nosotros lo repetiamos con el mayor afecto y regocijo. Adquirimos gran porcion de cocos, platanos, fruta de pan y otros vegetales, peces, piezas de sus telas, anzuelos, hachas de piedra &c.: las piraguas que ocupaban todo el espacio que mediaba entre los navios y la costa, presentaban la figura de un mercado movible.

Las facciones de los Otahitinos que nos rodeaban, anunciaban su bondad; su aspecto era agradable, y su color bazo claro: su estatura no era superior á la nuestra, sus

hermosos cabellos y sus bellos ojos eran negros. Vimos algunas mugeres, cuya hermosura se llevó toda nuestra atencion. Su trage era una pieza de tela con un agujero en medio para meter por él la cabeza, de suerte, que las dos mitades caian por detras y por delante hasta las rodillas. Una tela blanca, que parecia muselina, formaba varios pliegues al rededor de su cuerpo poco mas abaxo del pecho, y una de las puntas caia con gracia sobre el hombro. Si este trage no es tan perfecto como el que admiramos en las estatuas Griegas, á lo menos es mas bello y pintoresco que ninguno de los que conocemos en Europa. Las personas de ambos sexôs estaban desfiguradas con aquellas manchas negras de que ya he hablado.

No tardaron en subir á bordo: nos dieron las mayores muestras de afecto, nos tomaban las manos, se apoyaban sobre nuestros hombros, y nos abrazaban. Varios de ellos viendo que deseabamos hablar su lengua, se afanaban por enseñarnos los nombres de varias cosas, y mostraban mucha complacencia quando las pronunciamos bien.

Enviamos una chalupa delante para sondear el arrecife; los que desembarcaron fueron rodeados al punto de una gran multitud de naturales del pais. Pidieron les vendiesen algunos cerdos, cuyo gruñir oian; pero les respondieron, que aquellos anima-

les eran del Eri, y que no podian venderlos.

Una piragua mas grande que las otras conduxo á un Otahitino mas alto que los demas, y tres mugeres: éste nos dixo que se llamaba Otai, y parecia ser persona de importancia. Era mucho mas hermoso que los otros Otahitinos, y su color era como el de los Mestizos de América. Sus facciones eran muy regulares y agradables: tenia la frente espaciosa, las cejas arqueadas, los ojos negros rasgados, muy vivos, y la nariz bien formada; en su boca se notaba una dulzura particular; tenia los labios prominentes, pero no gruesos en demasia, la barba negra y crespa; sus cabellos atezados caian en grandes rizos sobre los hombros. Lo unico que le desfiguraba era ser demasiado gordo, y tener los pies muy anchos. De las tres mugeres, la una era su muger, y las otras dos hermanas suyas: las dos mas jóvenes tuvieron mucho gusto en enseñarnos sus nombres, que eran Maroya y Marorai: eran mucho mas bellas que Otai, pero mas baxas que él nueve ó diez pulgadas. Marorai tenia la figura mas graciosa, las manos muy lindas, los brazos, hombros y talle de una delicadeza inexplicable; una dulce sonrisa animaba su rostro. Parece que jamas habian visto ningun navio, y todos los objetos excitaban su admiracion: fueron exâminando todas las partes del na-

vio con la mayor atencion hasta las cosas mas menudas.

En esto nuestro navio tocó contra una roca : en esta situacion crítica, en que todos trabajabamos con el mayor esfuerzo, varios Otahitinos estaban dentro y al rededor de nuestros navios : parecian insensibles á nuestra desgracia ; no mostraban susto ni congoja al vernos en aquel peligro ; sin embargo, nos ayudaban á todas las maniobras. Los Otahitinos nos dexaron poco antes de ponerse el sol, sin darnos la menor muestra de interés, sin duda porque no comprehendian el gran peligro en que nos hallabamos. Pasamos la noche, que fue tempestuosa, dando bordos ; y al dia siguiente dimos fondo en la bahia de Oaiti-Piha. Los dos navios estaban llenos de Isleños, que nos traian cocos, platanos, bananas, ñames y otras raices que trocaron por clavos y buxerias de vidrio. Yo regalé camisas, hachas y otras cosas á varios Eries, los quales prometieron traer cerdos y aves, pero no cumplieron su palabra.

Los gritos de estos Isleños nos tenian aturdidos ; sus piraguas se volcaban con freqüencia, pero esto no les causaba ningun cuidado, porque hombres y mugeres son muy diestros nadadores. Los Otahitinos nos robaron varias cosas ; algunos echaron ocultamente desde los navios las frutas que les

habiamos comprado á sus compañeros, que estaban en las piraguas, y éstos subian á volvernoslas á vender. Para evitar estas raterias, los echamos de los navios despues de haberlos azotado, castigo que sufrieron con paciencia.

El calor era muy grande, y á pesar de lo mucho que sudabamos, no nos hacia mala impresion el clima. Yo desembaqué con el Capitan Fourneaux para buscar aguada y atraer á los Isleños para que nos vendiesen cerdos y aves, que era lo unico que nos faltaba. Durante esta excursion, se llenaron los navios de Otahitinos, y en particular de mugeres, las quales se abandonaban sin dificultad á los brutales deseos de los marineros. Algunas de estas prostitutas parecian de edad de nueve á diez años, sin ningun indicio de pubertad. Un libertinage tan anticipado debe acarrear consequencias funestas á toda la nacion, y desde luego no estrañé la estatura muy baxa de la clase inferior del pueblo, á la qual pertenecen todas estas prostitutas. En ella vimos muy pocas personas que pasasen de una estatura mediana, y la mayor parte eran menos que medianas, observacion que confirma lo que dice Buffon acerca de la union demasiado temprana de los dos sexôs. Por lo general, sus facciones no tenian ninguna regularidad, excepto los ojos rasga-

dos y muy expresivos; pero su agrado y voluptuosidad cegaban tanto á los marineros, que las daban hasta sus vestidos y camisas.

Una circunstancia muy pueril les hizo arrojarse al agua: un Oficial queriendo echar desde el navio unas cuentas de vidrio á un muchacho de seis años que estaba en una piragua, las dexó caer en el mar; al punto se tiró el muchacho al agua, y estuvo sumergido hasta que las recogió todas del fondo del mar. Para recompensar su destreza, le echamos otras vagatelas, y esta generosidad fue estimulo para que una infinidad de hombres y mugeres se tirasen al agua y nos divirtiesen con su increible agilidad y destreza en nadar y buzear. No solamente recogian velozmente las cuentas de avalorio que les esparciamos por el mar, sino que tambien sacaban con la mayor prontitud los clavos que por su mucho peso al punto caian al fondo, que era muy profundo. Algunos permanecian debaxo del agua mucho rato, y no acababamos de admirar la habilidad con que buzeaban. Los baños freqüentes que usa esta nacion les hace familiar desde la niñez el arte de nadar. Al ver la facilidad de sus movimientos en el agua, y la soltura de sus miembros, nos parecian como animales anfibios.

Yo y mis compañeros nos paseamos á lo

largo de la costa ácia el Este, seguidos de gran número de Isleños, los quales se empeñaron en tomarnos á cuestas quando habia que pasar algun arroyo. Despues nos dexaron solos en compañia de uno de ellos, que nos condujo á una punta de tierra herial, donde crecian entre la maleza varias especies de plantas. Al salir de estos matorrales vimos un edificio de piedra, que parecia una piramide truncada: todo el edificio consistia en varios terraplenes en forma de escaleras puestos unos sobre otros, medio arruinados, cubiertos de plantas y arbustos, principalmente por detras. El Otahitino que nos guiaba, nos dixo que aquello era el *morai* ó cementerio de Vegiatua, Rey actual de la isla de Tiarrabu (ó *Tallarabu*). Al rededor habia unos quince palos delgados plantados en tierra, de unos diez y ocho pies de largo, sobre los quales habian esculpido seis ú ocho figuras que iban en diminucion: las habia alternativamente de hombres y mugeres, pero la de arriba siempre era de hombre. Todas estas figuras estaban de cara al mar, y eran del todo semejantes á las que esculpen en las proas de sus piraguas, á las quales llaman *eti*. Mas allá del morai descubrimos un cobertizo sostenido por quatro pies derechos, delante del qual sobre un toldo formado de varas, habian puesto bananas y otras frutas en ofrenda á Teatua. Sen-

tamonos á la sombra de un cocotero para descansar, y nuestra guia viéndonos fatigados, nos presentó varias bananas, asegurándonos que eran buenas: en efecto nos parecieron deliciosas, y participamos sin escrúpulo de las ofrendas que habian hecho al dios.

El dia 18 continuamos nuestras excursiones, contemplando con el mayor placer la escena que se nos presentaba á la vista. La caleta en que estaban fondeados los navios era muy pequeña, y no cabia mas embarcacion: el agua estaba tan igual como un espejo, al paso que fuera del arrecife las olas que batian levantaban crecida espuma. La llanura al pie de los collados presentaba la imagen de la abundancia y de la fertilidad: se dividia en dos valles estrechos cubiertos de plantíos, y entre ellos esparcidas algunas casas. La serenidad del cielo, el dulce calor del ayre, y la belleza del pais, excitaban nuestra imaginacion con las ideas mas alegres.

Luego que desembarcamos, marchamos apresuradamente á los plantíos, que realmente formaban unos campos elisios. Atravesando un bosquecillo de *eurus* ó árboles de pan, en los quales no vimos fruta porque estabamos en invierno, seguimos una senda estrecha, pero desembarazada, que nos conduxo á varias casas medio cubiertas de los

árboles. Las palmas se elevaban sobre los demas árboles: los platanos esparcian sus largas y anchas hojas; y por todas partes se encontraban bananas ya en sazon para comerlas. Otros árboles cubiertos de ramas de un verde obscuro tenian manzanas doradas, que por el gusto parecian á la anana. Los espacios intermedios estaban ocupados de morales pequeños (*morus papirifera*), de cuya corteza fabrican los Isleños sus telas, y ademas habia ñames, cañas de azucar y otras plantas.

Las grandes hojas de plátano cubrian las casas de los Otahitinos; vimos delante de cada choza un gran número de ellos tendidos, ó sentados como los Orientales sobre cespedes verdes ó sobre yerba seca, pasando así el tiempo en conversacion ó durmiendo. Algunos se levantaron al acercarnos, juntándose con los que nos seguian; pero los mas, principalmente los ancianos permanecieron en la misma postura, contentándose con pronunciar *tayo* al tiempo que pasabamos. Los que nos veian recoger plantas, se apresuraron á traernos muchas especies de ellas, que crecen entre los plantíos de árboles con un desorden tan bello, que excede infinitamente á toda la simetría de nuestros jardines. El terreno tiene bastante humedad para que crezcan los árboles: una infinidad de paxarillos cubrian los bosques de *eurus* y demas árbo-

les; su canto era agradable, á pesar de lo que se dice (no sé con qué fundamento) que las aves de climas calientes no cantan con harmonia. Unos papagayos pequeños de un color azul tan bello como el zafiro, ocupaban la cima de los cocoteros mas elevados, al paso que otros de un color verdoso y manchados de roxo se mostraban principalmente entre las bananas y sobre las casas de los Otahitinos, quienes las domestican porque aprecian mucho sus plumas roxas. Otras varias especies de aves de plumages muy vistosos andaban saltando de rama en rama: un cristalino arroyo que corria bullicioso por entre doradas guijas, se precipitaba por un valle estrecho, y de él llenaban sus pipas nuestros marineros.

Tuvimos en el navío la mayor parte del dia á uno de los Eries, á quien hice varios regalos, como tambien á sus compañeros: pero habiendolos sorprendido hurtando algunas cosas que echaban á sus compañeros que se habian quedado fuera en las piraguas, tuvimos que arrojarlos del navio. El Eri, que se habia embarcado en su piragua, viendo que dispararon dos tiros al ayre para atemorizarle, se arrojó de la piragua á nado. Se envió un barco para apresar su piragua, pero al acercarse los nuestros á la costa, los Otahitinos empezaron á apedrearlos. Como nuestra gente no llevaba armas, temí

no les sucediese alguna desgracia, por lo que envié otro bote en sú socorro, haciendo disparar un cañonazo con bala menuda á lo largo de la rivera: al punto huyeron todos, y los nuestros cogieron dos de sus piraguas sin la menor oposicion. En una de ellas habia un muchacho que estaba muy asustado, pero bien pronto le quitamos el miedo con algunos regalos, y le enviamos á tierra.

Por la tarde fuimos á dar otro paseo por el pais para recobrar la confianza de los Isleños, que se habian alejado por temor de nuestras hostilidades. Tomamos un camino diferente del de por la mañana, y hallamos otras habitaciones rodeadas de árboles frutales: por todas partes encontrabamos Isleños, que á pesar de la bondad de su carácter, se mostraban recelosos y tímidos por lo que acababa de suceder. En fin, llegamos á una casa grande, perteneciente á Vegiatua, que estaba á la sazon en otro distrito: recogimos una buena porcion de nuevas plantas, y nos volvimos á los navios.

Hasta este dia ningun Otahitino habia preguntado por Tupia, pero dos ó tres quisieron saber qué se habia hecho. Luego que supieron la causa de su muerte, no nos hicieron mas preguntas, y no pareció que diesen muestras de afliccion. Hablaron tambien muy poco de Auturo el Otahitino que se embarcó con Mr. de Bougainville; pero ha-

blaban sin cesar de Banks y de otros que me acompañaron en mi primer viage.

Dixeronme que Tutahá, el regente de la peninsula mas grande de Otahiti, habia sido muerto en una batalla que se habia dado entre los habitantes de ambas peninsulas cinco meses antes: que el Príncipe reynante se llamaba Otu: que Tuburai Tamaide y la mayor parte de nuestros antiguos amigos de las cercanias de Matavai, habian muerto tambien en la misma batalla con otros muchos del pueblo; pero que actualmente habia paz entre los dos estados.

El dia 19 proseguimos nuestras investigaciones de Botánica: nuestro paseo fue muy agradable. Llegamos á un cobertizo donde cinco ó seis mugeres sentadas á los lados de un gran madero quadrado, batian la corteza fibrosa de moral para fabricar sus telas, del modo que ya he explicado en mi primer viage. Suspendieron su trabajo para dexarnos exâminar los instrumentos: nos mostraron tambien en una cascara de coco una especie de agua glutinosa, con la que mojaban de quando en quando la tela para que se trabasen las fibras. Esta cola, que segun pude comprender, procede del *hibiscus esculentus*, es absolutamente necesaria para la fábrica de aquellas grandes piezas de tela. Exâminando con cuidado sus plantíos de morales, jamas encontramos ninguno viejo:

quando tienen dos años los cortan, y de sus raices nacen otros renuevos, porque no hay arbol que se multiplique con tanta facilidad como éste; y si le dexasen crecer hasta que pudiese producir fruto, quiza cubriria bien pronto todo el pais. Las mugeres que se ocupaban en este trabajo, tenian unos vestidos viejos, sucios y andrajosos, y sus manos estaban llenas de callos.

Poco mas allá un hombre de un aspecto muy afable nos convidó á sentarnos á la sombra delante de su casa, situada en un vallecito ameno. Extendió sobre un patio empedrado de piedras anchas, unas hojas de platano para nosotros, y sacando un banquillo de madera bastante curioso, y de una sola pieza, convidó á sentarse en él al que le pareció era el principal entre nosotros. Luego que estuvimos sentados, corrió á su casa á traer fruta de pan cocida, que nos presentó sobre hojas de bananas frescas: ademas nos traxo un canastillo lleno de *Vea* ó manzana de Otahiti, fruta del género de *Spondias*, cuyo gusto se parece á la anana. Almorzamos con mucho gusto, porque el exercicio, la frescura de la mañana y la excelencia de aquellas frutas habian excitado nuestro apetito. Para que nada faltase al banquete, nuestro huesped rompió cinco cocos, y nos echó en una copa muy aseada de cascara de coco el licor

fresco y cristalino que en aquella fruta se contiene, bebiendo todos por su turno. En todas partes los Otahitinos nos habian dado muestras del mas puro afecto; pero en ninguna ocasion experimentamos una hospitalidad tan patriarcal y completa como en esta ocasion. Procuramos recompensar á nuestro amigo con cuentas de vidrio y clavos que le causaron el mayor placer.

Saliendo de este asilo de la hospitalidad, proseguimos nuestro paseo ácia lo interior del pais á pesar de la repugnancia de varios Otahitinos; viéndonos empeñados en nuestro intento, la mayor parte de ellos se dispersó por aquellas habitaciones, y quedaron muy pocos para guiarnos hasta la falda de las primeras colinas. Dexando á la espalda las habitaciones, subimos por una senda trillada, y atravesando por entre arbustos mezclados con grandes árboles, encontré varias plantas y aves domésticas desconocidas de todos los naturalistas. Con estas riquezas nos volvimos ácia el mar, y los Isleños manifestaron mucho gusto, acompañándonos gran número de ellos. La corta extension de esta isla y su gran distancia del Continente no permiten que haya muchas especies de quadrúpedos, los quales, como ya he dicho, se reducen á cerdos, perros domésticos, y ratas en gran número, las quales andan libremente por todas partes, sin

que los naturales traten de destruirlas. Hay bastantes aves y varias especies de pescados.

El dia 20 prosiguiendo nuestras excursiones, llegamos á un arroyo bastante ancho y hondo para aguantar piraguas; pasamos al otro lado, y vimos entre los árboles una casa bastante grande. Delante de ella habia gran cantidad de las telas mas bellas de Otahiti tendidas sobre la yerba, las quales nos dixeron que acababan de labarlas en el arroyo. Cerca de la habitacion ví un escudo de figura semicircular, hecho de mimbres y de fibras de cocos, colgado de un palo: estaba cubierto de plumas brillantes de una especie de paloma, y adornado de dientes de tiburon, colocados en tres círculos concéntricos. Pregunté si querian vendermelo, y dixeronme que no: juzgué que le habian expuesto al ayre para que no se apolillase. Un hombre de edad madura tendido enmedio de la choza, nos convidó á que nos sentasemos junto á él, y exâminó con cuidado mi vestido. Tenia muy largas las uñas de los dedos, de lo qual parece que hacia vanidad: esta es una señal de distincion entre ellos; porque demuestra que los que así las tienen, no necesitan de trabajar. La misma costumbre hallo entre los Chinos, y no es facil determinar, quien de ellos la ha tomado de los otros, ó si una misma idea de vanidad les ha sugerido esta singular costumbre. En

los rincones de la choza varios hombres y mugeres estaban comiendo separadamente fruta de pan y bananas; y al acercarnos, todos nos convidaron á participar de su comida.

Saliendo de esta habitacion, pasamos por entre unos bosquecillos de arbustos aromáticos á otra casa, donde encontramos á Otai, su muger, sus hijos y sus hermanas Maroya y Marorai. Un oficial intentó seducir á ésta; ella admitió las bujerias que la presentó, pero se mostró inexôrable á todas sus solicitaciones. De este hecho se puede inferir, que la disolucion de las Otahitinas no es tan general como creimos en nuestro primer viage, y que aquí como en todas partes hay mugeres honestas, y prostitutas. Estas por lo general son de la clase infima; y así como sería injusto juzgar á todas las Inglesas por las costumbres de las miserables de Coven-Garden, así tambien debemos hacer justicia á las Otahitinas honestas, distinguiéndolas de aquella turba que con tanto descaro acudia á los navios.

Volvimonos al navio, y al dia siguiente hicimos otra excursion ácia el Este. La llanura se ensanchaba á medida que abanzabamos mas allá de la punta oriental de la ensenada de Aitépeha, y habia mas eurus, cocoteros y bananeros, en los quales

se distinguian ya los frutos. Las casas eran tambien mas numerosas, mas elegantes, y de mejor forma que las de las cercanias de nuestro fondeadero. En una que estaba enteramente rodeada de cañaveral, vimos muchos paquetes de telas y de cajas para escudos, que pertenecian á Vegiatua, como tambien la casa. Andubimos cerca de dos millas por entre bosques de árboles frutales muy deliciosos, al tiempo que los naturales iban á trabajar. Reconocí bien pronto á los fabricantes de telas por el ruido de los mazós. No se debe suponer que las necesidades de estos Isleños los obliguen á un trabajo continuo y constante, pues acudian al rededor de nosotros, nos seguian todo el dia, y aun á veces se olvidaban de ir á comer por causa nuestra, acompañandonos sin ningun motivo de interés. En general su conducta para con nosotros era amistosa, agradable y obsequiosa, pero se aprovechaban de qualquier descuido para hurtarnos algunas vagatelas. Quando los mirabamos con cariño, se valian de esta ocasion para decirnos con tono suplicante; *tayo poe*, *amigo danos algo*; pero aunque nada les diesemos, no por eso se mostraban menos afectuosos. Quando repetian estas demandas con demasiada freqüencia, tomamos el arbitrio de remedarlas, repitiendo sus palabras con el mismo tono, lo qual

les hacia dar grandes carcajadas. Por lo comun hablaban muy alto, y parecia que nosotros eramos el objeto de sus conversaciones : cada uno de los que llegaban de nuevo, preguntaba á los otros nuestros nombres, los quales pronunciaban á su modo reduciéndolos á pocas vocales con consonantes muy dulces, como ya dixe en mi primer viage, y los divertian contándoles lo que habiamos hecho ó dicho aquel dia. Los que acababan de llegar, quisieron oir un fusilazo: consentimos con condicion que nos mostrasen un páxaro que nos sirviese de blanco. Veiamonos embarazados quando nos mostraban alguno que estaba fuera de tiro, porque creian que nuestras armas no estaban limitadas á una distancia determinada : como era muy peligroso sacarlos de este error, fingiamos que no veiamos el páxaro sino quando estaba á tiro. La primera explosion los espantó mucho, y causó á algunos de ellos tal consternacion, que cayeron en tierra, y huyeron de nosotros hasta cierta distancia. Manteníanse apartados de nosotros hasta que sosegabamos su temor con demostraciones de amistad, ó hasta que alguno de los mas atrevidos cogia el páxaro muerto. Presto se familiarizaron con el estruendo, y aunque siempre daban alguna encogida de temor, sin embargo poco á poco fueron perdiendo el miedo.

A pesar de las muestras de amistad con que nos recibian en todas partes, tenian siempre cuidado de ocultar sus cerdos: quando les preguntabamos por ellos, se mostraban afligidos, diciendo que no los tenian, ó que pertenecian á su Rey Vegiatua. Aunque veiamos establos llenos de cerdos casi en todas las habitaciones, aparentamos que no los veiamos, lo qual les fue muy agradable.

Despues de haber andado una ó dos millas, nos sentamos en unas piedras anchas que formaban una especie de patio empedrado delante de una casa, y rogamos á los habitantes nos diesen fruta de pan y cocos en cambio de nuestras mercaderias: traxeronlas al instante y almorzamos. La multitud que nos seguia, se mantuvo algo apartada como lo habiamos dado á entender, no fuese que se apoderasen de nuestras armas &c. mientras comiamos. Para obsequiarnos mas, nos ofrecieron una cascara de coco llena de pececillos frescos que los Isleños acostumbran comer crudos sin mas salsa que el agua del mar: gustélos y no me parecieron desagradables; pero como estabamos acostumbrados á comerlos cocidos, los repartimos con la restante de la fruta entre nuestros amigos.

Proseguimos nuestro paseo marchando ácia las colinas á pesar de las instancias de los Isleños, que nos aconsejaban no pasasemos de la llanura. Conocimos despues que lo

hacian por evitar el cansancio, pero nosotros sin mudar de resolucion, y dexando atras casi toda aquella comitiva, llegamos con dos guias á un paso que hay entre dos collados. Encontré allí varias plantas silvestres desconocidas, y vimos golondrinas revolar sobre un arroyo que corria con mucho impetu. Seguimos su corriente hasta un peñasco perpendicular, festoneado de varios arbolillos, de donde se percipitaba el arroyo como una columna de cristal: al pie habia un cristalino remanso rodeado de flores olorosas y aljofaradas. Este parage desde donde veiamos la llanura baxo de nosotros y mas allá el mar, es uno de los mas deliciosos que jamas he visto, haciendome recordar todas las descripciones amenas de islas encantadas que habia leido en los poetas. A la sombra de los árboles, cuyas frondosas ramas se mecian blandamente, retratandose en el agua, gozamos de un zefirillo suave que nos recreaba templando el ardor del sol: el ruido uniforme y magestuoso de la cascada se percibia mezclado con el canto armonioso de las aves. En este delicioso sitio estuvimos descansando y dibujando nuestras plantas antes que se ajasen: nuestros compañeros los Otahitinos viendonos tan embelesados, se pusieron á reposar tambien, y nos contemplaban atentamente con el mas profundo silencio.

Quisieramos pasar todo el dia en aquel sitio tan agradable, pero nos fue preciso retirarnos. Baxando de aquel parage, encontramos gran multitud de Isleños, con cuya compañia entramos en una casa espaciosa, donde vimos reunida una numerosa familia. Un anciano de apacible semblante estaba recostado sobre una estera muy primorosa; apoyando la cabeza sobre un banquillo que le servia de almohada: sus venerables canas, su barba espesa y blanca que le llegaba al pecho, la viveza de sus ojos, y el vigor que aun anunciaba su rostro carnoso con el colorido de la mas robusta salud, le hacian un perfecto modelo de la vejez mas vigorosa y respetable. Las arrugas, sintomas de la vejez entre nosotros, eran muy pocas, porque los afanes, las pesadumbres, las tristezas que arrugan nuestras frentes con tanta anticipacion, no son conocidas de esta nacion afortunada. Unos niños que juzgamos serian sus nietos, enteramente desnudos segun la costumbre del pais, retozaban con el anciano; las acciones y miradas de éste nos manifestaron que á merced de su modo sencillo de vida no se le habia entorpecido ninguno de los sentidos. Unos jóvenes bien apersonados, y unas ninfas sin artificio rodeaban al viejo, conversando con él despues de una comida frugal. Rogaronnos que nos sentasemos sobre sus esteras enmedio de

ellos, y al punto les dimos gusto. Como no habian visto jamas estrangeros, exáminaban nuestros vestidos y armas, pero sin parar la atencion en ningun objeto. Admirabanse del color de nuestros cuerpos, nos apretaban las manos, y mostraban estrañar que no tuviesemos el cuerpo pintado como ellos, ni las uñas largas; preguntaban con ahinco nuestros nombres, y los repetian con mucho placer. Encontramos aquí como en todas partes la hospitalidad patriarcal, ofreciendonos todo lo que tenian. Uno de los jóvenes tenia una flauta de tres agujeros, la qual tocó soplando con la nariz, y otro le acompañó cantando. Es cosa bien digna de atencion, que todas las naciones del mundo sean tan aficionadas á la música, al paso que son tan diferentes sus ideas sobre la armonía.

El anciano sin mudar de postura nos hizo varias preguntas; quiso saber mi nombre, el de nuestro pais, quanto permaneceriamos en Otahiti, si traiamos nuestras mugeres &c. pues aunque ya estaba informado de todo por la fama, queria saberlo de nuestra boca. Respondímosle lo mejor que pudimos, y despues de haber hecho algunos regalillos á toda la familia, continuamos nuestro camino. Estas pausas en aquellas moradas de la hospitalidad nos aliviaban tanto, que no sentiamos ningun cansancio, y hubieramos girado por toda la isla facilmente del mismo

modo: la llanura á las faldas de la montaña no nos ofrecia ningun embarazo; las sendas estaban bien trilladas; toda la superficie estaba á nivel, y cubierta de menuda grama. No encontramos ningun animal dañino; los mosquitos no nos molestaban, ni temiamos la picadura de ningun insecto. La frondosidad de los bosques de *eurus* interceptaba los rayos del sol al mediodia, y un blando zefiro templaba sus ardores. Sin embargo, los Isleños acostumbrados á reposar por la siesta, se retiraban á dormir á la sombra de los árboles, de suerte que fueron muy pocos los que permanecieron en nuestra compañia.

A unas dos millas mas adelante ácia el Este nos hallamos en la costa del mar, donde forma un pequeño golfo: caminando por entre plantios á uno y otro lado llegamos á una llanura en medio de la qual vimos un *morai* compuesto de tres capas de piedras en forma de escalones, cada qual de unos tres pies y medio de alto, cubiertos de yerbas y matas. Por la parte que mira á lo interior del pais, el edificio estaba rodeado de una cerca de piedra de unos tres pies de alto, dentro del qual recinto dos ó tres palmas solitarias, y algunos páxaros de canto lugubre daban un aspecto melancolico á este sitio. Algo apartado del morai entre un bosquecillo de arbustos ví un cobertizo algo mas considerable ó *tupapu*, en donde sobre un ta-

blado cuya altura llegaria al pecho, estaba tendido un cadaver, cubierto de una tela blanca: cerca de esta cabaña habia otra en donde estaban los alimentos ú ofrendas para el *eatua*, y un palo clavado en tierra, sobre el qual vimos un páxaro muerto, envuelto en un pedazo de estera. En medio de esta choza hallamos una muger sentada en actitud de meditar, la qual se levantó á nuestra llegada, y no nos permitió acercarnos á ella. La ofrecimos un regalo, pero no quisó tocarlo; los Isleños que nos acompañaban nos dixeron, que ésta muger era dependiente del morai, y el cadaver era de una muger, cuyos funerales estaba concluyendo la otra.

Alargamos nuestro paseo hàsta otro *morai* bastante parecido al primero, donde un hombre muy gordo que parecia xefe del canton, yacía voluptuosamente en su lecho de madera. Dos criados le estaban preparando la comida en su presencia, mezclando agua, fruta de pan y bananas en una gran vasija de madera, donde tambien echaban porcion de aquella masa agria de fruta de pan fermentada que llaman *mahei*: para esta mezcla se servian de un mortero de piedra negra, que me pareció una especie de basalto. Entre tanto una muger sentada junto á aquel epicuréo le llenaba la boca á puñados de los relieves de un gran pescado, y de varias frutas de pan que él devoraba con ansia. En su

rostro se veia pintada una insensibilidad absoluta, y me pareció que todos sus pensamientos se reducian á su vientre. Apenas se dignó de mirarnos, y los monosílabos que pronunciaba quando le mirabamos, se dirigian á excitar á su nodriza y criados á que se apresurasen en su oficio. La vista de este gloton y las reflexîones que nos excitó, disminuyeron el placer que nos habian causado las demas cosas que habiamos visto.



CARTA CCLXXXX.

Continuacion del mismo asunto.

Tuvimos varias conversaciones con Vegiatua, Rey de Haiti-Eti ó de la pequeña Otahiti: tendria de diez y siete á diez y ocho años, era bien formado, de unos cinco pies y seis pulgadas de alto, y parecia que aun creceria mas. Su fisonomía, que no dexaba de ser agradable, carecia de expresion y anunciaba temor y desconfianza: su color era bastante blanco, sus cabellos lacios, negros y algo castaños en la punta. Todo su vestido consistia en un tonelete blanco ó *marro*, de una tela muy bella que le llegaba hasta las rodillas: la cabeza y lo demas del cuerpo esta descubierto. A sus lados marcha-

ban varios xefes y nobles, que se distinguian por su alta estatura: uno de ellos estaba pintado de un modo estraño, porque tenia cubiertos de grandes manchas negras los brazos, piernas y costados. Este Isleño que se llamaba *Eti*, era de enorme corpulencia; el Rey le mostraba mucho respeto, y le consultaba en todo. Luego que Vegiatua se sentaba en un banquillo que le servia de trono, tomaba un aspecto mas grave de lo que prometia su edad; sin embargo, su postura mas erguida parecia afectada, y se veia que no lo hacia sino para dar mas autoridad á la audiencia. Seguramente no esperaba yo encontrar en Otahiti esta especie de hipocresía. Los espectadores que pasarian de quinientos, hacian tanto ruido, que á veces nos era imposible entender palabra alguna de la conversacion: entonces uno de los Oficiales del Rey gritaba con voz estentorea *mamú*, silencio, y acompañaba su precepto con algunos palos.

Al marcharnos, Vegiatua nos acompañó hasta la orilla del mar, y depuso aquella gravedad postiza, que no le era natural, hablando con afabilidad aun á los marineros. Preguntóme los nombres de todos los Ingleses presentes, y si teniamos nuestras mugeres en los navios; respondiéndole que no, tuvo la franqueza de permitirnos escogiesemos cada qual una de entre las Otahitinas, ob-

sequio de que no quisimos hacer uso. Sentose despues en una cabaña que pertenecia á Eti, y el calor nos obligó á sentarnos junto á él: hizo traer cocos y nos contó la historia del *Pahei no pepe*, ó del navio Español de cuya llegada teniamos ya alguna noticia. Vegiatua nos dió á entender que algunos meses antes de nuestra llegada, un navio estrangero habia estado diez dias anclado en *Whaiurua*. Despues supimos que aquel navio le mandaba Don Domingo Boenechea, el qual habia sido enviado á Otahiti desde el Callao; pero nada supimos de las circunstancias de este viage. (Ya os he dado noticia de este primer viage de nuestros Españoles, y tambien del segundo que se hizo en 1775, cuya relacion he anticipado para que sirva de ilustracion á los del Capitan Coock, pudiendose con ella corregir muchas equivocaciones de los Ingleses, principalmente en los nombres.)

Entre otras conversaciones nos preguntó Eti si teniamos un *Eatua* ó Dios en nuestro pais, y si le haciamos oracion. Habiendole respondido, que reconociamos un Dios invisible, criador de todas las cosas, y que le dirigiamos nuestras oraciones, quedó muy contento, haciendo varias reflexîones á los demas sobre nuestra respuesta, y nos dió á entender que sus ideas sobre este particular eran conformes con las nuestras. Mientras Eti

nos hablaba de esta materia, Vegiatua se estaba divirtiendo con mi relox: despues de haber exâminado con la mayor atencion el movimiento de tantas ruedas; y mostrado la mayor admiracion por el ruido que hacia, lo que expresaba diciendo *parú*, *habla*, me lo volvió preguntándome para qué servia. Hicele comprehender con mucho trabajo, que servia para medir el tiempo: luego que hubo comprehendido mi explicacion, llamó al relox *sol pequeño*, porque ellos no conocen otra medida del tiempo que el movimiento y curso del sol.

Uno de nuestros marineros tocó delante de Vegiatua una flauta, y aunque esta música grosera nos era intolerable, dexó encantado al Rey y á toda su comitiva. Ya se habia desvanecido la desconfianza que nos mostró al principio: su juventud y la bondad de su caracter le inclinaban á una confianza ilimitada, de lo qual empezó á darnos pruebas. Algunas de sus acciones eran pueriles; por exemplo, se divertia en hacer pedazos las varas, y en cortar árboles con una de nuestras hachas.

El 24 de Agosto nos hicimos á la vela: luego que nos vieron lejos, nos siguieron varias piraguas cargadas de cocos y otras frutas, y no se separaron de nosotros hasta que nos vendieron quanto llevaban, dandonoslo todo muy varato. El gusto de la frivolidad

que es general en todo el mundo, se habia hecho tan extravagante en Otahiti, que por una cuenta de vidrio nos daban una docena de cocos, y aun las preferian á los clavos. Los cambios se hacian con buena fe, porque sin duda los Isleños temian se rompiese un comercio, en que tanto interes tenian. Las frutas de Otahiti contribuyeron mucho al restablecimiento de los enfermos de la *Aventura*.

Tantos objetos nuevos y la agitacion continua no nos habian dexado tiempo para reflexîonar; pero en este momento de descanso, pude recoger las ideas que de tropel se me habian ofrecido. El resultado de ellas combinado con lo que ví en mi primer viage siempre es que Otahiti es uno de los paises mas afortunados del mundo. Los peñascos de la Nueva Zelanda encantaron por el pronto nuestra vista fatigada por tanto tiempo del espectáculo del mar, del hielo y del firmamento; pero bien pronto nos desengañamos, y formamos una idea justa de aquella region, que parece sepultada todavia en el cahos. Otahiti por el contrario, que ofrece á lo lejos una perspectiva amena, y cuya belleza se va aumentando á proporcion que se acerca, es mucho mas encantadora quando se registra su terreno. La ilusion de los primeros dias se habia disipado; pero todo lo que veiamos en la tierra contribuia á confirmar las dulces sensaciones que nos causó su primera

vista, aunque no encontramos en ella tantos refrescos como en la Nueva Zelanda, y nos veiamos reducidos todavia á comer carne salada. La estacion que correspondia á nuestro mes de Febrero, habia hecho raras las frutas: el invierno no enfria el ayre como en los climas apartados del Trópico; sin embargo, este es el tiempo en que la vegetacion vuelve á crear los jugos que formaron la ultima cosecha: varias plantas deponen entonces sus hojas; algunas se secan hasta la raiz, porque estan privadas de la lluvia (no llueve entonces porque el sol está en el hemisferio opuesto): las montañas elevadas conservan solamente un verde algo mas brillante en sus selvas humedecidas por las nieblas que siempre hay sobre sus cumbres. Los Isleños sacan de estas selvas entre otras cosas platanos silvestres ó *vehei*, y la madera aromática que llaman *eahai*, con la qual dan un olor muy suave al aceyte de cocos con que se ungen.

El trastorno que se observa en las cumbres de estas montañas, parece ha sido causado por algun terremoto; las lavas que componen la mayor parte de aquellos peñascos, de las quales los Isleños hacen varios instrumentos, dan á entender que en la isla debe de haber existido algun volcan. El terreno de las llanuras se compone de una tierra vegetal mezclada de materias volcánicas. Se encuentran pedazos de quarzo; pero no

ví ningun indicio de minerales preciosos, ni de metales de ninguna especie, excepto el hierro, y aun éste en muy corta cantidad en las lavas que recogí: quizá en lo interior de las montañas se encontrarán minas de hierro bastante ricas. La vista de Otahiti, que costeamos por el Norte, me sugirió estas observaciones rápidas sobre sus producciones fosiles, al mismo tiempo que contemplabamos con ansia aquel afortunado rincon de la tierra, que nos proporcionaba tanta instruccion y placer.

El 28 nos acercamos á la costa impelidos por una ligera brisa: entonces distinguimos aquella punta abanzada, que por las observaciones hechas en ella en 1769 fue llamada *Punta de Venus*, y es la parte mas bella de toda la isla. El distrito de Matavai que teniamos á la vista, presentaba una llanura mas extensa de lo que creiamos: al doblar esta punta, la vimos cubierta de una gran multitud deOtahitinos que nos miraban con la mayor atencion; pero luego que echamos el ancla en una bella bahia al abrigo de esta punta, la mayor parte de los Isleños huyó precipitadamente á Opare, distrito cercano ácia el Oeste. En todo aquel gentío no vimos mas que uno que tuviese cubiertos los hombros; un Otahitino, llamado *Ovahou*, nos dixo despues que aquel era el Rey Otu. Era alto y bien formado, y se huyó

tambien con los suyos, aunque á paso lento.

Apenas anclamos, se llenaron nuestros navios de Isleños; se hicieron varios reconocimientos entre unos y otros: el respetable anciano *Ovahou*, de cuyo buen caracter hice mencion en mi primer viage, se acordó de haber visto por tres veces á Pikersgill, y llamándole por su nombre Otahitino *Petrodoro*, contó por sus dedos que aquel era el tercer viage que hacia á Otahiti; en efecto habia acompañado á Mr. Wallis en 1767, y á mí en 1769. Estos Isleños trocaron de nombres con nosotros en señal de amistad, y cada qual eligió un amigo particular, á quien hacian demostraciones especiales de afecto. No vimos esta ceremonia en el otro partido donde estuvimos surtos, porque los naturales infinitamente mas reservados mostraban alguna desconfianza. Retiraronse á las siete de la tarde, prometiendo volver al dia siguiente, bien que algunos de ellos se quedaron á bordo con sus antiguos amigos.

Al dia siguiente fui á tierra con el Capitan Fourneaux y Forsters, acompañándonos un Otahitino llamado *Maritata* con su muger. Luego que entramos en el bote, Maritata y su muger pasaron á él sin ninguna ceremonia: siguiólos gran número de sus compatriotas, pero como embarazaban el bote, fue preciso hacer retirar la mayor parte de ellos. Atravesamos la bahia, y nos acer-

camos á una punta, en que un bosquecillo de arbustos rodeaba un *morai* de piedra: yo le conocia ya desde mi primer viage con el nombre de *morai de Tutaha*; pero habiéndole dado este nombre, Maritata me interrumpió, advirtiéndome que despues de la muerte de Tutaha le llamaban *el morai de Otu*. Este xefe y su muger al pasar por delante del morai se despojaron de la ropa que tenian sobre los hombros, señal de respeto que dan los Isleños de todas clases delante de un morai.

Mas allá del morai rodeamos de cerca uno de los mas bellos distritos de Otahiti, en donde las llanuras parecian mas espaciosas, y las montañas extendian sus faldas hasta una punta muy larga. Un número prodigioso de habitantes cubria la costa, y nos recibieron con aclamaciones de alegria, conduciéndonos á un grupo de casas ocultas entre los árboles. Despues nos llevaron á la presencia de Otu: estaba sentado en tierra con las piernas cruzadas á la sombra de un arbol, rodeado en torno de gran número de sus vasallos. Concluidos los primeros cumplimientos, le ofrecí lo que me pareció le seria mas agradable; hice varios regalos á algunos de su comitiva, y en cambio me presentó una pieza de tela, que reusé admitir, diciéndole que mis regalos eran una expresion de pura amistad. El Rey preguntó por Tupia, y por todos los principales que ha-

bian estado allí en 1769, llamándolos por sus nombres; pero nos costó mucho trabajo el obligarle á prometer que iria á visitarnos al navio. Escusabase con decir, que temia los cañones, y todas sus acciones denotaban la timidez de su caracter. Era de unos treinta años de edad, de seis pies de alto, bien parecido, muy bien hecho, y de agradable aspecto. Sus vasallos estaban descubiertos en su presencia, sin exceptuar su padre: el descubrirse aquí, significa no tener ropa alguna de medio cuerpo arriba.

El respeto al Soberano no impidió que el populacho se amontonase sobre nosotros, atropellándose por vernos: el concurso era mucho mas números que quando nos presentamos á Vegiatua, y aun los Oficiales del Rey se veian precisados á hacer los mayores esfuerzos para que el tropel no los sufocase. Uno de ellos descargó muchos golpes sobre los curiosos, rompiendo muchos palos sobre sus cabezas, y á pesar de esta brutalidad se amontonaban ciegamente, aunque sufrian con paciencia los golpes.

Otu no habia visto á los estrangeros en mi primer viage; su tio Tutaha tenia á la sazon las riendas del gobierno, y probablemente temió perder su crédito para con nosotros, si llegabamos á descubrir que no era la persona principal de la isla, por lo que no quiso que viesemos á su sobrino. No sa-

bemos si le habia usurpado el mando, ó le tenia con su consentimiento.

Los largos vigotes de Otu, como tambien su barba y cabellos espesos y rizados eran muy negros. La misma disposicion de cuerpo y una multitud de cabellos rizados al rededor de la cabeza distinguian á sus hermanos, el uno de diez y seis años, y el otro de diez, como tambien á sus hermanas, de las quales la mayor parecia de unos veinte años. Los Otahitinos por lo regular usan los cabellos cortos, y el tenerlos tan crecidos sin duda es un distintivo de la familia Real. Sin embargo, no estan dispensados los hermanos de descubrir la mitad del cuerpo en presencia del Rey. El unico que no se descubria delante de Otu era el *Hoa*, ó amigo del Rey, uno de sus Oficiales, que podemos comparar á los Gentiles-hombres, de los quales hay doce que sirven por su turno. Los parientes de Otu, entre los quales estabamos sentados, se esmeraban á competencia en darnos muestras de amistad, pidiéndonos cuentas de vidrio y clavos. Se valian de varios arbitrios para participar de nuestras riquezas: quando repartiamos algunas vagatelas entre el gentío, los jóvenes mezclaban sus manos entre las de los otros, para recoger su parte. No podiamos contenernos de dar alguna cosa á unos viejos venerables que con sus manos trémulas nos apretaban las nues-

tras con ardor, y nos dirigian sus súplicas con un tono de confianza, que no podia menos de enternecernos. Las mugeres de edad abanzada lograban siempre alguna cosa mezclando un poco de lisonja con sus instancias. Se informaban de nuestros nombres, y adoptándonos despues por hijos, nos presentaban algunos de los parientes que adquiriamos por esta adopcion. Despues de algunos alhagos decian las viejas: *no teneis alguna cosa para vuestra madrecita*? Este modo de probar nuestro afecto filial producia siempre su efecto, y de aquí sacabamos las conseqüencias mas favorables del buen caracter de esta nacion. Las jóvenes se grangeaban nuestro afecto, dándonos el tierno nombre de hermanos: la mayor parte eran hermosas, y hacian los mayor esfuerzos por agradarnos: no era posible resistir á tantos atractivos para dexar de regalarlas.

Bien pronto nos vimos recompensados de nuestros regalos, principalmente de parte de las mugeres, que enviaron al punto á sus criados ó *tutus* á traer grandes piezas de sus mejores telas, teñidas de color de escarlata, de rosa ó pajizo, y perfumadas con aromas. Nos las pusieron sobre nuestros vestidos, y tanto nos cargaron de ellas, que no podiamos movernos. Despues de estos regalos recíprocos, nos hicieron varias preguntas acerca de *Tabano* y *Tolano*, (Banks y So-

lander) y muy pocas sobre Tupia. Durante esta conversacion, nuestro marinero los divirtió mucho tocando la flauta, cuya armonia los dexó encantados : Otu en particular quedó tan prendado de su habilidad, que le regaló una gran pieza de la tela mas gruesa.

Como esta visita era de pura ceremonia, nos volviamos á nuestro bote, quando nos detuvo la llegada de *Ehapai*, padre de Otu. Era este uu hombre alto y seco ; tenia la barba canosa, y aunque parecia de edad abanzada, mostraba todavia mucho vigor. Ya he hablado en mi primer viage de esta estraña constitucion, en virtud de la qual el hijo hereda la Soberanía desde el punto que nace; pero á pesar de esta noticia no podiamos ver sin repugnacia al anciano y respetable Ehapai desnudo hasta la cintura en presencia de su hijo. Aunque Ehapai no gozaba del supremo mando, todo el pueblo le respetaba, y su hijo hacia de él mucho aprecio : la provincia ó distrito de Opare estaba sujeta á sus órdenes inmediatas, suministrándole alimentos para sí y para su comitiva. Despedimonos del Rey y de su padre, y nos volvimos al bote, del qual no habia salido Maritata, porque estaba muy ufano por la intimidad que tenia con nosotros.

El 27 por la mañana vino Otu con una comitiva numerosa á visitarnos: envió antes al navio gran cantidad de telas, de frutas,

un terdo y dos peces grandes. Acercándome yo al costado del navio, rogué á Otu subiese á bordo; pero Otu no se movió de su puesto hasta que me vestí una gran porcion de telas del pais, que me daban una figura monstruosa. Visto esto, subió á bordo con una hermana, un hermano y gran comitiva de Otahitinos, á todos los quales dí varios regalos. Otu mostraba mucha desconfianza; abrazamosle, y usamos de todos los medios posibles para desvanecer sus recelos. Era tan crecido el número de los Otahitinos, que apenas podiamos movernos; la multitud de telas que me habia puesto, me hacian sudar con exceso. Cada uno de ellos escogió su amigo particular, y los regalos mutuos confirmaron esta nueva alianza. Al sentarnos para almorzar, se admiraron mucho de la novedad y comodidad de nuestras sillas: Otu estuvo muy atento á todo lo que haciamos; se admiraba mucho de vernos tomar el thé y comer manteca; no quiso probar ninguno de nuestros manjares, pero sus vasallos no fueron tan reservados. A Otu se le antojó un perrito faldero, y al punto se lo dimos; él lo entregó á uno de sus *Hoas*, el qual siempre lo llevó baxo el brazo detras del Rey.

Despues de almorzar me embarqué en la chalupa con el Rey y todos los que cupieron, y los volví á Opare. El Capitan Fourneaux regaló á Otu dos cabras, macho y

hembra, advirtiéndole bien la utilidad que se sacaba de estos animales, sobre lo qual nos hizo varias preguntas. Luego que desembarcamos, le señalé un parage cubierto de grama, á la sombra de algunos eurus, y le aconsejé que los tuviese siempre en parajes semejantes. La costa estaba llena de Isleños, que manifestaron con aclamaciones el regocijo de ver á su Rey. Una vieja respetable, madre de Tutaha, me salió al encuentro, y cogiéndome ambas manos, derramó un torrente de lágrimas, diciéndome: *Tutaha tu amigo ha muerto.* Me enterneció tanto su dolor, que no pude contener las lágrimas; pero llegando Otu, la hizo apartar de mí; me costó trabajo conseguir de él, que me permitiese volverla á ver, y para esto fue menester regalarle una hacha y algunas otras cosas. Pasamos despues á la *punta de Venus* donde los naturales nos vendieron muchas frutas muy baratas, pues por una cuenta de vidrio nos daban un canastillo lleno de cocos ó de fruta de pan. Forster encontró á su buen amigo el anciano *Ovahu*, que le regaló mucha fruta, peces, telas y anzuelos de nacar: este regalo merecia una recompensa, pero el generoso Otahitino nada quiso recibir, diciendo que le daba aquello como una prueba de su amistad y sin ningun interes.

Aquella noche se quedaron muchas mugeres de la clase infima á bordo; una de ellas

tocaba una flauta con la nariz y las demas danzaban segun la costumbre del pais de un modo indecente. Despues cenaron sin ningun escrúpulo con los marineros, aunque antes habian mostrado mucha repugnancia á comer en presencia de sus paisanos: fue excesiva la cantidad de tocino que devoraron, y su voracidad denotaba que rara vez prueban esta carne. Las muestras de sensibilidad que nos habian dado la madre de Tutaha y Ovahu, las ideas que teniamos de la inocencia y felicidad de los Otahitinos nos hicieron mirar con mucho mayor horror el desenfreno de aquellas miserables, que se abandonaban á toda la brutalidad de sus pasiones. Las mugeres ordinarias de Oaitepeha nos habian escandalizado mucho por su prostitucion; pero no llegaban al extremo de estas de Matavai, y la causa era, que como habian tratado mas con los Ingleses estaban mas corrompidas.

Al dia siguiente, Otu con su comitiva fue á bordo de *la Aventura* á hacer el mismo regalo y visita al Capitan Fourneaux, el qual tuvo que cargarse de telas, como yo el dia anterior para recibirle. Mr. Fourneaux le traxo despues á bordo de *la Resolucion*, donde le hice varios regalos: vestí á su hermana lo mejor que pude, y ella permaneció cubierta delante de su Rey todo aquel dia, como tambien su hermano, y uno ó dos de sus

vasallos. Todas las mugeres tuvieron gran cuidado de descubrirse delante de *Tedua Tourai*, que era la hermana del Rey, y los mismos honores hicieron al joven *Vatou* : nos pareció que el título de *Eri*, comun á todos los xefes de los distritos, y á la nobleza en general, se da tambien por excelencia á las personas de familia Real.

Luego que Otu quiso marcharse, le conduxe en una chalupa á Opare : las flautas, á cuya música era tan apasionado, y las danzas de nuestros marineros le divirtieron en el camino: por su parte mandó á algunos de los suyos que danzasen; ellos hicieron varias gesticulaciones, imitando los saltos de nuestros marineros. Al separarse Otu de nosotros, prometió volver á otro dia, pero añadió que yo debia visitarle antes. En efecto, al dia siguiente fui á visitarle acompañado del Capitan Fourneaux y otros Oficiales : regalamosle varias cosas, que él aun no conocia, y en particular un sable : la vista de esta arma le causó tal terror, que no se le podia persuadir la admitiese ni que se la ciñesen : suplicome que se la quitase, y que la apartasen de su vista.

Conduxeronnos despues al teatro, donde representaron una *heiva* ó pieza dramatica, danzando y cantando. Los actores eran cinco hombres y una muger, que no era menos que la hermana del Rey. No habia mas

música que tres tambores : la representacion duró como unas dos horas, y fue bien executada. No pudimos comprehender el asunto : algunas escenas se dirigian á nosotros, y repetian mucho mi nombre ; otras ninguna relacion tenian con nosotros. Esta fiesta no nos pareció diferente de las que vimos en Ulietea en nuestro primer viage, sino en el modo de representar. Tedua Tourai mostró una habilidad extraordinaria : su trage de danzar era el mas gracioso de todos : algunas borlas de plumas la pendian de la cintura, lo qual daba mucho realce á su vestido. Concluido esto, el Rey manifestó deseo de que nos marchasemos, y envió á la chalupa varias especies de frutas y de peces guisados, y nos volvimos á bordo cargados de regalos.



CARTA CCLXXXXI.

Isla de Huaine (Ojaine.)

A principios de Septiembre salimos de la bahia de Matavai, y llegamos el dia 3 á la isla de Huaine (*Ojaine.*) Un golfo profundo separa esta isla en dos penínsulas reunidas por un istmo, que se inunda en la alta marea. Sus cerros son menos elevados que los de Otahiti, pero su aspecto anuncia reliquias de un volcan. La cumbre de uno de ellos tenia muchas apariencias de haber sido un crater, y en uno de sus lados se veia un peñasco ennegrecido y esponjoso, que parecia lava. Al salir el sol descubrimos algunas otras islas de la Sociedad Ulietea (*Orayatea*) Bolabola (*Porapora*) &c.: esta ultima forma un pico igual al de Maitea (*Matea*), pero mucho mas elevado, en cuya cumbre se ve tambien el crater de un volcan.

El aspecto del pais és él mismo que en Otahiti, aunque en pequeño: la circunferencia de toda la isla tendrá de siete á ocho leguas. Las llanuras son cortas, y apenas hay algunos collados intermedios entre ellas y las montañas mas elevadas: el pais tiene muy bellos puntos de vista.

Uno de los naturales que vino á bordo, tenia una hernia horrible, que al parecer le incomodaba muy poco, pues subia por los costados del navio con la mayor agilidad. Estos Isleños hablan la misma lengua, tienen la misma fisonomía y vestidos que los Otahitinos. Entre otras cosas nos vendieron una docena de gallos muy grandes de un plumage muy lindo; pero lo estraño es que no nos trageron ninguna gallina.

Habiendo desembarcado, encontré dos plantas que no habiamos visto antes; y noté que los eurus tenian ya la fruta del tamaño de una manzana pequeña, y segun dixeron los naturales, tardaria aun quatro meses en madurar. El distrito en que desembarqué parecia que carecia de bananas; los Isleños nos traxeron algunas que venian de otros cantones, lo que prueba que disponen sus plantios de suerte que haya fruta en todas las estaciones; pero estas cosechas tardias son poco considerables, y se destinan para los ricos.

Por la tarde fuimos á dar un paseo por la isla: los Isleños no nos importunaban mucho, y solo nos acompañaron unos quince ó veinte de ellos. Esto era en parte efecto de lo pequeño de la isla, y ademas los habitantes de Ojaine no nos conocian bastante para esperar algun provecho de acompañarnos. Por lo comun, no mostraban aquella gran curiosidad ni miedo de los Otahitinos,

los quales tenian sobrado motivo para temer los terribles efectos de nuestras armas de fuego. Nuestro amigo Poreo, Otahitino que se habia embarcado con nosotros, nos acompañaba en este paseo: iba vestido como uno de nuestros marineros; me llevaba el frasco de la polvora y la caza: nos dixo que deseaba le tuviesen por uno de nosotros, por lo que no habló jamas la lengua Otahitina, pronunciando solamente algunas palabras arbitrarias, con lo que mantenia la ilusion de aquellos Isleños. No queria que le llamasen por su nombre *Poreo*, y deseó le pusiesen un nombre ingles: los marineros le llamaron *Tomás*, lo que le agrado en extremo: aprendió la palabra *Sir* (*Señor*) y la pronunciaba *Torro*. La causa de todo esto era sin duda, porque le parecia cosa mas noble el ser tenido por marinero Ingles, que por Sacerdote Otahitino.

Al dia siguiente fuí con algunos Oficiales á visitar á Oreo que me estaba esperando. Un Isleño nos conduxo al parage en que se hallaba, pero no nos dexaron salir de la chalupa hasta haber cumplido con la ceremonia siguiente, que practican por lo comun en semejantes ocasiones. La chalupa en que nos hicieron permanecer llegó cerca de la casa del Eri, situada junto á la costa: traxeron á nuestro bordo cinco renuevos de bananas, unos tras otros y con varias gesticu-

laciones, porque estos árboles son sus simbolos de paz: tres lechoncillos, cuyas orejas estaban adornadas de fibras de cocos, acompañaban á los tres primeros, y un perro al quarto. Cada uno tenia su nombre particular, y una significacion demasiado misteriosa para que nosotros pudiesemos comprenderla. En fin el Eri me envió la inscripcion gravada sobre una plancha de estaño que le dexé en mi primer viage: estaba en el mismo saco en que se la dexé, donde habia tambien una moneda Inglesa y algunas cuentas de vidrio, lo que prueba el mucho cuidado que habia tenido con todo. Luego que dexaron en la chalupa todas estas cosas, nuestra guia que permanecia junto á nosotros, nos rogó que adornasemos tres de los baneneros con espejos, clavos, medallas, cuentas de vidrio &c. lo qual hicimos al punto. Desembarcamos llevando en las manos estos ramos así adornados, y nos conduxeron á presencia del Eri por entre el gentio, formandose los Isleños en dos filas para que pasasemos. Hicieronnos sentar á cierta distancia del Eri; nos tomaron nuestros ramos, y los colocaron delante de él uno por uno: el primero estaba destinado al Eatua, el segundo al Eri, y el tercero á la Amistad. Quise accercarme al Eri, pero me dixeron que él iba á hacerlo, y en efecto vino á abrazarme. No guardó mas ceremonia, porque le corrian

abundantes lágrimas por su venerable rostro, y se abandonó á toda su ternura. Presentóme despues todos sus amigos, á todos los quales hice algunos regalos; ofrecí á Oreo todo lo mas precioso que tenia, porque yo miraba á este hombre como á un padre. Dióme un cerdo y varias piezas de tela, prometiendo proveerme de todo lo necesario, lo qual cumplió exactamente. Despedimonos de él y nos volvimos á bordo: poco despues llegó Pickersgill con catorce cerdos. Los cambios que hicimos en la costa y en los navios nos procuraron otros tantos, ademas de muchas aves y frutas. Los cerdos parecian los mas estupidos de su especie, pero su carne era excelente.

El buen anciano Oreo vino á verme el dia siguiente muy temprano con un jóven de unos once años: tráxome un cerdo y frutas, y por mi parte le correspondí con otros regalos. Su amistad para conmigo fue tan fina, que todos los dias me enviaba para comer las mejores frutas en abundancia, y raices guisadas á su modo.

Pasé en compañia del Doctor Sparmann á casa de Oreo por tierra: en este paseo vimos gran número de cerdos, perros y aves: las gallinas andaban libres por los bosques, y se subian á los árboles frutales, los cerdos estaban asimismo en libertad, pero se les da diariamente una porcion de alimentos, que

las viejas tienen cuidado de preparar y distribuir. En particular vimos una, que estaba cebando un lechoncillo con una masa agria de fruta de pan, llamada *mahei*; tenia al lechon con una mano, y con la otra le presentaba un pedazo de pellejo de cerdo; luego que el animal abria la boca para asir aquel cebo, la vieja le metia una bola de masa en la boca: sin este arbitrio el lechon no hubiera comido. Estos quadrupedos á pesar de su estupidez eran acariciados por todas las mugeres que les daban de comer con un cariño pueril. Vimos un exemplo notable de este cariño: una muger de poca edad daba el pecho á un perrillo, á quien tenia acostumbrado á mamar. Este espectáculo nos disgustó tanto, que no pudimos dexar de manifestarla nuestra desaprobacion; pero èlla sonriendose nos dixo, que tambien daba de mamar á los lechoncillos. Despues supimos que se le habia muerto su hijo, y se valia de este medio para descargar los pechos. Los perros de todas estas islas son pequeños: tienen la cabeza ancha, el hocico puntiagudo, los ojos muy pequeños, las orejas rectas, el pelo algo largo, lacio, fuerte y de varios colores, pero por lo comun blanco y negro. Rara vez ladran, pero á veces ahullaban, y mostraban mucha aversion á los estrangeros.

Hallamos varias especies de páxaros de los que ya habiamos visto en Otahiti: maté

varios de cada especie, pero algunos de los que nos acompañaban tenian por sagrados á estos páxaros, y los llamaban *Eatuas* como llaman á sus dioses; pero al mismo tiempo habia otros muchos en mayor número, que nos rogaban los matasemos, y nos los mostraban para esto. Despues que los habiamos muerto, ninguno daba muestras de desaprobacion: es evidente que no los tienen por divinidades, porque estas segun ellos, son invisibles; la palabra *eatua* que daban á estos páxaros será una especie de supersticion como la que tienen las viejas en Inglaterra y otros paises respecto de las golondrinas.

Llegamos á la casa de Oreo, donde le encontramos rodeado de los principales de la isla; estos naturales son tan semejantes á los Otahitinos, que no advertí entre unos y otros la menor diferencia. Las mugeres no nos pedian regalos con tantas instancias como las Otahitinas, y no eran tan disolutas como estas; pero quando llegabamos y quando nos marchabamos, algunas de ellas practicaban la ceremonia ridicula é indecente que referí de Oratua, quando fue á visitar á Banks en mi primer viage. Tampoco podemos ponderar mucho su hospitalidad; nos miraban con indiferencia, y no conocian el uso de los regalos mutuos, que se acostumbra en Otahiti. En nuestros paseos no nos fatigaban con su concurso: la explosion de

nuestras armas de fuego no les causaba temor ni espanto, lo qual se debe atribuir á no haber experimentado sus efectos como los Otahitinos.

El Doctor Sparmann hizo solo una excursion hacia la costa septentrional de la isla, donde encontró una gran laguna de agua salada que se extendia por muchas millas paralelamente á la costa, y exhalaba un hedor intolerable por el mucho cieno que tenia á las orillas. Recogió tambien varias plantas: un Isleño que le acompañaba á quien confió el saco de las plantas, le fue en extremo fiel: quando el Doctor se sentaba para escribir, el Isleño se sentaba igualmente detras de él, y recogia los bolsillos de la casaca para impedir, como decia, que los ladrones le robasen. Por medio de esta precaucion no perdió nada, sin embargo de que algunos Indios viendole solo, le habian mirado con malos ojos, y le habian insultado.

Al dia siguiente habiendose internado solo el Doctor en el pais para sus investigaciones botánicas, dos Isleños le convidaron á que pasase mas adelante, haciendole varias demostraciones de amistad; pero aprovechandose de su descuido le arrancaron una daga que era la unica arma que llevaba, y le dieron con ella un golpe en la cabeza á tiempo que se baxaba para coger una piedra. Este golpe le hizo caer en tierra, y al pun-

to le arrancaron á pedazos la mayor parte del vestido: sin embargo, escapandose de sus manos corrió ácia la ribera, pero detenido por los matorrales, le alcanzaron los Isleños, y le dieron varios golpes que le aturdieron: levantáronle la camisa sobre la cabeza, y se disponian á cortarle las manos, porque los botones de los puños les impedian sacarla: por fortuna se los desabotonó con los dientes, y los ladrones escaparon con la presa. A corta distancia de allí unos Isleños que estaban comiendo le convidaron á que se detuviese, pero él marchó aceleradamente hacia la ribera. Otros dos Isleños viendole desnudo, se quitaron sus ropas, y le cubrieron con ellas, conduciendole al parage en que se hacia el mercado, donde habia gran número de naturales. Al punto que estos le vieron en aquella disposicion, huyeron todos con la mayor precipitacion. Al verlos huir, presumí que habrian hurtado alguna cosa; pero viendo al Doctor, y sabiendo lo que habia pasado, llamé á algunos Isleños y les aseguré que no me vengaria sobre los inocentes. Fuí á quejarme de este ultraje á Oreo: luego que este Eri supo lo que habia sucedido, lloró y se lamentó á gritos acompañándole otros muchos. Sosegado su primer impetu de sentimiento, improperó á los suyos, dandoles á entender lo bien que nos habiamos portado con él en este viage y en

el primero, y quan vergonzoso era correspondernos con tales insultos. Hizo le repitiesen lo que se habia robado al Doctor, prometió no omitir quanto estuviese de su parte para recobrarlo, y levantándose me rogó le acompañase á mi bote. Sus vasallos temieron no le hiciesemos algun daño, y emplearon todos los medios posibles para disuadirle de su intento que les parecia temerario; pero á pesar de todo lo que le dixeron se vino conmigo á bordo. Mr. Forster se ofreció á quedar en rehenes, pero Oreo no lo consintió, y no llevó en su compañia mas que á uno de sus parientes. Luego que los Isleños vieron á su amado Eri en mi poder, dieron gritos de dolor; no se puede expresar la afliccion que mostraban; todos lloraban, suplicaban y aun intentaban llevarsele por fuerza. Junté mis suplicas con las de sus vasallos, porque no podia ver sin dolor la pena que esto les causaba, pero todo fue inutil: Oreo insistió por llevarme al bote, y luego que entré en él, mandó bogar á lo largo. Su hermana, no menos animosa que él, fue la unica que no se opuso á su partida. Como su intencion era perseguir á los ladrones, marchamos por agua costeando lo mas que pudimos: habiendo desembarcado, penetramos en lo interior del pais por espacio de algunas millas; Oreo nos servia de guia, y preguntaba por todas

partes noticia de los ladrones. Llegando á una casa que estaba junto al camino, hizo traer cocos, y despues de haber tomado algun alimento, se dispuso á marchar adelante. Yo me opuse, creyendo que nos llevaria hasta lo ultimo de la isla, y las vagatelas que habian robado, no merecian la pena de tanta fatiga. Oreo empleó todas las razones que pudo para que continuasemos, pero viendo que yo estaba resuelto á volverme, condescendió con mi gusto. Roguele solamente que enviase algunos de los suyos á buscar á los ladrones: como tenia dispuesto marcharme al dia siguiente, este rompimiento nos causaba mucho daño, porque habia interrumpido nuestro comercio, habiendo huido todos los Isleños, á los quales yo deseba tranquilizar.

Llegando á nuestro bote, hallamos á la hermana de Oreo y á otros muchos Isleños, que habian venido por tierra: al punto nos dirigimos ácia el navio, sin querer llevar en nuestra compañia al Eri, pero él insistió en acompañarnos, y entró en el bote á pesar de la oposicion, ruegos y lágrimas de los suyos: su hermana imitó su exemplo, sin que la pudiesen detener las suplicas y llanto de su hija, que tendria unos diez y seis años. Esta jóven con el dolor que esto le causaba, se heria en la cabeza con pedazos de concha, y su madre se vió precisada á quitarse-

los. Oreo se sentó á nuestra mesa, y comió con gusto: su hermana, segun la costumbre del pais, no quisó comer. Concluida la comida, correspondí á la confianza que habian tenido en mí con varios regalos, y los desembarqué en medio de un gran concurso de Isleños que le esperaban, muchos de los quales abrazaron á Oreo llorando de gozo. Entonces volvió á restablecerse la paz y la alegria: los Isleños acudieron de todas partes con cerdos, aves y frutas, de suerte que llenamos dos barcos. El mismo Oreo nos regaló un cerdo grande y muchas frutas. Traxeronnos la daga de Sparmann con parte de su vestido, prometiendonos que al dia siguiente nos traerian lo demas: tambien nos habian hurtado algunas otras cosas, y todo lo restituyeron puntualmente.

Así concluyó este dia tumultuoso, en cuya relacion me he extendido, porque prueba la gran confianza que este buen Eri tenia en nosotros, y lo mucho que le amaban sus vasallos. De aquí se puede inferir que la amistad es cosa muy sagrada entre ellos: Oreo y yo eramos verdaderos amigos; habiamos cumplido con todas las ceremonias acostumbradas en su patria, y daba á entender que este lazo era muy respetable. Este fue el principal argumento de que se valió, quando sus vasallos querian impedirle pasar á mi bote, y les decia: Oreo (éste era el nombre

que siempre me daba) y yo somos amigos: yo nada he hecho para perder su amistad; ¿pues porque no he de ir con él? En todos nuestros viajes no hemos encontrado ningun otro xefe que se portase con igual afecto y fidelidad.

Al dia siguiente pasé á despedirme de Oreo; llevele algunos regalos de cosas utiles. Dexele la primera inscripcion que tan bien habia guardado, y añadí algunas medallas con otra laminita de cobre, en la qual habia esta inscripcion: *los navios de S. M. Britanica la Resolucion y la Aventura fondearon aquí en Septiembre de* 1773. Metilo todo en un saco; Oreo me prometió guardarlo, y mostrarlo á los primeros navios que allí llegasen. El buen anciano me abrazó llorando, y nos despedimos con la mayor ternura.

Al llegar á los navios, encontramos gran multitud de piraguas llenas de cerdos, aves y frutas que nos traian los Isleños como el primer dia de nuestra llegada. Apenas subí á bordo, vino el mismo Oreo á decirme que habian cogido á los ladrones, y que deseaba pasasemos á tierra para castigarlos ó para presenciar su castigo; pero esto era imposible, porque los navios estaban ya á la vela. Oreo nos acompañó por mas de media legua, y despues se despidió con las expresiones mas afectuosas: volvióse en una piragua, dirigida por un solo hombre y por él mismo;

todas las demas se habian retirado. Yo sentí mucho no poder detenerme para ver como castigan á los reos; y estoy seguro de que solo este motivo habia obligado á Oreo á venir á bordo.

En nuestra breve mansion en la fertil isla de Huaheine (*Ojaine*) los dos navios adquirieron trescientos cerdos, ademas de gran copia de aves y frutas, y hubieramos adquirido mucho mas á habernos detenido por mas tiempo. Antes de salir de esta isla, el Capitan Fourneaux consintió en admitir á su bordo á un jóven llamado *Omai*, natural de Ulietea (*Orayatea*) donde habia tenido algunos bienes de que le habian despojado los de Bolabola (*Porapora*). Estrañé al principio que se hubiese encargado de este Isleño, que no era distinguido por su nobleza ni por su figura: era muy alto pero demasiado delgado, y tenia las manos en extremo pequeñas, por lo qual á mi parecer no podia dar idea justa de los habitantes de estas islas afortunadas; los Isleños de la principal nobleza son mucho mas bellos y de mas talento, y tienen mucho mejor aspecto que los de la clase media. Sin embargo, despues que estuve en Inglaterra me desengañé de mi error, porque exceptuando su color, que es mas moreno que el de los Eries y el de los nobles, porque viven con mas regalo, y no se exponen tanto á la inclemencia, no creo que

ningun otro Isleño hubiera dado mejor idea por su conducta. Omai á la verdad tenia buen juicio, bastante penetracion, viveza y honradez: su aspecto interesante le hacia agradable en las mas lucidas concurrencias, y su orgullo le hacia evitar la sociedad de gente inferior; tenia las pasiones fuertes como jóven, pero sabia moderarlas. El vino y los licores fuertes no le causaban repugnancia, segun creo, y á hallarse en mesas donde el beber mucho fuese un mérito, creo que mereceria tambien aplausos. Por fortuna habia conocido que el beber con exceso es propio de gente baxa, y como estudiaba con mucha atencion las costumbres y modales de la gente principal que le honraba con su proteccion, era sobrio y contenido. No supe que en el espacio de dos años que permaneció en Inglaterra, se hubiese embriagado jamas, ni que mostrase el menor deseo de exceder los términos de la moderacion.

Luego que llegó á Londres, el Conde de Sandwich, primer Lord del Almirantazgo, le presentó al Rey, y fue bien recibido; desde entonces concibió un gran respeto y amor á este Príncipe. Fue agasajado por la primera nobleza de Inglaterra, y no dió el menor motivo para perder su estimacion. Sus principales protectores fueron Mylord Sandwich, Mr. Bancks, y el Doctor Solander: el primero creyó sin duda propio de su empleo

el obsequiar á un habitante de aquella region hospitalaria, que ha proveido con tanta generosidad á las necesidades de los navegantes Ingleses; y los otros dos quisieron recompensar el buen hospedage que les hicieron en su pais. Es digno de observarse que aunque Omai siempre vivió en medio de las diversiones Europeas, jamas se olvidó de su vuelta á su patria; no mostraba impaciencia por volverse, pero se alegraba al acercarse el momento de su partida. Embarcóse conmigo en la *Resolucion* en mi tercer viage, lleno de regalos y muy obsequiado, despues de haber pasado con felicidad la inoculacion de las viruelas, enfermedad que quitó la vida á *Aoturu*, el Otahitino que vino á Francia con Mr. de Bougainville.

Al partir de *Ojaine* parecia un hombre ordinario; no se atrevia á aspirar á la compañia del Capitan, contentándose con la de los marineros; pero luego que en el Cabo de Buena Esperanza le vestí de Europeo, y le presenté á las personas mas distinguidas, declaró que no era *Tutu*, ó de la clase infima, y tomó el título de *Hoa*, ú Oficial del Rey. Unos le han tenido por estupido, otros por muy sagaz: sus organos acostumbrados á la pronunciacion dulce de su lengua, no pudieron articular las palabras Inglesas duras de pronunciar. La multitud de objetos que le han distraido, no le han

permitido aplicarse á cosas que pudieran ser utiles á su patria. No podia comprender todo nuestro sistema de civilizacion para aplicarlo á perfeccionar la de su pais. La belleza, la simetria, la harmonia y la magnificencia le encantaban: acostumbrado á obedecer á la voz de la naturaleza, se entregaba sin reparo á sus movimientos. Como vivia en un perpetuo circulo de diversiones, no le quedaba tiempo para pensar en lo venidero, y no teniendo el talento de Tupia, no pudo hacer grandes progresos. Lo que parecerá increible es que jamas mostró el menor deseo de instruirse en nuestra agricultura, artes y manufacturas. (Esto sin duda fue efecto de haberle traido á vivir en medio de una sociedad corrompida, donde no se piensa mas que en perder el tiempo en frivolos placeres, capaces de corromper no solo á un salvage pero aun al hombre mas racional. Si se queria que se instruyese en las artes utiles para su pais, ¿porque en vez de llevarle á Londres no le pusieron en una casa de campo, ó en un taller donde necesariamente se hubiera aficionado á lo que viese era la unica ocupacion de los hombres? Pero la vana curiosidad de los cortesanos debia ser satisfecha á costa de la instruccion del pobre Omai, considerándole como un animal raro, destinado á la diversion de los ociosos, mas bien que como un hombre cuya ilustracion pudiera ha-

cer felices á sus paisanos. Nadie cuidó de excitar en él algun deseo de aprender las artes utiles, ni de perfeccionar sus costumbres; á pesar de tantos motivos de corrupcion, manifestó al partir que no habian podido corromper las buenas qualidades de su corazon.) Llevó consigo todo género de vestidos, adornos y vagatelas; en fin, todas las invenciones del capricho de las Cortes. Su juicio estaba aun en la infancia, y como un niño apetecia todo lo que le agradaba, y podia entretenerle por un rato; pero no llevó ninguna cosa de las que pudieran ser utiles á su patria.

CARTA CCLXXXXII.

Isla de Ulietea.

El 8 de Septiembre de 1773 llegamos á la isla de Ulietea, cuyo verdadero nombre es *Orayatea*; se parece mucho á Otahiti en el aspecto: es tres veces mas grande que Huaeine (*Ojaine*); sus llanuras son mucho mas espaciosas, y sus cerros mas elevados. Un Eri llamado Oruverra, natural de la isla cercana de Porapora, vino á bordo en una de sus piraguas: era muy robusto, pero tenia las manos en extremo pequeñas: sus brazos

picados presentaban figuras muy singulares quadradas, y ademas tenia grandes rayas negras que le cruzaban el pecho, el vientre y la espalda: sus muslos y riñones estaban enteramente negros. Traia en la mano unos ramos verdes; me ofreció un cerdo pequeño, que varias personas de la tripulacion no habian querido admitir. Despues de haber recibido en cambio algunos instrumentos de hierro, se volvió en su piragua á tierra; pero bien pronto me envió otra piragua cargada de cocos y de bananas; los criados que traxeron este regalo, no quisieron admitir nada en cambio, fineza que me agradó en extremo.

Por la tarde, otro Eri natural tambien de Porapora, vino á bordo, y trocó de nombre con Forster: llamabase Herea: no hemos visto ningun otro tan corpulento en todas las islas del mar del Sur: tenia 54 pulgadas de circunferencia por la cintura, y su muslo tenia 31 y ¾. Tambien se distinguia por el cabello, que le colgaba en largas trenzas mas abaxo de la cintura, y era tan espeso, que le abultaba la cabeza extraordinariamente. Su corpulencia, color y piel picada como la de Oruverra daban á entender su dignidad, porque los grandes de esta isla viven entregados á la indolencia y al regalo como los de Otahiti. Es necesario explicar por qué estos dos Eries, naturales de

Porapora, tenian posesiones en Ulietea; para lo qual conviene saber, que Opuni, Rey de Porapora, habia conquistado las islas de Ulietea y de Otaha (*Tajaá*) que estan unidas por un mismo arrecife, y Maura que está á distancia de quince leguas al Oeste. Los soldados principales que le ayudaron para esta empresa, recibieron en premio grandes posesiones, y gran número de sus vasallos se establecieron en las islas conquistadas. Sin embargo, dexaron en el trono á Uru, Rey de Ulietea, pero limitado su poder al distrito de Opoa. Opuni habia puesto en Tajaá un Virey, llamado Boba, que era pariente suyo: la mayor parte de los naturales de las islas conquistadas se habian retirado á Huaheine ó á Otahiti, prefiriendo el destierro á la sumision al conquistador, con la esperanza de recobrar algun dia su pais. Este fue el motivo que obligó á Tupia y á Omai, naturales de Ulietea, á embarcarse en nuestros navios: uno y otro manifestaron siempre mucho deseo de adquirir gran cantidad de armas de fuego. Tupia quizá hubiera executado su intento: pero Omai no tenia bastante talento para instruirse en nuestra táctica, y emplearla en la recuperacion de su patria. Sin embargo, el proyecto de recobrar su pais estaba siempre tan presente en su memoria, que dixo muchas veces en Inglaterra, que si yo no le ayudaba

para su empresa, haria que sus compatriotas me negasen todo género de alimentos. Durole este espíritu de venganza hasta su partida; entonces se le persuadió que adoptase otros principios mas pacificos. No es facil comprehender por qué Opuni se hizo conquistador, pues si se ha de creer á sus vasallos, su isla es tan fertil y afortunada como las que conquistó: no pudo tener otro motivo que la ambicion, la qual parece que no cabia en su simplicidad y generosidad de caracter. Es harto doloroso el ver que el hombre en todos los paises y situaciones es juguete de las pasiones mas terribles.

El dia siguiente hicimos una visita de ceremonia á Oreo, Eri de esta parte de la isla, llevándole un regalo correspondiente. No nos precisaron á ninguna ceremonia antes de desembarcar, y nos conduxeron seguidamente á su presencia. Estaba sentado en su casa, situada á la orilla del agua; recibionos con la mayor cordialidad como á amigos suyos. Manifestó el mas vivo placer al verme, y me pidió por favor que trocasemos de nombres, que es la prueba mas grande de amistad que pueden dar á un estrangero. Oreo era de mediana estatura, pero muy grueso: tenia mucha expresion en su fisonomia, y manifestaba bastante talento; su barba era clara, y de color castaño. Despreciando toda ceremonia y etiqueta, se burlaba y

reia con nosotros con la mayor franqueza. Su muger era ya entrada en edad, pero su hijo y su hija parecian de doce á catorce años; la hija era muy blanca; en sus facciones, y particularmente en los ojos era muy semejante á las Chinas; su nariz era bien formada, y en nada se parecia á las de su nacion. Era de pequeña estatura, pero todas las formas de su cuerpo, y singularmente las manos eran muy graciosas y elegantes. Tenia las piernas y los pies demasiado gruesos, y perdia mucho de su hermosura por tener el cabello corto; pero sus modales eran muy dulces, y quando pedia alguna cosa, lo hacia con tanta gracia, que no era posible rehusarla nada. En vez de permanecer en la casa, nos paseamos por el bosque, tirando á los páxaros y recogiendo plantas. Los habitantes nos mostraron mas familiaridad y confianza que los de Huaheine, pero no nos importunaban con sus peticiones como los de Otahiti.

Despues de comer me paseaba yo con Oreo y su familia por la llanura; quando llegó Mr. Forster con una garza en la mano que habia muerto: Oreo no lo advirtió, pero su hija echó á llorar por la muerte de su *Eatua*, y huyó lejos de Forster, que iba á acariciarla. Su madre y la mayor parte de las mugeres que la acompañaban, mostraron mucha pena por este suceso, y Oreo em-

barcándose eu su canoa, nos rogó con mucha seriedad que no matasemos las garzas de su isla, dandonos permiso para matar todas las demas aves. No hemos podido averiguar la causa de su veneracion á estos páxaros; será sin duda la misma supersticion con que en otros paises se veneran otras aves, animales y culebras.

El dia 10, Oreo nos convidó á la representacion de una *heiva*: el espectáculo se executó en un terreno de unas veinte y cinco varas de largo y de diez de ancho, que mediaba entre dos edificios, paralelos uno á otro. El uno era una pieza espaciosa capaz de contener gran número de espectadores; y el otro una choza estrecha sostenida de unos maderos, abierta por un lado, y cerrada por el otro con esteras y mimbres. Uno de los extremos estaba cerrado con esteras y servia de vestuario á los actores: toda la escena estaba tapizada con tres esteras muy anchas, muy bien trabajadas, con rayas negras á los extremos. En la parte abierta de la choza pequeña vimos tres tambores de varios tamaños, esto es, tres troncos de árboles huecos, y cubiertos con una piel de lobo marino: quatro ó cinco hombres que los estaban tocando solamente con los dedos, mostraban una destreza extraordinaria: el mayor de estos tambores de unos tres pies de alto, tenia uno de diámetro. Estabamos sentados en el

anfiteatro entre las mugeres mas bellas de la isla, quando se presentaron las actrices: una de ellas era Poyadua, hija del Eri Oreo, y la otra una joven alta y bien hecha, de facciones muy agradables y de bello color. Sus trages, muy diferentes del ordinario, consistian en una pieza de tela negra del pais ó de paño azul de Europa, recogida con gracia por el cuello: una especie de saya listada de roxo y blanco pendia desde la cintura hasta los pies; una tela blanca arrastrando por todos lados parecia que debia impedir todos sus movimientos: sus cuellos, hombros y brazos estaban desnudos, sus cabezas adornadas con una especie de turbante, de unas ocho pulgadas de alto, formado de varias trenzas de cabellos, que llaman *tamu*, colocadas unas sobre otras en círculos, que se ensanchaban èn la parte superior: en medio habia un hueco grande, lleno de gran cantidad de flores: la parte anterior de este turbante estaba adornada de tres ó quatro filas de florecitas blancas, que parecian estrellas, y sobre sus cabellos negros hacian el mismo efecto que las perlas. Empezaron á danzar al compas de los tambores, y segun parecia, baxo la direccion de un viejo que danzaba con ellas, y pronunciaba varias palabras, que segun el tono parecian una cancion. Sus posturas y gesticulaciones eran muy variadas, y á veces al-

go obscenas; el movimiento de sus brazos era muy gracioso, y la agitacion continua de sus dedos en extremo elegante; pero lo que nos ofendia mucho era la ridícula costumbre de torcer la boca de un modo tan estraño, que nos fue imposible imitarlas: la tuercen primeramente á un lado, y despues alargan de repente los labios con unas undulaciones que parecian convulsiones de algun accidente.

Despues de haber danzado como unos diez minutos, se retiraron al vestuario, y ocuparon su puesto cinco hombres vestidos de esterilla, los quales representaron una especie de drama, compuesto de una danza poco decente, y de una cancion en diálogo; á veces gritaban todos á un tiempo, pronunciando unas mismas palabras. Este diálogo iba acompañado de accion: uno de ellos se arrodilló, otro le dió de golpes y le mesaba la barba: repitió la misma ceremonia con otros dos, pero el quinto le asió y dió de palos. Despues se retiraron todos y el tambor dió la señal para empezar el segundo acto de la danza, que las dos mugeres executaron del mismo modo que el primero. Volvieron á salir los hombres; las mugeres ocuparon despues su lugar, y concluyeron el quarto acto. Sentaronse éstas para descansar, porque al parecer estaban muy fatigadas y sudaban mucho. La una de ellas, que era algo

gruesa y tenia buena tez, adquirió con la agitacion un colorido muy bello en sus mexillas como de carmin. La segunda hija de Oreo excitó la admiracion por su representacion, aunque se habia fatigado el dia anterior en danzar por mañana y tarde.

Entre estos Isleños hay otra danza, que executan los principales del pais: giran de un lugar á otro, pero no reciben ninguna paga de los espectadores como los baylarines ambulantes de Otahiti. En mi primer viage hablé de una quadrilla de estos juglares, compuesta de dos baylarinas, seis hombres y tres tambores: las mugeres llevaban en las cabezas sus turbantes ó *tamus*, bien dispuestos y adornados: tenian el cuello, hombros y brazos desnudos, el pecho tambien descubierto hasta la cintura: en los dos lados cerca de los sobacos hàbian puesto unos manojos de plumas negras: ademas llevaban á la cintura un ropage plegado que se levantaba sobre el vientre, y caia como un brial hasta los pies, los quales movian con tanta destreza como nuestros baylarines de opera. Los pliegues que se elevaban sobre la cintura eran listados de blanco y negro; y la ropa talar toda blanca.

Con este trage se mueven ácia un lado con pasos bien arreglados, siguiendo el compas de los tambores, los quales tocan con fuerza y viveza: despues hacen varios

movimientos de caderas, dando á su ropage una agitacion may viva, y continuan estos movimientos mientras dura la danza, aunque el cuerpo tome diferentes actitudes. Ya se mantienen derechas, ya se inclinan como para sentarse, ya se apoyan sobre las rodillas, ya sobre los codos, y al mismo tiempo menean los dedos con una agilidad que no se puede imaginar. Pero es preciso confesar, que la habilidad de las baylarinas y el placer de los espectadores provienen en gran parte de la lubricidad de sus posturas y gesticulaciones, que exceden á todo lo que se puede pensar.

El quince por la tarde nos dieron otro espectáculo: nos dexaron entrar en el vestuario, y vimos como se adornaban las mugeres; nos pidieron cuentas de vidrio, y nosotros tomamos el cuidado de adornarlas con ellas, de lo que se mostraron muy contentas. Entre los espectadores vimos las mugeres mas hermosas del pais: una de ellas se distinguia por su blancura muy superior á todo lo que habiamos visto en las islas. El color de su rostro parecia al de la cera blanca algo pálida, pero mostraba gozar de buena salud: sus bellos ojos y sus cabellos negros formaban tal contraste con su blancura, que excitó nuestra admiracion. Su hermosura la grangeó muchos regalos de nuestra parte, y esta liberalidad la hizo

tan importuna que todo se la antojaba. Viendo que uno de los nuestros tenia un candado pequeño en la mano, se lo pidió con la mayor instancia; él se resistió, pero al cabo se lo puso en la oreja, asegurandola que aquel era su lugar. Quedó al pronto muy contenta, pero como pesaba demasiado, le rogó que lo abriese y se lo quitase: él tuvo la crueldad de arrojar la llave para castigarla de su importunidad: esto la afligió tanto, que echando á llorar, nos fue suplicando á todos la librasemos de aquella molestia. Al cabo se lo quitó, con lo que se sosegó el llanto y pena de la pobre Isleña: esta malignidad de nuestra parte produxo muy buen efecto, pues las demas mugeres no volvieron á importunarnos.

Algunas circunstancias, que acaecieron al dia siguiente, manifiestan la timidez de esta nacion. Estrañé que ningun Isleño venia á bordo: como dos marineros de *la Aventura*, faltando á mis ordenes, habian dormido en tierra, presumí que los Isleños los habrian despojado, y recelarian acercarse á nosotros temiendo el castigo. Para salir de dudas, fui en compañia del Capitan Fourneaux á casa de Oreo, donde no encontramos á nadie, porque habia huido con toda su familia, y todo aquel contorno estaba desierto. Vinieron los dos marineros, y dixeron que los Isleños los habian tratado bien,

pero que no sabian el motivo de su huida precipitada. Algunos de los que se atrevieron á acercarse á nosotros, nos dixeron que nuestros fusiles habian muerto á muchos de ellos y herido á otros, mostrando los parages por donde les habian entrado las balas. Esto me hizo temer mucho acerca de la suerte de los mios que habian ido á Tajaa; para saber lo cierto, resolví ir á estar con el mismo Eri, navegando en la chalupa ácia el lugar en que me dixeron se hallaba. Vimosle en una piragua, y desembarcó antes de que pudiesemos alcanzarle: corrimos tras él, pero se habia emboscado en lo interior del pais. Uno de los muchos Isleños que acudieron, se ofreció á llevarme acuestas; pero como todo esto me parecia muy misterioso, y me hallaba sin armas, no quise dexar la chalupa, siguiendo en ella mi camino para buscar á Oreo. Llegué á un parage en que nuestra guia me dixo estaba el Eri: salió á recibirme una muger de edad abanzada, de un aspecto venerable, que era muger del xefe; arrojose á mis brazos, y empezó á llorar tan amargamente, que no me fue posible arrancarla una palabra. Acompañado de esta muger encontré al Eri sentado á la sombra de una casa, delante de la qual habia una espaciosa plazuela, y en ella gran número de Isleños. Luego que llegué, me abrazó y echó

á llorar; todas las mugeres y algunos hombres lloraron tambien, haciéndose generales los lamentos. La admiracion me impidió acompañarlos en el llanto: pasose bastante tiempo sin que ninguno de ellos hablase palabra: en fin, despues de mil preguntas, lo unico que pude averiguar fue que el motivo de su terror pánico era la partida y ausencia de nuestras chalupas; creian que los Ingleses que iban en ellas habian desertado de los navios, y que yo usaria de medios violentos para recobrarlos. Luego que les aseguré que las chalupas volverian, se mostraron muy regocijados, y entonces confesaron que no habia habido ningun herido ni muerto de los nuestros ni de los Isleños: lo que despues se confirmó. No sé si aquella consternacion general tuvo algun fundamento, ni pude averiguar qué principio tuvo. Despues de detenerme una hora, me volví á bordo; tres Isleños me acompañaban, y al pasar por junto á la costa, decian á todos sus compatriotas que se habia restablecido la paz.

Al dia siguiente concurrieron los Isleños á los navios con la misma tranquilidad que antes: despues de almorzar fui en compañía del Capitan Fourneaux á visitar al Eri, á quien encontré sereno y alegre, y vino á comer á bordo con algunos de sus amigos. Por la tarde volvieron de Tajaa nuestras

chalupas cargadas de platanos, fruta de que mas careciamos: los nuestros dieron vuelta á aquella isla acompañados de un Eri llamado Boba. Los Isleños los recibieron con mucha hospitalidad, les dieron posada y de comer; pero la segunda noche hubo un alboroto porque los Isleños los robaban: usaron del derecho de represalias, y de este modo recobraron la mayor parte de lo que habian perdido. (Sin duda este fué el origen del terror que se esparció entre los Isleños: quizá hubo algunas violencias de parte de los Ingleses, que las ocultaron á su Capitan, disimulándolas con la palabra *represalias.*)

Desembarcaron en una bella bahia, llamada *Ohamene*: el pais y sus habitantes eran del todo semejantes á las otras islas de este archipiélago. En general las producciones vegetales y animales son las mismas; algunas de ellas son mas ó menos abundantes en unas que en otras. Por exemplo, el arbol llamado manzano por los marineros (*spondias*) es muy comun en Otahiti, raro en extremo en Ulietea, en Huaheine y en Tajaa: las aves, que apenas se ven en Otahiti, son comunes en las islas de la Sociedad: las ratas que infestan á Otahiti á millares, no son tan comunes en Tajaa, mucho menos en Ulietea, y se hallan muy pocas en Huaheine.

Al ir á casa de un Eri, llamado Otah, encontraron una gran tropa de Isleños que

iban á una *heiva* : vieron á lo lejos una muger vestida de trage extraordinario, todo negro : dixeronles que estaba cumpliendo con las ceremonias funerales , y llorando á un difunto. Encontraron al Eri, que era un anciano venerable, sentado en un banquillo de madera, del qual ofreció la mitad á Mr. Forster. Dieron principio á la danza tres muchachas , la mayor de las quales no pasaba de diez años , y la mas pequeña no tenia mas que cinco. La música se componia, segun su costumbre , de tres tambores ; y en los intermedios de la danza tres hombres representaron una especie de drama , que se reducia á una pantomima, en que se representaban unos estrangeros durmiendo , y unos ladrones que sutilmente los robaban.

Durante la representacion , atravesaron por entre el concurso algunos Isleños , que se dirigian de dos en dos ácia la casa , pero se detuvieron á la entrada. Estaban bien ataviados ; traian unos cinturones roxos , y en las cabezas unas trenzas de cabellos que se las rodeaban : toda la parte superior del cuerpo estaba desnuda y ungida con aceyte. Algunos de ellos eran hombres hechos , y los otros muchachos : Otah los llamaba *Edideos*: los nuestros los tuvieron al pronto por plañideros. Cubrieron el terreno á la entrada con una pieza de tela , la qual quitaron despues y se la dieron al tambor. Uno de los tambo-

res trabó pendencia con un Isleño, se arrancaron los cabellos, y se dieron recios golpes; para que no se interrumpiese el espectáculo, substituyeron otro tambor, y los dos combatientes fueron echados de la casa. Al fin de la danza volvieron á entrar por entre los espectadores los *Edideos*, pero permanecieron en pie sin hacer ninguna ceremonia particular.

A lo largo de la costa enfrente de la casa del Eri habia gran número de piraguas en fila; en una de ellas, cubierta con un toldo, habia un cadaver, cuyas exêquias celebraban. Los nuestros tuvieron que colocar sus chalupas algo mas lejos, y durmieron á bordo. Al dia siguiente doblaron el cabo septentrional de la isla, siempre acompañados de Otah, y en el camino vieron algunas islas baxas dentro del arrecife, cubiertas de palmas y otros árboles. Adquirieron excelentes bananas, y comieron cerca de la casa del Eri principal de la isla, llamada Boba, que la gobernaba en calidad de Teniente de Opuni, Rey de Porapora, que á la sazon estaba ausente de la isla. Despues de comer les hurtaron un saco, en que llevaban clavos, espejos, y cuentas de vidrio. Los Oficiales resolvieron usar de represalias para precisar á los Isleños á la restitucion; dieron principio á ellas cogiendo un cerdo, conchas de nacar, y algunas telas; mas para esto fue pre-

ciso amenazarles con las armas de fuego. Los nuestros se dividieron en dos quadrillas, la una guardaba las chalupas y efectos tomados á los Isleños, la otra se dirigió á lo interior de la isla á hacer otras presas mas considerables. El anciano Otah los seguia lleno de temor: los Isleños huian espantados, conduciendo sus cerdos á las montañas. El Oficial que mandaba esta tropa, disparó tres fusilazos para atemorizarlos: entonces un Eri, que tenia una pierna y un pie mostruosamente hinchados de erisipela, vino á ofrecerles sus cerdos y todas sus telas. Pickersgil pasó á la casa de Boba, donde cogió dos escudos y un tambor. Otah se separó de ellos y volvió bien pronto con el saco hurtado, la mitad de los clavos y las cuentas de vidrio, que en él habia. Al dia siguiente dixeron á los Isleños que si restituian lo demas que faltaba, les volverian todo lo que les habian tomado: poco despues volvieron Otah y el Eri de la pierna hinchada, y traxeron la mayor parte de las cosas robadas, las quales encontraron escondidas entre los matorrales; con esto les restituyeron los cerdos, escudos y telas que les habian quitado. Pickersgill recompensó la fidelidad del Eri con algunos regalos: los géneros que habia recobrado le proporcionaron adquirir bananas en la bahia de Herura, y despues en otra llamada Apotopoto, donde habia una casa, la mayor que

habian visto en todas las islas de la Sociedad. Estaba llena de varias familias; parecia mas bien un edificio público para hospedar á los pasageros, como las *Caravanseras* de Oriente, que una casa particular.

Teniendo ya bastantes provisiones frescas á bordo de los navios, resolví hacerme á la vela, de lo qual dí aviso al Eri, quien me prometió visitarme antes de mi partida. Al dia siguiente Oreo, su hijo y algunos de sus amigos vinieron á bordo con muchas piraguas cargadas de frutas y de cerdos. Los Isleños nos decian: *yo soy tu amigo: toma un cerdo, y dame una hacha*; pero teniamos ya tantos á bordo, que no podiamos movernos en los dos navios, en los quales habria al pie de 400 cerdos. Algunos de ellos pesaban cien libras, los mas comunes eran de quarenta á sesenta libras: no es facil decir quántos pudieramos haber comprado si hubiera habido lugar para todos los que nos ofrecian. La hija de Oreo, que hasta entonces no se habia atrevido á visitarnos, vino á bordo, pidiéndome con muchas instancias una alfombra verde: no pude darsela, pero la hice otros regalos.

El Eri y sus amigos no se apartaron de nosotros hasta que nos hicimos á la vela: antes de darme el ultimo abrazo, me preguntó si volveria á la isla, y quánto tardaria en volver; pregunta que me hacian todos los

dias otros Isleños. Gran número de habitantes de Ulietea se ofrecieron voluntariamente á seguirme : tuve por conveniente admitir á un joven de unos diez y ocho años, llamado *Edideo*, natural de Porapora, y pariente cercano de Opuni, Eri de aquella isla.

Como en la relacion de mi primer viage he hablado con extension de las producciones de estas islas, de los usos y costumbres de sus habitantes, no me detendré ahora en esta materia sino para referir nuevos hechos, ó corregir los errores en que haya podido incurrir.

Tenia yo bastante motivo para juzgar que en sus ceremonias religiosas sacrifican víctimas humanas. Fui un dia con el Capitan Fourneaux á un morai en Matavai : nos acompañaba, como siempre, uno de nuestra tripulacion, que entendia bien la lengua del pais, y ademas iban con nosotros algunos Otahitinos. Encontré un *tupapu*, sobre el qual habia un cadaver y algunos manjares. Hice varias preguntas relativas á los objetos que veiamos: si los platanos se destinaban para el Eatua : si sacrificaban al Eatua cerdos, perros, aves &c. Uno de los Isleños que mostraba buen talento, me respondió que sí. Preguntele si sacrificaban hombres al Eatua? Respondiome, que sacrificaban á los malvados, *Tiparrahi*, dandoles golpes hasta matarlos. = Y matais tambien á los bue-

nos? = No. = Sacrificais los Eries? = No por cierto: ellos tienen cerdos para darlos al Eatua; no matamos sino á los malvados. = Sacrificais al Eatua los *Tutus*, esto es, los esclavos, que no tienen cerdos, pero que son buenos? = No sacrificamos sino los malvados." Todas sus respuestas á otras muchas preguntas que le hice, venian á reducirse á que algunos hombres por ciertos delitos son condenados á ser sacrificados al Eatua, si no tienen con qué rescatarse. De aquí infiero, que en ciertas ocasiones tienen por necesarios los sacrificios humanos, y que eligen por víctimas á los que destinados á la muerte por las leyes del pais, son tan pobres y de la clase infima, que no tienen para rescatarse.

El Isleño á quien hice estas preguntas, hizo todos los esfuerzos para explicarme el por menor de esta costumbre; pero no sabia yo bastante la lengua para comprehenderlo todo. Omai me ha dicho despues que sacrificaban hombres al Sér Supremo: segun él, la eleccion de las víctimas depende del capricho del supremo Sacerdote, que en las juntas solemnes se retira solo á lo interior del edificio llamado *casa de dios*, y permanece allí algun tiempo. Al salir anuncia que ha visto y hablado al gran Dios (privilegio de que él solo goza) quien pide una víctima humana, y que ésta ha de ser N., con-

tra el qual el Sacerdote probablemente tendrá algun odio. Al punto matan al infeliz, el qual perece víctima de la ojeriza del Sacerdote, quien sin duda tendrá la habilidad de persuadir que el muerto era un malvado. (Acerca de esta bárbara costumbre ya se ha hablado largamente en la relacion de nuestros Misioneros con motivo de la enfermedad de Vegiatua.)

El licor que hacen de la planta llamada *ava*, se exprime de la raiz y no de las hojas, como dixe en mi primer viage. El modo de prepararlo es tan sencillo como asqueroso para un Europeo. Varias personas mascan esta raiz hasta ablandarla, y despues la echan en un mismo plato de madera ú otra vasija: luego que han mascado una cantidad suficiente, echan agua en ella. Desleido así el zumo, le cuelan por una tela fibrosa; y sin mas preparacion se bebe, porque siempre hacen este licor al tiempo de gastarlo. Tiene un saborcillo á pimienta, pero desabrido: aunque esta bebida embriaga, no he visto que produxese este efecto sino en una ocasion, porque los Isleños la beben con móderacion. Mascan con frecuencia esta raiz, asi como los Europeos el tabaco, y se tragan la saliva; muchos de ellos la mascaban en nuestra presencia. Los habitantes de Ulietea cultivan gran porcion de esta planta, pero poca los Otahitinos. Me parece que se cria

en todas las islas del mar del Sur, y todos los Isleños hacen de ella el mismo uso, porque le Maire dice que los Isleños de *Horn* sacan de una planta un licor del modo que acabo de explicar.

Los que han representado á las Otahitinas y á las demas Isleñas de la Sociedad como faciles á conceder sus favores á todos los que las pagan, las han echo una grande injusticia. Tan dificil es en este pais como en el que mas, el conquistar una casada, y aun las solteras, exceptuando las de la clase infima: aun entre éstas hay algunas muy honestas. No hay duda que hay prostitutas como en los demas paises; quizá su número es mucho mayor, y éstas eran las que venian á los navios y á las tiendas: pero no es justo comprehenderlas á todas baxo una misma regla, así como seria una suma injusticia el hacer juicio de todas las Inglesas por las que se ven á bordo de los navios en nuestros puertos, ó por las que frecuentan los Baños de Covent-Garden, ó de Drury-Lane. Es verdad que como usan de tan gran desenvoltura todas ellas en sus palabras y acciones, no es estraño que los estrangeros las hayan acusado de libertinage.



CARTA CCLXXXXIII.

Islas de los Amigos.

Luego que nos hicimos á la vela de Ulietea, me dirigí por distinto rumbo de los primeros navegantes, para entrar en el paralelo de las islas de *Midelburg* y de *Amsterdán*. Edideo, que se habia embarcado con nosotros, se mareó: como se descubria aun el pico de Porapora, nos dixo: yo he nacido en esta isla, y soy pariente cercano de Opuni, el gran Rey que ha conquistado á Tajaa y á Ulietea. Nos dixo tambien que su verdadero nombre era Mahine, pero que lo habia trocado por el de Edideo con un Eri de la isla de Inao, uso comun en todas las islas, como ya he dicho. Opuni se hallaba á la sazon en Morua, delante de la qual pasamos por la tarde: esta isla se compone de una sola montaña de figura cónica, que se eleva en punta; y segun lo que nos dixeron en Ulietea, sus producciones son las mismas que las de las demas islas de aquel archipielago.

Nuestro Isleño se mejoró al dia siguiente: comió un pedazo de un delfin, que habian cogido los marineros, y pesó veinte y ocho libras. Se le propuso á Edideo guisar-

le su pedazo, pero nos aseguró que sabia mejor crudo: diosele un vaso lleno de agua del mar, en la qual mojó la carne como en una salsa, y lo comió con mucho gusto: en vez de pan mordia alternativamente en una bola de *mahei* ó masa agria de fruta de pan. Antes de sentarse á comer, separó dos pedacitos del pescado y del *mahei*, que ofreció al Eatua, pronunciando al mismo tiempo ciertas palabras, que creimos serian alguna oracion. La misma ceremonia hizo dos dias despues al comer un pedazo de tiburon crudo, lo que prueba que sus compatriotas creen en la divinidad.

El 27 de Septiembre descubrimos una tierra compuesta de tres ó quatro isletas: tienen figura triangular, y unas seis leguas de circuito. Estan cubiertas de árboles, entre los quales se descubrian muchos cocoteros. Con nuestros anteojos descubrimos que la costa era arenosa, pero con algunos pedazos de verdura. No vimos apariencia de habitantes, y creo que no los hay.

El primero de Octubre de 1773 descubrimos la isla de *Midelburg*, adonde arribamos el dia siguiente. Veiamos llanuras al pie de las montañas, y plantíos de bananas, cuyas hojas hacian un bello contraste con las varias tintas de verde mas obscuro de otros árboles, y principalmente de los cocoteros, cuyo verdor estaba amortiguado por causa

del invierno. Como aun era muy debil la luz del dia, vimos algunos fuegos entre los bosques, y poco á poco descubrimos á los Isleños que marchaban á lo largo de la costa. Los collados, menos elevados sobre el nivel del mar que la isla de Wight, estaban adornados de grupos de árboles, separados unos de otros: los intervalos parecian cubiertos de hierba. Bien pronto los Isleños botaron al mar sus piraguas, y bogaron ácia nosotros. Uno de ellos subió á bordo, y nos presentó una raiz de *ava*; despues de habernos tocado en la nariz con ella en señal de amistad, se sentó sobre el puente sin hablar palabra. Yo le ofrecí un clavo, y al punto levantandolo sobre la cabeza dixo *sagafetai*, que nos pareció expresion de agradecimiento. Estaba desnudo hasta la cintura, de la qual le colgaba hasta las rodillas una pieza de tela semejante á las de Otahiti, pero barnizada con un color pardo y una cola fuerte que la hacia tan dura y capaz de resistir á la lluvia cómo un encerado. Era de mediana estatura, y de color bazo como el de los Otahitinos ordinarios; sus facciones eran agradables y regulares. Tenia cortada la barba, los cabellos negros y crespos con rizos pequeños, y quemados por las puntas. En cada uno de sus brazos se veian manchas circulares del tamaño de medio duro, compuestas de varios circulos concentricos de puntos impre-

sos en la piel al modo de los Otahitinos, pero no eran negros: tambien tenia otras picaduras negras en lo demas del cuerpo. En cada agujero de las orejas tenia colgado un cilindro pequeño, y en la mano izquierda le faltaba el dedo meñique. Se mantuvo en silencio por largo rato; pero otros Isleños que llegaron despues, fueron mas desembarazados, los quales despues de hecha la ceremonia de estregarnos la nariz con la suya, nos hablaron en una lengua de que nada comprendimos.

Era grande su algazara: cada qual mostraba lo que traia de venta gritando para que se lo comprasen. Su lengua no es desagradable, y su habla era una especie de canto. Entre los demas que subieron á bordo habia uno que parecia xefe por la autoridad que exercia sobre los otros; dile una hacha, algunos clavos y otras bujerias que le causaron el mayor placer, y de este modo me grangeé la amistad de este xefe llamado *Tiuni*. Admiraba mucho nuestras telas y lienzos, pero despues dió la preferencia á nuestros instrumentos de hierro. Su continente era muy desembarazado y resuelto, pues entró sin ningun recelo en todas las partes del navio adonde le conduciamos.

Embarqueme con varias personas de las dos tripulaciones en dos chalupas, acompañado de Tiuni, quien nos conduxo á una ca-

leta, donde habia un buen surgidero, y los navios estaban seguros. Al llegar á la costa, una multitud de Isleños nos recibió con grandes aclamaciones: todos tenian palos ó alguna otra arma en la mano, pero con muestras pacificas. Se atropellaban tantos al rededor de nuestras chalupas, ofreciendo telas de su pais, esteras &c. en cambio de clavos, que por largo rato no pudimos desembarcar. Mostraban mayor afan en dar que en recibir, y los que no podian acercarse bastante, arrojaban por encima de las cabezas de los otros piezas enteras de telas, y se retiraban sin pedir ni esperar nada en cambio.

Gran número de hombres y mugeres del todo desnudos, nadaban al rededor de nuestras chalupa, mostrando en las manos anillos de concha de tortuga, anzuelos de nacar &c. que querian vendernos. En fin el xefe hizo abriesen camino par desembarcar, y nos sacaron de las chalupas en hombros. El xefe nos conduxo á su casa, situada agradablemente á unas trescientas varas del mar en un prado ameno á la sombra de unos árboles. En frente se veia el mar y los navios anclados; detras y á los lados se descubrian frondosos plantios que anunciaban la fertilidad y la abundancia. En un ángulo de la casa habia un vallado movible de mimbres, y segun las señas inferimos que servia para se-

parar sus dormitorios. El suelo estaba cubierto de esteras, sobre las quales nos sentamos; los Isleños sentandose fuera de ellas formaron un círculo al rededor. Yo habia hecho venir nuestros músicos, y les mandé tocar: el xefe mutuamente mando cantar á tres mugeres jóvenes, y lo executaron con mucha gracia. Las demas, viendo que habiamos regalado á estas, echaron á cantar todas. Su canto era armonioso; nada tenia de desentonado ni desagradable como el de los Otahitinos. Las cantarinas llevaban el compas castañeteando con el dedo de enmedio sobre el pulgar, como los aldeanos Españoles quando bailan. Su música es en tono menor: varían las quatro notas, sin baxar jamas de *la*, ni subir de *mi*. Durante este concierto, percibimos una suave fragancia, sin comprender por el pronto de donde provenia; pero descubriendo despues detras de la casa unos árboles frondosos de la especie de naranjos, y cubiertos de flores blancas, no dudamos que provenia de ellos. Poco despues nos presentaron fruta de estos árboles.

Despues de haber estado allí algun tiempo, pedimos que nos conduxesen á uno de los plantios cercanos, en donde el xefe tenia otra habitacion. Dieronnos de comer bananas y cocos, y para beber un licor que extraxeron en nuestra presencia del zumo del *ava*. Presentaronnos raices para que las mas-

casemos, pero escusandonos nosotros de tener parte en aquella operacion, ellos lo hicieron por nosotros. Luego que hubieron mascado bastantes raices, las echaron en una gran vasija de madera, derramando agua encima; quando el licor exprimido estuvo á punto de poderse beber, plegaron unas hojas verdes, formando de ellas unas especies de copas bien capaces. A cada uno de nosotros dieron una de ellas llena; yo fuí el unico que la probé, porque el modo de prepararla habia causado nausea á mis compañeros. Sin embargo, la vasija fue desocupada bien pronto, porque hombres y mugeres no cesaron de llenar sus copas hasta apurarla: observé que no se servian dos veces de una misma copa, y que ninguno bebió en la de otro.

Esta casa estaba situada en la extremidad del plantio, el qual exâminamos atentamente: delante habia una especie de patio, en donde nos sentamos. Unos árboles frutales esparcian sus frondosas ramas al rededor, y formaban una sombra deliciosa. Los Isleños acababan de recibirnos en la costa con la mayor amistad; una nacion que hubiese conocido nuestras buenas intenciones, no nos hubiera recibido con mayor cordialidad. Estos amables Isleños jamas habian visto ningun Europeo; solamente por tradicion podian acordarse de que estuvo allí Tasman.

Su conducta manifestaba un carácter franco y generoso sin ninguna desconfianza: las mugeres por su parte nos hicieron no menores caricias, dandonos á entender con sus miradas alagueñas y su dulce sonrisa el placer que las causaba nuestra venida.

Mientras algunos de los nuestros examinaban las cercanias de la casa del xefe, dí un paseo hacia lo interior; y he aquí lo que observé. Un vallado de cañas entretexidas diagonalmente y de muy bella vista rodeaba los dos lados del prado: se entraba al plantio por dos puertas, compuestas de tablas, y con sus quicios. Nos separamos para registrar aquel bello pais, y á cada paso quedabamos encantados de lo que veiamos. Las puertas estaban dispuestas de modo, que por sí mismas se cerraban; los vallados cubiertos de zarzas, que producian unas flores de color azul celeste. Por todas partes veiamos jardines y habitaciones en los bosques; y recogimos muchas plantas que no habiamos visto en las islas de la Sociedad. Estos Isleños parecian mas activos é industriosos que los de Otahiti; en vez de seguirnos en tropas, nos dexaban andar solos, á no ser que les rogasemos nos acompañasen. Podiamos llevar los bolsillos abiertos, exceptuando los clavos; porque los estimaban tanto, que con dificultad resistian á la tentacion de hurtarlos.

Pasamos de este modo por mas de diez plantios ó huertas separadas con vallados, que se comunicaban unos con otros por medio de las puertas de que he hablado. A la extremidad de las huertas encontrabamos por lo regular las habitaciones, cuyos dueños estaban ausentes. Su atencion en separar con cercados el terreno supone un grado de civilizacion muy superior á lo que imaginabamos. Sus artes, manufacturas y música estan mas perfeccionadas que en las islas de la Sociedad; pero los Otahitinos tienen al parecer mas telas, mas opulencia y luxo, y habitaciones mas espaciosas y comodas. Pero si no gozan de los dones de la naturaleza con tanta profusion como los Otahitinos, á lo menos las disfrutan con mas igualdad.

Hombres y mugeres, jóvenes y viejos nos prodigaban las mas tiernas caricias: nos abrazaban, nos besaban las manos con el mas cordial afecto, las apretaban contra sus pechos, mirandonos al mismo tiempo con una expresion tan afectuosa que nos enternecia.

Sus cuerpos son bien proporcionados, y el contorno de sus miembros muy agradable: son mas membrudos que los Otahitinos, quizá porque hacen mas uso de sus fuerzas en los trabajos de la agricultura y en las artes. Sus fisonomias que son agradables, se diferencian de las de Otahiti en tener el rostro

mas prolongado, la nariz mas aguileña, y los labios menos gruesos. Por lo general, la estatura de las mugeres es algunas pulgadas mas baxa que la de los hombres, pero no son tan pequeñas como las mugeres de la clase ínfima de Otahiti y de las islas de la Sociedad. Desde la cabeza hasta la cintura sus cuerpos pudieran servir de modélo á los artistas; sus brazos y manos tienen toda la delicadeza de las Otahitinas; pero así como estas, tienen las piernas demasiado gruesas y anchos los pies. No advertimos aquella diferencia de color y de gordura que en Otahiti nos hacia distinguir á primera vista las personas de clase superior: el xefe que vino á vernos á bordo, tenia el mismo vestido que los demas del pueblo sin ninguna otra distincion; no reconocimos su superioridad sino por la obediencia con que executaban sus ordenes.

Tenian picada y pintada de negro la piel como los demas Isleños de aquellos mares; pero lo que estrañamos fue que se pican las partes mas delicadas del cuerpo: esta operacion debe ser muy dolorosa y peligrosa sobre el bálano. Entre los hombres que no estaban del todo desnudos, unos tenian un pedazo de tela al rededor de la cintura, y otros llevaban un vestido que se parecia mucho al de las mugeres, esto es, una pieza larga de tela, pintada en quadros. Muchos de ellos, en vez de telas, iban vestidos de unas esteri-

llas primorosamente labradas. Los hombres llevaban por lo comun una concha de nacar pendiente de un collar que les llegaba al pecho : las mugeres tenian tambien collares de varias sartas de caracolillos mezclados con dientes de pescados : la mayor parte de ellas tenian en cada oreja dos agujeros llenos de cilindros pintados y barnizados de roxo y otros colores , pero bien distribuidos.

Servianse de peines muy curiosos y adornados , de puas chatas , los quales tendrian unas cinco pulgadas de largo. Los hacen de una madera amarilla como el box ; las puas se traban con un entretexido muy curioso de fibras de coco , de color natural, ó teñidas de negro. Los banquillos que les sirven de almohadas, eran mas comunes que en Otahiti ; y ví gran número de vasijas de madera como platos, en los quales echan sus alimentos , y unas cucharas ó espátulas con que baten la masa de la fruta de pan. Son de una madera que llaman *de maza* , á la qual dan este nombre , porque de ella hacen sus armas todos los Isleños del mar del Sur.

Tienen mazas de todo géneros , y la mayor parte tan pesadas , que no podiamos levantarlas con una mano. La forma mas comun es la quadrada ; éstas tienen un

rhomboide en la extremidad, y el puño es redondo. Algunas eran llanas, puntiagudas, ó semejantes á una espátula: otras tenian unos mangos muy largos &c. En la mayor parte de ellas se veian figuras cinceladas, y como baxos relieves, obra que exîgirá un trabajo y paciencia increibles, faltándoles instrumentos de hierro. Sus dibujos eran muy notables por su regularidad; y la superficie estaba tan alisada como si tuviesen nuestros mejores instrumentos. Sus lanzas eran de la misma madera, y trabajadas con igual primor. La fábrica de sus arcos y dardos es muy particular: el arco, que tiene seis pies de largo, y un dedo de grueso, forma una ligera curbatura quando está floxo: en la parte convexâ tiene un surco hondo, en qual se mete la cuerda, y á veces es tan ancho, que cabe en él la flecha de bejuco de seis pies de largo, con una punta de madera dura. Quando quieren armar el arco, en vez de doblarle para aumentar la curbatura del arco, le estiran al reves, de suerte que queda enteramente derecho, y forma la curba por el lado opuesto. De este modo la cuerda no necesita jamas de estar tirante; la saeta adquiere bastante fuerza por la mudanza de la situacion natural del arco, y la reflexîon no es tan violenta que haga mal en el brazo. Nuestros ma-

rineros no conociendo el artificio de estos arcos, rompieron muchos por querer armarlos como los otros.

La inmensa cantidad de armas que vimos entre estos Isleños, no corresponde al caracter pacífico que anunciaba su conducta para con nosotros, ni tampoco al afan que mostraban por vendernoslas. Es probable que tengan desavenencias entre sí, ó que hagan guerra contra las islas vecinas: pero no pudimos averiguar por sus señas lo que hay sobre esto.

Nos vendieron todo lo que quisimos en cambio de clavos pequeños, y aun de cuentas de vidrio; pero acerca de éstas eran de diferente gusto de los Otahitinos, pues éstos preferian las transparentes, y los de esta isla de *Eauvi* no querian sino las de colores.

Vimos algunos Isleños cubiertos de una lepra de la peor calidad: una grande úlcera cancerosa, enteramente livida en lo interior y los labios de un amarillo brillante, consumia la espalda y los hombros de uno de estos Isleños. Vimos tambien una muger, cuyo rostro medio comido de cancer causaba horror: no la quedaba mas que un agujero en vez de narices; sus mexillas hinchadas vertian continuamente podre; sus ojos medio podridos estaban para saltarsele. Jamas he visto cosa mas horrible: sin embar-

go, estos enfermos mostraban muy poca pena por su infeliz estado; hacian sus cambios con la misma actividad que los demas, y nos ofrecian de venta varias provisiones.

A mediodia volvimos á comer á bordo con el xefe: sentóse á la mesa, pero nada comió, lo que era muy de estrañar, porque teniamos un lechoncillo asado. Despues de comer fuimos á tierra, y los Isleños nos recibieron en gran número como la vez primera. Hice una excursion á lo interior del pais: pasamos por unas bellas huertas, cercadas como ya he dicho. Llegamos á una senda entre dos vallados; vimos ñames, y bananas plantadas á los dos lados con tanta regularidad como en nuestros jardines. Esta senda iba á salir á una hermosa llanura de grande extension, cubierta de abundantes pastos: á la otra extremidad habia un paseo delicioso de una milla de largo, formado de quatro filas de cocoteros, que iban á parar á otra senda entre dos plantíos muy regulares. Por esta senda pasamos á un valle cultivado, donde se cruzaban varios caminos. Allí descubrimos un ameno prado cubierto de verde y menuda grama, y rodeado de árboles frondosos. En uno de los lados habia una casa sin habitantes, porque sin duda estarian en la playa. Sentamonos á dibujar aquel sitio encantador: respirabamos un ayre perfumado con los mas

exquisitos aromas: un vientecillo de mar alagaba nuestros cuerpos fatigados; gran multitud de paxarillos revolaban al rededor de nosotros recreándonos con su dulce canto, al mismo tiempo que se percibian á lo lejos los arrullos amorosos de las palomas en lo interior del bosque. Este ameno y apacible sitio nos recordaba los bosques encantados, en que los Poetas derraman todas las bellezas imaginables. En efecto, no se pudiera encontrar parage mas delicioso, si tuviese una fuente cristalina ó un arroyuelo; pero el agua es lo unico que falta á esta agradable isla.

Descubrí ácia la izquierda un paseo frondoso que conducia á otro prado, en cuyo extremo se elevaba una colina, encima de la qual habia dos habitaciones. Unos bejucos clavados en tierra á distancia de un pie unos de otros rodeaban la colina, y delante se veian algunos árboles *toas*. Los Isleños que nos acompañaban, no quisieron acercarse á ellas; pero nosotros marchando solos exâminamos con trabajo estas habitaciones, porque la extremidad del techo no se elevaba del suelo sino un palmo. En la una habia un cadaver, que hacia poco se habia depositado allí; la otra estaba vacía. Los árboles que habia delante, llamados *toa* en las islas de la Sociedad, sirven en la de Midelburg así como en aquellas, para adornar los cemen-

terios. Su color pardo, sus ramas espesas y largas, cuyas hojas se inclinan tristemente ácia tierra, convienen á estos lugares melancólicos con tanta razon como el ciprés. Es probable que las mismas ideas que han consagrado este ultimo arbol para los sepulcros en Europa, hayan movido á estos Isleños á emplear el *toa* para el mismo uso. La colina en que estaban las chozas se componia de pequeños trozos de coral acumulados sin ningun orden.

Caminando adelante vimos otros plantíos tan agradablemente ordenados como los primeros, y casas de la misma especie. Nuestros Isleños nos hicieron entrar en una de ellas para que descansasemos, y nos traxeron cocos para refrescar.

En todo nuestro paseo no encontramos mas que algunos Isleños, que pasaron cerca de nosotros sin hacer mucho alto: la explosion y el efecto de nuestros fusiles no excitaron su temor ni admiracion: los unicos afectos que nos mostraban, eran el cariño y la cortesía. Las mugeres recatadas por lo general rechazaban con disgusto las solicitaciones de los marineros; sin embargo, algunas se mostraron mas libres, y los provocaban con acciones indecentes.

El 3 de Octubre fui á despedirme del xefe en compañia de algunos oficiales. Salió á recibirnos á la orilla; nos sentamos sobre

la yerba, donde permanecimos como media hora enmedio de una gran multitud de Isleños. Despues de haber presentado á este caudillo muchas semillas de hortalizas, le dimos á entender que nos marchabamos, lo que al parecer no le hizo ninguna impresion. Entró en nuestra chalupa con dos ó tres vasallos suyos para acompañarnos á los navios; pero viendo que *la Resolucion* estaba ya á la vela, llamó una de sus piraguas, y se volvió á tierra. Mientras estuvo á bordo con nosotros no cesó de hacer cambios de anzuelos por clavos, apropiándose todo el comercio; pero quando estaba en tierra no hizo jamas ningun cambio.

No pudimos conversar con estos Isleños sino por señas: sin embargo, recogimos gran número de palabras, y siguiendo los principios de la gramatica universal y la analogía de aquellos dialectos, observé que aquella lengua tiene grande afinidad con la de Otahiti é islas de la Sociedad. Omai y Edideo que se habian embarcado con nosotros, declararon al principio que no entendian aquella lengua; sin embargo, habiéndoles yo explicado la semejanza de algunas palabras, comprehendieron facilmente las modificaciones particulares de aquel dialecto, y hablaron con los Isleños mucho mejor de lo que nosotros pudieramos haber hecho al cabo de mucho tiempo de estar en

la isla. Este pais les agradaba en extremo, pero bien pronto conocieron sus inconvenientes, y nos advirtieron que habia poca fruta de pan, pocos cerdos y aves, y ningun perro. Por otra parte gustaban mucho de la abundancia que habia de cañas de azucar, y de aquella pimienta de que hacen su brebage para embriagarse, de que ya he hablado.



CARTA CCLXXXXIV.

Isla de Amsterdan.

De Midelburg pasamos á la isla de Amsterdan. Luego que descubrimos la costa Occidental, vinieron á encontrarnos varias piraguas, cada qual con tres hombres. Los Isleños se acercaron sin temor á los costados de los navios: presentaronnos algunas raices de *ava*, y subieron á bordo sin mas ceremonia: nos convidaban con todas las señales de amistad que pudieron imaginàr, á que fuesemos á su isla, mostrándonos un fondeadero, segun pudimos comprehender. Despues de dar algunos bordos, fondeamos en la rada de *Van Diemen*, cerca del arrecife que rodea la costa. Se hallaban nuestros navios llenos de Isleños: unos habian venido en piraguas, otros nadando: traxeron telas, esteras, instrumentos, armas y adornos, que nuestros marineros compraron dando en cambio sus propios vestidos. Como la tripulacion quedaba muy desprovista por causa de este tráfico, prohibí comprar ninguna curiosidad. Esta orden produxo muy buen efecto, pues los naturales viendo que no queriamos sino comestibles, nos traxeron bananas y cocos en abundancia, con algunas aves

y cerdos, lo qual trocaron por clavos y telas de Europa, dando un cerdo ó una ave por un retazo viejo de nuestra ropa.

Adquirí algunos papagayos muy lindos, palomas y tórtolas muy mansas. Edideo por su parte compraba con la mayor ansia plumas roxas, que segun nos aseguraba, tenian un valor extraordinario en Otahiti, y demas islas de la Sociedad: las llevan por lo comun sobrepuestas en sus delantales de danzar, ó en las guirnaldas de hojas de bananas. Nos dixo con una ponderacion muy singular que la mas pequeña de aquellas plumas de dos ó tres dedos de largo bastaba para pagar el cerdo mas grande de su isla.

Desembarqué en compañia de varios Oficiales y de un xefe de la isla, llamado Atago, que se me habia aficionado desde el punto que entró en mi navio antes de fondear. Empleamos el dia en recorrer aquellos campos, y no volvimos á bordo hasta ponerse el sol: los navios estaban rodeados de piraguas, y los naturales nadaban al rededor de ellos con grande algazara. Gran número de mugeres retozaban por el agua como si fuesen animales anfibios: las persuadieron facilmente á subir á bordo, y no mostraron mas pudor que las prostitutas de Otahiti y demas islas de la Sociedad, vendiéndose á la torpeza de los marineros por qualquier vagatela. Sin embargo, su libertinage

no era general, y creo que ninguna casada tuvo parte en esta disolucion. Si hubieramos conocido la distincion de clases en esta isla como en la de Otahiti, es regular que no hubiesemos encontrado prostitutas sino en la clase infima.

Ninguna de estas mugeres se atrevió á permanecer en el navio despues de ponerse el sol, y se volvieron á tierra, como tambien la mayor parte de los hombres, á pasar la noche en un bosque inmediato á la playa. Encendieron muchas hogueras, y se les oyó hablar por la mayor parte de la noche. Sin duda, el afan de hacer cambios con nosotros no les dexó bastante tiempo para volverse á sus habitaciones, que estarian distantes. Nuestras mercaderias eran muy preciosas en su estimacion: daban con gusto una ave, ó un monton de fruta por un clavo que se metian en el agujero de la oreja, ó lo colgaban del cuello. Sus aves son de excelente gusto: por lo general su pluma es muy brillante con una mezcla agradable de amarillo y roxo. Nuestros marineros compraron algunas de estas aves para tener el bárbaro placer de verlas reñir unas con otras: despues de nuestra partida de Huaheine se habian divertido todos los dias en atormentar las pobres aves, cortándolas las alas, y excitándolas unas contra otras. Lograron que algunas gallinas de Huaheine peleasen con

tanto furor como los gallos de Inglaterra, pero no pudieron enfurecer hasta este extremo las gallinas de la isla de Amsterdan.

Quatro dias despues de nuestra llegada recibimos la visita de uno de los principales de la isla: dixeronnos que se llamaba *Kohaghi-tu-fallango*; *ko* es el artículo en estas islas y en la Nueva Zelanda, correspodiente al *o* y *e* de Otahiti. No puedo decir si éste era su nombre verdadero ó sus títulos; pero todos convinieron en que era *Erike*, ó *Eri* segun el dialecto Otahitino. Otras veces hablando de este Eri le llamaban *Latu-Nipuru*, de lo que inferimos que *Latu* significa algun título, porque Schoutten y le Maire reconocieron en 1616 que tenia esta significacion en las islas *de los Cocos*, *de los Traidores y de Horn*, situadas en estas cercanias, distantes solamente algunos grados al Norte. Los que confirma esta opinion es que los vocabularios que han formado los navegantes inteligentes, tienen mucha relacion con la lengua que se habla en la isla de Amsterdan, y hay una total conformidad en el caracter y usos de estos Isleños.

Encontré á este Erike sentado con una gravedad tan estúpida y afectada, que á pesar de lo que me habian dicho, le tuve por idiota, á quien el pueblo adoraba por alguna idea supersticiosa. Le saludé y hablé, pero no me contextó, ni hizo de mí el menor ca-

so, sin notarse en su fisonomia la menor alteracion. Iba á marcharme, quando un Isleño joven y despejado se empeñó en desengañarme, explicándose de modo que no me dexó duda de que aquel hombre era el Rey ó la principal persona de la isla. Ofrecile por regalo todo lo que tenia destinado para el xefe nuestro amigo: recibiolo, ó por mejor decir, permitió que lo colocasen al rededor de su persona, sin perder nada de su gravedad, sin hablar palabra, ni mover la cabeza. Permaneció constantemente como una estatua: dexele en aquella postura, volviéndome á bordo, y poco despues se marchó. Apenas llegué al navio, vinieron á decirme que el xefe habia enviado á la playa gran cantidad de provisiones, que consistian en veinte canastillos llenos de bananas asadas, en ñames y fruta de pan, y en un cerdo asado de unas veinte libras. Fuimos á recoger este regalo en una chalupa; los Isleños nos dixeron que aquello era un regalo del Erike de la isla para el Erike del navio: entonces acabe de creer la dignidad de aquel fatuo.

Entre los Isleños que le rodeaban, reconocimos un Sacerdote, que el primer dia de nuestro desembarco habia conducido á algunos de los nuestros á una especie de templo ó cementerio. Bebia una cantidad prodigiosa de aquel brebage de *ava*, que le

servian en copas pequeñas de hojas de bananas plegadas de un modo curioso : presentonos una copa de aquel asqueroso licor, y lo probamos por cortesia. Su mal gusto nos causó nauseas ; el tal Sacerdote bebia todas las noches tan gran dosis de él, que se embriagaba : por consiguiente no se debe estrañar que se le olvidasen sus preces quando se ponia á hacer oracion, que estuviese tan flaco, tan arrugado, y tuviese los ojos encendidos y la piel cubierta de lepra. Parecia tener mucha autoridad sobre el pueblo, y le seguia siempre gran número de criados, encargados de llenarle las copas. Se guardaba los regalos que le haciamos, en vez de que Atago y otros varios xefes daban á sus superiores todo lo que recibian de nosotros.

Acompañaba á este Sacerdote una hija suya, á la qual todos regalamos : tenia unas facciones muy regulares, y era mas blanca que la mayor parte de las mugeres de la isla, las quales la respetaban. La obediencia y sumision de esta nacion á sus xefes manifiesta que este gobierno, sin ser despótico, está muy lejos de ser popular. Esta observacion es comun á la mayor parte de las islas de la parte Occidental del mar Pacifico, pues las descripciones de Schoutten, Le Maire y Tasman estan de acuerdo con nuestras observaciones.

El recibimiento amistoso que se ha hecho casi generalmente en todas estas islas á los estrangeros, nos ha movido á darlas el nombre de *islas de los Amigos*. Es verdad que las chalupas de Schoutten fueron atacadas en las *islas de los Cocos*, *de los Traidores*, *de la Esperanza y de Horn*; pero estos ataques fueron poco considerables, aunque los castigó severamente este navegante Holandés, quien despues de la primera desavenencia con los Indios en la isla de Horn, permaneció sin embargo nueve dias en perfecta amistad con los Isleños. Tasman, veinte y siete años despues, descubrió varias islas á seis grados al Sur, de las que habia visitado Schoutten, y fue recibido con todas las demostraciones de amistad. Las islas vistas por el Capitan Wallis en 1767, á las quales dió el nombre de *islas de Boscawen y de Keppel*, son probablemente las islas de los Cocos y de los Traidores; pero su tripulacion no hizo otro mal á los Isleños que asustarlos con la explosion de un fusilazo. Mr. de Bougainville vió algunas de las islas las mas al Nordeste de este grupo, y en general reconoció en ellas el mismo caracter. Las llamó *Archipielago de los Navegantes* con bastante razon, pues varios navios habian estado en ellas. Desde el viage de Tasman ningun Europeo habia estado en la isla de

Amsterdan: durante el espacio de ciento y treinta años estos pueblos no han mudado de costumbres, caracter, usos, trages, modo de vivir &c. Si hubieramos entendido su lengua, habriamos podido adquirir noticias acerca de la tradicion que pueden haber conservado de los Europeos que estuvieron en su isla; pero aun tenian clavos de los que sin duda les dexó Tasman. Adquirimos uno muy pequeño y casi consumido de orin: compramos tambien algunas vasijas de barro del todo negras, cubiertas de grasa por lo exterior. Me pareció que estas vasijas serian monumentos del viage de Tasman; pero despues he tenido fundamento para creer que los Isleños las fabrican.

Fin del Quaderno LII.

EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO CINCUENTA Y TRES.

CARTA CCLXXXXV.

Caracter de los habitantes de las islas de los Amigos.

Puedo asegurar con Schoutten, Tasman, y Bougainville, que estos Isleños son muy diestros en hurtar. Tasman y Wallis observaron tambien el uso de cortarse el dedo pequeño; y segun las relaciones circunstanciadas de Schoutten y Le Maire, los naturales de la *isla de Horn* tenian tanta sumision á su Rey como los de *Tonga-Tabu.* Como acababan de experimentar la fuerza superior de los estrangeros, trataron á los Holandeses con el mayor respeto, y aun con abatimiento: el mismo Rey se postraba delante de qualquier soldado, y los xefes ponian sus cuellos debaxo de los pies de los estrangeros. Estas excesivas demostraciones de veneracion parece que anunciaban cobardia y baxeza; pero nosotros no hemos advertido en ellos ninguno de estos vicios. Su con-

ducta para con nosotros manifestaba ordinariamente una libertad y desembarazo, que proceden de la buena intencion.

Aquí, como en todas las sociedades humanas, hay algunas excepciones en el caracter general, y vimos con dolor ciertos vicios en algunos particulares. Habiendo yo y el Doctor Sparman entrado en los bosques para hacer descubrimientos de historia natural, disparé á un páxaro, y la explosion atrajo tres Isleños, con quienes conversamos en quanto lo permitia la escasa noticia que teniamos de su lengua. Sparman empezó á registrar entre unos matorrales, buscando la bayoneta que se le habia caido: uno de los Isleños arrastrado de una tentacion irresistible, se tiró á mí para quitarme las armas. Llamé al Doctor, y los otros dos Isleños huyeron, por no ser complices de este insulto: como estabamos luchando, se nos enredaron los pies en la maleza, y caimos ambos en tierra; pero el Isleño viendo que no adelantaba nada, y temiendo la venida de mi compañero, se levantó y echó á huir. Júnteme al punto con Sparman, y convenimos en que si habia habido perfidia de parte del Isleño, habiamos dado motivo á ella con nuestra imprudente separacion.

Volviendo á la playa, donde estaban aun los compañeros que allí habiamos dexado, vimos varios pelotones de Isleños sentados,

compuesto cada grupo de hombres y mugeres de todas edades, que nos parecieron familias separadas. Hablaban todos á un tiempo, sin duda de la venida de los estrangeros; varias mugeres se divertian cantando ó jugando á la pelota. Una joven que tenia unas facciones muy regulares, los ojos muy vivos, el cuerpo bien proporcionado, y lo mas singular, el cabello largo, negro y rizado, que le caia con mucha gracia sobre los hombros, estaba jugando con cinco guijarros muy redondos del tamaño de manzanas pequeñas; arrojabalos á lo alto sin cesar uno tras otro con tanta destreza, que los iba recogiendo uno por uno sin que jamas se le cayese ninguno de ellos. Las músicas cantaron en el mismo tono que en *Midelburg*; cada voz formaba una harmonía agradable, y á veces cantaban todas juntas en coro.

Aunque nunca ví baylar á estos Isleños, parece que conocen esta diversion, segun las gesticulaciones que hicieron al vendernos unos delantales adornados de conchas, plumas rojas &c. Estas gesticulaciones me dieron motivo para presumir que sus danzas son dramáticas y públicas, como las de las islas de la Sociedad, de que ya he hablado. Esta conjetura se confirma con lo que dicen Schoutten y Le Maire de las danzas de la isla de Horn.

En general parece que las costumbres y

la lengua de estos Isleños tienen mucha afinidad con las de Otahiti, y no seria estraño hallar semejanza tambien en sus diversiones. Todas las diferencias que se advierten entre las dos tribus, que parece han salido de un mismo tronco, provienen de la naturaleza y situacion diferente de estas islas. Las de la Sociedad estan llenas de bosques, y las cumbres de sus montañas cubiertas de selvas impenetrables. En las islas de los Amigos los árboles son mas raros, y el terreno, á lo menos el que registramos, está lleno de plantíos. De aquí se sigue naturalmente que las casas sean mas altas y capaces en el primer grupo de estas islas, y mucho mas pequeñas y baxas en el segundo. En las primeras hay inmensa multitud de piraguas, y las mas de gran magnitud; en las segundas hay pocas, y éstas pequeñas. Las montañas de las islas de la Sociedad atraen continuamente los vapores de la atmosféra, y muchos arroyos se despeñan de las alturas á los llanos, donde serpean mansamente hasta llegar al mar. Los naturales, que gozan de este regalo de la naturaleza, beben una agua saludable, y se bañan con tanta frecuencia, que ninguna mancha ni suciedad puede permanecer por mucho tiempo en sus cuerpos: por el contrario, un pueblo que no goza de esta ventaja, y que se ve reducido á usar del agua llovediza, corrompida ó estancada en algi-

ves ó depositos sucios, se ve precisado á recurrir á otros arbitrios para conservar alguna limpieza, y evitar varias enfermedades. Cortanse, pues, los cabellos y la barba, lo qual les dá una apariencia mas semejante á los Otahitinos, que la que tendrian, sino fuese por esto. Pero estas precauciones no bastan, porque no tienen ningun fluido para beber, y sus cuerpos estan muy sujetos á la lepra, á la qual contribuye mucho el uso que hacen del brevage de la raiz de *ava*. De aqui provienen aquellos cauterios que observamos en los rostros de casi todos los de esta tribu; esta estraña operacion debe de ser remedio para las enfermedades que padecen. El terreno de las islas de la Sociedad en las llanuras y en los valles es fertil, y los arroyos que lo riegan mantienen un grado de humedad conveniente, por lo que produce en abundancia todo género de vegetales, cuyo cultivo exîge poco cuidado. Esta profusion de la naturaleza es el origen de aquel luxo, que no se advierte en *Tonga-Tabu*. Aquí los peñascos de coral estan cubiertos solamente de una ligera capa de tierra, que con dificultad alimenta un corto número de árboles, á no ser que una abundante lluvia penetre y fecundice la tierra; el arbol de pan, el mas util de todos, no produce fruto, porque le falta la humedad. Los naturales, pues, trabajan mas que los Otahitinos; y he aquí por

que sus plantios son tan regulares, y sus haciendas estan divididas con tanto cuidado. De aquí proviene tambien el que aprecien mas sus provisiones que sus instrumentos, vestidos, adornos y armas, què sin embargo les cuestan mas trabajo y aplicacion. Conocian, y con razon, que sus alimentos son sus principales riquezas, y que no podrán suplir facilmente esta falta. El tener los cuerpos menos carnosos y los músculos mas fuertes que los de los Otahitinos, es conseqüencia del mayor uso que hacen de sus miembros. Se hacen industriosos á fuerza de costumbre, y quando no los ocupa el cultivo de los campos, emplean su tiempo en fabricar aquella multitud de instrumentos, que indican tanta paciencia y sagacidad. Este exercicio ha elevado sus artes á un grado de perfeccion superior á los Otahitinos: insensiblemente imaginan nuevas invenciones: han introducido la actividad aun en sus placeres y diversiones, y las animan con su jovialidad.

Su caracter de alegria no se altera por causa de su constitucion politica, que no es muy favorable para conservarlo. Sin embargo, el Rey de *Tonga-Tabu* no parece que exîge de ellos ningun tributo que los prive de las cosas de primera necesidad ni los haga miserables. Como quiera que sea, parece cierto, que su gobierno y religion, segun

podemos inferir por su semejanza con los Otahitinos, provienen de un origen comun, quizá de la metrópoli de donde proceden todas estas colonias. Estas ideas primitivas han admitido despues costumbres y opiniones diferentes, segun los caprichos de los pueblos, ó segun las circunstancias en que se han hallado. La afinidad entre sus lenguas es una prueba aun mas decisiva: la mayor parte de las cosas necesarias para la vida, los miembros del cuerpo, en una palabra, las ideas mas simples y mas universales se expresan en las islas de la Sociedad y en las de los Amigos con unas mismas palabras. No se halla en la lengua de *Tonga-Tabu* la harmonia sonora de la de Otahiti, porque los habitantes de aquella isla han adoptado la *f*, la *c*, y la *s*, de suerte que su lengua está mas llena de consonantes. Esta dureza se compensa con el uso frecuente de las líquidas *l*, *m*, *n*, y de las vocales *e*, *i*, y con una especie de tono cantante que usan aun en la habla ordinaria.

Mientras que los navios se aprestaban, fui á tierra con varios oficiales para corresponder con alguna expresion de agradecimiento al regalo que nos habia hecho el Erike. Al desembarcar encontré á Atago, á quien pregunté por el Rey, y se ofreció á conducirnos adonde estaba; pero no sé si por descuido ó por no entender lo que le preguntamos, erró el camino, llevándonos por uno muy

malo. Despues que hubimos andado algo, se paró, y hablando con otro Isleño, volvimos atras: poco despues vino el Erike acompañado de su comitiva. Luego que Atago le vió venir, se sentó junto á un arbol, rogándonos que hiciesemos lo mismo: el Erike se sentó tambien sobre un ribazo á unas quince varas de nosotros, y nos estuvimos mirando unos á otros por algunos minutos. Esperaba yo á que Atago nos llevase cerca del Rey, pero viendo que no se movia, fui con el Capitan Fourneaux á saludarle, y nos sentamos junto á él. Ofrecile una camisa, poniéndosela encima, algunas varas de tela encarnada, y otras vagatelas: su fisonomia y actitud manifestaban la misma estupidez que en la primera visita: mostraba no ver ni estimar nada de lo que le dabamos: tenia los brazos inmobles y colgando por los lados; ni aun los movió quando le pusimos encima la camisa. Dile á entender con palabras y señas que nos marchabamos de la isla; pero no se dignó responder á esto, ni á nada de lo que le preguntamos. Permanecí sin embargo cerca de él para observar sus acciones: se puso luego á conversar con Atago y con una vieja, que me pareció seria su madre. No comprehendí nada de su conversacion, pero observé que se reia á pesar de su gravedad afectada. Es imposible que este fuese su caracter, porque estos Isleños son naturalmente jovia-

les, y ademas el Rey era joven. En fin se levantó y se marchó acompañado de su madre y de otras dos ó tres personas.

En vano buscamos agua dulce en esta isla : el oficial que fue enviado á reconocer la bahia *Maria* y las islas baxas junto á la ensenada, halló su situacion conforme con lo que dice Tasman. En una de ellas, donde desembarcó, vió gran multitud de culebras de agua manchadas, las quales no hacen daño : en el sistema de Linneo se distinguen con el nombre de *colubri lati-caudati*. Nuestras investigaciones de historia natural no fueron inutiles en la isla de *Amsterdan* : entre otras nuevas plantas descubrimos una nueva especie de quina, que quizá será tan eficaz como la del Perú, y ademas varios páxaros desconocidos. Compramos algunos de ellos vivos : los Isleños parecen muy diestros en esta caza : pero no reconocimos que las palomas fuesen señal de distincion, aunque Schoutten lo afirma de la isla *de Horn*, donde hay la costumbre, así como en ésta, de llevar palomas sobre unos bastones encorbados.

Salimos de esta isla el dia 8 de Octubre de 1773 ; pero como llevabamos los navios llenos de frutas y otras provisiones, no nos alejamos mucho de la tierra hasta quedar algo desembarazados de ellas. Adquirí en esta isla ciento y cincuenta cerdos pequeños,

doble número de aves, y todas las ñames, bananas y cocos que cupieron en los navios. Si hubieramos estado mas tiempo, sin duda habriamos adquirido mas, lo qual prueba la mucha abundancia que proporciona á estos Isleños su industria.

Tasman fue el primero que descubrió estas islas en 1642—3, y las llamó *Amsterdan* y *Midelburg*; pero los naturales llaman á la primera *Tonga-Tabu*, y á la segunda *Eauvi*. Estan situadas á los 21 grados, 29 minutos, la una, y á los 21 grados, 3 minutos de latitud Austral, la otra; y segun las observaciones hechas en ellas entre los 174 grados, 40 minutos, y 175, 15 minutos de longitud Oeste.

Midelburg ó *Eauvi*, la mas meridional, tiene unas diez leguas de bogeo, y es tan alta, que se descubre á doce leguas de distancia. La mayor parte de las orillas de esta isla está cubierta de plantíos, principalmente por el Sudoeste y Nordeste. Lo interior está poco cultivado, aunque es muy propio para este efecto: sin embargo, estos campos heriales realzan mucho la hermosura del pais, porque se ve en ellos una mezcla agradable de cocoteros y otros árboles, con prados cubiertos de una yerba espesa: por todas partes se descubren plantíos y sendas que conducen á las varias partes de la isla con tan bello desorden que encanta.

Tonga-Tabu tiene la figura de un triángulo isosceles, cuyos lados mas largos tienen siete leguas, y los mas cortos quatro. Es casi de igual altura por todas partes, y tendrá de sesenta á ochenta pies de elevacion sobre la superficie del agua. Un arrecife de peñascos de coral, que se extiende fuera de la costa á unas cien brazas poco mas ó menos, la defiende del mar, como tambien á la otra: la fuerza de las olas se rompe en este arrecife antes de llegar á tierra. Tal es, con corta diferencia, la situacion de todas las islas del Trópico que conozco en estos mares, y de este modo la naturaleza las libra de las usurpaciones del mar, aunque la mayor parte de ellas no son mas que unos puntos en comparacion del vasto Océano

La isla de *Amsterdan* ó *Tonga-Tabu* está llena de plantíos: la naturaleza ostenta en ella sus mejores riquezas, como el *euru* ó arbol de pan, el cocotero, los platanos, los bananeros, los ñames, y algunas otras raices, la caña de azucar, y una especie de fruta que estos Isleños llaman *figheha*, y los Otahitinos *akuya*; en una palabra, se ven allí la mayor parte de las producciones de las islas de la Sociedad, y varias otras peculiares de éstas. Yo procuré aumentar sus vegetales, sembrando todo género de nuestras legumbres y hortalizas.

Las producciones y el cultivo de *Midel-*

burg son lo mismo que en la de *Amsterdan*, con la diferencia, que sola una parte de aquella está cultivada, y ésta lo está enteramente. Las sendas y caminos estan abiertos con tanta inteligencia, que es muy facil la comunicacion de una parte á otra. No se ven allí aldeas ni poblaciones: la mayor parte de las casas estan construidas en los plantíos sin mas orden que el que dicta la comodidad. Los edificios estan fabricados con primor, siguiendo el mismo plan que en las demas islas, y de los mismos materiales. Se ve comunmente delante de la mayor parte de estas habitaciones un terreno rodeado de árboles ó arbustos floridos, que esparcen la mas suave fragancia. Las vasijas de madera, las cáscaras de cocos, unos banquillos de quatro pies, son todos sus muebles. Sus vestidos y una simple estera forman sus camas. Adquirimos dos ó tres vasijas de barro, las unicas que vimos entre ellos: una de ellas parecia una bomba, con dos agujeros, el uno enfrente del otro; las otras dos se parecian á nuestros pucheros, y mostraban haber estado al fuego. Creo que las fabrican en alguna otra isla, porque no vimos mas que estas tres: no puedo suponer que las dexase allí Tasman, pues unos vasos tan frágiles no pudieran haber durado tanto.

Los cerdos y las aves son los unicos animales domésticos que allí observamos. Los

cerdos son de la especie de los demas de estas islas del mar del Sur; pero las gallinas son mucho mejores, del tamaño de las de Europa y de tan buen gusto. No vimos ningun perro, y creo que no tienen este quadrúpedo, porque deseaban con ansia los que teniamos á bordo. Dí á mi amigo Atago un macho y una hembra; el macho provenia de la Nueva Zelanda, y la hembra de Ulietea. Llaman á los perros *koris* ó *goris*, como en la Nueva Zelanda, lo que prueba que los conocen. Me parece que no hay ratas en estas islas; exceptuando unos lagartos pequeños, no vimos ningun otro quadrúpedo. Las aves de tierra se reducen á palomas, tórtolas, papagayos, varios páxaros pequeños y murcielagos en abundancia. No tenemos bastante noticia de las producciones marinas, pero se puede suponer que serán las mismas que en las demas islas. Los instrumentos para pescar son tambien los mismos, esto es, anzuelos de nacar, harpones con dos ó tres puntas, y redes de un hilo muy fino, texidas como las nuestras. Ninguna cosa demuestra mejor su industria que sus piraguas, que en el primor y delicadeza del trabajo exceden á todas las que he visto.

Sus instrumentos son de piedra, de hueso y de concha como en las otras islas; pero al ver las obras que con ellos hacen, causa admiracion su industria y paciencia. Aun-

que no conocen bien la utilidad del hierro, prefieren sin embargo los clavos á las cuentas de vidrio y á las demas buxerias: algunos de ellos daban un cerdo por un clavo grande ó por una hacha. La ropa vieja de Europa, los pedazos de paño, bueno ó malo, eran mas preciosos en su estimacion, que los mejores instrumentos de hierro que podiamos ofrecerles, de suerte que no adquirieron mas hachas que las que les regalamos; pero juntando los clavos que recibieron de las tripulaciones en cambio de sus géneros, deben tener mas de quinientas libras de ellos. No hallamos entre ellos ninguna otra cosa de hierro, sino un clavo pequeño, del qual habian hecho una alesna.

Así hombres como mugeres son de la estatura de los Europeos: su color tira á cobre, y es mas uniforme que en las islas de la Sociedad. Algunos de los nuestros pretendian que la raza de los Isleños de *Midelburg* y de *Amsterdan* es mas bella que la de Otahiti; otros eran de contrario parecer, y yo soy de estos ultimos. Su talle es bien dispuesto, sus facciones regulares: son vivos, alegres y dispiertos. En ninguna parte he encontrado mugeres mas joviales: venian á conversar junto á nuestros navios, sin que nadie las llamase: en viendo que alguno de los nuestros las escuchaba, hablaban continuamente sin cuidarse de si las entendian ó

no. Por lo general parecian modestas, aunque gran número de ellas eran disolutas, y yo tomé todas las precauciones posibles para que los nuestros no las comunicasen el mal venereo. Estos Isleños mostraron siempre gran propension á hurtar, y son tan diestros en las raterias como los Otahitinos.

Sus cabellos son por lo comun negros, principalmente los de las mugeres: algunos de ellos los tenian de varios colores, porque se echan unos polvos que los tiñen de blanco, roxo y azul. Ambos sexôs los usan cortos, y la mayor parte los levantan con un peine. Los muchachos los llevan muy cortos: solamente les dexan un mechon en lo alto de la cabeza, y junto á cada oreja. Los hombres se rapan la barba muy corta, operacion que executan con conchas. Conservan buena su dentadura hasta una edad abanzada. La costumbre de picarse la piel es general entre ellos: los hombres se pintan de este modo desde la mitad de los muslos hasta encima de las caderas: las mugeres no se pican sino los brazos y los dedos, y esto ligeramente.

El vestido de ambos sexôs es una pieza de tela ó de estera, rodeada á la cintura, que cuelga hasta mas abaxo de las rodillas: de medio cuerpo arriba andan desnudos, así hombres como mugeres, y parece que se un-

gen esta parte del cuerpo todas las mañanas. Mi amigo Atago lo hacia indefectiblemente todos los dias, pero no puedo asegurar si era por complacerme, ó por conformarse con la costumbre general: me inclino á esto ultimo, porque ví á otros muchos hacer lo mismo.

Los adornos comunes de ambos sexôs son amuletos, collares, y brazaletes de hueso, de caracoles, de conchas de nacar, de concha de tortuga &c. Las mugeres llevan en los dedos anillos de concha muy bien hechos, y en las orejas pedacitos de la misma materia del grueso de una pluma delgada: aunque todas tienen las orejas horadadas, por lo general no usan mucho de pendientes. Se adornan tambien á veces con un delantal hecho de las fibras exteriores de la cáscara del coco, sembrado de pedacitos de tela unidos de tal suerte, que hacen figuras de estrellas, de medias lunas, quadrados &c.: ademas lo guarnecen con conchas y plumas roxas, de suerte que el todo forma un conjunto agradable. Fabrican las mismas telas y del mismo modo que los Otahitinos, aunque no tienen tantas especies diferentes de ellas, y no son tan finas; pero su método de barnizarlas es mas durable, y resiste por algun tiempo á la lluvia, ventaja que no tienen las de Otahiti. Las tiñen de negro, encarnado, amarillo y roxo, sacando estos colores de los ve-

lo comun; otras mas groseras y fuertes, sobre las quales duermen, y tambien las emplean para velas de sus piraguas. Entre sus muebles utiles se deben contar los canastillos, unos de la misma materia que sus esteras, y otros de fibras de cáscara de coco. Son muy durables y hermosos; ordinariamente estan pintados de varios colores, y adornados con conchas y huesos. Sus obras muestran que tienen gusto en el dibujo, y que executan todo lo que intentan.

No sé qué diversiones tienen estos Isleños en sus ratos ociosos, porque vimos muy poco de esto en sus islas. Las mugeres nos divertian frecuentemente con canciones bastante agradables, y llevaban el compas con los dedos, como ya he dicho. Observamos que sus voces y música son muy harmoniosas, y que usan mucha variedad de notas: no vi mas que dos instrumentos músicos, una gran flauta de caña, que tocan con la nariz como en Otahiti, y otra compuesta de diez ó doce cañitas desiguales trabadas unas con otras, como la flauta dorica de los Griegos: la extremidad abierta de todas estas cañitas, sobre la qual soplan, es igual en altura, ó en una misma linea. Tienen tambien tambores, que se pueden comparar justamente á un tronco hueco: el que yo exâminé, tenia cinco pies y seis pulgadas de largo, y treinta pulgadas de circunferencia: de una extre-

midad á otra habia una hendidura de unas tres pulgadas de ancho, por la qual habian excavado lo interior. Dan golpes en los lados de este tambor con dos palillos, y produce un ruido sordo, que no es tan musical como el de un tonel vacío.

Su modo comun de saludarse es tocar ó estregar con su nariz la del sujeto á quien saludan, como en la Nueva Zelanda. Tremolan una bandera blanca en señal de paz para con los estrangeros; pero los primeros Isleños que vinieron á bordo de nuestros navios, traxeron algunas raices del *ava*, y antes de subir, las enviaban al navio, lo que es un testimonio aun mas solemne de amistad. Su franqueza quando subieron á bordo, y quando nos recibieron en tierra, me hace presumir que son poco frecuentes las disensiones domésticas y estrangeras que alteran su paz; sin embargo, tienen armas formidables, macanas, lanzas de madera muy dura, arcos y saetas. La forma de sus macanas es varia: sus arcos y saetas son muy imperfectos: algunas de sus lanzas son harponadas, y deben ser sus heridas muy peligrosas.

Tienen una costumbre muy singular: se ponen sobre la cabeza todo lo que se les dá, lo qual me pareció que es un modo de expresar su agradecimiento. Los exercitan en esta urbanidad desde su niñez, porque quando

regalabamos alguna cosa á los niños, las madres levantaban las manecitas de sus hijos sobre las cabezas. Practicaban esta costumbre aun en sus cambios con nosotros: levantaban siempre sobre sus cabezas las cosas que les vendiamos, como si fuesen regaladas. A veces exâminaban nuestras mercaderias, y si no les gustaban, nos las volvian, pero en poniendolas sobre la cabeza, ya estaba concluida la venta. Las mugeres con mucha frecuencia me asian la mano, la besaban, y la ponian sobre sus cabezas. De aquí infiero, que esta costumbre, que ellos llaman *fagafati*, tiene diferentes objetos segun las circunstancias, pero siempre es una demostracion de urbanidad. (En efecto, esta costumbre es bastante analoga á nuestras ideas, pues nuestros abuelos para expresar la mayor veneracion ó respeto á alguna persona ó cosa, decian que *la pondrian sobre su cabeza.*)

Observé que á la mayor parte de estos Isleños, así hombres como mugeres, les faltaba un dedo, y á veces dos. Esta mutilacion es comun entre las personas de todas clases, edades y sexôs; y exceptuando algunos niños, encontré muy pocos Isleños que tuviesen los dedos cabales. Sin embargo, esto es mas comun entre los viejos que entre los jóvenes; bien que encontramos un hombre de edad muy abanzada, á quien no faltaba nin-

gun dedo. Preguntamos la causa de esta costumbre, y no pudimos averiguar nada; pero despues supimos que lo executan en la muerte de sus parientes y amigos, como lo practican otras naciones Salvages.

No vi entre ellos enfermos, cojos, ni estropeados: parece que todos gozan de salud robusta, y que son fuertes y vigorosos: prueba de la bondad del clima.

He hablado muchas veces de su Erike, lo que supone que son gobernados por uno solo, bien que no estoy muy asegurado de esto. Nos mostraron la persona que era tenida por Monarca, y no tenemos motivo para dudar de ello: esta circunstancia, junta con otras varias, me hace presumir que su gobierno es lo mismo que el de los Otahitinos, esto es, que hay un Rey ó Xefe Soberano, llamado *Erike*, que tiene baxo de su mando otros Xefes ó Eries, que quizá son los unicos propietarios de ciertos distritos, á quienes el pueblo tiene mucho respeto. Noté otra tercera clase de xefes, que tenian mucha autoridad sobre el pueblo; mi amigo Atago era de este número. Me parece que todas las tierras en *Tonga-Tabu* pertenecen en propiedad a los particulares, y que hay, como en Otahiti, una clase de criados ó esclavos que no tienen propiedad ninguna. No es regular el suponer que todos los bienes sean comunes en un pais tan cultivado como este.

Como el interes es el principal resorte de la industria, pocos serian los que se tomasen el trabajo de cultivar, si no esperasen coger el fruto de su trabajo. Vi varias veces tropas de seis ó mas Isleños traer al mercado frutas á vender: un hombre ó una muger cuidaba de esta venta: no se hacia ningun cambio sin su consentimiento, y todo lo que dabamos por sus géneros pasaba á manos de esta persona; lo qual me hace presumir que seria la propietaria, y los otros sus criados. Aunque la naturaleza ha sido pródiga de sus riquezas con estas islas, sin embargo se puede decir, que sus habitantes se mantienen con el sudor de su frente. El grado de perfeccion en que han puesto el cultivo, debe haberles costado inmensos trabajos, pero ya se hallan recompensados con las ricas producciones que les suministra. A ninguno de ellos falta lo necesario para la vida: en sus rostros manifiestan el contento y felicidad de que gozan. En efecto, todas las clases de aquella nacion tienen una vida comoda y libre, pueden satisfacer todas necesidades, y viven en un clima en que no se padece frio ni calor en extremo. Lo unico que les ha negado la naturaleza es el agua dulce, la qual como está encerrada en las entrañas de la tierra, se ven precisados á abrir pozos muy hondos para procurarsela. No vimos mas que un pozo en a isla de *Amsterdan*, y ningun arroyo de

agua corriente : en *Midelburg* no vimos agua sino en las vasijas de los Isleños ; pero como era dulce y fresca , sin duda la tenian en la isla , y no lejos del parage en que habitaban.

Tengo tan pocas noticias de su religion , que casi no puedo decir nada sobre este particular. Los edificios llamados *afiatucas* , tienen sin duda alguna relacion con el culto : algunos de los nuestros juzgaron que estos no eran mas que unos cementerios; pero yo puedo asegurar por experiencia, que en estos lugares algunos Isleños revestidos de un caracter especial, pronuncian harengas estudiadas , que me parecieron oraciones. Me inclino á creer , que estos lugares son á un mismo tiempo cementerios y templos como en Otahiti , ó como en Europa : pero no creo que las estatuas groseras que allí vimos, sean ídolos á quienes den culto, porque Mr. Wales me informó que los Isleños le hicieron disparar un fusilazo á una de ellas que pusieron por blanco en medio de un campo.

Una circunstancia nos hizo conocer que los Isleños concurren con frecuencia á estas *afiatucas* , qualquiera que sea el motivo : aunque el grande espacio que hay delante de estos edificios , estaba cubierto de cesped , la yerba era muy corta : no parecia que la hubiesen cortado , sino que la

continuacion de pisarla y de sentarse en ella, no la dexaba crecer.

No es de presumir que en el espacio de quatro ó cinco dias hubiesemos adquirido noticias exâctas de su policía civil y religiosa, mayormente no entendiendo bien su lengua. Los dos Isleños que venian en nuestros navios, no pudieron al principio entender palabra de ella; pero luego que se familiarizaron con los naturales, hallaron que la lengua de éstos es casi la misma con corta diferencia que la de las islas de la Sociedad.



CARTA CCLXXXXVI.

Nueva Zelanda.

Á 7 de Octubre de 1773 dexamos las islas del Trópico, dirigiéndonos otra vez á la Nueva Zelanda, de donde habiamos salido quatro meses antes. En este tiempo atravesamos el mar del Sur por medianas latitudes en medio del invierno, y exâminamos un espacio de mas de 40 grados de longitud entre los Trópicos, refrescando las tripulaciones en Otahiti, en las islas de la Sociedad y en las de los Amigos por espacio de un mes. Acercabase la estacion de continuar nuestros descubrimientos por las altas latitudes meridionales; y los peñascos desiertos de la Nueva Zelanda debian servirnos segunda vez de asilo por todo el tiempo que fuese necesario para aprestar nuestros navios, á fin de poder arrostrar las tempestades y rigidez de los climas helados.

Luego que salimos de la Zona Tórrida, siguieron á los navios vandadas de páxaros marinos, que revolaban sobre las olas al rededor de nosotros. En la noche del 12 de Octubre pasaron cerca de nosotros varias *Medusas*, las que reconocimos por su res-

plandor fosfórico: eran tan luminosas, que la superficie del mar aparentaba estrellas mas brillantes que el firmamento.

El dia 25 avistamos la Nueva Zelanda por la parte que corre N. O. $\frac{1}{4}$ N. al O. S. O: yo deseaba mucho tener comunicacion con los habitantes de esta parte de la isla en las cercanias de las bahias *de Pobreza* y *de Tologa*, donde creo que estan mas civilizados que en el *canal de la Reyna Carlota*, para dexarles cerdos, gallinas, granos, raices, &c. de que me habia provisto.

Las costas son blancas y escarpadas por la parte del mar: descubrianse las fortalezas de los isleños, semejantes á nidos de águilas, sobre las cimas de los peñascos: veiamos á los naturales en la ribera, pero no se determinaron á venir á los navios. Llegamos mas abaxo de *Port-Land*, donde estuvimos á la capa por algun tiempo, esperando la llegada de la *Aventura*, y que los Isleños viniesen á bordo; pero aunque habia mucho número de ellos en la costa, no se movieron á venir, bien que lo impetuoso del viento no se lo hubiera permitido á la sazon. Luego que se nos unió *la Aventura*, doblamos el Cabo *Kinapers*, y fuimos costeando hasta cerca de *Black-Head*: salieron entonces algunas piraguas, y yo me puse á la capa para darles tiempo de acercarse, haciendo señal á *la Aventura* para que si-

guiese su camino, porque no queria yo detenerme mas que algunos momentos.

La primera piragua que nos abordó, no contenia mas que algunos pescadores, que nos vendieron peces en cambio de telas y de clavos: en la segunda venian dos Indios que por su trage y continente me parecieron Caudillos. Hicimosles subir á bordo, mostrándoles clavos y otros géneros; son tan apasionados á los clavos, que ninguna otra cosa se les puede ofrecer mas preciosa en su estimacion. Entregué al que me pareció el mas principal de los dos, los cerdos, gallinas, granos, y raices: él no creyó que fuese mi ánimo dexarselos, por lo que al principio no hizo de ellos mucho caso, hasta que no le quedó duda de que eran para él; y lo mas estraño fue, que un regalo tan considerable como éste, no le causó tanto gozo como un clavo grande que le dí. Sin embargo, observé que al marcharse exâminaba con placer los cerdos y gallinas que acababa de recibir: recogia estos animales unos junto á otros, cuidando de que no se los quitasen. Prometieron no matar ninguno, y si han cumplido su palabra, por poco cuidado que en su propagacion se haya puesto, toda la isla se hallará poblada de ellos en breve tiempo, porque le dexé dos puercas, dos verracos, quatro gallinas, y dos gallos: las simientes eran de las especies que

pueden serles mas utiles. Estos Isleños no se habian olvidado del *Endeavour*, pues lo primero que nos dixeron, fue que tenian miedo á los cañones, *matau no te pou pou.*

El uno de estos Isleños era de alta estatura y de mediana edad: tenia un vestido elegante de lino de la Nueva Zelanda, de una forma nueva para nosotros: sus cabellos, dispuestos segun la ultima moda del pais, estaban atados sobre la cabeza, ungidos con aceite, y adornados de plumas blancas. En cada oreja llevaba un pedazo de piel de un páxaro marino cubierto de vello blanco, y tenia el rostro picado con rayas curbas y espirales.

Nuestro Isleño de Porapora, Edideo, que no comprendió al principio la lengua de los Zelandeses como Tupia, sabiendo de nosotros que estos Isleños no tienen cocos ni ñames, fue á traer de estas frutas para ofrecerselas al Indio; pero habiéndole dicho nosotros, que aquel clima no era favorable para el cultivo de las palmas, no le regaló mas que ñames. Al mismo tiempo le hizo un discurso en que le explicó el valor y utilidad de los cerdos, aves y semillas que le habiamos dado. Luego que concluyó este razonamiento, el Zelandés en muestra de agradecimiento nos dexó su hacha de armas recien hecha, cuya cabeza bien grabada estaba adornada de plumas roxas y de pelo blanco de perro.

Los dos Isleños, antes de marcharse, nos dieron el espectáculo de una *heiva* ó danza guerrera: dieron patadas en el suelo, blandian sus macanas y lanzas, hacian contorsiones con el rostro, sacando la lengua, y bramando de un modo espantoso.

Habiendo yo descubierto sobre la costa Oriental del Cabo *Tierawhite* un nuevo paso que no ví en 1770, resolví reconocerlo, por lo que anclé en la bahia que se halla á su entrada. Las cercanias de esta bahia son unas montañas negras y peladas de grande elevacion, casi sin ningun arbol ni matas, cuyas largas puntas se avanzan al mar. La misma bahia parece se introduce mucho entre las montañas, y su direccion hace dudar si la tierra en que está el Cabo *Tierawhite* está separada de la isla *Eaeinomauvée.* Sin embargo del miserable aspecto de este pais, estaba habitado.

Apenas anclamos, vimos venir tres piraguas; no fue menester instar mucho á los Isleños para que pasasen á bordó subiendo tres ó quatro de ellos: de todo lo que se les presentó, los clavos fueron lo que mas les agradó. Sus vestidos eran muy sucios y pobres, á los quales daban el nombre de *boghee.* El humo que estan respirando continuamente en sus chozas, y un cortezon de inmundicia sobre sus cuerpos, que quizá no se han lavado jamas, oculta el verdade-

ro color de su tez, esparciendo sobre sus rostros un color de ollin. La estacion del invierno que iba acabándose, los habia precisado sin duda á alimentarse de pescado podrido, lo qual junto con el aceyte rancio con que se urgen el cabello, les comunicaba un hedor tan intolerable, que desde lejos los sentiamos y no podiamos sufrirlos.

Al dia siguiente llegamos al parage de donde habiamos salido cinco meses antes: al punto vinieron á visitarnos los habitantes, entre los quales reconocí muchos de los que habia visto en mi primer viage. Cada uno de ellos renovó las amistades que habia hecho anteriormente: los llamamos con sus nombres, lo qual les causó gran placer, persuadiéndose que los mirabamos con mucho amor, puesto que los teniamos tan en memoria. El tiempo estaba sereno, y hacia bastante calor para la estacion; sin embargo estos Isleños estaban cubiertos con sus mantas andrajosas, de que se visten por invierno.

Teiratu, aquel Caudillo conocido nuestro, era uno de los que vinieron á bordo: traia un vestido viejo, sin aquella esterilla bordada de pedazos de piel de perro: sus cabellos mal atados y sin peinar, estaban cubiertos de aceite hediondo. En una palabra, nos pareció que se habia convertido en un simple pescador, de xefe que era la otra vez. Apenas pudimos reconocerle baxo

aquel trage; pero al fin le hicimos algunos obsequios, y le regalamos algunos clavos. Nuestros instrumentos de hierro y las telas de Otahiti le parecieron tan preciosas, igualmente que á sus compañeros, que resolvieron establecerse cerca de nosotros para gozar con preferencia de las ventajas que les ofrecia nuestro trato, y quizá para robarnos todo lo que pudiesen.

Saltamos en tierra al dia siguiente, y tuvimos que abrirnos paso por entre un laberinto de bejucos enlazados de un arbol á otro. Edideo giró solo por entre aquella espesa maleza, y quedó muy admirado de encontrar gran número de páxaros diversos de agradable canto y de muy lindo plumage. Gran cantidad de otros páxaros chupaban las flores y arrancaban los tallos de las hortalizas que habiamos dexado sembradas en uno de los huertos: matamos muchos de ellos, y Edideo que jamas habia manejado ninguna arma de fuego, mató uno del primer tiro. Los sentidos de los hombres que no estan muy civilizados, son mas perfectos y finos que los nuestros, á quienes tantas causas nos los debilitan: de esto ya hemos visto mil exemplos entre los Salvages, y aun en Otahiti nos mostraban páxaros pequeños entre las ramas ó ánades entre espesos cañaverales, que nosotros no podiamos percibir.

El tiempo que era caliente y agradable facilitó nuestras investigaciones de historia natural, y por la tarde llevamos muchos páxaros á bordo. Fuimos á exâminar nuestros plantíos, y como habian estado abandonados á la naturaleza, los hallamos en un estado floreciente. Parece que el invierno es muy blando en esta parte de la Nueva Zelanda, pues el hielo no habia destruido las plantas que entre nosotros perecen por invierno. Los rabanos y nabos habian ya echado la simiente; las coles, zanahorias, cebollas y peregil se habian multiplicado y estaban en buena sazon: los guisantes y habas se habian perdido, porque sin duda se los habian comido las ratas. Las plantas naturales del pais no estaban tan adelantadas; los arboles y arbustos empezaban á echar hojas; pero el lino del pais estaba en flor con algunas otras plantas tempranas.

Los marineros renovaron sus primeros amores con las Zelandesas; una de ellas tenia unas facciones bastante regulares, y cierta dulzura en los ojos: sus parientes la ofrecian todos los dias en matrimonio á uno de los Contra-Maestres, á quien amaban sobre todos, porque él los trataba con particular cariño. Esta muger, luego que se tuvo por casada con el Contra Maestre, se negó á las solicitaciones de todos los demas, diciendo que era casada; lo qual prueba que esta na-

cion es muy observante de la fidelidad conyugal. Edideo imitó el mal exemplo que le daban los marineros Ingleses, á quienes no causaba asco la inmundicia y fealdad de aquellas mugeres. Sin embargo, merece elogios la conducta de este Isleño para con los Zelandeses: conoció bien pronto la miseria de estos habitantes en comparacion de los Isleños de la *Sociedad*, y mostró muchas veces su compasion haciendo enumeracion de todos los géneros de primera necesidad que les faltaban. Repartió ñames entre los que vinieron á bordo, y nos acompañó siempre que ibamos á sembrar en algun terreno. No entendia bastante bien su lengua para conversar facilmente con ellos, pero en breve tiempo la entendió mejor que ninguno de nosotros por la grande afinidad que hay entre este dialecto y el suyo. Nuestra residencia en las islas del Trópico nos habia hecho mas inteligible el dialecto de la Nueva Zelanda, y vimos claramente que se parecia mucho al de las islas de *los Amigos*, de donde veniamos.

Formamos nuestro observatorio en tierra, para observar la emersion de uno de los Satelites de Júpiter: por las repetidas observaciones que hicimos, la longitud del *estrecho de la Reyna Carlota* es de 174 grados y 25 minutos Este del meridiano de Greenwich.

Vinieron al dia siguiente dos piraguas de la costa conducidas por mugeres, las quales manifestaron mucha zozobra por la suerte de sus maridos que segun nos dixeron, habian ido á pelear; segun el parage que nos indicaron, juzgamos que sus enemigos habitaban en algun puesto de *la bahia del Almirantazgo*. Al volvernos á los navios encontramos siete ú ocho piraguas que venian de ácia el Norte, las quales sin detenerse con nosotros se dirigieron ácia la ensenada del *Indiano*, al mismo tiempo que otras piraguas fueron á los navios con gran cantidad de vestidos y armas que nos vendieron. Jamas los habiamos visto en este segundo viage con tan buenos vestidos como en esta ocasion. Traian los cabellos atados sobre las cabezas, y las mexillas pintadas de roxo: juzgamos que irian á pelear, como nos lo habian dicho las mugeres, porque en estas ocasiones se adornan lo mejor que pueden. Temo que nuestra venida habria excitado los odios entre aquellas miserables tribus: los oficiales de nuestras tripulaciones poco contentos con las muchas hachas de piedra, patupatus, hachas de guerra, telas, anzuelos, &c. que nos traian, les pedian continuamente mas, mostrándoles telas tan preciosas para ellos, que seguramente excitarian sus deseos. Es verosimil, que los Zelandeses estimulados del ansia de adquirir estos ob-

jetos; tomarian por medio mas breve el ir á robar á sus vecinos los géneros que veian tan apetecidos de los estrangeros. La gran cantidad de armas y adornos que nos presentaron, me hizo juzgar que venian de executar este infame designio, y seguramente no habrian salido con su intento sin mucha efusion de sangre.

Al volver Forster del bosque, presenció un hecho que prueba la ferocidad de estos Salvages. Un muchacho de unos seis á siete años pidió á su madre un pedazo de pez asado que ésta tenia en la mano, y no habiendoselo dado al punto, cogió una piedra y se la tiró á la cabeza. La madre irritada corrió á castigarle, pero apenas le hubo dado el primer golpe, acudió el marido, la dió recios golpes, tirándola á tierra, y dándola de patadas, por haber querido castigar á un hijo tan perverso. Los marineros empleados en llenar las pipas de agua, nos dixeron que habian visto muchos de estos exemplares de crueldad, siendo muy comun el maltratar los hijos á las madres, y estar los padres en acecho para castigarlas, si intentaban defenderse ó castigar á sus hijos. El sexô mas débil es tratado con el mayor desprecio y rigor en todas las naciones salvages, porque entre ellos no se conoce otra ley que la del mas fuerte. Las mugeres son esclavas, que se ocupan en los trabajos mas penosos, y so-

bre ellas descarga todo el rigor de los maridos. Sin embargo, parece que ningunos otros salvages son mas feroces en esta parte que los Zelandeses, pues acostumbran á sus hijos desde niños á maltratar á sus madres.

Algunos oficiales que fueron á tierra vieron en medio de la playa la cabeza y entrañas de un jóven recien muerto, y su corazon espetado en un baston corvo, que estaba puesto en una de sus piraguas. Mr. Pikersgill compró esta cabeza, y la trajo á bordo, en donde á vista de toda la tripulacion un Zelandés asó y se comió un pedazo de aquella carne. Al ver està cabeza sangrienta y la exêcrable escena que acababa de executarse, me llené de horror y de indignacion contra aquellos Canibales; pero como éste era un mal sin remedio, queriendo ser testigo de un hecho que tantos filósofos ponen en duda, hice que pusiesen un pedazo de aquella carne asada junto á la popa. Apenas uno de aquellos antropófagos descubrió aquel manjar horrible, lo devoró con increible ansia: un espectáculo tan detestable causó desmayos á algunos de la tripulacion. Edideo quedó tan pasmado y lleno de horror, que parecia una estatua inmovil: todas sus facciones expresaban su agitacion de un modo imposible de describirse. Quando volvió en sí, empezó á llorar amargamente diciendo los mayores improperios á aquellos

monstruos, tratándolos de hombres abominables, y protestando que no era ni seria jamas amigo suyo. No permitió que volviesen á tocarle: del mismo modo trató al Inglés que habia cortado el pedazo de carne, y no quiso admitir el cuchillo que habia servido para esta operacion. Tanto fue el horror que le causó aquella abominable costumbre.

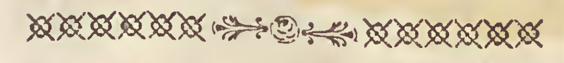
No pudimos averiguar la causa que los habia movido á aquella expedicion, por lo que nos confirmamos en la opinion de que la codicia de nuestros géneros los habia arrastrado á despojar á sus enemigos. Solamente nos dixeron que habian ido á la bahia del *Almirantazgo*, y habian peleado con sus enemigos, de los quales dixeron habian muerto cincuenta, lo que no es probable, pues ellos no pasaban de este número. Los Zelandeses que vinieron á bordo, mientras la tripulacion estaba contemplando la cabeza comprada por Pikersgill, manifestaron gran deseo de poseerla, y expresaron con señas que era una comida deliciosa. No se tuvo por conveniente concedersela, pero se cortó un pedazo de la mexilla, y habiéndole asado, se lo comieron delante de todos.

Esta segunda experiencia produxo en la tripulacion muy diferente efecto que la primera: unos mirando ya sin horror esta monstruosidad, manifestaban poca aversion á par-

ticipar de aquel manjar horrible, y aun lo echaban á chiste, comparando las guerras de los Zelandeses á unas cacerías. Otros tan furiosos, que deseaban matar á todos estos Canibales, estaban dispuestos á hacerse crueles asesinos por castigar el delito imaginario de un pueblo á quien no tenian derecho para castigar: muchos vomitaron de asco; los demas se lamentaban de la brutalidad de la especie humana. Edideo no pudo sufrir por mas tiempo aquel espectáculo, y retirándose á la cámara de popa, se entregó allí á todo su dolor. Fuí á verle, y le encontré anegado en llanto: hablóme de la afliccion de los desgraciados padres de la víctima que habia visto devorar. Esta prueba nos dió la mejor opinion de la bondad de su corazon: su perturbacion duró muchas horas, y en lo sucesivo jamas pudo hablarnos de este suceso sin enternecerse.

Así que el ser antropófagos los habitantes de la Nueva Zelanda es ya un hecho tan confirmado en mis dos viages, que seria nenedad ponerlo en duda. Creo que los Zelandeses de una misma tribu, y aun las tribus que no estan en guerra viven en buena inteligencia entre sí. La costumbre de comer á los enemigos muertos en batalla (porque creo no comen otros) es muy antigua entre ellos y en otras naciones salvages, como ya veremos.

Me parece que estos Salvages reconocen un Ser supremo y algunas divinidades inferiores, pero no observé entre ellos ninguna ceremonia relativa á la Religion. No vimos entre ellos ninguna especie de Sacerdotes, y advertimos que eran muy poco supersticiosos.



CARTA CCLXXXVII.

Isla de Pasqua.

No quiero molestaros con la relacion del penoso viage que hicieron las dos fragatas, saliendo de la Nueva Zelanda, ácia el Polo Antártico: su lectura seria tan molesta como fue la navegacion por entre montes é islas inmensas de hielo, corriendo continuamente los mayores peligros. Nuestro designio era buscar el continente austral, pero no vimos ninguna apariencia de él, aunque llegamos hasta los 71 grados 10 minutos de latitud austral. En fin despues de increibles fatigas, retrocediendo de nuestro rumbo, llegamos á una isla, que no dudé fuese la *tierra de Davis* ó la *isla de Pasqua*, porque su aspecto correspondia con lo que dicen los que primero la visitaron. Esta isla presentaba á la sazon un aspecto negro y algo desagradable.

Al dia siguiente de haberla descubierto, nos dirigimos ácia ella, y con los anteojos vimos algunos habitantes. A proporcion que ibamos acercándonos, parecia la tierra mas fértil; habia poca verdura, apenas se descubrian algunas matas, pero en nuestra situacion el peñasco mas esteril nos hubiera parecido un paraiso. Lo que mas se llevó nuestra atencion fueron las estatuas, que la tripulacion de Rogevin tuvo por Idolos quando llegó á esta isla. Vimos gran cantidad de hogueras en los contornos. La latitud que señalan los Españoles á esta isla es exâcta, pero se equivocan en unas treinta leguas acerca de su longitud.

Apenas nos descubrieron los Isleños, se dirigió á nosotros una piragua con dos hombres: nos traxeron plátanos, y se volvieron á tierra, lo que nos dió muy buena idea de aquellos habitantes, haciéndonos esperar los refrescos de que tanto necesitabamos despues de un viage tan largo y penoso. Luego que estos Isleños estuvieron cerca del navio, nos pidieron un cordel para hacer subir los platanos, y le dieron el mismo nombre que los Otahitinos. Todos querian trabar conversacion con los Isleños, pero como hablaban tantos á un tiempo, no pudieron contextar. Yo les eché cintas, medallas, y cuentas de vidrio en recompensa de su regalo; las miraban con mucha complacencia, y al

punto se volvieron á tierra. Al marcharse, ataron á una cuerda de pescar, que colgaba del navio, un pedazo de tela de la misma corteza que las de Otahiti, pintada de amarillo. Por algunas palabras que pronunciaron, inferimos que su lengua es un dialecto de la de Otahiti, el qual está esparcida por las dos extremidades del mar del Sur, y todas las demas circunstancias manifiestan que todos estos Isleños tienen un origen comun. Estos dos que comieron en la piragua eran de mediana estatura, pero algo delgados; sus facciones semejantes á las de los Otahitinos, aunque menos agradables: uno de ellos tenia la barba de media pulgada de largo, el otro parecia de unos 17 años de edad Tenian pintado el cuerpo como los Isleños de la Sociedad, de los Amigos y de la Nueva Zelanda, pero tenian picado todo el cuerpo enteramente desnudo. Lo que mas extrañamos fue la magnitud de sus orejas, cuya perilla se prolongaba tanto, que casi llegaba á los hombros: estaban horadadas con agujeros tan grandes, que cabian facilmente quatro ó cinco dedos.

El 13 de Marzo anclamos, y enviamos una chalupa á sondear el surgidero: un Isleño que vino á nado, pidió con instancias le llevasen al navio, donde permaneció dos noches y un dia. Lo primero que hizo, luego que subió á bordo, fue medir lo largo del

navio, y observamos que para contar las brazas, expresaba los números con los mismos nombres que en Otahiti: su lengua era muy inteligible para nosotros.

Apenas vieron los Isleños la chalupa, acudieron al parage en que los nuestros querian desembarcar. En medio de una multitud de hombres vimos algunos con una ropa brillante amarilla, los que juzgamos serian xefes: tambien vislumbramos las casas que parecian muy baxas y largas. El Indio que vino en la chalupa tenia cinco pies y ocho pulgadas de alto: su pecho y todo el cuerpo estaba cubierto de pelo. Era moreno; su barba era fuerte, pero corta y negra como su cabello. En lo picado de sus piernas observamos unas figuras de un gusto que no habiamos visto en ninguna otra parte. Su vestido consistia en un cinturon, del qual pendia un delantalillo tan claro que nada se ocultaba á la vista: de un collar le colgaba al pecho un hueso de figura de lengua, de unas cinco pulgadas de largo: dixonos que aquel hueso era de un pescado. Luego que este Isleño se sentó en la chalupa, se quejó de que tenia frio con señas muy expresivas; pusieronle una chupa y un sombrero, y con este trage vino al navio. Le ofrecimos clavos, medallas de cobre, sartas de vidrio, y nos rogó lo colgasemos todo al rededor de su frente. Al principio mostró temor y descon-

fianza, y preguntó si le matariamos; pero habiéndole asegurado que se le trataria amigablemente, teniéndose ya por seguro, no habló sino de danzar (*heiva.*) Al pronto no le entendiamos, pero habiéndole hecho nombrar varias partes del cuerpo, conocimos que su lengua era muy semejante á la de Otahiti. Quando pronunciabamos una palabra que no entendia, la repetia varias veces con ademanes que expresaban la ignoraba. Al anochecer dixo queria ir á dormir, y se quejó del frio: dimosle una manta de la tela mas gruesa de Otahiti, cubriose con ella, diciendo que le daba demasiado calor: durmió tranquilamente toda la noche.

Edideo que habia deseado ir á tierra, quedó muy contento al ver que aquellos Isleños hablaban su lengua: habia intentado varias veces trabar conversacion con aquel Isleño que estaba á bordo, pero le interrumpieron las continuas preguntas que haciamos á nuestro huesped.

Despues de haber estado algun tiempo con los naturales en la playa, nos dirigimos á lo interior del pais. Todo el terreno estaba cubierto de rocas y piedras de varios tamaños, que por su color moreno y superficie esponjosa, parecia habian padecido la accion de un gran fuego. Dos ó tres especies de plantas arrugadas crecian entre estos peñascos, unica señal de vida

de aquel pais arido y muerto. A unas quince varas del surgidero vimos una pared perpendicular de piedras labradas en quadro, de unos dos pies de largo y uno de ancho: su mayor altura era de ocho pies, pero iba disminuyendose insensiblemente ácia los dos extremos, y tendria de largo como unas veinte varas. Lo mas notable es que estas piedras estaban juntas segun las reglas mas exâctas del arte, y tan bien encajadas, que debe permanecer por mucho tiempo. La piedra era una lava morena, muy porosa y quebradiza. El terreno se eleva de tal suerte desde la orilla del mar ácia el centro de la isla, que otra pared paralela á la primera, y que solo distaba de ésta unas doce varas, no tenia mas que dos ó tres pies de alto: el espacio entre una y otra estaba lleno de escombros y de yerbas. A unas cincuenta varas mas allá al Sur hallamos otro parage elevado, cuya superficie estaba enlosada de piedras labradas, semejantes á las de las dos paredes mencionadas; en medio habia una columna de una sola piedra, que representaba una figura humana de medio cuerpo, de unos diez pies de alto, y mas de cinco de ancho. La rudeza de esta figura indica la infancia de las artes: en una cabeza mal formada apenas se percibian los ojos, la nariz y la boca; las orejas excesivamente largas segun la costumbre del pais, estaban me-

nos mal executadas que lo demas : el cuello era muy corto, y casi no se distinguian los hombros ni los brazos. Encima de la cabeza tenia un enorme cilindro de piedra de mas de cinco pies de diámetro y de alto, colocado recto; este chapitel, que se parece al que tenian en las cabezas los ídolos antiguos de Egipto, es de una piedra roxiza diferente de la columna. La cabeza y el cilindro componen la mitad de toda la figura. No advertimos que los naturales diesen ningun culto á estas columnas, aunque parece las tienen alguna veneracion, porque manifestaban disgusto quando andabamos sobre el enlosado y nos acercabamos á exáminar las piedras.

Un corto número de Isleños nos acompañó mas allá á lo interior del pais hasta unos matorrales, donde esperabamos encontrar nuevas plantas. Descubrimos en aquellos contornos el *hibiscus populneus* de Linneo, de que hay abundancia en las islas de la Sociedad, y allí se emplea en teñir de amarillo : vimos tambien *mimosas*, el unico arbol que les suministra palos para sus macanas, y madera para componer sus piraguas.

A proporcion que ibamos internándonos mas, se descubria el terreno mas esteril y cubierto de peñas esparcidas sin ningun orden. El corto número de habitantes que nos recibió al desembarcar, parece que formaba casi toda la poblacion, porque no encontra-

mos ningunos otros en nuestro paseo. No descubrimos mas que diez ó doce chozas, aunque alcanzabamos con la vista á gran parte de la isla. Una de las mas bien construidas se hallaba situada sobre un cerrillo á media milla del mar, adonde subimos; su fábrica manifestaba la probreza y miseria de sus dueños. Era tan baxa, que solamente en medio de ella me pude poner en pie, habiendo entrado arrastrando por la puerta ó agujero. Los naturales nos dixeron que solo ocupan estas chozas por la noche: es preciso que esten amontonados unos sobre otros, porque hay muy pocas habitaciones de éstas, á no ser que los de la infima clase duerman á cielo raso, dexando estas miserables chozas para sus xefes.

La choza que registré, estaba rodeada de un plantío de cañas de azucar y de bananas en muy buen estado respecto de lo pedregoso del terreno, que es de mala calidad; sin embargo, las cañas de azucar crecian hasta la altura de nueve ó diez pies, y tenian un zumo muy dulce. Un Isleño, á quien encontramos en nuestro paseo, nos dió de este zumo, habiéndole nosotros pedido de beber, de lo qual inferimos que no habria agua en la isla; pero habiendo vuelto al fondeadero, los naturales me conduxeron á un parage lleno de inmundicia, donde habia una agua asquerosa, de la qual sin

embargo bebian los naturales con ansia. Hicë algunos cambios con los naturales, cuyo número se habia disminuido una mitad, porque los demas se habrian retirado á comer. Observamos de nuevo que el número de las mugeres no era proporcionado al de los hombres: por la mañana no habia mas que unas quince de ellas, y á mediodia no quedaban mas que siete. No eran recatadas ni castas: sus facciones tenian bastante agrado; pero sus grandes gorros puntiagudos las daban una fea apariencia.

Hallamos apio silvestre como el de la Nueva Zelanda, y otras dos plantas comunes á aquel pais. Como la fisonomia, lengua y costumbres de estos Isleños tenian tanta afinidad con lo que habiamos observado en las islas del mar del Sur, esperabamos encontrar tambien aquí los animales domésticos de Otahiti y de la Nueva Zelanda; pero despues de las mas diligentes investigaciones, no vi mas que algunas aves ordinarias muy pequeñas y de otro plumage.

Al Oeste de la ensenada habia tres columnas colocadas en linea recta sobre una plataforma muy ancha y elevada: los naturales llamaban *hangaroa* á todo el conjunto, y *obeena* á la columna sola. Diez ó doce Indios estaban sentados cerca de la segunda al rededor de una hoguera en que asaban patatas: ofrecieronnos parte de ellas, hos-

pitalidad que nos sorprendió en un pais tan pobre, y no dexamos de acordarnos de los pueblos civilizados que en semejantes casos ni aun suelen compadecerse de las necesidades de sus hermanos.

Acia el Este cerca del mar encontramos las ruinas de tres plataformas de canteria: sobre cada una de ellas habia habido quatro estatuas grandes, tres de las quales estaban caidas, dos de ellas mutiladas, de suerte que solo quedaba una en pie, y otra de las caidas estaba entera. Medí esta ultima, y tenia quince pies de largo y seis de ancho por los hombros. Cada estatua tenia sobre la cabeza una gran piedra cilindrica de color roxo, perfectamente redonda. Una de estas piedras, que no era la mayor, tenia cincuenta y dos pulgadas de alto, y setenta de diámetro.

Seguimos nuestro paseo, guiandonos un Indio, que iba siempre tremolando una vandera. Hallamos el pais muy esteril por espacio de tres millas, y en algunos parages ni aun tierra habia, pues el suelo era de una peña pelada, que parecia mineral de hierro. Mas allá llegamos á la parte mas fertil de la isla, en donde habia plantios de patatas, de cañas de azucar y de platanos; y aunque el terreno no estaba tan cubierto de piedras como el otro, sin embargo, carecia de agua. Los naturales nos traxeron agua dos ó

tres veces, y como teniamos sed, la bebimos aunque era salobre y hedionda. Pasamos por junto á algunas chozas, cuyos dueños salieron á ofrecernos patatas asadas y cañas de azucar, y poniéndose en la senda por donde caminabamos en fila, iban dando una á cada uno de nosotros. El mismo orden observaron para darnos de beber: cuidaban que los muy sedientos no bebiesen demasiado, para que quedase para los ultimos. Mientras que estos generosos Isleños nos daban de comer y beber, otros se ocupaban en robarles lo que les habiamos dado. Para evitar consecuencias mas funestas, uno de los nuestros disparó un tiro con perdigones á uno de ellos que tuvo el atrevimiento de arrancarnos un saco: luego que se sintió herido, soltó el saco, echó á huir, cayó en tierra, pero levantándose al punto, se marchó.

Descubrimos al paso gran número de Isleños reunidos sobre un cerro con picas en las manos, los quales se dispersaron luego que les habló el que nos guiaba, excepto cinco ó seis de ellos, uno de los quales parecia persona de importancia. Era robusto y bien hecho, de rostro agradable; tenia pintada la cara, el cuerpo picado, y su vestido era mejor que el de los otros, con un gran sombrero de plumas negras y largas. Acercóse á nosotros, y para saludarnos, ex-

tendió sus brazos con los dos puños cerrados, los levantó sobre la cabeza, abrió despues las manos, y fue baxando poco á poco los brazos á los dos lados. Nuestro guia dió su vandera blanca á este hombre que parecia el xefe de la isla, y este la entregó á otro que la llevó delante de nosotros todo lo restante del dia.

Antes de la llegada de este Indio, los naturales nos habian anunciado la venida de su Eri ó Erike: fuimos á ofrecerle regalos, y preguntándole su nombre, nos dixo que se llamaba *Ko-Tohetai*: quisimos saber si era dueño de algun canton ó de toda la isla, y para manifestarnos que era Rey de toda ella extendió su brazo como abrazándola toda; nosotros le dimos á entender que lo habiamos entendido, lo qual le dió mucho placer. Pusose á conversar con sus Isleños, pero no advertimos que estos le tuviesen mucho respeto. Manifestó disgusto de que quisiesemos proseguir adelante nuestro paseo, rogándonos que volviesemos atras, ofreciéndose á acompañarnos; pero viendo que estabamos resueltos á marchar adelante, dexó de suplicarnos y nos siguió.

Vimos que esta parte de la isla estaba llena de estatuas gigantescas como las otras, algunas colocadas en grupos sobre plataformas de canteria, otras solo metidas en tierra, y por lo comun estas eran làs mas

grandes. Una de ellas que estaba caida, tenia veinte y siete pies de largo, y mas de ocho pies de ancho por los hombros, y sin embargo era menor que otras que estaban en pie. El campo estaba cubierto de piedras irregulares, esponjosas, morenas, negras y roxizas, monumentos incontestables de un volcan.

Esta isla es la misma en que estuvo el Almirante Roggewin en 1722, aunque su descripcion varia de lo que nosotros observamos. Ninguna nacion debe gloriarse del descubrimiento de esta isla, porque ninguna otra ofrece menos recursos á los navegantes. No tiene fondeadero seguro, ninguna leña, ni agua dulce. Sus escasos frutos cuestan tanto trabajo, que los Isleños no cultivan mas que lo necesario para su sustento, y no pueden socorrer á los navegantes, siendo por otra parte muy corta su poblacion. Produce patatas, ñames, platanos, cañas de azucar: estos frutos son bastante buenos, principalmente las patatas son las mejores que jamas he comido. Tienen tambien calabazas, pero tan pocas, que para ellos no hay cosa mas preciosa que una cascara de coco. Tienen gallinas domésticas pequeñas y de buen sabor: hay tambien ratas, las quales parece que las comen, porque habiendo yo encontrado á un Indio con ratas muertas, no quiso vendermelas, dan-

do á entender que las destinaba para su sustento. Apenas se vé algun páxaro de tierra, y hay muy pocos marinos. Aquellas costas tienen muy poca pesca, pues solo cogimos un pez con anzuelo, y vimos muy poco pescado entre los Isleños.

La isla de Pasqua ó tierra de Davis yace á los 27 grados 5 minutos 30 segundos de latitud Sur, y 109 grados 46 minutos 20 segundos de longitud Oeste. Bogea unas diez ó doce leguas; tiene la superficie montuosa y pedregosa. Los cerros son tan elevados que se descubren desde quince ó diez y seis leguas. Los habitantes de esta isla no parece pasan de novecientos: tienen pocas mugeres, ó á lo menos no las permitieron presentarse, mientras estuvimos allí.

Si se ha de hacer juicio por su color, facciones y lengua, parece que tienen tanta afinidad con los Isleños mas occidentales, que nadie dudará en creerlos de un origen comun. Es cosa harto estraña, que una misma nacion se haya esparcido por aquel vasto Océano desde la Nueva Zelanda hasta la isla de Pasqua, es decir, en un espacio que es casi la quarta parte de la circunferencia del Globo. La mayor parte de estos Isleños no se conocen sino por antiguas tradiciones, y el discurso del tiempo ha hecho que estas naciones sean como estrañas unas de otras, pues cada una ha adoptado sus

particulares costumbres y usos: sin embargo, un observador diligente encontrará semejanzas entre ellas.

Por lo general, estos Isleños son una raza debil; no ví ningun Isleño que llegase á seis pies, y estan muy lejos de ser gigantes, como se dice en el viage de Roggewin. Son vivos, agiles, de una fisonomia agradable, tratan con amistad á los estrangeros; pero son tan inclinados al robo como los Isleños de la Sociedad. Tienen por lo general los cabellos negros; las mugeres los usan largos, y á veces levantados sobre la cabeza: los hombres se los cortan como tambien la barba.

Por lo que hace á las estatuas gigantescas, no puedo comprender como estos Isleños sin conocer ninguna máquina, han podido levantar masas tan enormes, y despues colocar sobre ellas unas piedras cilíndricas tan grandes. De qualquier modo que las hayan levantado, ha sido necesario mucho tiempo é inmenso trabajo, lo que prueba la industria y paciencia de estos Isleños en el siglo en que las construyeron, porque los actuales no han levantado ninguna, ni cuidan de impedir la ruina de las que estan para caer. Las dan varios nombres, precediendo a todos ellos la palabra *Moi*, que significa sepulcro, y á veces tambien añaden la de *Erike*, que significa Xefe ó Rey; de lo

qual se puede conjeturar, que cada estatua de aquellas será un monumento sepulcral de sus Erikes.

Como estos monumentos son superiores á las fuerzas é industria de los actuales habitantes, es de presumir que habran sido obra de tiempos mas felices. Novecientos Isleños privados de instrumentos, de habitaciones y de vestidos; ocupados únicamente en procurar el escaso alimento de primera necesidad, no han podido construir estas estatuas y plataformas, que para ellos exìgen siglos de trabajo. En efecto, en todas nuestras excursiones por la isla no encontramos ningun instrumento que pueda servir para labrar piedras: jamas ví ninguna cantera recien abierta, ni estatua que se estuviese labrando. Es pues muy probable que esta nacion fue antiguamente mas numerosa, rica y feliz, y entonces tendrian comodidad para lisonjear á sus Príncipes fabricando táles monumentos. Las reliquias de los plantíos que se ven en la cumbre de los cerros, da nueva fuerza á esta conjetura. No es facil determinar la causa de la gran decadencia de esta nacion, en otro tiempo tan floreciente; pero la mas verosimil es la explosion del volcan, de cuya exîstencia en aquella isla testifican tantas piedras y materias, y este trastorno es muy suficiente para haberlos reducido á la miseria

actual. Arboles, plantas, animales domésticos y la mayor parte de los habitantes pueden haber perecido en una de estas terribles convulsiones de la naturaleza, sin dexar recurso á las infelices reliquias de la nacion para salir de su miseria.

Todas las mugeres que vimos, no pasaban de treinta, aunque atravesamos la isla de una parte á otra. Si en efecto no hay mas que treinta ó quarenta mugeres para novecientos hombres, es preciso que la nacion se vaya extinguiendo poco á poco. La mayor parte de estas mugeres no nos dieron motivo para creer que se contentan con un solo marido, pues eran muy disolutas. Pero este fenómeno de tan gran desproporcion entre el número de hombres y mugeres es tan raro, que se me hace increible no tuviesen mas mugeres: y como dixe arriba, es muy probable que las tuviesen ocultas en alguna parte retirada; esta conjetura se confirma con habernos los naturales impedido la entrada en unas cabernas, donde cómodamente podian estar escondidas. No sé en que consista que estos Isleños fuesen mas zelosos que los Otahitinos; bien que sus rezelos eran bien fundados, porque la conducta de nuestros marineros era insolente y desenfrenada en todos los paises Salvages. Tambien debo advertir, que vimos muy pocos niños, y pa-

ra ocultarlos no tenian la misma razon que para apartar de nuestra vista á las mugeres. No pude salir de esta duda que me causó el corto número de mugeres, porque ignoraba su lengua.

Ademas de los muchos monumentos antiguos que solamente se hallan sobre la costa del mar, hay muchos montones de piedras puestas á mano en varios parages de la costa. Dos ó tres de las piedras superiores del monton eran siempre blancas: sin duda estos montones tenian algun objeto, y me inclino á creer que indicarian el lugar de la sepultura.

Los instrumentos de que usa esta nacion son tan imperfectos como los de las demas islas de aquel mar; fabricanlos de piedra, hueso y conchas. Hacen poco aprecio del hierro y de los instrumentos de este metal, cosa bien estraña, pues conocen su uso; pero de aquí se puede inferir, que no tienen gran necesidad de ellos. Si se supone que hace poco que este pais fue trastornado por alguna erupcion del volcan, sus habitantes son mas dignos de lástima que ningun otro pais menos civilizado, pues conociendo las comodidades de la vida, la memoria de ellas debe hacerles mas dolorosa su pérdida. Edideo se compadecia mucho de su situacion, y tomaba mayor interés en sus miserias, que en las de los Zelandeses. Iba

formando una especie de diario con palitos juntos en un hacecillo, los quales repasaba en el discurso de la navegacion para recordar lo que habia observado: acerca de esta isla añadió otro palito para significar que la gente era buena, pero la islá muy pobre; en vez de que en la Nueva Zelanda culpaba mas á los habitantes que al pais. Sus afectos eran siempre muy humanos, y sus ideas rectas, porque no tenia corrompido el corazon, ni preocupado el entendimiento.

CARTA CCLXXXXVIII.

Islas Marquesas de Mendoza.

El 24 de Marzo de 1774 salimos de la isla de *Pasqua* ó de *Davis*, dirigiendo nuestro rumbo en busca de las islas, que en 1795 descubrió Alvaro de Mendaña, y las llamó *las Marquesas de Mendoza*. El dia 6 de Abril á los 9 grados, 20 minutos de latitud, y 138 grados, 14 minutos de longitud Oeste descubrimos una isla á distancia de unas tres leguas: dos horas despues vimos otra que parecia mas grande que la primera. Al dia siguiente descubrimos otra que parecia mas grande que la primera. Al otro dia vimos otra tercera isla, y al dirigirnos á ellas vimos la quarta mas al Oeste, con lo que no nos quedó duda de que eran *las Marquesas*. La primera isla era un un nuevo descubrimiento, y la llamé la *isla de Hood*, del nombre de un voluntario que fue el primero que desembarcó en ella: la segunda era la *de San Pedro*, la tercera *la Dominica*, y la quarta *Santa Christina*.

La Dominica, que era la mas cercana á nosotros, parecia montuosa, quebrada y esteril ácia la punta Nordeste; pero mas allá al Norte vimos valles cubiertos de árboles, y

algunas chozas esparcidas. Disipándose la niebla, vimos varias rocas escarpadas, que parecian torres, y cabernas en las cumbres, lo que manifiesta que esta isla ha sido trastornada por volcanes y terremotos. Costeamos la parte Sudeste sin encontrar la menor apariencia de fondeadero hasta el canal que separa esta isla de la de *Santa Christina*: atravesé este canal dirigiéndome á esta ultima isla, y prolongando la costa al Sudeste en busca del *puerto de Mendaña*. Pasamos por varias ensenadas que ofrecian un fondeadero: bien pronto salieron varias piraguas y nos siguieron. Descubrimos algunos parages amenos en ambas islas en las quebradas de las montañas, pero no vimos ninguna llanura como las que hermosean las islas de la Sociedad. Sin embargo, la costa de *Santa Christina* nos inspiraba aquella alegria que experimentan todos los navegantes fatigados quando descubren unos campos amenos. Las dos puntas de las ensenadas que dexamos atras, ofrecian muchos árboles y plantíos de una verdura deliciosa. Veiamos á los habitantes correr por todas partes observando nuestro navio.

Di fondo á la entrada de la bahia en treinta y quatro brazas, y al punto se acercaron al navio diez ó doce piraguas con unos treinta ó quarenta hombres; pero fue preciso usar de mucha sagacidad para atraerlos

cerca. En fin, una hacha y algunos clavos determinaron á los de una piragua á venir á bordo, y todos los demas imitaron su exemplo: despues de haber recibido en cambio de eurus y de peces algunos clavos y otras bujerias, se retiraron á tierra despues de puesto el sol. Vimos montones de piedras en la parte anterior de las piraguas, y cada Isleño tenia una honda rodeada á la mano.

Algunas de sus piraguas eran dobles, y traian quince hombres; otras eran mas pequeñas, y contenian desde tres hasta siete. Antes de subir á bordo nos ofrecieron ramos de *ava*, sin duda por símbolo de paz, como en las islas de la Sociedad y de los Amigos. Al dia siguiente acudió mayor número de Isleños: nos vendieron eurus ó fruta de pan, platanos y un lechoncillo por clavos, hachas, &c.; pero muchas veces querian quedarse con nuestros géneros sin darnos nada en cambio. Yo hice disparar un fusilazo por encima de la cabeza de uno de ellos, que nos habia engañado varias veces; despues se portaron con mas honradez, y algunos subieron á bordo. Yo fui en la chalupa á buscar un parage propio para amarrar el navio, y como habia muchos Isleños á bordo, encargué que estuviesen alerta con ellos para que no robasen. Apenas estaba en la chalupa, me dixeron que habian robado un candelero de hierro, y que huian con él:

mandé disparar contra la piragua hasta que yo pudiese alcanzarla con la chalupa, y al primer tiro mataron al ladron. Otros dos que le acompañaban, se tiraron al agua, pero volvieron á la piragua al tiempo que yo me acercaba á ella: habian arrojado el candelero al mar. Uno de los Isleños, que era de edad madura, daba grandes carcajadas; el otro, que era un joven de unos quince años, miraba al muerto con ademan de tristeza y abatimiento; despues supimos que era hijo del difunto.

Sacaron la piragua á tierra, y se llevaron el cadaver al bosque. A poco rato se oyó ruido de tambores, y vimos gran número de habitantes juntarse en la playa con lanzas y macanas, haciendo muchas amenazas. No puedo menos de condolerme de la desgracia de aquel infeliz Isleño, muerto por un motivo tan leve. Se acusa de crueldad á los primeros conquistadores de América, sin embargo de que se veian precisados á defenderse de los Indios que los recibian como á enemigos; ¡y quántos Isleños han perecido en el siglo XVIII en el mar del Sur á manos de unos Europeos que se jactan de humanos! Edideo lloró amargamente quando vió matar un hombre por semejante vagatela: su compasion debiera haber llenado de rubor á aquellos hombres, que se precian de civilizados, teniendo el cora-

zon mas cruel que los Salvages mas inhumanos.

Esta desgracia hizo huir á todos los Isleños : yo los seguí por la bahia, y logré persuadir á los de una piragua que se acercasen á mi chalupa : diles clavos y otras cosas, con que disipé algo su temor. Despues de haber exâminado la bahia y haber encontrado agua dulce, de que teniamos mucha necesidad, volví á bordo, y fuimos á anclar. Aunque parece que los Isleños debieran haber escarmentado, no obstante intentaron robar la sonda : disparámos un fusilazo por encima de sus cabezas, y abandonando la presa, huyeron á tierra. Durante nuestra mansion no tuvimos motivo para volver á tirar contra ellos, porque concibieron el mayor terror al ver los efectos de nuestras armas. Yo resolví no castigarlos, aunque robasen alguna cosa, porque mi permanencia en su isla debia ser de corta duracion.

Los Isleños se arriesgaron á volver á bordo acercándose á nosotros : en la primera piragua venia uno que parecia superior á los otros : se acercaba despacio con un cerdo al hombro, y pronunciaba ciertas palabras, que no entendiamos. Luego que se acercó al navio, le regalé una hacha y algunas otras cosas; en cambio me dió el cerdo, y en fin, le persuadí subiese á bordo, donde permaneció poco tiempo. Como ese Isleño experi-

mentó tan buena acogida, los de las otras piraguas imitaron su exemplo, y los cambios se renovaron al punto.

En esto fui á tierra con un destacamento; los Isleños nos recibieron con mucha amistad, y como si nada hubiera pasado, nos vendieron frutas y lechoncillos: despues de haber cargado la chalupa de agua, me volví á tierra. Forster desembarcó tambien con el Doctor Sparman y con Edideo: recibieronlos mas de cien Isleños armados de lanzas y macanas, de las quales ni aun intentaron hacer uso. Los nuestros les rogaron se sentasen, y al punto lo executaron: hicieron á los Isleños muchas caricias, procurando disculpar lo sucedido, ofreciéndoles nuestra amistad y regalos. Aquellos discursos artificiosos los seduxeron, persuadiéndose que el muerto habia merecido la pena que se le habia dado, y los conduxeron á un parage propio para hacer agua, adonde enviamos las pipas.

No vimos ninguna muger en todo el concurso: pero probablemente se habrian retirado á lo interior de los bosques con el primer sobresalto. Algunos Isleños, que parecian caudillos, estaban mas bien armados y vestidos que los demas, los quales no tenian mas ropa que un pedazo de tela á la cintura. Las labores del picado, que cubrian casi todo el cuerpo de los de media-

na edad, no dexaban percibir bien la elegancia de sus formas; pero entre los jóvenes que aun no estaban labrados, se notaba una belleza tan distinguida, que excitaba nuestra admiracion: la mayor parte de ellos competia con los mejores modelos de la antigüedad. El color de estos jóvenes no es tan obscuro como el de la gente comun de las islas de la Sociedad, pero los hombres parecian mucho mas negros. Las labores de sus cuerpos estaban trazadas con la mayor regularidad, y las de un lado correspodian exáctamente á las del otro. No representaban animales ni plantas, sino figuras varias espirales, quadradas &c., que formaban un todo embrollado. Su aspecto agradable y franco manifestaba viveza: tenian los ojos grandes y negros, igualmente negro el cabello, ensortijado y recio, exceptuando un corto número de ellos que lo tenia castaño. Por lo comun tenian poco poblada la barba á causa de las cicatrices de las picaduras. Ya que no llevaban ropa, iban bien cargados de adornos: una especie de guirnalda de plumas, ó una cinta de filamentos de cocos les adornaba la cabeza. Tenian las orejas tapadas con dos pedazos llanos de madera, de figura oval, de unas tres pulgadas de largo, pintados de blanco. Un collar de pedacitos de madera ligera, trabados entre sí con goma, de figu-

ra circular, pendia hasta el pecho de los xefes; á lo qual añadian otras sartas de cuentas encarnadas. Los que no tenian este adorno tan precioso, llevaban por lo menos un cordon, del qual pendia una concha pulimentada que representaba la figura de un diente muy ancho. Al rededor de la cintura, brazos, rodillas y tobillos llevaban trenzas de cabellos: vendian por poco los demas adornos, exceptuando este ultimo, que apreciaban mucho, aunque estaba lleno de insectos. Es probable que conservan estas trenzas en memoria de sus parientes muertos, ó quizá serán despojos de sus enemigos, que guardan como trofeos de sus victorias. Un clavo grande ó alguna otra vagatela que excitase su codicia, los obligaba á vencer la repugnancia que tenian en vendernos este adorno.

Internámonos mas en los bosques, donde recogí algunas plantas de las que ya habiamos visto en las islas de la Sociedad. Todo el distrito que registramos estaba desnudo de plantíos, y cubierto de grandes árboles, cuya madera nos pareció buena para edificios: los naturales no se opusieron á nuestro paseo, y pudimos dirigirnos adonde nos pareció sin ningun embarazo. A la falda de un collado en el parage que indican los Españoles en sus descubrimientos, hay una bella fuente de agua cristalina, que saliendo

de un peñasco va á parar á un pequeño estanque, y de allí corre al mar. Cerca de esta fuente baxa un arroyo de lo alto del cerro; otro mas caudaloso que el primero, corre presuroso por medio de la playa, donde llenamos nuestras pipas, y se encuentra otro por el lado del Norte, con lo que esta isla se halla muy bien regada. Volvimos bien pronto al parage donde se hacian los cambios en la playa, y los naturales nos mostraron tanta confianza, que nos daban sus armas en cambio de nuestros instrumentos de hierro. Todas estas armas eran de madera; no adquirimos mas que algunas lanzas de ocho á diez pies de largo, y macanas con un nudo grueso en el cabo.

Envié á hacer aguada con un cuerpo de guardia, y al verlos desembarcar, huyeron todos los Isleños: al dia siguiente fui á tierra, y acudieron los naturales de tropel al rededor de mí, pero viendo desembarcar el cuerpo de guardia, quisieron todos huir, costándome mucho trabajo el contenerlos: en fin, se disiparon sus recelos, y nos vendieron frutas y cerdos. La causa de huirse era porque no me veian al frente del destacamento: quizá tenian fundado motivo para recelarse de los soldados, quando yo no estaba presente. Á mediodia vino un xefe acompañado de mucha gen-

te; yo le regalé todas las vagatelas que tenia á mano, y él me recompensó con algunos de los adornos que traia puestos. Concluidos estos cambios, pareció restablecida entre nosotros la buena armonia; y me volví á bordo, sin poder atraer al xefe á que nos acompañase.

Este caudillo traia un manto de corteza de moral, semejante á las telas de Otahiti; la guirnalda de plumas, el collar, los pendientes y trenzas eran sus adornos. Nos dieron á entender que era el Rey de toda la isla, aunque no le mostraban el mayor respeto: dixo que se llamaba *Honú*, y que era el *Hekeai* de la isla, título que corresponde al de Eri en Otahiti, y al de *Erike* en las islas de los Amigos. Parecia agudo y de buen caracter; su fisonomia era muy expresiva. Edideo que amaba apasionadamente á esta nacion, porque en la figura, costumbres y lengua se parecia á sus paisanos, trataba continuamente con ellos, y adquirió muchos adornos. Les enseñó varias costumbres de su pais, y entre otras el modo de encender fuego frotando dos pedazos de madera seca del *hibiscus tiliaceus*: los Isleños prestaban la mayor atencion á sus instrucciones. Así que, este pobre Isleño les fue mucho mas util que todos los Europeos que han arribado á su isla. Estos habitantes estimaban mucho las plumas de la isla de Tongatabu ó de Ams-

terdan, y las adquirian aunque fuese á costa de todos sus adornos. No vimos mas que una muger anciana sentada en medio de un corro de Isleños : estaba vestida de una pieza de tela como las mugeres de las islas de la Sociedad, y su figura era muy semejante á la de las Otahitinas.

En una de nuestras excursiones llegamos á una habitacion, la qual era una miserable choza en comparacion de las casas de las islas de la Sociedad; estaba colocada sobre una plataforma alta de piedras, nada unidas ni iguales; de suerte que lastimaban el cuerpo al sentarse, aunque estaban cubiertas de esteras. Sobre este suelo habian plantado algunos palos muy juntos unos con otros, de unos cinco ó seis pies de alto, y el techo se componia de varas atravesadas cubiertas de hojas. Toda la choza tendria unos cinco pies de largo y ocho ó diez de ancho. El uso de sostener sus casas sobre un suelo empedrado, parece indica que en aquel pais hay abundancia de lluvias é inundaciones. Encontramos artesones de madera llenos de pedazos de fruta de pan en infusion en agua. Al volvernos á bordo, corrimos el mayor peligro de perecer : Edideo, que se hallaba en tierra, viendo el riesgo que corriamos, se tiró al agua, y vino nadando hasta nosotros para sacarnos de aquel aprieto.

Despues de comer fui á tierra, y dirigiéndome ácia la parte Meridional encontré varias habitaciones sin ver muger ninguna. Esta era la parte adonde habian llevado el cadaver del Indio que matamos, y llegué á la choza que habia sido del difunto. Pregunté si tenia muger, hijos ó hermanas, y me respondieron que estaban llorando al muerto en la cumbre de la montaña; de lo que se puede inferir, que las empalizadas ó cercados que se ven sobre las cimas de los peñascos, son los cementerios de estos Isleños. Hice algunos cambios en aquel parage, y aunque estaba rodeado de parientes del difunto, no mostraron ningun resentimiento. (Este hecho nos da la mas evidente prueba de la bondad de estos Isleños; pero al mismo tiempo no dexaba de ser temeridad en Cook el ponerse á merced de unos hombres tan justamente agraviados. Esta excesiva confianza, que solo se fundaba en el buen concepto que tenia de los Salvages, y no en la buena conducta de su gente para con ellos, le costó al cabo la vida, como veremos en su lugar.)

Deseando yo registrar la montaña, me dirigí ácia ella, dexando á un lado y otro varias habitaciones, fabricadas todas segun el plan mencionado. Algunos Isleños nos seguian, y otros, que iban á nuestro merca-

do, pasaron junto á nosotros: las habitaciones eran mas frecuentes á medida que nos acercabamos á la cumbre. Descansamos en varios parages, porque hacia mucho calor, y la cuesta era muy escarpada y escabrosa; en todas partes los naturales vinieron á ofrecernos frutas y agua con la misma hospitalidad que los Otahitinos, á quienes tanto se parecian en todo. No vimos ninguno de ellos defectuoso ó mal formado; todos eran robustos, altos y muy agiles: la situacion de su isla fomenta mucho su actividad, y el exercicio que estan precisados á hacer, contribuye á su robustez y á la elegancia de sus formas. A unas tres millas de la costa vimos una joven, que saliendo de una casa situada delante de nosotros, trepaba apresuradamente por la cuesta. Su vestido era de tela de moral, que la llegaba hasta las rodillas; sus facciones nos parecieron agradables, pero no pudimos exâminarla de cerca, porque siempre se mantenia lejos de nosotros. Los Isleños nos hicieron señas para que retrocediesemos, manifestando mucho disgusto de que continuasemos nuestro camino. Como estabamos fatigados del calor y cansancio, y estaba aun tan lejos la cumbre, cada vez mas áspera la subida, y sin esperanza de llegar en mucho tiempo, nos volvimos.

Todo el pais que registramos estaba cu-

bierto de una tierra fertil, y se veian por todas partes plantíos y arboledas de varios frutales. Los peñascos que vimos rotos, contenian producciones volcánicas, ó varias lavas, y en algunas vimos conchas blancas y verdosas. Vimos muchos cerdos, gallinas grandes, y algunas ratas: los árboles estaban llenos de paxarillos de la misma especie que los de Otahiti, y no menos numerosos y variados. En fin, las islas Marquesas no se diferencian de las de la Sociedad, sino en no tener las amenas llanuras que estas ultimas, ni tampoco el arrecife de coral, que forma sus excelentes fondeaderos.

Dimonos prisa á llegar á la costa antes que se retirasen las chalupas: quando llegamos, el navio estaba rodeado de piraguas de varias partes de la isla: se habian olvidado ya del espanto que les causó la muerte de su paisano, por lo que se nos acercaban sin recelo, nos trataban con familiaridad, y les daba mucho contento todo lo que veian. No por eso dexaban de hurtarnos todo lo que podian; pero si se les cogia con el hurto en las manos, restituian tranquilamente lo que habian hurtado. Danzaron mucho en el navio para divertir á los marineros; sus danzas eran del todo parecidas á las de Otahiti. Parece que su música es tambien la misma, y tienen tambores semejantes, de los quales compró uno Edideo.

En otra excursion que hice, encontramos gran número de mugeres, que se portaron con nuestros marineros del mismo modo que las de Otahiti y demas islas. Eran mas baxas que los hombres, pero bien proporcionadas; algunas se acercaban á la hermosura de las Otahitinas principales. Por lo comun su color no se diferenciaba del de la gente ordinaria de las islas de la Sociedad, y habia algunas mas blancas que otras: no vimos en sus cuerpos ninguna señal de picadura, aunque los hombres se labran el cuerpo, como he dicho. Todas iban vestidas de telas de moral, pero estas telas no eran tantas ni tan variadas como las de Otahiti: en vez de rodearse al cuerpo varias piezas de tela, como los xefes Otahitinos, no llevaban mas que un solo manto, que las cubria desde los hombros hasta las rodillas.

Al volver al navio, dí algunos golpes á un marinero que no habia hecho su deber: los Isleños luego que vieron esto, me señalaban con el dedo, y exclamaban: *él castiga á su hermano*! Aunque sabian que yo era el xefe, nos consideraban como hermanos, segun las ideas de subordinacion que tienen entre sí: probablemente se consideran como una familia, en la que es xefe el de mayor edad. Como no han llegado al grado de civilizacion que los Otahitinos, no

conocen la diferencia de clases, y su forma de gobierno no ha pasado todavia de la infáncia. No mostraron ningun respeto ni atencion á su xefe Honú, que vino á vernos, como ya he dicho: toda su preeminencia consistia, al parecer, en su trage mas completo que el de los otros Isleños, que andan desnudos, porque en aquel clima baxo del Trópico no se necesita ropa.

Nuestras adquisiciones en historia natural fueron poco numerosas, porque estas islas son muy semejantes á las de la Sociedad. No formamos trato muy intimo con los naturales, que son dignos de la atencion de los viageros: en particular sentí marcharme sin registrar aquellos cercados que hay en las cumbres de los montes, y que á mi parecer tienen alguna relacion con la religion. Los Españoles hacen mencion de un oráculo, que segun su descripcion parece ser un cementerio como los de la isla de la Sociedad. (Vease el Quaderno 49, página 76 del segundo viage de Mendaña.)

Las Marquesas de Mendoza son cinco islas, cuyos nombres son *la Magdalena, S. Pedro*, *la Dominica*, *Santa Christina* y *la isla de Hood*: ésta, que es la mas septentrional, está á los 9 grados, 26 minutos de latitud austral, á cinco leguas y media de la punta Este de la *Dominica*; que es la

mayor de todas, y se extiende de Este á Oeste por espacio de seis leguas: su ancho es desigual, y tendrá de quince á diez y seis leguas de bogéo. Está llena de cerros escarpados, que se elevan en cordilleras directamente abanzadas fuera del mar: estas cordilleras estan separadas con valles profundos, cubiertos de bosques, como tambien las faldas de algunos cerros: su aspecto es esteril, pero está habitada. Su latitud es 9 grados, 44 minutos, 30 segundos. *San Pedro*, que tendrá unas tres leguas de bogéo, y es bastante alta, está al Sur á quatro leguas y media de la extremidad oriental de la Dominica: no sabemos si está desierta: la naturaleza ha andado algo escasa allí en sus producciones. *Santa Christina* está en el mismo paralelo, tres ó quatro leguas mas al Oeste: corre Norte Sur, tiene nueve millas de largo en esta direccion, y unas siete leguas de circuito. Una cordillera estrecha de montañas bastante elevadas corre por todo lo largo de esta isla: otras cadenas de collados salen del mar, y se juntan con éstas, siendo de casi igual altura. En medio de ellas hay valles estrechos y profundos, fértiles, cubiertos de árboles frutales, y regados por unos deliciosos arroyuelos de excelente agua. No vimos *la Magdalena* sino de lejos: su situacion debe ser á unos 10 grados, 25 mi-

nutos de latitud austral, y 138 grados, 50 minutos de longitud. Estas islas ocupan un grado en latitud, y casi medio grado de longitud, es á saber, desde los 138 grados, 47 minutos hasta los 139 grados, 13 minutos Oeste, longitud de la extremidad Occidental de *la Dominica.* El puerto llamado de *la Madre de Dios* por los Españoles, al qual llamé de *la Resolucion*, yace cerca de la mitad de la costa Oeste de *Santa Christina*, á los 9 grados, 55 minutos, 30 segundos de latitud, y 139 grados, 8 minutos, 40 segundos de longitud Oeste, y al Norte 15 minutos Oeste de la extremidad Occidental de *la Dominica.*

En estas islas se pueden adquirir cerdos, gallinas, platanos, ñames, algunas raices, y una corta cantidad de eurus y cocos, lo qual nos dieron en cambio de clavos. Las cuentas de vidrio, los espejos y demas bujerias semejantes no tienen estimacion entre ellos, y aun los clavos perdieron mucho de su valor.

Por lo general, los habitantes de *las Marquesas* son la raza mas hermosa de todos los Isleños del mar del Sur: sobrepujan á todas las demas naciones en la regularidad de sus facciones, y en la proporcion de su cuerpo. Sin embargo, la semejanza de su lengua con la de las islas de la Sociedad, prueba que tienen un mismo origen. Edideo

conversaba muy bien con ellos ; pero aunque yo entendia algo de la lengua de Otahiti, no pude hacerme entender. Observé que no podian pronunciar la *r*.

Los hombres tienen labrado el cuerpo de pies á cabeza, con varias figuras, dispuestas segun el capricho de cada uno. Estas labores les dan un aspecto triste ; pero las mugeres que tienen pocas de estas figuras, los jóvenes y los niños que no tienen ninguna, son de color tan blanco como algunos Europeos. La estatura de los hombres es ordinariamente desde cinco á seis pies ; pero no ví ninguno tan gordo y robusto como los Eries de Otahiti, aunque tampoco ví ninguno flaco. Sus dientes no son tan bellos, ni sus ojos tan vivos como los de otros Isleños: el color de sus cabellos es vario como entre nosotros, pero no ví ninguno roxo. Algunos lo llevan largo, pero lo general es tenerlo corto, dexando solamente á los dos lados de la cabeza dos mechones que se atan arriba con un nudo. Disponen de varios modos su barba, que comunmente es larga : unos la dividen en dos porciones, atándola debaxo de la barbilla ; otros hacen de ella una trenza, otros la llevan suelta, y otros se la cortan á cierta altura.

Sus vestidos, que son como los de Otahiti, se componen igualmente de telas de corteza de arboles, que no son tan buenas

como aquellas. La mayor parte de los hombres no llevan mas ropa que una tira de esta tela, rodeada á la cintura, que cuelga hasta pasar por entre las piernas : este sencillo adorno basta para el clima , y satisface á la modestia. Las mugeres van vestidas de una pieza de tela que las rodea la cintura y llega á media pierna como unas enaguas : sobre los hombros se ponen una especie de esclavina suelta. Su principal tocado es una especie de guirnalda ancha primorosamente trabajada de fibras de cocos : en la parte anterior tiene una concha de nacar redonda, y encima de ésta otra mas pequeña formada de concha de tortuga con varios calados muy curiosos : en el centro de esta ultima pieza ponen un pedacito de nacar , y ademas otro pedazo de concha. Este adorno regularmente se coloca en la frente , pero algunas lo llevan tambien á cada lado , y entonces las piezas son mas pequeñas : todas estas guirnaldas estan adornadas con plumas de páxaros del Trópico , las quales como van levantadas, forman un bello penacho. Cíñense el cuello con un collar de madera ligera, cuya parte superior y anterior está cubierta de unas cuentas encarnadas encoladas con goma. Adornan sus piernas con trenzas de cabellos de hombres , atadas á un cordon ; á veces en lugar de cabellos se ponen plumas cortas ; pero rara vez se ven reunidos en

una misma todos estos adornos. El xefe que vino á vernos, fue el unico que traia todo este aparato: sus ordinarios adornos son collares, diges de concha &c. No ví que traxesen pendientes en las orejas, aunque todos las tenian agujereadas.

Sus habitaciones estan colocadas en los valles, en las laderas, y cerca de sus plantíos: las fabrican lo mismo que en Otahiti, pero no son tan buenas como en aquella, y solamente las cubren con hojas de eurus. La mayor parte de ellas está construida sobre un empedrado quadrado, algo elevado sobre el nivel del terreno. Tambien hay de estos empedrados cerca de sus casas, y van á ellos á sentarse y divertirse. En ninguna parte hemos visto fruta de pan mas gruesa y gustosa que en estas islas.

Esta nacion no es tan aseada en el comer como los Otahitinos, y aun son sucios en el modo de guisar: cuecen los cerdos y aves en hornillos, como en las islas de la Sociedad, pero asan sobre la lumbre las frutas y raices, y despues de haber quitado la corteza, las echan en agua en un arteson, donde á veces ví comer á los cerdos juntamente con los hombres. Un dia los encontré amasando frutas y raices en una de estas vasijas, llena de inmundicia, en que acababan de comer los cerdos, sin labarla ni labarse las manos que estaban no menos sucias; y dando yo á en-

tender que me causaba asco, se burlaban de mí. No sé si en otras ocasiones serán mas limpios, y por las acciones de algunos individuos no se debe condenar ligeramente á toda una nacion.

He aquí, sin embargo, una cosa en que son mas aseados que los Otahitinos: en las islas de la Sociedad es intolerable el hedor y asco que causan por la mañana los excrementos que echan en los caminos; pero los habitantes de las Marquesas cuidan de ocultarlos baxo de tierra.

Sus macanas y lanzas se parecen á las de Otahiti, pero mejor hechas; tienen tambien hondas, con las que disparan las piedras á larga distancia, aunque son poco diestros en acertar al blanco. Sus piraguas son de una madera blanda, que se cria en grande abundancia á las orillas del mar, y es muy propia para este uso. Tienen de diez y seis á veinte pies de largo, y unas quince pulgadas de ancho: dos puntas salidas forman la proa y la popa; la popa se encorba algo ácia arriba, y remata en punta: la proa se extiende horizontalmente, y presenta una semejanza grosera de un rostro humano esculpido: las gobiernan con remos, y algunas tienen una especie de vela latina de estera.

No vimos en estas islas mas quadrúpedos que los cerdos: las gallinas y gallos son

las unicas aves domésticas : los bosques estan llenos de unos paxarillos de muy linda pluma, que cantan bien. El recelo de atemorizar á los Isleños nos impidió matar quantos hubieramos querido.

El número de habitantes de *las Marquesas* no puede ser considerable, porque estas islas son pequeñas. *La Dominica*, que es la mayor, es tan escarpada y cubierta de peñascos, que con proporcion á su extension no puede tener tantos habitantes como *Santa Christina.* Los terrenos propios para el cultivo estan muy poblados en estas islas; pero como estan llenas de montañas y de sabanas esteriles, dudo que en todas ellas haya cinco mil almas. Estos Isleños no pueden gozar de las ventajas que los de las islas de la Sociedad sacan de sus fértiles llanuras. Despues de haber cultivado el terreno necesario para su subsistencia, no les queda bastante espacio para aquellos grandes plantíos de morales, que por todas partes se ven en Otahiti; y aun quando tuviesen terreno para ellos, no podrian emplear el tiempo qne exîge este ramo de cultivo. No se advierte en *las Marquesas* la opulencia, luxo, profusion de alimentos, cantidad y variedad de telas de que gozan los Otahitinos; pero estos Isleños tienen lo necesario; son todos iguales, activos, sanos y robustos, y nadie puede disputarles su fe-

licidad. Los Otahitinos viven con mas conveniencias; quizá son mas habiles en las artes, y mas refinados en su modo de vivir; pero han perdido su igualdad primitiva; una parte de ellos se mantiene del trabajo de la otra, y las enfermedades los castigan ya de sus excesos.

CARTA CCLXXXXIX.

Islas de Palliser.

Salimos en fin de las islas Marquesas el 13 de Abril, dirigiéndonos otra vez á Otahiti. El 17 descubrimos una tierra, que reconocimos era un conjunto de islas pequeñas y baxas, reunidas con un arrecife de coral. Deseando yo adquirir algunos conocimientos sobre las producciones de estas islas medio sumergidas, envié á reconocerlas. Veíamos el terreno cubierto de trecho en trecho de cocoteros de bello aspecto, y las rocas estaban esmaltadas con una hermosa verdura. Las piraguas que navegaban por todas partes, las columnas de humo que salian de entre la espesura de los árboles, y los hombres armados de lanzas y macanas que corrian por la playa, animaban aquella perspectiva. Descubrimos tambien algunas mugeres que se retiraban á la extremidad mas apartada de un banco, llevando unos fardos á las espaldas, como huyendo de nosotros. Estos isleños quisieron oponerse al desembarco de la gente de Mr. Byron, quando llegó á estas islas, y de resultas del ataque que hicieron los Ingleses en aquella ocasion, mataron á algunos isleños, arrojando á los de-

mas de sus habitaciones, y devorándoles todos sus cocos. Por esta razon no era estraño que estos infelices, al vernos, se preparasen para la defensa contra la invasion de unos estrangeros á quienes debian considerar como enemigos.

Envié dos barcos bien armados á tierra para ver si podiamos lograr hacer amistad con los naturales. El oficial que los mandaba, volvió á bordo, y me contó que al tiempo de desembarcar habia salido un corto número de isleños á la playa, y que otra porcion de ellos se presentó armada de lanzas á la entrada del bosque. Recibieron con mucha frialdad los regalos que les hicieron, lo qual prueba que no les agradaba nuestra visita. Trajo cinco cerdos, de que parece hay abundancia en la isla, y no vió mas fruta que cocos, de que traxo dos docenas. Un marinero compró un perro por un platano, lo qual prueba que carecen de esta fruta.

Esta isla, llamada por los naturales Tiukea, fue descubierta y reconocida por el Comodoro Biron: su figura es ovalada; tiene unas diez leguas de bogeo, y está en la direccion de E. S. E., y O. N. O. á los 14 grados, 27 minutos, 30 segundos de latitud austral, y 144 grados, 56 minutos de latitud Oeste. Los habitantes, y tal vez todos los de las islas baxas, son de color mucho mas pardo que los de las islas altas; y

su caracter parece mas feroz. Esta diferencia sin duda proviene de su diferente situacion y modo de vivir, pues por lo demas parecen de origen comun. Los nuestros no vieron entre ellos sino hombres robustos, bien hechos, y que imprimian sobre sus cuerpos la figura de un pez, emblema de su principal ocupacion, que es la pesca.

No tenian mas vestido que un pedazo de tela al rededor de la cintura. Las mugeres no se acercaron; pero las que vimos á lo lejos, eran del mismo color que los hombres, y llevaban un pedazo de tela en forma de delantal. Los cabellos y barba de los hombres eran negros y crespos, otros los tenian cortados: ví algunos, cuyo pelo era muy castaño en las extremidades. Luego que desembarcamos, nos abrazaron y estregaron su nariz con las nuestras, segun la costumbre de la Nueva Zelanda. Edideo compró algunos perros en cambio de clavos, y otros por bananas de las islas Marquesas, fruta que fue muy estimada de estos isleños, y al punto la reconocieron. Parece que tienen algun trato con las islas altas, pues las bananas no se crian en estas islas baxas. Los perros son de la misma raza que los de Otahiti, pero tienen el pelo largo y blanco: Edideo compró muchos de ellos, porque en su patria ador-

nan con este pelo los vestidos de los guerreros. Intentamos penetrar en el bosque donde estaban las habitaciones de los guerreros, pero los isleños se opusieron.

Edideo nos ayudaba á conversar con ellos, y nos dixeron que tienen un Xefe ó Erike. Su lengua es muy semejante á la de Otahiti, solo que su pronunciacion es mas aspera y gutural. Sus armas son grandes macanas, y lanzas de nueve á catorce pies, armadas á la punta con huesos de pescados. Dimonos prisa á embarcarnos, y por los varios movimientos que hicieron ya de hostilidad, ya de contento, comprehendimos que no les agradaba nuestra presencia, y que se alegraban de nuestra partida. Algunos arrojaron piedras cerca de nosotros al agua, y se mostraban ufanos de habernos espantado: hablaron mucho en alta voz despues que estuvimos lejos, y en fin se sentaron á lo largo de la costa. Luego que llegamos á bordo, hice disparar algunos cañonazos para hacer ostentacion de nuestro poder: las ultimas balas que pasaban por alto, les causaron tal terror, que todos huyeron con la mayor precipitacion.

Las grandes lagunas ó placeles que hay dentro de estas islas circulares, son probablemente unos abundantes depósitos de pescados, que les suministran una subsistencia segura. Algunos árboles son tan grue-

sos, que de sus troncos se hacen piraguas, y de sus ramas las armas é intrumentos de que usan. El cocotero, que es una de las principales riquezas de muchas naciones del Globo, es para estos isleños de la mayor utilidad, mayormente careciendo de otras frutas comunes en las islas del mar del Sur. Ademas de los pescados tienen perros, que engordan con peces, para comerselos despues. De este modo la naturaleza suministra todo ló necesario para el alimento de los hombres en aquellos miserables peñascos de coral. Se sabe que el coral es producido por un gusano, el qnal va ensanchando y aumentando su habitacion á proporcion que se aumenta su cuerpo. Este insecto tan insensible al parecer, que apenas se le distingue de una planta, construye un edificio de peñascos desde un punto del fondo del mar, que la arte humana no puede medir, hasta la superficie del agua, y así prepara una basa segura para la habitacion de los hombres.

El número de estas islas baxas es muy crecido, y falta mucho para conocerlas todas. Las hay en toda la extension del mar Pacífico entre los Trópicos, y principalmente son muy comunes en el espacio desde lós 10 á 15 grados al Este de las islas de la Sociedad. Mendaña, Quirós, Schouten, y todos los que han navegado despues por

estos mares han encontrado siempre de estas islas, y lo mas notable es que las han hallado pobladas á mas de doscientas quarenta leguas al Este de Otahiti. En cada viage que se haga por aquellas partes, se encontrarán nuevas islas de esta especie, principalmente entre los grados 16 y 17, porque ningun navegante, que yo sepa, ha reconocido este paralelo del lado de las islas de la Sociedad. Al dia siguiente llegamos á otra isla que se descubria al Oeste; la hallamos igual en todo á la otra: se extiende N. E. y S. O. cerca de quatro leguas, y tendrá de 4 á 5 millas de ancho: dista unas dos leguas de la extremidad occidental de Tiukea: estas islas deben ser las mismas que Biron llamó *islas de Jorge.*

De esta isla pasé á otra de la misma especie, medio inundada. Una gran tropa de isleños corria por la costa con lanzas en las manos: la laguna que habia en medio de ella parecia muy espaciosa, y andaban por ella varias piraguas con velas. Otras islas vimos allí inmediatas, á todas las quales dí el nombre de *islas de Palliser* en obsequio de Sir Palliser. Ultimamente nos dirigimos de nuevo ácia las islas de la Sociedad, adonde llegamos con la esperanza de ser bien recibidos de nuestros buenos amigos.

A 21 de Abril descubrimos la isla de Otahiti, que se considera como la principal

de este archipielago. Todos contemplamos con el mayor placer la metrópoli de las islas del Trópico, y su aspecto era mucho mas bello que nunca le habiamos visto. Las florestas que coronaban las montañas, cubiertas de nueva verdura, ostentaban la mas bella variedad de colores; las llanuras y laderas ofrecian nuevos esmaltes de yerbas y flores; los bosques se presentaban mas frondosos y amenos; todo nos representaba la imagen de la isla encantada de Calipso.

Luego que nos descubrieron los Isleños, botaron sus piraguas al mar, y nos traxeron los regalos acostumbrados. Entre los primeros que subieron á bordo, habia dos jóvenes de calidad, los quales presentamos á Edideo: ellos, segun la urbanidad del pais, se despojaron de sus vestidos, que eran de tela fina, y se los regalaron; Edideo en recompensa les mostró todos los tesoros adquiridos en su viage, y les regaló algunas plumas rojas, que entre ellos son muy estimadas.

Las demostraciones de amistad con que esta vez nos recibieron, fueron muy superiores á todo lo que en las demas ocasiones habiamos experimentado. Ya he dicho quanta dificultad nos costaba al principio adquirir algun cerdo; y ahora eran tantos los que nos traian, que no cabian en los navios, y tuvimos que hacer un redil en tierra para en-

cerrarlos. Lo que mas me admiró fue encontrar una gran multitud de piraguas grandes, que parecian una esquadra de guerra. Habia ciento y sesenta piraguas dobles de quarenta á cincuenta pies de largo, bien equipadas, provistas y armadas. Los xefes y todos los demas estaban adornados con sus vestidos militares, esto es, con gran cantidad de telas, turbantes, corazas y casquetes. Lo largo de estos embarazaba mucho á los que los llevaban; su trage era mas propio para una representacion que para pelear. Sin embargo, les daba un aspecto guerrero, y ellos sabian presentarse en la actitud conveniente.

Las piraguas estaban adornadas con vanderolas y gallardetes, formando una perspectiva magestuosa que no esperabamos encontrar en estas islas. Sus instrumentos de guerra se componian de lanzas, macanas y piedras. Todas las piraguas estaban juntas unas con otras, con la proa vuelta ácia la costa: la Capitana ocupaba el centro. Entre los vageles de guerra habia ciento y setenta piraguas dobles mas pequeñas, todas las quales tenian vanderas mas cortas, con un mastelero y una vela, de lo que carecian las grandes de guerra: juzgamos que servirian para el transporte de víveres, porque en las piraguas de guerra no llevan ninguna provision. Calculé que por lo menos habia 7760

hombres entre estas 330 piraguas, número que me pareció mucho mas estraño, porque me dixeron que solo pertenecian á los distritos de Atahuru y Ahipateea. En este cálculo suponia yo que cada piragua de guerra contenia quarenta hombres entre soldados y remeros, y cada una de las pequeñas ocho. Algunos de los nuestros valuaron en número muy superior la gente de las piraguas de guerra: lo cierto es que necesitaban de mayor número de remeros de lo que yo computaba. Tupia me dixo en mi primer viage, que toda la isla no ponia en campaña mas que de seis á siete mil hombres: y si es cierto que dos solos distritos suministraban en esta ocasion este número, habremos de decir que el cálculo de Tupia era con arreglo á lo que se hacia antiguamente, ó que no comprehendia mas que los soldados sin contar los remeros, ni los que eran necesarios para la maniobra de las demas piraguas: quizá no hablaba sino de las milicias establecidas, y no de las fuerzas que toda la isla puede emplear en caso de necesidad. El espectáculo de este armamento aumentó mucho las ideas que ya teniamos del poder y riquezas de esta isla. Reflexîonando en las herramientas que usa esta nacion, nos causaba la mayor admiracion su paciencia y el trabajo que debia haberles costado el construir tantos vageles con tanta perfeccion, sin mas

instrumentos que los ya referidos en otra ocasion.

El Almirante de esta esquadra, llamado Tee, me dixo que Otu se habia retirado de Oparé á Matabay, y me aconsejó que me embarcase para marchar á otro distrito. Apenas salimos de Oparé, toda la esquadra se puso en movimiento ácia el Oeste: quando llegamos á Matabay, nos dixeron nuestros amigos, que esta esquadra era parte del armamento destinado contra la isla de Eimeo, cuyo Eri habia sacudido el yugo de Otahiti, haciéndose independiente. Dixeronnos que Otu no estaba en Matabay, ni habia venido, lo qual me hizo sospechar sobre su ida de Oparé. Fuimos á buscarle por la tarde, y se escusó de no habernos querido ver por la mañana, porque sus vasallos habian robado algunas ropas mias que estaban labando en tierra. Preguntóme si me habia enojado: asegurándole que no, quedó satisfecho. Otu y sus Capitanes me pidieron que les ayudase con mis fuerzas contra Tiarrabú, aunque á la sazon habia paz entre ambos reynos, y me dixeron que sus fuerzas reunidas iban á marchar contra Eimeo. No sé si me hicieron esta proposicion para romper con sus aliados y vecinos en caso que yo les ofreciese socorro, aprovechándose de esta ocasion para reunir aquel reyno, como lo habia estado antes. Como quiera que sea, no

volví á oir hablar de este proyecto, y no les dixe nada que pudiese estimular á su execucion.

Es increible la pasion que mostraron los Otahitinos á los géneros que habiamos adquirido en las islas de Amsterdan, Midelburg y otras; principalmente las plumas rojas eran para ellos tan preciosas como los diamantes para nosotros. Edideo que habia hecho provision de ellas, era cortejado hasta del Eri y los mas distinguidos: seguianle por todas partes en tropas, y quedaban no menos admirados de lo que les contaba, que prendados de sus preciosos regalos. Lo que Edideo les referia, era para ellos tan maravilloso, que venian á preguntarnos si era verdad. La lluvia convertida en piedra, esto es, en hielo, los peñascos blancos, las montañas que nosotros convertiamos en agua, y el dia perpetuo en el círculo Antártico, eran para ellos cosas tan increibles, que nos costó mucho trabajo el persuadirlos. Lo que creyeron facilmente fue lo que Edideo les contó de los Canibales que comian carne humana en la Nueva Zelanda, y los traxo al navio á ver la cabeza del Zelandés que Pikersgil habia comprado y conservaba en espíritu de vino. Halléme presente á este espectáculo, y estrañé que en su lengua tienen expresion para denotar los antropófagos, *comedores de hombres*. Haciendo yo varias preguntas á los principales, me dixeron que sa-

ben por tradicion que antiguamente habia en sus islas *comedores de hombres* muy corpulentos, que causaron grandes estragos en aquel pais; pero que ya hacia mucho tiempo que se habia acabado aquella raza abominable. Omai me aseguró lo mismo en términos aun mas fuertes. No es facil determinar, si efectivamente llegó á estas islas alguna porcion de Canibales, ó si los mismos Otahitinos fueron antiguamente antropófagos antes de llegar á aquel grado de civilizacion, á que despues los ha conducido la excelencia de su pais y clima, y la profusion de vegetales y animales de que gozan. Quanto mas se exâmina la historia de diferentes naciones, se ve mas claramente que esta barbara costumbre ha sido casi general. Aun se ven en Otahiti algunos rastros de esta bruralidad, pues en mi primer viage observé quince mandíbulas recientes colgadas en una casa.

En una de las muchas visitas que nos hicieron los principales de la isla, nos contaron la historia de Otahiti en estos términos. Ammo, Hapai y Tutaha eran hermanos, y Ammo, como el mayor, era Soberano de toda la isla. Casóse con Oberea, que era de sangre real, y de ella tuvo á Tarri-Derre, que desde que nació se intituló Eri-Raji, ó Rey Soberano de Otahiti. Reynando Ammo fue quando llegó Wallis á Otahiti, y encontró á

Oberea, Soberana de la isla. A cosa de un año, despues de su partida, se encendió la guerra entre Ammo y Vegiatua su vasallo, Rey de la peninsula mas pequeña. Vegiatua desembarcó en Papala, donde residia Ammo, y despues de haberle derrotado y muerto gran parte de sus soldados, le quemó los plantíos y habitaciones, llevándose todos los cerdos y gallinas que pudo recoger. Ammo y Oberea con toda su comitiva, de que era parte Omai, segun me dixo, se huyeron á las montañas por Diciembre de 1768. El Conquistador por fin convino en la paz con la condicion de que Ammo se despojase de la Soberanía, se quitase el derecho de sucesion á su hijo, y se le diese á Otu, primogénito de su hermano Hepai. Hizose el convenio, y Tutaha, hermano menor de Ammo, fue nombrado regente.

Oberea tenia freqüentes desavenencias con su marido, y le daba muchas veces de golpes. Separaronse; el marido se unió con una joven muy bella, y Oberea prodigó sus favores á Obedeo y á otros amantes. La infidelidad de Ammo parece fue el fundamento de estas discordias, que suelen ser tan comunes entre los Otahitinos como entre nosotros, mayormente quando la muger, habiendo ya perdido sus atractivos, exîge el mismo amor que al principio. Yo fuí testigo de una de estas infidelidades.

En mi primer viage á Otahiti encontré el gobierno de esta isla en manos de Tutaha: este Principe enriquecido con los regalos que le hicimos, persuadió á los xefes de la península grande á hacer la guerra contra Vegiatua. Equiparon una esquadra, y marcharon á Tallarabú, donde Vegiatua se dispuso á la defensa; pero como ya era viejo, rogó con la paz á Tutaha. Este no quiso admitirla, y se dió una batalla en que ambos partidos se retiraron con igual pérdida. Tutaha se retiró para acometer á sus enemigos por tierra. Hepai y toda su familia desaprobando esta empresa, se quedaron en Opare, pero Tutaha llevó consigo á Otu, y se puso en marcha entre las dos penínsulas; saliole al encuentro Vegiatua, y hubo una batalla sangrienta, en la qual fue muerto Tutaha y dispersado su exército. Algunos Otahitinos nos dixeron que Tutaha fue hecho prisionero, y despues muerto, pero otros, y principalmente Omai nos aseguraron que le mataron en la accion. Otu se retiró apresuradamente á las montañas con algunos amigos escogidos, y Vegiatua con su exército marchó á Matabay y Opare. Hepai se huyó, pero Vegiatua le avisó que no tenia con él ni con su familia ninguna cólera, y que siempre habia deseado la paz: Otu, despues de haber atravesado por caminos extraviados y precipi-

cios, llegó á la cumbre de las montañas y se juntó con su padre. Hizose la paz general: Otu tomó las riendas del gobierno, y las grandes mejoras que notamos en la isla, manifiestan que se aplica á la felicidad de sus vasallos.

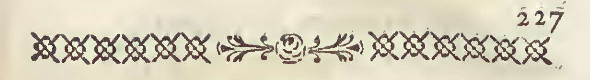
Hablamosles de la expedicion dispuesta contra Eimeo, y nos aseguraron que se executaria apenas nos marchasemos. Luego que despedimos á nuestros huespedes, vimos gran número de piraguas de guerra doblar la punta de Opare: para exâminarlas de mas cerca marchamos ácia la costa. La prontitud en todos sus movimientos probaba su habilidad en la maniobra. Esta esquadra compuesta de quarenta velas pertenecia al pequeño distrito de Tetaha, y venia á Opare, como las demas, á pasar revista delante del Eri. Seguianla algunas piraguas pequeñas, las quales nos dixeron servian para depositar en ellas sus muertos. Otu, que estaba presente, cediendo á mi súplica, mandó á algunas de sus tropas hacer el exercicicio. Dos destacamentos se acometieron con las macanas, y al punto concluyeron este combate. Despues emprendieron otro ataque, y manifestaron con mucha destreza sus varios modos de pelear, reparando diestramente los golpes que se asestaban. Sus armas eran lanzas y macanas, las quales lanzaban como dardos: daban saltos para evi-

tar los golpes que se dirigian á las piernas; si los enderezaban ácia la cabeza, se agachaban ó daban saltos ácia los lados. Con una pica que tenian en la mano reparaban los golpes de las lanzas, al modo que en algunas provincias de España juegan el palo; pero advertí, que despues de haber reparado el golpe no se aprovechaban de la ventaja de quedar descubierto el contrario, para herirle, permaneciendo siempre en la defensiva. Concluido este combate, marchó la flota sin seguir ningun órden; y nosotros fuimos con Otu á un parage donde estaban construyendo dos grandes *pagias* ó piraguas, cada una de las quales tenia ciento y ocho pies de largo: estaban ya para botarlas al agua, y de las dos iban á hacer una piragua doble.

El Otahitino que mandaba la maniobra en la esquadra con una varita en la mano, se puede comparar con el *Keleustes* de los navios de los antiguos Griegos, y esta armada de Otahiti nos hizo acordar muchas veces de las fuerzas navales que empleaba la antigua Grecia en sus primitivos tiempos. Los Griegos estaban sin duda mejor armados, porque hacian uso de los metales; pero se echa de ver por la Iliada de Homero, que peleaban sin órden, y que sus armas eran tan sencillas como las de Otahiti. Las fuerzas reunidas de la Grecia con-

tra Troya no fueron mas considerables que el armamento de Otu contra la isla de Eimeo, y es muy probable que las famosas *mil naves* (*mille carinae*) de los Griegos no serian mas formidables que una esquadra de grandes piraguas, que necesitan de cincuenta hasta ciento y veinte hombres para su maniobra. La navegacion de los Griegos no excedia en extension á la de los Otahitinos. Los Griegos eran valerosos, y las muchas heridas de los caudillos Otahitinos son pruebas de su valor é intrepidez. Parece que en las batallas su imaginacion se exâlta hasta el frenesí, y su valor es una especie de furor; segun lo que refiere Homero de los combates Griegos, el entusiasmo de estos parece de la misma naturaleza. Homero nos pinta á los caudillos Griegos de una altura y fuerza extraordinarias; los caudillos Otahitinos comparados con la clase comun del pueblo son tan superiores en la estatura y elegancia de sus formas, que parecen de raza diferente. Sus estomagos de una amplitud prodigiosa exîgen gran cantidad de alimentos; y los heroes del sitio de Troya se distinguian por la gran cantidad de alimentos que consumian, igualmente que los de Otahiti. Se advierte la misma sencillez de costumbres en una y otra nacion, y hay tambien la mayor conformidad en su constitucion política. Los xefes de los distritos

de Otahiti son Príncipes poderosos, que no tienen mas respeto á Otu que el que los caudillos Griegos tenian á Agamenon; y se hace tan poca mencion en la Iliada del pueblo, que es muy probable fuese como los *Tutus* del mar del Sur. Asique, no les falta á los Otahitinos mas que un Homero que celebre sus empresas, y seguramente la lengua de Otahiti seria quizá tan apropósito para la poesía como la Griega. No pretendo indicar por este breve cotejo, que los Otahitinos desciendan de los Griegos: de lo dicho solo quiero se infiera, que los hombres quando llegan á un grado igual de civilizacion, se parecen unos á otros, aunque disten de un extremo al otro del Globo. Si exâminamos la historia de todas las naciones mas cultas, hallaremos que han pasado sucesivamente por todos los grados de la vida salvage que hemos observado hasta ahora en las tres partes del mundo, porque el hombre en iguales circunstancias y con iguales motivos siempre obra del mismo modo.



CARTA CCC.

Nuevas observaciones sobre estas islas.

Otu propuso á Forster y á Hodges, que si querian quedarse en Otahiti los haria Eries de los ricos distritos de Opare y Matabay; le agradecimos esta demostracion de su buen afecto, y nos despedimos de él con la mayor ternura. Uno de nuestros soldados, enamorado de la amenidad de Otahiti, resolvió quedarse en aquella isla: consultolo con Otu, y este Príncipe aprobó su resolucion. Yo tambien le hubiera permitido quedarse á acabar en paz sus dias en tan delicioso y abundante pais, si me hubiera pedido licencia, antes de hacernos á la vela; pero viendo que desde el navio se tiró á nado, y que este exemplo podia tener malas conseqüencias, hice recogerle, y ponerle preso. Diceme á la vela para ver nuestros amigos de Huaheine (Ojaine); pero antes de dexar á Otahiti, conviene hablar del estado de esta isla, que habia variado mucho desde nuestra visita anterior.

He indicado ya las mejoras que observamos en las llanuras de Opare y Matavay, y lo mismo se advirtió en los demas distritos. No podiamos comprender como en el

espacio de ocho meses habian podido construir tantas piraguas grandes y tanto número de casas. Los instrumentos de hierro que les habian suministrado los Españoles en este intermedio, habrian contribuido mucho á estos rápidos progresos, y no les faltan artifices, como despues veremos.

En la mansion que yo habia hecho en Otahiti el año anterior, formé muy baxo concepto del talento de Otu; pero los progresos que advertí en la isla despues de esta época, me convencieron de mi error. No pude comprender qué extension tiene su poder y autoridad sobre los caudillos y xefes: él nos dió á entender que Touja, almirante de la armada, y Potatou, xefe de los principales, no eran amigos suyos, y sin embargo en todas ocasiones les hacia muchos agasajos, porque los necesitaba para su empresa. Yo presumo que habian juntado el mayor número de embarcaciones y de gente que puede suministrar la isla, para dirigirse contra la isla de Eimeo, y que estos dos caudillos iban á mandar la expedicion, que debia executarse cinco dias despues de nuestra partida. Vegiatua, Rey de Tiarrabu (Tallarabu) habia prometido enviar una esquadra que se juntaria con la de Otu, para ayudarle á sojuzgar al Eri de Eimeo. La empresa debia de ser muy ardua, porque el almirante Touja me protestó varias

veces con un heroismo muy singular, que moriria en ella: Edideo me aseguró que la batalla se daria en el mar, y por consiguiente el Eri de Eimeo debia de tener por lo menos fuerzas iguales.

Yo hubiera esperado cinco dias en Otahiti, si hubiese creido que se executaria la expedicion al cabo de este término; pero tuve mucho fundamento para juzgar que deseaban nuestra partida, y que no querian emprender nada hasta que nos marchasemos. Esta isla, que como ya he dicho, está dividida en dos peninsulas, no formaba antiguamente mas que un solo reyno: no sé desde quando se dividió en dos Estados. Los Reyes de Tallarabu son descendientes de los de Oporeonu, y ambos Príncipes son actualmente parientes cercanos.

No sabemos quál es la verdadera constitucion de este gobierno; yo creo que es una especie de gobierno feudal. A pesar de esta especie de sistema monárquico, la persona ni la Corte de Otu no tenian circunstancia ninguna por donde un estrangero pudiese distinguirlas. Jamas le ví otro vestido que una pieza de tela comun rodeada á la cintura, y se observaba en sus acciones mas sencillez que en ningun otro de los Eries. Le ví remar con los demas remeros, y algunos de los *Tutus* sentados le estaban mirando, sin moverse á echar mano al remo. Todos sus vasallos se

le acercan y le hablan libremente sin la menor ceremonia donde quiera que le encuentran. Observé que estos xefes son mas amados que temidos del pueblo, de lo que se puede inferir que gobiernan con dulzura y equidad. Es costumbre entre los Eries no casarse jamas con personas de clase inferior; y de aquí es que casi todos ellos son parientes. Un *Tutu* jamas puede ascender de su clase abatida.

Un viento fresco nos alejaba de Otahiti; mirabamos con ahinco aquella isla deliciosa, quando un nuevo espectáculo nos llevó toda la atencion, y era una de las mas hermosas mugeres de Otahiti, que habia resuelto venirse con nosotros á Ulietea (Orayatea) su patria. Sus padres, á quienes habia abandonado algunos años antes huyendo con su amante, vivian aun, y el unico motivo de su viage era el amor filial que la obligaba á ir á verlos. No temia su cólera, antes bien esperaba ser bien recibida, porque estos Isleños perdonan facilmente las faltas de la juventud. Como Otu habia prohibido á todos sus vasallos el seguirnos, esta muger se habia escondido en el navio; pero luego que se vió en alta mar, no temió manifestarse. Esta isleña tenia puesto un vestido completo de uno de nuestros Oficiales, y se mostraba tan ufana con aquel adorno, que desembarcó con aquel mismo trage. Comió con

nuestros Oficiales sin el menor escrúpulo, burlándose con la mayor gracia de las preocupaciones de sus compatriotas. Si hubiera tenido buena educacion, pudiera haber brillado por su chiste aun en Europa, pues su viveza y modales graciosos la hacian ya estimable.

Al desembarcar en Ojaine encontramos al Eri Ori, que nos pareció mucho mas debil é indolente que la otra vez: tenia los ojos inflamados, todo el cuerpo seco, y cubierto de lepra, lo que no estrañamos quando supimos que se habia entregado del todo á la bebida que hacen de la pimienta llamada *ava*, con la qual se embriagaba. Edideo le acompañó algunas noches bebiendo, y al dia siguiente amanecia siempre con un fuerte dolor de cabeza.

Por la tarde asistimos á un espectáculo dramático: el drama representaba á una muger que se huia con nosotros de Otahiti, como en realidad habia sucedido; y la joven cuya aventura se representaba, asistió á la representacion, la qual la afligió tanto, que lloró con grande amargura, y apenas la pudieron reducir á que esperase hasta el fin. El recibimiento que la hacian sus parientes, formaba el desenlace de la pieza, y no era muy favorable á la pobre fugitiva. (Este primer paso de la poesía dramática es á la verdad rudo, pero infinita-

mente mas eficaz para la correccion de las costumbres que nuestras ingeniosas tragedias y comedias, de las quales es un absurdo esperar la menor correccion de los vicios, ya que no los enseñen y estimulen á su práctica. Tal fue tambien el principio de la comedia antigua entre los Griegos; grosera sí, pero de un efecto seguro para corregir el vicio con la terrible satira.)

Despedímonos del buen anciano Ori, y diciéndole yo que ya no volveriamos á vernos, echó á llorar, y nos dixo: *dexad venir aquí á vuestros hijos, que los trataremos bien.* Al llegar á Ulietea (Orayatea) el xefe Oreo, mi antiguo amigo, vino á vernos con otros muchos, trayéndonos varios regalos. Al dia siguiente yendo á visitarle, encontré en su casa quatro ó cinco viejas llorando y lamentándose, y al mismo tiempo se herian en las cabezas con dientes de tiburon: tenian los rostros y hombros cubiertos de sangre, y á pesar de esto nos fue preciso abrazar á aquellas furias que nos mancharon con su sangre. Hecha esta ceremonia, fueron á labarse, y volvieron tan risueñas como todos los demas isleños. Oreo manifestaba el mayor regocijo por nuestra vuelta, y despues de haber estado con él un rato, llevaron á nuestra chalupa un cerdo y frutas, y vinieron á comer con nosotros á bordo.

Despues de comer fuimos á pasear por

la playa : toda la costa estaba llena de piraguas, y las chozas se veian llenas de habitantes, que se preparaban á regalarse con la multitud de provisiones que tenian acumuladas. A la sazon habia una tropa ó sociedad de las que llaman *Areoy*, compuesta de hombres y mugeres, que se juntan de tiempo en tiempo, y viajan por todas las islas, abandonándose á los placeres y á todo género de torpezas. Durante nuestra mansion en Ojaine habiamos visto setenta piraguas, en que iban mas de setecientos *Areoys*, y se dirigieron á Ulictea (Orayatea): aquí supimos que habian estado divirtiéndose en la costa oriental de la isla, y habian venido á la occidental dos dias antes que nosotros. Observamos que todos ellos eran personas de importancia, y de la prosapia de los Eries. Las marcas impresas en sus cuerpos representaban en algunos de ellos figuras grandes, y Edideo nos dixo, que estos eran los principales de aquella Sociedad, pues quanto mas picada tenian la piel, denotaban clase mas superior. En general, todos eran robustos y bien hechos, todos guerreros de profesion. Edideo manifestaba mucho respeto á esta Sociedad, y nos dixo que era individuo de ella. Son una especie de Franc-Massones: se profesan una amistad muy estrecha, y exercitan entre sí la mayor hospitalidad. Quando un Areoy visita á otro, aunque

no le conozca, está seguro de que le proveerá de todo lo necesario: le presenta á los principales de la Sociedad, y le colman á competencia de regalos y caricias. Por esta razon, quando Edideo llegó á Otahiti, fue regalado y obsequiado sobre manera: los primeros Otahitinos que vinieron á bordo, eran Areoys, y por consiguiente le ofrecieron al punto sus vestidos, porque iba en trage Europeo. Parece que uno ó dos de cada familia de las principales debe entrar en esta Sociedad, cuya ley invariable y fundamental es que ninguno de los individuos pueda tener hijos. Segun lo que nos dixeron los Otahitinos mas instruidos, parece que al principio no se exîgia de ellos mas que un celibato perpetuo; pero bien pronto debieron de abandonarse á los mayores excesos, y (como ya he dicho en otras ocasiones) matan á los hijos que nacen.

Los Areoys gozan de varios privilegios, y son muy respetados en todas las islas de la Sociedad: hacen mucha vanidad de no tener hijos: y quando supo Tupia que el Rey de Inglaterra tenia una familia numerosa, dixo que se tenia por mas grande que este Príncipe, porque él era Areoy. En las grandes juntas que tienen los Areoys, y en sus viages, se alimentan de los vegetales mas exquisitos, y devoran muchos cerdos, perros, gallinas y peces, que les dan liberalmente

los Tutus ó la clase inferior del pueblo. Tambien hacen mucho consumo del brebage embriagador que hacen de la raiz de *ava* ó pimienta. Por todas partes se abandonan á los torpes placeres, llevando instrumentos de música para sus danzas lascivas.

Esta abominable Sociedad debe de haberse establecido y sostenerse en estas islas por principios políticos, á fin de impedir la multiplicacion de las familias principales, que oprimiria á las demas clases. Algunos Areoys se casan, como lo hizo Edideo, pero los mas viven abandonados sin fixarse con ninguna. Yo hice conocer á Edideo todo el horror de la barbara costumbre de matar á sus hijos, y me prometió conservarles la vida, y retirarse de tan infame Sociedad, si los tenia. Las madres no consentian jamas en estos horribles asesinatos; pero los hombres cogen por fuerza los niños, y los matan, bien que con tanto secreto, que no lo comprehenden los Tutus ni los criados de la casa.

Los Areoys se establecieron junto á nosotros, y pasaron muchos dias en fiestas y danzas, convidándonos muchas veces á asistir á ellas. Una de las diversiones que nos proporcionaron fue la representacion de un drama llamado *el nacimiento del niño*: el desenlace fue salir un niño recien nacido, representado por un hombre de seis pies de al-

to, y una tropa de mugeres corria tras él para cogerle, dando tan grandes carcajadas los espectadores, como los Italianos quando se representa á Arlequin naciendo de un huebo. En los intermedios hubo danzas y pantomimas, en que las mugeres danzaron con su acostumbrada destreza: los hombres representaron tambien algunas farsas, en cuyas canciones advertiamos repetidos nuestros nombres, y la accion era un robo que nos habian hecho. Otra farsa fue la reprentacion de la invasion de los isleños de Porapora, y para imitarla, se daban unos á otros grandes golpes con unas correas como en nuestros entremeses. En la representacion del niño recien nacido, observé que luego que salió el hombre que le representaba, le comprimieron y aplastaron la nariz, de lo que se puede inferir, que así lo executan con todos los que nacen, y por esta razon casi todos tienen la nariz aplastada.

En uno de los paseos que dimos por la isla, observamos en el rincon de una casa quatro figuras de madera de dos pies de largo, colocadas en fila sobre una tabla. Tenian un pedazo de tela rodeada á la cintura, y sobre las cabezas una especie de turbante guarnecido de plumas largas de gallo. Un isleño que habia en la casa, nos dixo que eran los *Teatuas* ó dioses de los *Tutus*. Esta asercion no basta para afirmar que los ado-

ran, y que los esclavos tienen distintos dioses que los principales; pues Tupia, que era Tajua, ó Sacerdote, y que tan bien sabia su religion, no nos hizo semejante distincion, ni nos dixo que sus paisanos adorasen ninguna cosa visible. Como quiera que sea, estas fueron las unicas figuras ó ídolos de madera que encontramos en estas islas. Los habitantes de Orayatea son mucho mas supersticiosos que los de Otahiti, y tienen gran veneracion á ciertas especies de páxaros.

Entre los habitantes de las islas de la Sociedad hay un reducido número de hombres instruidos en las tradiciones nacionales, y en las ideas astronómicas y mytológicas esparcidas por estas islas. Edideo nos habia hablado muchas veces de ellos, como de los sabios de su pais, y los llamaba *Tata-Orero*, que equivale á maestros ó doctores. Hallamos uno de éstos, llamado Tutavai, de quien procuramos averiguar todo lo que sabia en esta parte. Hablónos con mas paciencia y prolixidad de lo que esperabamos de la viveza y ligereza de caracter de estos isleños. Dixo que en cada isla de este archipielago dan un nombre distinto al Dios Supremo, Criador del cielo y de la tierra: que trece dioses presiden al mar, aunque fue criado por otro dios distinto de éstos: que el sol fue criado por *Omauvi*, dios poderoso que produce los terremotos; pero este astro es go-

bernado por otro dios que reside en él, de muy hermosa figura, cuyos cabellos le llegan á los pies. Aseguró que los muertos van á parar al sol, y que allí comen sin cesar carne de puerco y fruta de pan, sin necesidad de asarla al fuego: que cada hombre tiene dentro de sí un sér separado, llamado *Ti*, que obra segun la impresion de los sentidos, y que de sus conceptos se forman los pensamientos, á los quales dan un nombre que equivale á *palabras en el vientre*. Este sér, dixo, exîste despues de la muerte, y habita en las imagenes colocadas al rededor de los cementerios. No pudimos comprehender si admiten premios y castigos en la otra vida. La luna, segun ellos, fue criada por una diosa hembra, llamada *Ohina*, que la gobierna y reside en ella en las manchas negras. Las mugeres cantan una copla que parece ser un acto de adoracion. Las estrellas fueron criadas por otra diosa, y los vientos gobernados por otro dios.

Ademas de estas divinidades principales tienen gran número de dioses inferiores, algunos de los quales pasan por malignos que matan á los hombres dormidos. El *Tajua* principal los adora publicamente en los morais (*imarais*): á los dioses benéficos les dirigian oraciones que pronuncian en secreto, y no percibiamos de ellos mas que el movimiento de los labios. El Tajua, ó Sacerdote levanta

los ojos al cielo, y supone que Teatua baxa á conversar con él sin que le vea el pueblo, y sin que le oiga nadie, sino el Tajua. Ofrecen á sus dioses cerdos y gallinas asadas, y todo género de comestibles: pero no se da ningun otro culto á los dioses inferiores, y en especial á los maléficos. Creen que algunos de éstos habitaban en una isla desierta llamada *Manua*, donde se dexaban ver en figura de hombres muy altos y fuertes, de feroz aspecto, y que devoraban á todos los que se acercaban á su isla. Esto puede provenir de la tradicion de los antropófagos que hubiese antiguamente. Hay algunas plantas consagradas á los dioses, las quales se hallan siempre junto á los imarais ó cementerios: algunos páxaros como la garza, la abubilla, son tambien venerados como sagrados, pero esta supersticion no es tan grande en Otahiti como en Orayatea.

Los Tajuas ó Sacerdotes conservan su dignidad por toda la vida, y es hereditaria: el primer Tajua de cada isla es siempre un Eri, que goza de la primera autoridad despues del Rey. Los consultan en las ocasiones y necesidades importantes, y son los curanderos ó ensalmadores de estos paises. Hay tambien en cada distrito uno ó dos doctores ó *Tata-Oreros*, como *Tutavay*, que saben todo lo tocante á su religion, é instruyen al pueblo en ciertas ocasiones: es-

tos conservan tambien las escasas ideas que tienen en la geografia, astronomía, y division de los tiempos. Dividen el año en catorce meses lunares: los tres primeros, ademas de sus nombres particulares, se llaman colectivamente *Euru*, ó la estacion de la fruta de pan. No sé como forman de estos catorce meses el círculo del año; parece que algunos de ellos son intercalares: cada una de las lunas se compone de veinte y nueve dias: en los dos últimos dicen que la luna está muerta, porque no se la vé, y así es claro que empiezan á contar desde la primera aparicion de este planeta, y no desde el tiempo real de su conjuncion. El dia 25 de la luna trece, en que nos refirió todas estas cosas, correspondia á nuestro 3 de Junio.

El nombre de *Tajua*, que los Otahitinos dan á los Sacerdotes, es comun tambien á los que conocen el pequeño número de plantas que usan para la curacion de varias enfermedades. Es corta la cantidad de los remedios que usan, y su medicina es muy limitada; pero tambien son pocas sus enfermedades, y nada complicadas.

Dí las órdenes para marchar, y los isleños principalmente Oreo y otros de los mas distinguidos nos dieron las pruebas mas sincéras de su amor y ternura, llorando, regalándonos, y repitiendo sus instancias

para que nos quedasemos en su isla. Como yo no podia esperar que se enviarian mas navios á aquellas islas, Edideo nuestro fiel compañero se resolvió á quedarse en su patria, pero se separó de nosotros con tanto sentimiento, que mostró bien quanto nos amaba. No es posible describir las congojas de este amable joven al separarse de nosotros: no apartaba los ojos del navio, lloraba amargamente, y despechado se arrojó al fondo de la piragua: al salir de los arrecifes le vimos todavia extendiendo sus brazos ácia nosotros.

Las seis semanas que habiamos pasado en Otahiti y en las islas de la Sociedad, habian disipado todas las enfermedades biliosas y escorbúticas; pero mas de la mitad de las tripulaciones estaba contagiada de un mal venereo, mucho menos maligno que el de Europa. Todas las conjeturas que se han hecho acerca del principio de este contagio, son infundadas; lo cierto es que los habitantes de la Nueva Zelanda padecian ya esta enfermedad antes de que conociesen á los Europeos.

Internámonos algunas millas sin encontrar ningun habitante, y vimos en la orilla quatro piraguas: estándolas exâminando, una tropa de isleños se dirigió ácia nosotros, dando horribles gritos y blandiendo sus lanzas. Todos nuestros esfuerzos para atraerlos á una conferencia, fueron inutiles, y con una ferocidad terrible nos dispararon sus armas arrojadizas. Aunque disparamos algunos fusilazos, no por eso dexó uno de ellos de acercarse y disparar un dardo, que me tocó en un hombro; otro dardo dió á Mr. Forster en un muslo, dexándole una mancha negra en el vestido. Durante este ataque, nuestra gente que habia quedado sobre un peñasco, hizo fuego contra otros isleños que se descubrian en las alturas, lo qual nos dió lugar para retirarnos á nuestro puesto. La última descarga dispersó á todos los isleños, y no volvieron á presentarse: no pudimos saber si habiamos muerto ó herido algunos de ellos; solo oimos los alaridos dolorosos de uno, que manifestaban habia recibido una grande herida.

La conducta y feroz aspecto de estos habitantes me movió á llamar á esta isla *la Salvage*: su situacion es á los 19 grados 1 minuto de latitud austral, y á los 169 grados 37 minutos de longitud Oeste. Tiene unas once leguas de bogeo; su figura es circular; sus tierras muy elevadas, y el

mar cerca de la costa es muy profundo. Toda la ribera está cubierta de árboles y arbustos, entre los quales se elevan algunos cocoteros, pero no pudimos reconocer lo interior. No puedo dar mucha razon de los habitantes, que parece no son en crecido número; solo vimos que eran agiles, bien dispuestos, y apersonados. Andan enteramente desnudos, á excepcion de un tonelete que llevan á la cintura: algunos tenian el rostro, pecho y muslos pintados de un color ceruleo.

En los dias siguientes vimos gran número de islas de corta extension, rodeadas de gran multitud de peñascos. Algunas piraguas, con dos ó tres personas en cada una, se acercaron osadamente á los costados del navio, trayendo á bordo frutas y pescados que cambiaron por clavos. Estos Indios nos dixeron los nombres de todas las islas de al rededor: nos mostraron á Anamoca ó Roterdam, convidandonos á ir á la suya, que llamaban Cornango. Dexamos atras todas estas islas por causa del viento, y acercándonos á la isla de Roterdam, salió á encontrarnos gran multitud de piraguas de las islas cercanas, cargadas de frutas y cerdos. Uno de estos isleños me llamó por mi nombre, prueba de que tienen trato con los de Amsterdan. Nos hicieron instancias para que fuesemos á su isla, dan-

donos á entender que encontrariamos un buen fondeadero. Acerqueme á la vanda del Norte, y dí fondo á distancia de tres quartos de milla de la costa.

Apenas anclamos, acudió gran número de piraguas de todas las partes de esta isla de Anamoca ó Roterdam; venian cargadas de ñames y pescado, que nos vendieron en cambio de clavos, y pedazos de ropa vieja. Uno de estos isleños echó mano de la sonda, y á pesar de todas las amenazas que le hice, cortó la cuerda: se disparó un balazo contra su piragua, y él se retiró tranquilamente al otro costado del navio: pedimosle otra vez el plomo, pero no hizo caso: disparamosle una perdigonada, y sintiéndose herido, dirigió su piragua ácia la proa del navio, y colgó el plomo de un cordel que encontró allí pendiente. Sus compatriotas no dandose por contentos de esta restitucion, le echaron de su piragua, y le precisaron á retirarse nadando á tierra. Entre otras cosas que nos vendieron, habia gallinetas de agua de color de púrpura, vivas, y una raiz cocida muy nutritiva, y tan dulce como si estuviera cocida en azucar. Todo lo que veiamos nos hacia creer que estabamos en la isla de Amsterdam: como esta isla dista poco de Anamoca, sin duda estos isleños habian tenido noticia de nuestra llegada á Tonga-Tabu en 1773.

Entre otras pruebas de hospitalidad que nos dieron, una de las mugeres mas hermosas de la isla me hizo un convite que no quise admitir. Prohibí á todos los que estaban enfermos de mal venereo y á los recien curados, el salir á tierra, y no permití que muger ninguna entrase á bordo. Los isleños nos ayudaron á llenar de agua las pipas, y á traerlas á la ribera, recompensándoles su trabajo con clavos ó cuentas de vidrio. Nos traxeron tanta abundancia de frutas y raices, que llenamos la chalupa y un bote antes de mediodia. Las bananas y los cocos no eran tan abundantes como las ñames; la fruta de pan era aun mas rara, aunque eran muchos los árboles de estas especies de frutas. Los hombres no tenian mas vestido que un pequeño tonelete al rededor de la cintura; sin embargo, algunos, como tambien las mugeres, llevaban una especie de tela muy áspera de corteza, ó una esterilla, que llegaba desde la cintura hasta el tobillo.

La griteria de los que querian vender algo era tan grande al desembarcar nosotros, que por huir de ella nos apresuramos á internarnos en el pais, cuyo aspecto era muy ameno. Gran variedad de plantas cubrian el terreno con profusion, y los plantios de todas especies hacian de la isla un jardin continuo: las cercas que en Tonga-

Tabu serviau de embarazo á la vista, como aquí no eran tan freqüentes, y no cerraban mas que el lado del camino dexaban extenderse la vista libremente. El terreno era desigual, alternando las llanuras con cerrillos cubiertos de arbustos que formaban una perspectiva agradable. El camino que llevabamos pasaba á veces por entre largas calles de árboles frondosos y elevados, y en los intermedios se veia el suelo alfombrado de verde yerva: á veces entretegiéndose las ramas de unos arbustos aromáticos formaban una bóveda que nos defendia de los rayos del sol. Por uno y otro lado se descubria una agradable mezcla de plantíos y de tierras incultas. Las casas de los isleños eran de una figura muy singular; tenian de ocho á nueve pies de alto; las paredes formadas de cañas, no eran perpendiculares, sino inclinadas ácia adentro, y todo el cuerpo de la casa formaba un pentágono; estaban cubiertas de ramas, y remataban en un techo inclinado. En uno de los lados, á cosa de pie y medio sobre la tierra, habia una abertura de unos dos pies en quadro, que servia de puerta. Lo largo de la casa no pasaba de treinta pies, y su ancho seria de unos nueve. Lo interior estaba lleno de grandes raices de ñames, que parece son el principal alimento de los habitantes; el suelo debe de ser

muy duro, y sin embargo, para dormir se contentan con extender algunas esteras. Aquellos banquillos en que los Otahitinos apoyan las cabezas para dormir, son aquí muy comunes para el mismo uso. Vimos tambien algunos cobertizos abiertos sostenidos en maderos, y esterados por dentro, los que juzgamos les servirian para reposar de dia.

Pasamos por junto á muchas de estas casas, pero vimos muy pocos habitantes, porque la mayor parte de ellos estaba en nuestro mercado: todos los que encontramos, nos trataron con mucha amistad. Nos servian de guias, iban á cogernos flores en los arboles mas altos, y á traernos páxaros de entre las olas del mar; nos mostraban las plantas mas bellas, diciéndonos sus nombres. Nos ofrecian con ahinco cocos y otras frutas, llevando á los hombros nuestras pesadas cargas, pareciéndoles abundante recompensa un clavo ó una cuenta de vidrio.

Ninguna de quantas islas habia yo visto, tenia tan hermosa variedad de sitios amenos; en ninguna parte he visto flores mas bellas, cuya fragancia llenaba el ayre de perfumes. Una laguna salada que estaba en la extremidad septentrional de la isla, de unas tres millas de largo y una de ancho, tenia en medio algunos islotes cubiertos de arboles muy pintorescos, y las orillas no eran me-

nos deliciosas. Veianse en ella espesas vandadas de páxaros aquátiles, y por los arboles revolaban papagayos, palomas, y otras aves menores.

Nuestro cirujano tuvo la imprudencia de extraviarse solo por la isla : quando volvió á la playa, se habian ya retirado las chalupas, y esto animó á una tropa de isleños á quitarle el fusil y despojarle de sus vestidos. Hallabase ya desesperado de salvarse, quando una joven, notable por su belleza y por sus lárgos cabellos que ondeaban en rizos por sus hombros y seno, compadecida de él, rompió por medio de la gente, y viéndole tan oprimido del cansancio y calor, le dió una fruta para que refrescase y cobrase aliento. Las chalupas que acudieron á la orilla, dispersaron todo el concurso ; la generosa India, y un anciano que era su padre, permanecieron sentados junto á él con la tranquilidad que inspira una conducta virtuosa. Este hurto los animó para hacer otros, y en esto de robar parecian no menos diestros que los demas isleños del mar del Sur : para recobrar todo lo que nos hurtaron, nos valimos del terror, haciendo fuego y amenazándolos, con lo que logramos restituyesen los objetos de mas consideracion.

Despues de nuestra reconciliacion, los isleños se mostraron tan afables y cariño-

sos, que si hubiesemos permanecido por mas tiempo en su isla, quizá no hubieramos tenido mas motivos de queja. Dixeronme los nombres de unas veinte islas, situadas entre N. O. y N. E., algunas de las quales estaban á la vista. De una de ellas, llamada Amatofa, veiamos salir continuamente columnas de humo, de lo que inferimos tendria algun volcan. Al N. de éstas vimos otras trece islas. Dirigímonos ácia Amatafa, y al punto vino gran número de piraguas á los navios á hacer cambios. Todas estas islas forman un grupo que se extiende por tres grados de latitud y dos de longitud: la amistad y cariño con que nos trataron me obligó á llamarlas *islas de los Amigos.* Las costumbres, caracter y producciones de todas estas islas son casi las mismas. Los naturales de la isla de Roterdam parece estan mas sujetos á la lepra y enfermedades cutaneas que los demas, principalmente en el rostro: ví algunos que tenian comido parte del rostro y la nariz. No vimos en esta isla ningun Rey ni xefe que tuviese autoridad sobre los demas.

El archipiélago de las islas de los Amigos está habitado por una raza de hombres, que hablan la lengua del mar del Sur: y tienen todos un mismo caracter. En general, estas islas estan bien pobladas: Amsterdam es un jardin continuo: Midelburg,

Anamoca y las islas adyacentes parecen las mas fertiles, y sin ponderar, se puede creer que habrá hasta doscientas mil almas en estas islas. Lo saludable del clima y de las producciones los libra de aquellas inumerables enfermedades de que nosotros somos víctimas, y no tienen ninguna necesidad que no puedan satisfacer. En las artes y en la música han hecho mas progresos que las demas naciones del mar del Sur : pasan una vida alegre, y gustan mucho de la sociedad. Son activos é industriosos, y tratan con urbanidad á los estrangeros. La aficion que tienen al comercio me hace creer que en esto hay mas política que verdadero cariño, y parece que obran por los motivos mercenarios é interesados que inspira el comercio. Esta parte de su caracter es diametralmente opuesta á la de los Otahitinos, que gustan de la vida indolente, y sus afectos no se reducen á mera apariencia. Sin embargo, en las islas de la Sociedad hay gran número de personas voluptuosas, como los *Areoys*, cuyo caracter moral está muy despravado, en vez de que los habitantes de las islas de los Amigos parece ignoran los vicios que son efecto de la opulencia.

Fin del Quaderno LIII.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO CINCUENTA Y QUATRO.

CARTA CCCII.

Las Nuevas Hebridas.

Voy ahora á pasar á un nuevo Archipiélago situado entre las islas de los Amigos y la Nueva Holanda, que hasta ahora ha sido desconocido. El 2 de Julio de 1774 prosiguiendo nuestro viage, descubrimos la tierra que queriamos visitar. La isla parecia tener dos collados de suave pendiente cubiertos de arboles: sobre el arrecife que rodea la isla descubrimos quatro ó cinco isleños, y unos quince en la ribera, los quales al acercarse nuestro bote, se huyeron á los bosques. Volvió el bote con la noticia de no haber encontrado mas que un solo paso de unos seis pies de agua, por donde solo podian entrar canoas: despues de haber entrado por esta abertura, habia bogado ácia la ribera con la esperanza de hablar á los isleños, que serian unos veinte, armados todos de macanas y de lanzas, pe-

ro al ver acercarse el bote, se huyeron por el bosque: dexó sobre el arrecife medallas, clavos y un cuchillo, que cogieron los naturales luego que el bote se retiró. Esta isla corre de N. E. á S. O. poco menos de una legua, y tendrá la mitad de ancho. Está cubierta de arboles, y al rededor está defendida con un arrecife de coral: es demasiado pequeña para tener muchos habitantes; y quizá los que vimos habian ido de otra isla vecina á pescar tortugas, de que habia gran número en los arrecifes, por lo que la dí el nombre de *isla de las Tortugas.*

El dia 13 los marineros celebraron con su ordinaria alegria el segundo aniversario de nuestra partida de Inglaterra, bebiendo con abundancia. Uno de ellos, que tenia un caracter extravagante, compuso un himno en esta ocasion, en que exôrtaba seriamente á sus camaradas á hacer penitencia; y concluida su exôrtacion, se puso á beber hasta que se embriagó como todos los demas.

El 16 por la tarde descubrimos una gran costa, á la qual nos dirigimos. Tuve por sin duda que seria la *Australia del Espíritu Santo*, descubierta por Quirós, llamada por Bougainville *las grandes Cícladas.* El 18 descubrimos á los habitantes en la costa, y vimos soberbias cascadas que se

precipitaban de las montañas vecinas: toda la punta Nordeste era mas baxa, y estaba cubierta de diferentes arboles; en particular habia inumerables palmas hasta en las cumbres de los collados, formando la mas bella perspectiva. Algunas piraguas se dirigieron ácia nosotros, pero á pesar de las señales de amistad que les hicimos, no quisieron acercarse.

La isla *Aurora* tendrá unas doce leguas de largo, y como cinco millas de ancho; la montaña que tiene, es puntiaguda y de altura considerable. La isla de *los Leprosos* es casi tan larga como *la Aurora*, pero mas ancha. Sus habitantes se presentaron en la playa, y se veian piraguas; pero no se acercaron al navio. Saliendo de la bahia nos dirigimos por el canal que separa la isla de *Aurora* de la de *Pentecostes*; ésta parece mas poblada, y mas llena de plantíos que las dos anteriores. Parece que la agricultura les suministra los principales medios de subsistencia; y como tenian pocas piraguas, y sus costas eran muy escarpadas, juzgamos que se ocupan poco en la pesca.

El 21 nos hallamos delante del canal que separa la isla de *Pentecostes* de la tierra meridional: esta tierra se dilata todo quanto la vista puede alcanzar, y en la parte mas cercana á nosotros, que era muy alta, se levantaban dos grandes columnas de humo, que

juzgamos procederian de algunos volcanes. Toda la costa Sudeste formaba una llanura muy bella y dilatada, de la qual se elevaban muchos remolinos de humo entre los bosques mas amenos que habiamos visto desde nuestra salida de Otahiti. El aspecto fertil del pais y el gran número de hogueras daban á entender que está bien poblado. Habiéndonos dirigido al Sur-Sur-Oeste, descubrimos que esta porcion de tierra era una isla, á la qual llaman los naturales *Ambrin.* Luego que doblamos la punta meridional de Ambrin, descubrimos una tierra alta, y despues otra aun mas elevada, en la qual descollaba una montaña de figura piramidal; la primera estaba al Sudeste, y la segunda al Este quarta al Sudeste, y su distancia será de unas diez leguas.

Al acercarnos á la primera tierra, vimos apariencia de un buen fondeadero, formado por una peninsula que se extendia al Norte. Sobre esta punta habia algunos habitantes, que al parecer nos convidaban á desembarcar, armados todos de arcos y flechas. El Oficial que fue á reconocer el fondeadero, nos dixo que los naturales se habian acercado al bote en sus piraguas, y que lejos de insultarle, tremolaban unos ramos verdes; y cogiendo agua con las manos se la echaban sobre sus cabezas, correspondiéndoles el Oficial con las mismas demostracio-

nes. Acercáronse en fin al navio, agitando sus ramos verdes, y repitiendo continuamente la palabra *tomaro*, que nos pareció equivalente al *tayo* de los Otahitinos. Sin embargo, la mayor parte de ellos venian armados de arcos, dardos y lanzas, preparados sin duda para la paz ó la guerra.

Luego que anclamos, llegaron muchos en sus piraguas: dimosles telas de Otahiti, que recibieron con ansia, y en recompensa nos dieron algunas de sus armas arrojadizas, con puntas de hueso, y untadas con una goma negrizca, que nos hizo creer seria veneno; pero habiéndolas probado en un perro, la herida no tuvo ninguna resulta funesta. La lengua de esta nacion era tan diferente de todas las que habiamos oido en el mar del Sur, que no comprendimos ni una palabra: era mucho mas dura, y estaba llena de consonantes ásperas. Tampoco se parecen estos Indios en la estatura á sus vecinos; su altura no pasaba de cinco pies y quatro pulgadas; su color era muy obscuro; no habia proporcion en sus miembros; sus piernas y los brazos eran muy delgados y largos; sus cabellos negros, crespos y lanudos: sus facciones nos parecieron mas extraordinarias que todo lo demas: tenian la nariz muy ancha y aplastada, los huesos de las mexillas muy prominentes, como los Negros, la frente muy

estrecha, y á veces comprimida en extremo: la mayor parte de ellos tenian el rostro y pecho pintados de negro, lo que era aun mas desagradable que su natural fealdad. Un corto número de ellos traia sombreros de paja, pero todos estaban absolutamante desnudos, y un cordel les ceñia la cintura tan apretadamente, que les hacia un surco muy profundo. La mayor parte de las demas naciones se sirven de un pedazo de tela para ocultar sus vergüenzas; pero un texido de cordones que llevan siempre estos Indios ofende mas al pudor que la misma desnudez.

No cesaron de hablar en voz muy alta al rededor del navio, pero lo hacian con tan buen humor, que nos divertian: quando poniamos los ojos en alguno de ellos empezaba á hablar con la mayor volubilidad sin ningun reparo. Sus figuras, gesticulaciones, y ademanes nos los representaban como una especie de monos. Al anochecer se volvieron á tierra, encendieron fuego, y los oiamos hablar tan alto como quando estaban cerca del navio; pero á cosa de las 8 se acercaron al navio en sus piraguas con tizones encendidos, empezando de nuevo su conversacion. La noche era clara y la luna brillaba por intervalos; estrañamos mucho verlos tan afanados toda la noche al rededor del navio, porque los demas is-

leños siempre se retiraban al ponerse el sol. Yo mandé que no dexasen subir ninguno á bordo, y que nada se les comprase, para evitar toda sorpresa: ellos se retiraron á tierra á la media noche, y estuvieron cantando, tocando sus tamboriles, y danzando hasta el amanecer.

Los que de dia habian subido á bordo trepaban con la mayor agilidad hasta lo mas alto de los masteleros. Jamas hemos visto nacion mas inteligente: comprendian nuestras señas como si estuvieran muy acostumbrados á ellas, y en pocos minutos nos enseñaron muchas palabras de su lengua, la qual no era dificil de pronunciar para nosotros, aunque como he dicho tenia muchas consonantes, principalmente rr duplicadas.

Se les antojaba todo lo que veian, pero no murmuraban quando se les negaba. Admiraban mucho los espejos, y mostraban mucho contento en mirarse en ellos. Esta disforme nacion parecia mas preciada de su figura, que los hermosos isleños de Otahiti. Tenian las orejas agujereadas, y tambien la ternilla que divide las narices, en el qual agugero llevaban atravesado un palo, ó dos pedazos de piedra reunidos que formaban un ángulo obtuso: tienen brazaletes trabajados con primor; la parte superior de sus brazos estaba cubierta de conchitas negras y blancas; y se echaba de ver que se ponian es-

tos brazaletes en la niñez, porque estaban sumamente apretados: no tenian picada la piel.

Al dia siguiente desembarcamos entre unos quinientos de estos Indios, que habian acudido á la ribera: aunque todos estaban armados de arcos, lanzas y macanas, no nos hicieron la menor oposicion; al contrario, viendo que yo me adelantaba con un ramo verde en la mano y sin armas, uno de ellos que parecia xefe, entregó sus armas á otro, y se entró en el agua para salir á recibirme: traia otro ramo igual, que trocó por el mio, y asiéndome de la mano me presentó á los suyos. Al punto repartí entre ellos algunos regalos: les hice entender por señas que necesitabamos leña, y ellos me respondieron que podiamos cortarla. Presentaronme un lechoncillo, y dí al que me lo trajo, una pieza de tela, esperando conseguir de ellos mas provisiones, pero me engañé. El lechon no habia sido traido para comerciar, sino para ofrecermelo como una ratificacion de la paz; y no pudimos conseguir mas que una docena de cocos, y una corta cantidad de agua fresca. No hacian ningun aprecio de nuestros clavos ni instrumentos de hierro, y casi nada estimaban de todo lo que traiamos. Algunas veces trocaban una saeta por una pieza de tela; pero rara vez consentian en deshacerse

de un arco. No querian consentir en que nos internasemos en el pais, y estaban muy deseosos de que nos volviesemos á bordo.

Algunos de ellos, sentándose á la sombra de los árboles, mostraban mucho gusto en enseñarnos su lengua, y se admiraban de la facilidad con que reteniamos las palabras por medio de la escritura. No solamente gustaban de enseñarnos su lengua, sino que tambien deseaban aprender la nuestra, cuyas palabras pronunciaban tan exâctamente, que nos dexaba admirados su gran penetracion. Como vimos la gran flexîbilidad de sus órganos, probamos á hacerles pronunciar los sonidos mas dificiles de las lenguas de Europa, y solo con oirla una vez pronunciaron sin la menor dificultad la sílaba Rusa *Shtch*. Les enseñamos las palabras numerales del Inglés, y las repitieron rápidamente contando por los dedos; en una palabra, aunque no ponian la mayor atencion en nuestros discursos, comprendian é imitaban al momento todo lo que queriamos decirles.

Nos vendieron saetas envenenadas, pero advirtiéndonos que no las probasemos en los dedos, dandonos á entender con las señas mas inteligibles, que una saeta ordinaria puede atravesar el brazo de un hombre sin matarle, pero que el mas leve rasguño de éstas bastaba para darle muerte. Si á pesar

de sus consejos, las acercabamos á los dedos, nos asian cariñosamente de los brazos, para preservarnos del peligro.

Observando á uno de ellos que se iba con la sonda que habia hurtado, me dirigí á él, y al punto me la volvió sin hablar palabra: y debo advertir que esta fue la única cosa que intentaron robarnos. Insté á uno de ellos nos conduxese á ver algunas casas que estaban á la entrada del bosque; pero no permitió me acompañase nadie mas que Forster. Estas chozas eran semejantes á las que habiamos visto en otras islas, son algo baxas y cubiertas de hojas de palma: algunas estaban rodeadas de tablas, y una abertura quadrada era su única puerta, la qual estaba cerrada y no nos permitieron abrirla. En aquel parage no habia mas que seis chozas, y algunos plantios de raices, cercados de cañas, como en las islas de los Amigos. Se veian tambien algunos cocoteros, eurus, &c. pero en corto número, y con poca fruta. Vimos una gran provision de bellas ñames amontonadas sobre ramas; unos veinte cerdos, y algunas gallinas andaban al rededor de las chozas.

Despues de haberlo exâminado todo, nos embarcamos en la chalupa, y habiendo costeado hasta la punta Sudeste de la bahia, desembarcamos para recorrer á pie la playa. No tardamos mucho en descubrir las

islas que estan al Sudeste, de que he hecho mencion: entonces supimos los nombres de estas islas, y el de la que ocupabamos, la qual se llama *Manicola*, nombre que se halla tambien en el viage de Quirós. Encontramos en la playa una fruta muy parecida á la naranja, pero como estaba podrida, no sé si será buena para comer.

El 23 me hice á la vela, y los isleños acudieron en sus piraguas: los cambios se hicieron con mas confianza que antes, y nos dieron pruebas bien singulares de su fidelidad. Como el navio caminaba al principio con mucha velocidad, dexamos atras muchas piraguas que habian ya recibido nuestras mercaderías sin haber tenido nosotros tiempo para recoger las suyas en cambio. En vez de aprovecharse de esta ocasion para apropiarselas, como hubieran hecho sin duda nuestros amigos de las islas de la Sociedad, hicieron los mayores esfuerzos por alcanzarnos, y entregarnos el precio de lo que habian recibido. Uno de ellos nos siguió por mucho tiempo, y habiéndonos entrado calma, nos alcanzó: luego que pasó á bordo, mostró lo que habia vendido; varios quisieron pagarselo, pero no quiso entregarlo á nadie, hasta que descubrió al que se lo habia comprado, y al punto se lo entregó. El Inglés no reconociéndole, quiso volver á pagarselo; pero el honrado isleño rehusó ad-

mitir ninguna otra cosa, y le mostró lo que habia recibido en cambio de sus géneros. Lo que mas apreciaron estos Indios fueron las telas y el papel jaspeado, sin hacer ningun caso de nuestros clavos, herramientas, ni cuentas de vidrio. Nunca vimos mas que unas ocho piraguas junto á los navios, y en cada una no habia mas que quatro ó cinco isleños.

Vimos pocas mugeres, y no eran menos feas que los hombres: se pintan la cabeza, rostro, y hombros de color roxo: llevan una especie de saya: algunas tenian sobre las espaldas una faja, en que llevaban asegurados sus hijos. Ninguna de ellas vino á bordo, y quando estabamos en tierra, se mantenian distantes de nosotros. Sus adornos eran pendientes en las orejas y brazaletes de concha de tortuga.

Los habitantes de *Manicola* son una raza de hombres, diferente de todas las que habiamos visto hasta entonces; y las palabras de su lengua que recogimos, no tienen ninguna afinidad con las de las demas islas de aquel mar. Creo que sus frutas no son tan buenas como las de Otahiti ó las islas de los Amigos; solamente las ñames son excelentes. Sus animales domésticos son cerdos y gallinas, y parece que no tienen perros ni otra ninguna especie de quadrúpedos. En los bosques vimos varias especies

de aves, y quizá habrá algunas desconocidas. Si se hubiera de juzgar del número de los habitantes por los que vimos en el puerto donde surgimos, se creeria que era considerable; pero en atencion á la extension de la isla, que tendrá veinte leguas de largo de Norte á Sur, no la supongo muy poblada. Tendrá á mi parecer cincuenta mil habitantes, los quales no viven dispersos por las laderas de los cerros como en Otahiti, sino que estan esparcidos por mas de seiscientas millas quadradas El pais parece todo una floresta continua, solamente han empezado á desmontar y labrar algunos pequeños espacios. Las grandes pruebas que nos dieron de inteligencia y penetracion manifiestan que son capaces de hacer grandes progresos, y no necesitan mas que de una persona ambiciosa para civilizarlos mas.

El 23 de Julio doblamos la punta Sudeste de *Manicola*, y descubrimos tres ó quatro islas que al principio parecian una sola tierra. Bien pronto vimos las islas de Ambrin y Paon: Ambrin que contiene un volcan, tendrá mas de veinte leguas de bojeo: Paon tiene un pico elevado al Sur, y de poca extension. La cantidad de remolinos de humo que se levantaban de varias islas, nos dieron motivo para juzgar que los naturales guisan su comida no en hornillos, sino sobre la tierra.

El 24 descubrimos otra isla, notable por tres collados que forman tres picos, circunstancia por la que la pusimos este nombre. Está muy llena de árboles y probablemente bien poblada, porque vimos en la costa muchos isleños, parecidos á los de Manicola, y armados como ellos de arcos y lanzas.

Dexando atrás varias islas que avistamos, dirigimos el rumbo ácia el Sur, y nos hallamos cerca de las islas meridionales, que consisten en una grande isla, cuyas extremidades Sur y Oeste se extienden hasta perderse de vista, y otras tres ó quatro isletas ácia el Norte. Las dos mas septentrionales, que son las mayores, tienen sus tierras bastante elevadas. Llamé á la una Montagu, á la otra Hinchimbroock, y á la mas considerable Sandwich. El aspecto de esta última es muy ameno: su terreno se halla variado con bosquecillos y llanuras. Vimos cocoteros y otros varios árboles, entre los quales se descubrian algunas habitaciones, y piraguas en la costa. Por otra parte admirabamos unos bosques frondosos, y espacios considerables de terreno desmontado, que por su color pagizo parecian campos sembrados de trigo. Todos convenimos en que esta isla de Sandwick era una de las mas bellas de este nuevo grupo, y está muy bien situada para formar un establecimiento Europeo.

Al cabo de muchas contrariedades de los vientos llegamos el 4 de Agosto á la isla de Erramanga. Al amanecer fuí con dos barcos á exâminar la costa, y á hacer aguada y leña: los isleños que habian acudido á la orilla, nos convidaron con señas de amistad á desembarcar. Salté en tierra en presencia de una gran multitud, no llevando en la mano mas que un ramo verde que habia recibido de uno de los isleños, acompañado de una sola persona. Recibieronme con el mayor agrado, y se apartaron luego que les hice señal con la mano: uno de ellos que me pareció xefe, les hizo formarse en semicírculo, y dió golpes á los que intentaban pasar esta linea. Le colmé de regalos, repartiendo algunos entre los demas: pediles agua y refrescos, y al punto me traxeron agua en un vaso de madera, ñames y cocos. No tenia yo mas motivo para sospechar alguna mala intencion, que verlos á todos armados de lanzas, macanas, dardos y saetas, por lo que estaba observando con atencion todos los movimientos del xefe. Hizome instancias para que sacase el bote á tierra, y dirigiéndose á los isleños, le ví hablar con algunos de ellos: volviéndose á mí, repitió sus instancias, y puso alguna repugnancia en recibir los clavos que le daba. Esto me hizo sospechar alguna traicion, y al punto me acerqué al bote, dandole á

entender por señas que iba á volver; visto lo qual, intentaron valerse de la fuerza. Al tiempo que ibamos á pasar al bote, quitaron la tabla que servia para embarcarnos; viendo que yo les apuntaba con el fusil, soltaron la presa, pero intentaron tirar el bote á tierra, y otros se arrojaron sobre los marineros para quitarles los remos. Las señales y amenazas no podian contenerlos; sin embargo, no quise hacer fuego contra la multitud, teniendo por mas justo que el xefe pagase la pena de su perfidia, pero mi fusil no dió fuego. Descargaron sobre nosotros una lluvia de piedras, dardos y saetas, por lo que me ví precisado á mandar hacer fuego. La primera descarga los puso en gran desorden, pero fue preciso repetirla, para alejarlos de la orilla; á pesar de esto, continuaron disparandonos piedras detras de los árboles, y algunos se acercaban á lanzarnos sus dardos. De quatro que quedaron tendidos en la playa como muertos, dos de ellos se retiraron arrastrando á la espesura; su fortuna fue que la mitad de los fusiles no dieron fuego, pues de otra manera hubiera sido grande la mortandad. Uno de los nuestros fue herido en la cara con un dardo, cuya punta era del grueso de un dedo: las saetas tenian las puntas de una madera dura. Los isleños irritados corrian por todas partes ácia los cerros, y despues

se formaron en batalla en ademan de vengarse.

Llegando á bordo, hice levar anclas con ánimo de fondear mas cerca del desembarcadero: toda la costa occidental estaba cubierta de palmas, que formaban muy bella vista, y que parecian diferentes de los cocoteros. En esto, se presentaron en la playa varios isleños mostrandonos dos remos que habiamos perdido en la refriega, por lo que hice disparar un cañon de á quatro, para darles idea del efecto de nuestra artillería. La bala no llegó á ellos, pero les causó tal espanto, que dexando los remos junto á un matorral, no volvieron á presentarse.

Estos isleños parecen de diferente raza que los de Manicola, y no hablan la misma lengua: son de mediana estatura, pero bien formados, y sus facciones no son desagradables: su color es muy bronceado, se pintan el rostro, unos de roxo, otros de negro; sus cabellos son crespos y algo lanudos. Las pocas mugeres que ví, me parecieron muy feas; llevan una especie de saya de hojas de palma, ó de alguna otra planta semejante; pero los hombres andan desnudos, como los de Manicola, con solo un cordel á la cintura. No ví piraguas en ninguna parte de la costa: viven en chozas cubiertas de hojas de palma; sus plantíos estan á

cordel, y cercados de una barda de cañas. Al cabo ó península que separa las dos bahias de esta isla, puse por nombre *cabo de los traidores*, por causa de la conducta pérfida de sus habitantes.

El dia 5 al amanecer descubrimos otra isla: reconocimos entonces que la luz que habiamos visto por la noche, era ocasionada por un volcan de donde salia gran cantidad de fuego y humo con un ruido sordo que se oia á larga distancia. El collado mas baxo de toda la cordillera, que era de figura cónica, tenia en medio un crater, y se componia de un monton de piedras requemadas y estériles. Una columna de humo espeso á manera de un gran arbol se levantaba de él de quando en quando, y su cima se ensanchaba á medida que se elevaba. Siempre que brotaba una nueva columna de estas, oiamos un estruendo semejante á un trueno, y las columnas se seguian unas á otras con poca interrupcion. No era siempre uno mismo el color del humo; por lo general parecia blanco y amarillento, á veces se veia de color pardo obscuro tirando á roxo, lo qual podia proceder del fuego del volcan que se mezclaba con el humo y cenizas. Toda la isla, exceptuando el volcan, está cubierta de árboles, y contiène gran cantidad de bellas palmas. Observamos tambien una amena verdura, á pesar

de la estacion del año, que era el invierno de aquel clima.

Al ir á fondear, los isleños aparecieron en varios parages de la costa, armados todos de arcos, saetas, &c.: unos se dirigieron á nosotros en sus piraguas, otros á nado; al principio se mostraron tímidos, y no se acercaron mas que á tiro de piedra, pero poco á poco se fueron animando, y las piraguas que se acercaron al navio, hicieron algunos cambios. Baxé en un bote, y dí á los isleños de una piragua algunos regalos; esta demostracion atrajo á los demas cerca del navio, y se hicieron insolentes. Intentaron robar todo lo que podian; los fusilazos que tiramos para espantarlos, no produxeron ningun efecto, pero al oir un cañonazo, se tiraron todos al agua. Viendo que no les habia sucedido ningun mal, volvieron todos á sus piraguas, dando gritos, amenazandonos con sus armas, y volvieron á su primer intento. Fue preciso espantarlos á balazos, y aunque ninguno de ellos quedó herido, les infundimos bastante miedo para que se fuesen á tierra. Las piraguas que nos rodeaban eran diez y siete, y entre todas ellas habria mas de doscientos hombres: decian algunas palabras de quando en quando, como haciéndonos preguntas; quando pronunciabamos alguna palabra del dialecto de Otahiti ó de Manicola,

la repetian sin manifestar que la entendiesen.

Despues de haber amarrado el navio, fuí con un buen destacamento á desembarcar á la entrada de la bahia: los isleños, sin oponerse, formaban dos cuerpos uno á nuestra derecha y otro á la izquierda, armados todos de macanas, dardos, lanzas, arcos, y saetas, hondas y piedras. Habiendo repartido entre los mas ancianos, porque no distinguiamos á los xefes, algunos regalos, desembarcamos dos pipas para llenarlas de agua, dando á entender á los isleños que esto era lo que mas necesitabamos. No pudimos conseguir de ellos mas que algunos cocos, de que habia grande abundancia en los árboles, pero no quisieron vendernos ninguna de sus armas. Mantuvieronse siempre en actitud de pelear; con el menor motivo hubieran venido á las manos, y creo que dexaron de acometernos por la prontitud con que volvimos á embarcarnos. Sin embargo, merece elogios su conducta: algunos que se huyeron al desembarcar nosotros, volvieron luego que los llamamos por señas; rogamosles se sentasen, y lo executaron los mas; prohibimosles pasar de una raya que señalamos, y obedecieron. Pidiéndoles permiso para cortar leña, nos mostraron los árboles, pero nos advirtieron no cortasemos los cocoteros, de

que habia inumerable cantidad sobre la costa. Mandamosles baxar las armas, y la mayor parte de ellos obedecieron á este injusto precepto.

Eran de mediana estatura, pero mucho mas fuertes y mejor proporcionados que los de Manicola : estaban desnudos como éstos, teniendo rodeada á la cintura una cuerda, aunque no tan apretada como los de Manicola que parecian hormigas. Algunas mugeres que vimos á lo lejos, nos parecieron menos feas que las de Manicola; dos de ellas jóvenes estaban armadas de lanzas. En la conversacion que tuvimos con ellos recogimos gran número de palabras enteramente nuevas para nosotros ; á veces expresaban una misma cosa con dos palabras, la una nueva para nosotros, y la otra correspondiente á la lengua de las islas de los Amigos, de donde inferimos que tienen por vecinos á algunos isleños que hablan esta lengua. Dixeronnos que su isla se llamaba *Tanna*, palabra que significa *tierra* en la lengua de los Malayos.

Por la noche vimos brillar el fuego del volcan, y de cinco en cinco minutos oiamos una explosion: este fenómeno habia llamado toda nuestra atencion durante el dia: el ruido de algunas explosiones era igual al de los truenos mas fuertes, y un estruendo sordo resonaba despues por medio minuto: el ay-

re estaba lleno de humo y cenizas, que nos causaban mucho dolor quando nos caian en los ojos; estas cenizas cubrian todas las partes del navio, como tambien toda la costa. Este volcan distaba de nosotros de cinco á seis millas, pero como en el intermedio habia otros cerros, no veiamos mas que la cumbre que vomitaba continuamente fuego.

Al dia siguiente se presentaron los isleños en dos cuerpos junto al desembarcadero, todos armados como el dia anterior. Una piragua con uno ó dos hombres iba y venia al navio, cargada de cocos y bananas, que nos ofrecian sin pedir nada en cambio, pero yo siempre les daba algunos regalos. El xefe nos convidaba á desembarcar; un anciano, que nos habia dado muestras de amistad, pasó á bordo con otros; dile á entender que debian baxar sus armas; y él cogiendo las que habia en la piragua, las arrojó al mar. Dile una pieza de tela, y no me quedó duda de que habia comprehendido mi intencion, pues luego que volví á tierra le vimos pasar sucesivamente de un cuerpo de isleños á otro, hablándoles, y no volvió á presentarse con armas. Un isleño se acercó al navio blandiendo su macana con arrogancia, golpeando con ella en el costado, y haciendo otros ademanes violentos; despues ofreció darnosla en cambio de cuentas de vidrio y otras vagatelas. Echámoselas del navio atadas de un

cordel, y luego que las cogió, se retiró á toda boga, sin dar la macana ni otra cosa alguna en cambio. Disparámosles algunos tiros, que no le hicieron efecto, pues se mostraron mas insolentes dando gritos y silvidos.

Al ir á desembarcar, se presentaron los isleños en disposicion de oponerse y de acometernos; hiceles señal que baxasen las armas, pero ellos se burlaban de mi orden, y uno de ellos, mostrándonos las posaderas, se daba golpes en ellas, que es señal de desafio en todas las islas del mar del Sur. Fue necesario disparar la artilleria del navio, para despejar la playa: entonces desembarcamos y señalamos limites con rayas á derecha é izquierda. Nuestro amigo el anciano fue el unico que nos esperó en su puesto, y recompensé su confianza con un regalo. Los isleños volvieron poco á poco, con disposiciones al parecer pacificas, y aun algunos vinieron sin armas: indicando á los demas que dexasen sus armas, nos respodieron que las dexasemos nosotros antes, por lo que unos y otros nos quedamos armados. Obedecieron á la señal de no pasar de las lineas que yo habia formado. Subieron á los cocoteros, y nos traxeron cocos, sin exîgir nada en cambio: solamente nos suplicaron que no volviesemos á hacer fuego. Observé que muchos de ellos no querian tomar nuestras cosas, y

no tenian ninguna idea del cambio. Llevando al bosque al anciano, llamado Paovang, le dí á entender que teniamos necesidad de leña: Paovang consintió en ello, y los demas no se opusieron, encargándonos solamente que no cortasemos cocoteros. Este anciano nos dió las mayores pruebas de amistad, y fue tan fiel que nos restituyó una hacha que los nuestros habian perdido en el bosque cortando leña. Al ponerse el sol se dispersaron los isleños, exceptuando algunos que vinieron á decirnos querian irse á dormir; hicimosles señas para que se marchasen, y al punto se retiraron. Pareciónos que esto era una ceremonia de urbanidad, creyendo seria desatencion dexar solos á sus huespedes, cosa que no pensabamos encontrar en un pais tan poco civilizado.

Estos isleños me dieron á entender de un modo muy claro, que comen carne humana, y que practican la circuncision. Ellos fueron los que suscitaron esta qüestion, preguntando si comiamos carne humana. Algunos pretenden que solamente el hambre ha podido obligar á los hombres á ser antropófagos; pero estos isleños desmienten su opinion, supuesto que tienen cerdos, gallinas, raices y frutas en abundancia.

Todas las mañanas dabamos algunos paseos por lo interior del pais, y llegamos á

las habitaciones de los isleños, donde las mugeres estaban preparando el almuerzo, que consistia en ñames y otras raices asadas. Al acercarnos echaron á huir, pero los que nos guiaban las sosegaron, y volvieron á su trabajo. Sentamonos á conversar familiarmente junto á una choza con los isleños que iban acudiendo, mientras que algunos de ellos fueron á buscar alimentos para nosotros. Noté gran número de palabras de su lengua, y satifice á las preguntas que nos hicieron. Por casualidad empezé á cantar, y me hicieron las mayores instancias para que prosiguiese: las tonadas alegres Inglesas y Alemanas les gustaron mucho, pero las Suecas que cantó el Doctor Sparman, merecieron los mayores aplausos. Rogamosles despues que cantasen, y uno de ellos cantó una tonada muy sencilla, pero tan armoniosa, que no habiamos oido cosa igual en todas las naciones del mar del Sur. Tenia mucho mayor número de notas, que las canciones de Otahiti y Tonga-Tabu; y ademas se notaba en ella un ayre patético que la distinguia ventajosamente de la música mas dulce y afeminada de aquellas islas. Las palabras parecian dispuestas en metro, y se cantaban con mucha facilidad. Luego que acabó su cancion el primero, otro cantó otra diferente, pero siempre en el mismo estilo serio, que indica el

gusto y caracter de esta nacion. En efecto, rara vez los vimos reir, ni burlarse como los isleños de la Sociedad y de los Amigos. Los naturales nos mostraron entonces un instrumento músico compuesto de ocho cañas, como la zampoña del dios Pan y de Tonga-Tabu, con la diferencia, que el grueso de las cañas iba disminuyéndose en proporcion regular, y comprehendia una octava, aunque las cañas no estaban perfectamente acordes. Hubieran sin duda tocado este instrumento, si la llegada de los que nos traian cocos, ñames, cañas de azucar, y higos no nos hubiera obligado á dexar á los músicos por atender á los que nos ofrecian este regalo.

Aunque el espíritu de venganza es muy vivo entre los habitantes de Tanna, es preciso confesar que no desconocen la benevolencia y humanidad. Como deben de estar en guerra casi siempre, no es estraño que nos recibiesen con tanta desconfianza; pero luego que se convencieron de nuestras intenciones pacíficas, manifestáron su verdadero caracter. No hicieron con nosotros muchos cambios, porque no eran tan opulentos como los Otahitinos; pero la hospitalidad no consiste en dar lo superfluo ó redundante por otra cosa de que se carece.

Volviendo á la playa encontramos mayor número de mugeres que las que habia-

mos visto antes; la mayor parte estaban casadas, y traian sus hijos en unos sacos de estera á la espalda. Algunas llevaban en unos cestos de mimbres una manada de pollitos, y nos regalaron higos y otras frutas. Vimos una que traia un canastillo lleno de naranjas verdes, aunque no habiamos visto ningun naranjo en sus plantíos; alegrámonos mucho de que esta fruta se hallase en Manicola y en Tanna, pues es de suponer que será una produccion de las islas vecinas. (En efecto, Quirós asegura que las hay en las tierras que él descubrió.) Una muger nos dió un pastel, cuya costra era de bananas; y dentro tenia hojas de okra (*hibiscus esculentus*) mezcladas con almendra de cocos: este pastel de excelente gusto manifiesta que estas mugeres han hecho progresos en el arte de guisar.

Por la tarde volvimos á hacer otra visita á los naturales que habitaban sobre un cerro: habiéndonos sentado junto á una choza, nos suplicaron que volviesemos á cantar, en lo que les complacimos. Despues señalándonos á un viejo, que estaba entre la tropa de Indios que habia acudido, nos dixeron que era natural de la islá de *Irramanga*, y le instaron á que cantase. El viejo se puso en medio, y entonó una cancion, acompañándola con varias gesticulaciones, que nos divirtieron mucho. Su canto no era na-

da semejante al de Tanna, pero no era desagradable ni discordante la música: parecia tener algun metro, pero muy diferente del lento y serio que habiamos oido por la mañana. Luego que acabó de cantar, los Taneses le hablaron en la lengua del viejo, pero nos pareció que éste no entendia la de Tanna. No sabemos si habia venido de su isla voluntariamente, ó si habia sido hecho prisionero: los Taneses nos dixeron en esta ocasion, que sus mejores macanas las traian de Irramanga, de suerte que probablemente tienen algun comercio con los habitantes de esta isla. Comparando las facciones del viejo con las de los Taneses, no observamos ninguna diferencia notable: su vestido y adornos eran de la misma suerte; sus cabellos lanudos y cortos, sin estar divididos en mechones: era de un caracter muy alegre, y parecia mas dispuesto á reir que ninguno de los Taneses.

Al tiempo que el viejo de Irramanga cantaba, saliendo las mugeres poco á poco de sus chozas fueron acercándose, y formaron un corro al rededor de nosotros. Por lo general eran de una estatura mucho menor que la de las hombres, y llevaban unas sayas de estera, mas ó menos largas, segun su edad. Las que ya habian parido y que parecian de unos treinta años, no conservaban ninguna de las gracias de su sexô:

éstas llevabañ la saya hasta los tobillos. Las jóvenes al parecer de unos catorce años, tenian facciones muy agradables, y una sonrisa que se iba haciendo mas agradable á medida que se las iba disipando el terror. Tenian las formas muy suaves, los brazos muy delicados, el pecho relevado, y no iban cubiertas mas que hasta la rodilla. Sus cabellos rizados ondeaban sobre los hombros, ó los ataban en trenzas: las hojas de bananas con que se los adornaban, daban mayor realce á su color negro. Llevaban arillos de concha de tortuga en las orejas: observamos que la cantidad de sus adornos se aumentaba con la edad: las mas viejas y feas iban cargadas de collares, pendientes en las orejas y nariz, y de brazaletes. Las mugeres obedecian á la menor seña de los hombres, y éstos no hacian aprecio de ellas: eran las que acarreaban todas las cargas, y quizá esto contribuiria á disminuir su estatura, porque las cargas no eran siempre proporcionadas á sus fuerzas. No obstante, vimos entre ellos un exemplo de afecto que manifiesta que las pasiones y buenas qualidades de los hombres son las mismas en todos los paises. Una niña de unos ocho años, de un rostro muy amable, nos estaba observando furtivamente por entre las cabezas de los que estaban sentados en tierra; viendo que la miraba-

mos, corrió á esconderse en la choza: hícela señas para que viniese, y la mostré una pieza de tela de Otahiti, pero no pude obligarla á volver. Levantóse su padre, y á fuerza de alhagos la trajo; yo la dí la tela y algunos otros adornos, lo que causó el mayor contento á su padre.

Permanecimos con ellos hasta ponerse el sol; cantaron é hicieron varias habilidades para divertirnos. Dispararon su dardos contra un blanco; y aunque no los arrojaban muy lejos, tenian mucho acierto á corta distancia. Antes de marcharnos, las mugeres encendieron varias hogueras para preparar la cena: los isleños acudian de tropel al rededor del fuego, porque sin duda el ayre era demasiado fresco para los que estaban desnudos. Algunos tenian sobre el superior párpado un tumor que les embarazaba la vista en términos de tener que mirar con la cabeza inclinada á la espalda: tambien tenian estos tumores algunos niños, lo que nos hizo juzgar que quizá se propagan por la generacion.

Como no esperabamos para marchar mas que un viento favorable, procuramos aprovechar el tiempo en hacer observaciones sobre el pais, dirigiéndonos cada qual por su parte á lo interior del pais. Yo no me cansaba de contemplar la felicidad de aquellos isleños y las bellas perspectivas que ofrece la

isla con sus plantíos y bosques amenos. Al retirarme solo en compañía del Doctor Sparman observamos que los isleños como que se recelaban de nosotros, ocultándose entre los matorrales: estrañamoslo por no saber el motivo, pero á pocos pasos encontramos á dos Indios sentados sobre la yerba teniendo á otro muerto entre sus brazos: mostraronnos la herida que tenia en un lado, y con la expresion mas dolorida, nos dixeron: *le han muerto*. El caso habia sido, que intentando pasar un Indio la linea que habiamos formado, se lo estorbó el centinela; insistió el Indio, y disparando el centinela su fusil, mató á otro que estaba á su lado. Esta atrocidad me llenó de amargura, al mismo tiempo que admiramos la probidad de aquellos isleños en no habernos acometido, pudiendo haberlo hecho muy á su salvo, porque muchos de nosotros ibamos solos. Quise castigar al soldado, pero el Oficial que mandaba la guardia, dixo que habia dado orden de hacer fuego á la menor amenaza de los isleños: este derecho que se apropiaba el Oficial sobre la vida de aquellos naturales, pasó por incontestable, y el soldado quedó libre.

Las producciones de esta isla son fruta de pan, cocos, una fruta que llaman *pavia*, ñames, patatas, higos silvestres, una

fruta semejante á la naranja, y algunas otras, cuyos nombres ignoro. No me queda duda de que tambien se cria allí la nuez moscada. La fruta de pan, los cocos y las bananas no son tan buenas como en Otahiti; pero las cañas de azucar y las ñames son mas abundantes, mas grandes y de mejor gusto: una de estas ñames pesó cincuenta y seis libras. Los cerdos no parecia eran raros; vimos pocas gallinas, y estos son los unicos animales domésticos que tienen. Las aves de tierra no son tan numerosas como en las islas de la Sociedad; pero se encuentran algunos paxarillos de muy linda pluma, cuya especie nos era desconocida. Las plantas son tan varias en sus especies como en qualquiera de las islas exâminadas por los botánicos. Creo que estos isleños se alimentan principalmente de producciones terrestres, y que el mar contribuye muy poco á su subsistencia, lo qual no sé si procede de ser poco abundante de pescado aquella costa, ó de la falta de habilidad para pescar. No ví ninguna red en la isla, ni mas pescadores que los que se ponian sobre los arrecifes ó sobre la playa para disparar sus dardos á los peces que pasaban cerca, en el qual exercicio eran diestros. Se admiraban de la pesca que sacabamos con nuestras redes.

Al principio pensamos que los naturales de esta isla, como tambien los de Irraman-

ga eran una mezcla de los habitantes de las islas de los Amigos y de Manicola; pero observándolos mas particularmente, vimos que no tenian ninguna afinidad con ellos, á excepcion de los cabellos que se diferencian poco de los de Manicola. Unos los tienen negros, otros castaños, pero todos crespos y rizados; algunos los tenian rubios á la punta. Los separan en mechones pequeños, y enroscan en ellos algunas cortezas delgadas de arboles. Tienen la barba corta, espesa y dura. Las mugeres tienen por lo general el pelo corto, como tambien los jóvenes hasta la edad viril. Vimos algunos hombres y mugeres que tenian el cabello como el nuestro, pero eran de diferente raza, y nos dieron á entender que procedian de la isla de Erronam. A esta isla pertenece una de las dos lenguas que hablan, que es casi la misma que la de las islas de los Amigos. La propia de los naturales de Tanna, de Erramanga y de Anatou se diferencian de la de todas las islas, y no tiene ninguna afinidad con la de Manicola, de suerte que al parecer la nacion que habita en estas islas es absolutamente distinta. Los nombres de Manicola y demas islas de aquel grupo les eran desconocidos, ni aun tenian noticia de la isla de Sandwich, que está menos distante de ellos. Procuré averiguar hasta donde se extendian sus ideas geográficas, y hallé que

no pasaban de los límites de su horizonte.

Estos isleños son de estatura mediana, delgados de cuerpo, y algunos son demasiado pequeños : se ven muy pocos gruesos y robustos : tienen un ayre agradable, pero es muy rara en Tanna aquella belleza tan comun en las islas de la Sociedad, de los Amigos y de las Marquesas. No encontré ningun hombre corpulento ; todos son muy vivos y fogosos: tienen la nariz ancha, los ojos grandes y negros. Son, como la mayor parte de las naciones de los Trópicos, agiles y desembarazados ; sobresalen en el manejo de las armas, y tienen aversion al trabajo. Jamas quisieron ayudarnos á nada, siendo así que otros isleños mostraban placer en hacerlo: su propension á la ociosidad se manifiesta principalmente en el modo con que tratan á las mugeres, que son propiamente unas bestias de carga. Ví á una que llevaba sobre la espalda un fardo pesado y un niño y otra carga debaxo del brazo, al mismo tiempo que un joven marchando delante de ella no llevaba mas que una lanza en la mano.

No diré que las mugeres de este pais son hermosas, pero juzgo que son harto lindas para lo que son los hombres, y demasiado para el uso que hacen de ellas. Ambos sexôs son de color muy bronceado, pero no negros; parecen mas morenos de lo que son en realidad, porque se pintan el rostro con

un color negro; tambien se lo pintan de roxo con una mezcla de negro y roxo. Se ponen plastas anchas de todos estos colores no solo en el rostro, sino tambien en el cuello, hombros y pecho. Para fixar estas pinturas usan del aceyte de cocos: rara vez usan el color blanco, pero á veces se pintan un lado de la cara de roxo, y el otro de negro.

Los hombres no llevan mas ropa que un cordon á la cintura, y un pañete que los cubre tan indecentemente como á los de Manicola. Las mugeres, como he dicho, llevan una especie de saya texida de yerbas ó de fibras de bananas: las muchachas no se cubren hasta la edad de seis años. Estas son las observaciones que hicimos en estas islas, que llamamos *Nuevas Hebridas*, las quales recorrimos en el espacio de quarenta y seis dias.

CARTA CCCIII.

La Nueva Caledonia.

Habiamos resuelto atravesar el mar del Sur en su mayor anchura, pero á los tres dias de navegacion descubrimos una gran tierra, que no habia sido visitada por ningun Europeo. Dirigiéndonos á reconocerla, se acercaron á nosotros diez ó doce piraguas grandes á la vela; pero al ver echar los botes al mar, se retiraron. Uno de los botes que fue á reconocer el fondeadero, encontró dos piraguas, cuyos Indios se le mostraron muy afables, y le ofrecieron algunos pescados, en cambio de los quales recibieron algunas bujerias. En una de las piraguas habia un joven robusto y vigoroso que parecia xefe, porque sus compañeros le daban todo lo que se les regalaba.

Apenas anclamos, nos rodeó una gran tropa de Indios que nos habian seguido en sus piraguas, y la mayor parte no tenia armas. Al principio no se atrevieron á acercarse al navio; pero bien pronto confiados en nuestras demostraciones de amistad se arrimaron lo bastante para recibir nuestros regalos. Descolgabamoslos con un cordel, al

qual en cambio ataban ellos unos peces tan podridos, que su hedor nos era intolerable. Estos mutuos regalos los animaron á subir á bordo, y bien pronto se llenó el navio de ellos: algunos se sentaron con nosotros á la mesa, pero no quisieron probar ninguno de nuestros guisados, contentándose con ñames. Estos Indios, así como todas las naciones que acabamos de visitar, andan enteramente desnudos, y apenas se cubren las partes naturales como en Manicola. Exâminaron con mucha curiosidad todas las piezas del navio, que les causó la mayor admiracion. Las cabras, cerdos, perros y gatos que llevabamos les eran tan desconocidos, que ni aun palabras tenian para nombrarlos. Hacian mucho aprecio de los clavos y de las telas, prefiriendo las rojas.

Despues de comer fuimos á tierra en dos barcos armados: uno de los isleños que se me habia aficionado, nos acompañaba: desembarcamos en una playa arenosa en presencia de gran número de habitantes, los quales nos recibieron con las demostraciones de alegria y de admiracion que causan los objetos nuevos de que no se tiene ninguna idea. Hice algunos regalos á los isleños que me presentó mi nuevo amigo, los quales eran ó ancianos ó personas distinguidas, pero no hizo ningun caso de algunas mugeres que estaban detras del gentío, y aun me detuvo

mos, corrió á esconderse en la choza: hícela señas para que viniese, y la mostré una pieza de tela de Otahiti, pero no pude obligarla á volver. Levantóse su padre, y á fuerza de alhagos la trajo; yo la dí la tela y algunos otros adornos, lo que causó el mayor contento á su padre.

Permanecimos con ellos hasta ponerse el sol; cantaron é hicieron varias habilidades para divertirnos. Dispararon su dardos contra un blanco; y aunque no los arrojaban muy lejos, tenian mucho acierto á corta distancia. Antes de marcharnos, las mugeres encendieron varias hogueras para preparar la cena: los isleños acudian de tropel al rededor del fuego, porque sin duda el ayre era demasiado fresco para los que estaban desnudos. Algunos tenian sobre el superior párpado un tumor que les embarazaba la vista en términos de tener que mirar con la cabeza inclinada á la espalda: tambien tenian estos tumores algunos niños, lo que nos hizo juzgar que quizá se propagan por la generacion.

Como no esperabamos para marchar mas que un viento favorable, procuramos aprovechar el tiempo en hacer observaciones sobre el pais, dirigiéndonos cada qual por su parte á lo interior del pais. Yo no me cansaba de contemplar la felicidad de aquellos isleños y las bellas perspectivas que ofrece la

isla con sus plantíos y bosques amenos. Al retirarme solo en compañia del Doctor Sparman observamos que los isleños como que se recelaban de nosotros, ocultándose entre los matorrales: estrañamoslo por no saber el motivo, pero á pocos pasos encontramos á dos Indios sentados sobre la yerba teniendo á otro muerto entre sus brazos: mostraronnos la herida que tenia en un lado, y con la expresion mas dolorida, nos dixeron: *le han muerto*. El caso habia sido, que intentando pasar un Indio la linea que habiamos formado, se lo estorbó el centinela; insistió el Indio, y disparando el centinela su fusil, mató á otro que estaba á su lado. Esta atrocidad me llenó de amargura, al mismo tiempo que admiramos la probidad de aquellos isleños en no habernos acometido, pudiendo haberlo hecho muy á su salvo, porque muchos de nosotros ibamos solos. Quise castigar al soldado, pero el Oficial que mandaba la guardia, dixo que habia dado orden de hacer fuego á la menor amenaza de los isleños: este derecho que se apropiaba el Oficial sobre la vida de aquellos naturales, pasó por incontestable, y el soldado quedó libre.

Las producciones de esta isla son fruta de pan, cocos, una fruta que llaman *pavia*, ñames, patatas, higos silvestres, una

fruta semejante á la naranja, y algunas otras, cuyos nombres ignoro. No me queda duda de que tambien se cria allí la nuez moscada. La fruta de pan, los cocos y las bananas no son tan buenas como en Otahiti; pero las cañas de azucar y las ñames son mas abundantes, mas grandes y de mejor gusto: una de estas ñames pesó cincuenta y seis libras. Los cerdos no parecia eran raros; vimos pocas gallinas, y estos son los unicos animales domésticos que tienen. Las aves de tierra no son tan numerosas como en las islas de la Sociedad; pero se encuentran algunos paxarillos de muy linda pluma, cuya especie nos era desconocida. Las plantas son tan varias en sus especies como en qualquiera de las islas exâminadas por los botánicos. Creo que estos isleños se alimentan principalmente de producciones terrestres, y que el mar contribuye muy poco á su subsistencia, lo qual no sé si procede de ser poco abundante de pescado aquella costa, ó de la falta de habilidad para pescar. No ví ninguna red en la isla, ni mas pescadores que los que se ponian sobre los arrecifes ó sobre la playa para disparar sus dardos á los peces que pasaban cerca, en el qual exercicio eran diestros. Se admiraban de la pesca que sacabamos con nuestras redes.

Al principio pensamos que los naturales de esta isla, como tambien los de Irraman-

ga eran una mezcla de los habitantes de las islas de los Amigos y de Manicola; pero observándolos mas particularmente, vimos que no tenian ninguna afinidad con ellos, á excepcion de los cabellos que se diferencian poco de los de Manicola. Unos los tienen negros, otros castaños, pero todos crespos y rizados; algunos los tenian rubios á la punta. Los separan en mechones pequeños, y enroscan en ellos algunas cortezas delgadas de arboles. Tienen la barba corta, espesa y dura. Las mugeres tienen por lo general el pelo corto, como tambien los jóvenes hasta la edad viril. Vimos algunos hombres y mugeres que tenian el cabello como el nuestro, pero eran de diferente raza, y nos dieron á entender que procedian de la isla de Erronam. A esta isla pertenece una de las dos lenguas que hablan, que es casi la misma que la de las islas de los Amigos. La propia de los naturales de Tanna, de Erramanga y de Anatou se diferencian de la de todas las islas, y no tiene ninguna afinidad con la de Manicola, de suerte que al parecer la nacion que habita en estas islas es absolutamente distinta. Los nombres de Manicola y demas islas de aquel grupo les eran desconocidos, ni aun tenian noticia de la isla de Sandwich, que está menos distante de ellos. Procuré averiguar hasta donde se extendian sus ideas geográficas, y hallé que

no pasaban de los límites de su horizonte.

Estos isleños son de estatura mediana, delgados de cuerpo, y algunos son demasiado pequeños: se ven muy pocos gruesos y robustos: tienen un ayre agradable, pero es muy rara en Tanna aquella belleza tan comun en las islas de la Sociedad, de los Amigos y de las Marquesas. No encontré ningun hombre corpulento; todos son muy vivos y fogosos: tienen la nariz ancha, los ojos grandes y negros. Son, como la mayor parte de las naciones de los Trópicos, ágiles y desembarazados; sobresalen en el manejo de las armas, y tienen aversion al trabajo. Jamas quisieron ayudarnos á nada, siendo así que otros isleños mostraban placer en hacerlo: su propension á la ociosidad se manifiesta principalmente en el modo con que tratan á las mugeres, que son propiamente unas bestias de carga. Ví á una que llevaba sobre la espalda un fardo pesado y un niño y otra carga debaxo del brazo, al mismo tiempo que un joven marchando delante de ella no llevaba mas que una lanza en la mano.

No diré que las mugeres de este pais son hermosas, pero juzgo que son harto lindas para lo que son los hombres, y demasiado para el uso que hacen de ellas. Ambos sexôs son de color muy bronceado, pero no negros; parecen mas morenos de lo que son en realidad, porque se pintan el rostro con

un color negro ; tambien se lo pintan de roxo con una mezcla de negro y roxo. Se ponen plastas anchas de todos estos colores no solo en el rostro , sino tambien en el cuello, hombros y pecho. Para fixar estas pinturas usan del aceyte de cocos : rara vez usan el color blanco, pero á veces se pintan un lado de la cara de roxo , y el otro de negro.

Los hombres no llevan mas ropa que un cordon á la cintura, y un pañete que los cubre tan indecentemente como á los de Manicola. Las mugeres , como he dicho, llevan una especie de saya texida de yerbas ó de fibras de bananas : las muchachas no se cubren hasta la edad de seis años. Estas son las observaciones que hicimos en estas islas , que llamamos *Nuevas Hebridas* , las quales recorrimos en el espacio de quarenta y seis dias.

CARTA CCCIII.

La Nueva Caledonia.

Habiamos resuelto atravesar el mar del Sur en su mayor anchura, pero á los tres dias de navegacion descubrimos una gran tierra, que no habia sido visitada por ningun Europeo. Dirigiéndonos á reconocerla, se acercaron á nosotros diez ó doce piraguas grandes á la vela; pero al ver echar los botes al mar, se retiraron. Uno de los botes que fue á reconocer el fondeadero, encontró dos piraguas, cuyos Indios se le mostraron muy afables, y le ofrecieron algunos pescados, en cambio de los quales recibieron algunas bujerias. En una de las piraguas habia un joven robusto y vigoroso que parecia xefe, porque sus compañeros le daban todo lo que se les regalaba.

Apenas anclamos, nos rodeó una gran tropa de Indios que nos habian seguido en sus piraguas, y la mayor parte no tenia armas. Al principio no se atrevieron á acercarse al navio; pero bien pronto confiados en nuestras demostraciones de amistad se arrimaron lo bastante para recibir nuestros regalos. Descolgabamoslos con un cordel, al

qual en cambio ataban ellos unos peces tan podridos, que su hedor nos era intolerable. Estos mutuos regalos los animaron á subir á bordo, y bien pronto se llenó el navio de ellos: algunos se sentaron con nosotros á la mesa, pero no quisieron probar ninguno de nuestros guisados, contentándose con ñames. Estos Indios, así como todas las naciones que acabamos de visitar, andan enteramente desnudos, y apenas se cubren las partes naturales como en Manicola. Exâminaron con mucha curiosidad todas las piezas del navio, que les causó la mayor admiracion. Las cabras, cerdos, perros y gatos que llevabamos les eran tan desconocidos, que ni aun palabras tenian para nombrarlos. Hacian mucho aprecio de los clavos y de las telas, prefiriendo las rojas.

Despues de comer fuimos á tierra en dos barcos armados: uno de los isleños que se me habia aficionado, nos acompañaba: desembarcamos en una playa arenosa en presencia de gran número de habitantes, los quales nos recibieron con las demostraciones de alegria y de admiracion que causan los objetos nuevos de que no se tiene ninguna idea. Hice algunos regalos á los isleños que me presentó mi nuevo amigo, los quales eran ó ancianos ó personas distinguidas, pero no hizo ningun caso de algunas mugeres que estaban detras del gentío, y aun me detuvo

la mano quando quise darlas cuentas de vidrio y medallas. Encontramos allí al xefe, que habiamos visto por la mañana en una de las piraguas; el qual se llamaba Teobuma: apenas habiamos estado en tierra diez minutos, mandó hacer silencio, y habiéndole obedecido todos; pronunció un corto discurso. Luego que concluyó, otro xefe, imponiendo silencio, habló tambien. Estos razonamientos se componian de sentencias ó periodos cortos, á cada uno de los quales dos ó tres ancianos correspondian con inclinaciones de cabeza, y un murmullo sordo en señal de aprobacion: quizá hacia preguntas, á las quales respondian con estas demostraciones. Nada pudimos comprehender de estos discursos, pero no observé cosa que pudiese inspirarnos desconfianza.

Mezclámonos despues entre los Indios para exâminarlos mejor: algunos que parecian leprosos, tenian las piernas y brazos prodigiosamente gruesos. No tenian mas vestido que un cordon al cuello, y otro á la cintura; del qual pendia el pañete con que se mal cubrian. Algunos tenian unos sombreros cilindricos negros de una tela muy grosera, abiertos por las dos extremidades, de la figura de una gorra de Húsar: los de los xefes estaban adornados de pequeñas plumas roxas, y en la punta llevaban plumas largas de gallo. En las orejas, cuya perilla

tiene una extension prodigiosa, y todo el cartilago está dividido en dos partes como en la isla de Pasqua, llevan gran cantidad de anillos de concha de tortuga, como los isleños de Tanna, ó meten en el agujero un rollo de hojas de cañas de azucar. Son altos de cuerpo, bien proporcionados, de una figura agradable, y de color moreno: tienen la barba y cabellos negros, y tan crespos, que algunos parecen lanudos.

Dimosles á entender que necesitabamos agua, y nuestro amigo se ofreció á conducirnos adonde la habia. El terreno de las cercanias del manantial estaba bien cultivado, con plantios de cañas de azucar, bananas, ñames y otras raices, regado con canales que conducian ingeniosamente desde el principal arroyo que nacia en la montaña. En medio de estos bellos plantios se levantaban algunos cocoteros, cuyas espesas ramas no estaban muy cargadas de fruta. Oimos cantar gallos, pero no vimos ninguno. Los habitantes estaban cociendo sus raices en una olla bastante capaz, que nos pareció ser obra de su industria.

Vimos algunas familias: las mugeres y los niños vinieron á nosotros sin mostrar ningun recelo. El color de las mugeres era por lo general lo mismo que el de los hombres; su estatura mediana; algunas habia altas, y sus formas eran groseras y robus-

tas: Llevaban una saya corta que las llegaba á la mitad del muslo: iban adornadas, como los hombres, de conchas, pendientes, y pedacitos de piedra: otras tenian tres rayas negras, que se extendian á lo largo desde el labio inferior hasta debaxo de la barbilla. Estas rayas se hacian picando la piel como en las islas de la Sociedad. Segun la observacion que hicimos de un eclipse de sol, la latitud de esta isla es de 20 grados 17 minutos 39 segundos austral; la longitud 164 grados 41 minutos y 21 segundos, al Este.

Encontramos en esta isla muchas riquezas de historia natural; pero el caracter de los habitantes y su conducta amigable nos causaron mas placer que todo lo demas. El número de los que vimos, era muy considerable, y sus habitaciones estaban esparcidas de modo, que solia haber dos ó tres casas juntas baxo un grupo de higueras muy altas, cuyas ramas enlazadas impedian los rayos del sol, y se gozaba de un fresco agradable al rededor de ellas. Esta deliciosa situacion les proporcionaba otra ventaja, porque infinidad de paxarillos revolaban por entre las ramas, causando el mayor placer con su canto armonioso.

Nos enseñaron algunas palabras de su lengua que no tiene ninguna relacion con la de las otras islas. El caracter de los ha-

bitantes era dulce y pacífico, pero son tan indolentes, que rara vez nos acompañaban en nuestros paseos. Si al pasar junto á sus chozas les hablabamos, nos respondian; pero si pasábamos sin decirles nada, no fixaban su atencion en nosotros. Las mugeres eran algo mas curiosas; ocultabanse entre los matorrales para observarnos, pero no se atrevian á acercarse á nosotros, sino quando los hombres estaban presentes. No manifestaron sentimiento ni susto al vernos disparar contra los paxaros, antes bien quando pasabamos por junto á sus chozas, los jovenes nos los mostraban para tener el gusto de vernos disparar. Parece que estaban poco ocupados á la sazon, porque habiendo hecho sus plantios de raices y bananas, estaban esperando la cosecha. Por esta razon no se hallaban en estado de vendernos provisiones; pues por lo demas, tenemos fundamento para creer que conocen los principios de hospitalidad que hacen tan amables para los navegantes á los isleños del mar del Sur.

Envié un destacamento en los dos botes armados para reconocer la isla cercana de Balabea: el xefe y los habitantes los recibieron con amistad. Los Oficiales, para que no los molestase el tropel de los Indios, hicieron una raya en la arena, indicandoles por señas que no la pasasen. Conforma-

ronse con esta órden, pero uno de ellos para vengarse de esta prohibicion, mostró unos cocos que quiso comprarle uno de nuestros Oficiales; el Indio se retiró, y viendo que el Oficial le seguia, se sentó en tierra, y formó delante de sí un circulo, como habia visto hacer á los nuestros, indicandole que no pasase de la raya, y no le quiso vender los cocos. El aspecto de esta isla ácia la extremidad N. O. es semejante á la parte que estaba enfrente de nuestro fondeadero, pero mas fértil, mas bien cultivada, y mas poblada de cocoteros. Los naturales de esta isla son exâctamente de la misma raza que los de la *Nueva Caledonia*: su caracter es igualmente bueno, y vendieron con gusto sus armas por herramientas ó por telas de Otahiti.

Dieron noticia á los nuestros de una tierra que caia al Norte, á la qual llamaban *Minga*, cuyos naturales eran enemigos suyos y muy guerreros. Mostraron un monton de tierra, ó tumulo sepulcral, en que dixeron estaba enterrado uno de sus xefes, muerto por los de Minga. Viendo que nuestros marineros, al comer, roian huesos de buey, los isleños empezaron á hablar unos con otros en alta voz y con acaloramiento; miraban á los nuestros con asombro y disgusto, y en fin se marcharon todos manifestando por señas, que los tenian por antro-

pófagos. Procuraron desengañarlos de su error, pero era muy dificil hacerles conocer por señas que aquello no era carne humana, mayormente no habiendo ellos visto jamas quadrúpedos de aquel tamaño.

Para aumentar las producciones animales de la Nueva Caledonia entregué á Teabuma un perro y una perra; pero habiendo, á otro dia, desembarcado para dexarle un verraco y una cerda, no le encontré en su habitacion. Quise entregarlos á los Indios que allí estaban, pero lo rehusaron mucho, sin duda porque les causaba horror la figura de estos animales, que para ellos eran desconocidos. Despues de haber deliberado entre sí, me dixeron que los entregase al *Aliki*, ó Eri. Hice me conduxesen á su presencia; estaba sentado en un corro de unos ocho ó diez hombres de edad madura; mandome con mucha urbanidad que me sentase: dile á entender lo mejor que pude, la grande utilidad que sacarian de la multiplicacion de aquellos animales, y me parece quedó persuadido, y que habrá cuidado de su conservacion. Dexé grabada en el tronco de un arbol una inscripcion, que contenia el nombre del navio, la fecha de nuestra llegada, &c. formalidad que he observado en todas las tierras que he descubierto.

Hicimonos á la vela de esta isla que es-

tá situada en la parte mas occidental del mar del Sur, distante 12 grados de la Nueva Holanda, y habitada por una raza de hombres enteramente distinta de todas las que habiamos visto hasta entonces. Como estan cerca de la costa de la Nueva Holanda, se pudiera presumir que tienen el mismo origen, que los habitantes de este continente; pero exâminando las relaciones de todos los Viageros que han estado allí, se vé qve los habitantes de estos dos paises no tienen ninguna semejanza entre sí, y sus lenguas son absolutamente distintas.

Despues de haber costeado toda la banda septentrional de la Nueva Caledonia, juzgamos que no habrá arriba de cincuenta mil almas en una extension de mas de doscientas leguas. El terreno de la mayor parte de este pais no parece propio para el cultivo. Causonos admiracion el gran contraste que observamos entre la Nueva Caledonia y las Nuevas Hebridas, donde el reyno vegetal brilla con todo su esplendor: no estrañamos menos la diversidad de caracter de una y otra nacion. Todos los naturales de las islas del mar del Sur procuran rechazar á los estrangeros que arriban á sus costas; al contrario, los de la Nueva Caledonia nos recibieron como amigos, desde la primera vista subieron á bor-

do de nuestro navio sin la menor apariencia de miedo ni desconfianza, nos dexaron discurrir libremente por donde quisimos, y nada nos robaron. Tambien es de admirar su corpulencia, siendo así que la naturaleza no les suministra alimentos con tanta profusion como á los de Tanna.

Los isleños de la Nueva Caledonia son los únicos del mar del Sur, que no han tenido motivo para sentir nuestra llegada á su pais. Quando en vista de los infinitos exemplares que se han visto en este viage, se considera quan facil es excitar la violencia de los marinos Ingleses, que tan ligeramente juegan con la vida de los pobres isleños, es preciso confesar, que seria extremada la bondad de estos Indios para no acarrearse ninguna accion brutal.

La misma sencillez observamos en los xefes: Teobuma, que mandaba en el distrito enfrente de nuestro fondeadero, vivia como todos los demas Indios; no le daban ninguna muestra exterior de sumision, y lo único en que mostraban su respeto, era en entregarle los regalos que les hicieron en la primera visita. Los distritos cercanos probablemente tendran sus xefes, ó quizá cada familia es gobernada por el padre.

Nada vimos que tuviese la menor relacion con la Religion, ni en sus costumbres vimos apariencia alguna de supersticion: pro-

bablemente en esto son tan simples como en todo lo demas. Vimos algunos de sus cementerios, y quizá observarán algunas ceremonias en sus entierros, pero las ignoramos.

Desde aquí nos dirigimos otra vez á la Nueva Zelanda, de la qual ya he hablado en otras ocasiones. Los naturales se nos presentaron con la misma familiaridad que siempre, sin embargo de que tenian motivo muy fuerte para temer nuestro resentimiento. Habia llegado allí anteriormente el Capitan Fourneaux con su navio, que se habia separado del nuestro. Enviando diez hombres en un bote á reconocer la costa, fueron acometidos por los isleños, que los mataron á todos y se los comieron. Esto no lo supe hasta que llegué al Cabo de Buena Esperanza; y es muy de admirar el valor ó el disimulo de los Zelandeses en presentarsenos con tanta seguridad despues de un hecho tan atroz.

Despues que en la Nueva Zelanda nos restablecimos de nuestras enfermedades y fatigas á beneficio de la salubridad del clima y de los alimentos, nos dirigimos ácia el Sur, para descubrir por aquella parte todo lo mas que pudiesemos. Tocamos en la tierra del Fuego, cuyos estúpidos y asquerosos habitantes son la última diferencia de la especie humana: reconocimos la Nueva Georgia, y

la Nueva Thule, que son las tierras mas australes que hasta ahora se han descubierto, inhabitables por su intenso frio. Llegamos hasta los 60 grados de latitud austral por entre islas de hielo, con nieves continuas, y todas las incomodidades imaginables. Teniendo por temeridad el proseguir adelante, y siendo del todo inutiles los descubrimientos que se pueden hacer por aquella parte, nos dirigimos al Cabo de Buena Esperanza, y sin detenerme allí mas que el tiempo necesario para que se restableciese la tripulacion, volví á Inglaterra, entrando en Portsmouth el 29 de Julio de 1775.

Apenas llegué á Inglaterra, se me propuso hacer otro viage mas dificil que los dos anteriores, á fin de buscar un nuevo camino para la China sin doblar el Cabo de Buena Esperanza, y sin atravesar la Zona Tórrida, que es tan fatal para los navegantes de los climas templados. Antes de dar razon de esta tercera expedicion, conviene reunir aquí las principales observaciones que se han hecho en los mares del Sur, las quales son como una recapitulacion de todos los viages hechos al rededor del mundo.

CARTA CCCIV.

Observaciones sobre el mar del Sur.

Todas las islas que hemos visto en nuestros viages, estan situadas ó entre los Trópicos, ó en las Zonas templadas. Las islas de los Trópicos pueden dividirse en altas y baxas: las altas, ó estan rodeadas de arrecifes, ó sin ellos: Otahiti, todas las islas de la Sociedad, las mas elevadas de los Amigos, la isla de las Tortugas y la Nueva Caledonia son de la primera especie. Entre las islas altas sin arrecifes se cuentan las Marquesas de Mendoza, y todas las Nuevas Hebridas, con otras dos de los Amigos. Las islas baxas, son las de la Cadena, Teturoa, Tiukea, las islas de Palliser, las islas de Palmerston, una de las Nuevas Hebridas, y el Archipiélago de las islas baxas de los Amigos.

La naturaleza de estas islas es tan varia, que á primera vista se advierte su diferencia esencial. Sus basas son comunmente bancos de coral, que encierran enmedio una especie de laguna, y tienen varios parages areniscos, en los quales hay cocoteros y algunas otras plantas. Muchas de estas islas estan habitadas. Las islas altas tienen mon-

tañas muy elevadas. La tierra del Fuego, en los parages que exâminamos, parece ser un grupo de islas, separadas por canales: en ellas se ven rocas desnudas y escarpadas, cuyas cumbres estan cubiertas de perpetua nieve. La ladera mas oriental al rededor del estrecho de la Maire tiene una pendiente suave, y en algunos parages se ven árboles. La Tierra de los Estados tiene el mismo aspecto que la parte estéril de la Tierra del Fuego, y se vé allí nieve á principios de Enero, que es en medio del estio de aquel clima.

La Georgia austral es una isla de casi ochenta leguas de extension, compuesta de altas montañas, cubiertas todas de nieve en medio de Enero, exceptuando algunos peñascos junto al mar: todas sus ensenadas y caletas estan llenas de hielo en el fondo.

La última tierra que vimos en aquellos climas horribles, fue la que llamamos *Tierra de Sandwich* y la parte mas meridional fue la *Thule Austral*; toda esta region ó grupo de islas está lleno de hielos y enteramente cubierto de nieve.

Todas las islas baxas del Trópico parecen haber sido producidas por unos animales semejantes á los pólipos que forman los litófitos. Estos animalillos elevan poco á poco su habitacion sobre una basa imperceptible, que se va extendiendo á proporcion

que se eleva la fábrica. El material que emplean es una especie de cal mezclada con substancias animales; yo he visto de estas fábricas en todos los grados de su construccion y de varias extensiones. Cerca de la isla de las Tortugas hay un ancho arrecife circular de considerable extension, en el qual se rompen las olas del mar: ninguna de sus partes está sobre el agua; en las otras las partes elevadas estan unidas con arrecifes, algunos de los quales quedan en seco en la baxa marea, y otros estan siempre cubiertos de agua. Las partes elevadas estan cubiertas de una ligera capa de tierra negrizca, formada de vegetales podridos y de estiercol de aves marinas, cubierta por lo regular de cocoteros, arbustos y algunas plantas anti-escorbúticas; las partes inferiores no tienen mas que algunos arbustos y yerbas. Todas estas islas estan reunidas, y contienen en medio una laguna abundante en peces excelentes. A veces hay una abertura por donde puede entrar un barco, pero nunca he visto un canal capaz para que pase un navio.

El arrecife, primer fundamento de estas islas, es formado por los animales que habitan en los litófitos. Construyen sus habitaciones á corta distancia de la superficie del mar: las conchas, algas, arena, fragmentos de coral, y otras materias se van

amontonando poco á poco encima de estas rocas de coral, las quales en fin se elevan sobre el agua. Estos sedimentos ó depósitos se van acumulando hasta que las aves ó las olas acarrean semillas de las plantas, que se crian á la orilla del mar. Entonces empieza la vegetacion, y pudriéndose anualmente estos vegetales, reproducen las semillas, y van formando poco á poco un terreno vegetal, que se aumenta en cada estacion con la mezcla de la arena. Las olas traen cocos, que conservan su fuerza vegetal mucho tiempo en el agua del mar, y como para ellos es bueno qualquier terreno, producen facilmente. Este es el modo mas sencillo con que pueden haberse poblado de cocoteros aquellas islas.

Los animalillos que construyen estos arrecifes necesitan poner sus habitaciones al abrigo de lo impetuoso de los vientos y de las olas; pero como entre los Trópicos el viento sopla comunmente de un mismo rumbo, el instinto los mueve á trabajar de este solo modo el banco, dentro del qual hay una laguna: construyen bancos muy estrechos de rocas de coral, para asegurar en el medio un parage tranquilo y abrigado. Esta teoría me parece la mas probable para explicar el origen de las islas baxas del Trópico en el mar del Sur.

Por lo que hace á las islas altas, debo

advertir que apenas se encuentra ninguna, que no presente reliquias notables de una alteracion violenta producida en la superficie por el fuego, ó mas bien por un volcan. Es bien notorio que muchas islas han salido del seno del mar por la accion del fuego subterraneo, como lo prueban las islas de Santorini y las dos Camenis en el Archipiélago de la Grecia, y la isla formada el año de 1720 en las islas del Oeste, que parece son una especie de volcanes, que han aparecido de repente en medio de las olas. En muchas de las islas que he visitado, se veian aun volcanes ardiendo; en otras se notaba que los habian tenido antiguamente: enfin, otras tenian apariencias no de volcan, sino de haber padecido una alteracion violenta, ó un trastorno por medio de algun terremoto. No diré yo que todas estas islas hayan sido producidas por volcanes ó terremotos; pero de muchas de ellas se puede afirmar positivamente en vista de su aspecto exterior. Yo imagino que todas las islas altas han sido sacadas del fondo del mar por un terremoto ó por la accion del fuego subterraneo. Muchas de ellas pueden haber exîstido antes; y quizá antes de esta gran revolucion formaban tierras mas grandes, que han sido desmembradas por haberse sumergido las partes intermedias que las unian. Los habitantes de las islas de la Sociedad

dicen, que sus islas fueron producidas, quando Omaove, Dios de los terremotos, arrastró de Occidente á Oriente por medio del Océano una gran tierra, que creen está situada al Este de sus islas. Añadieron que estas islas son unos pequeños fragmentos que se separaron de la gran tierra durante su marcha, y que se quedaron en medio del mar. Esta tradicion parece indica, que estos isleños conservan idea de alguna gran revolucion: de aquí se puede inferir, que quizá su pais formaba antiguamente parte de un gran continente destruido por terremotos y por una inundacion violenta. La accion de llevar arrastrando la tierra por medio del mar, segun ellos se explican, parece que indica estos dos trastornos.

Uno de los fenómenos que mas admiracion causan á los que navegan por el Océano, es aquel resplandor ó luz que por la noche ilumina la superficie de las aguas. Varios escritores han intentado explicar la causa de este fenómeno: unos lo atribuyen á un insecto marino, que es luminoso; otros á una gran multitud de animalillos de la especie de las luciernagas. Estos insectos pueden contribuir á hacer el Océano luminoso; pero segun los varios fenómenos que he observado en el discurso de mis viages, no me atreveré á afirmar que no haya otra causa de esta luz fosfórica.

Desde luego tengo motivo para dudar, que todos los mares luminosos sean de la misma naturaleza. La luz no se extiende jamas á larga distancia del navio; la parte que está cerca del vagel, es la única que aparece luminosa, y la luz no se comunica mas que á la cima de las olas cercanas, y esto sucede ordinariamente quando el viento es fresco. Otra especie de luz fosfórica observé en una larga calma, ó en los momentos inmediatamente despues de una larga calma, despues de un tiempo caluroso: esta se extiende mas á lo lejos que la primera, y aun se mezclaba con la masa de las olas. Poniendo de esta agua en un cubo, se volvia obscura quando estaba quieta, pero agitándola con fuerza, se ponia luminosa en el parage en que se producia el movimiento, y parecia que se pegaba por un instante al dedo ó á la mano que meneaba el agua, pero desaparecia al punto.

La tercera especie de luz fosfórica es causada sin duda por las luciernagas de la especie de *moluscas*, cuyos cuerpos pueden percibirse en el agua, porque son luminosos. A la verdad, rara vez he observado que los pescados ni las conchas produzcan el mismo efecto; puede muy bien haber insectos y animales fosfóricos, sin que yo los haya visto. El fenómeno mas singular y admirable en este género, fue el que observa-

mos en la noche del 29 al 30 de Octubre de 1773, hallándonos á la altura del Cabo de Buena Esperanza, á distancia de algunas millas de la costa, y corriendo viento fresco. Apenas la noche esparció su obscuridad sobre las olas, el mar apareció totalmente cubierto de fuego; cada ola que se rompia, presentaba una cima luminosa; por donde quiera que tocaban los costados del navio, se descubria una linea de luz fosfórica. Por toda la extension del Océano en quanto alcanzaba la vista, se veia la misma iluminacion; y aun lo interior de las olas mas voluminosas parecia impregnado de aquella qualidad brillante. Veiamos moverse grandes cuerpos iluminados, algunos marchaban á lo largo del navio, otros se apartaban de él con una velocidad casi igual á un relámpago. La figura de estos cuerpos indicaba que eran pescados; muchos de ellos se acercaban unos á otros, y quando uno pequeño se hallaba junto á los grandes, escapaba velozmente huyendo del peligro. Tomé un cubo de esta agua luminosa para exâminarla; observé en ella infinito número de cuerpecillos redondos luminosos, que se movian con una agilidad asombrosa. Luego que esta agua se reposó, pareció se disminuia la cantidad de aquellos cuerpecillos brillantes; pero meneando otra vez el agua, volvia á ponerse luminosa, y aquellas chispas se mo-

vian con agilidad en varias direcciones. Aunque el cubo que contenia esta agua estaba colgado para que no hiciese en ella tanto efecto el balanceo del navio, se observaba siempre en ella cuerpos brillantes que se movian, de suerte que creí al principio que estos atomos luminosos tenian un movimiento voluntario, absolutamente independiente de la agitacion del agua; pero quando por medio de un palo ó del dedo se agitaba el agua, noté que la luz se aumentaba. Muchas veces al revolver el agua, una de estas chispas fosfóricas se pegaba á la mano ó dedo, y eran del tamaño de una cabeza de alfiler muy pequeño. Mirando estas partículas con el microscopio, me parecieron globulosas, gelatinosas, transparentes y algo pardas: observé una de ellas con mas particularidad, y ví desde luego una especie de tubo delgado, que entraba en la subtancia de aquel globulillo por un orificio que tenia en la superficie: lo interior estaba lleno de quatro ó cinco sacos intestinales oblongos, unidos al tubo de que acabo de hablar. Quise exáminar uno de estos animalillos en el agua, y despues ponerle en el microscopio; pero no pude coger ninguno vivo, porque se morian antes de que pudiese separarlos del dedo á que estaban pegados. Quando salimos del Cabo de Buena-Esperanza el 22 de Noviembre, el mar estaba todavia iluminado del mis-

mo modo, con un viento muy fuerte. Entonces descubrimos una nueva causa de esta luz fosfórica; pero antes de continuar mis observaciones, haré una reflexîon que me sugiere este fenómeno. El Océano cubierto de infinitos millones de insectos, dotados de vida, de movimiento, y de la propiedad de brillar en las tinieblas ó de recobrar su opacidad natural, llena al espectador de admiracion y asombro, y es imposible describir esta maravilla con la grandiosidad que merece.

La primera especie de luz parece producida por una causa absolutamente distinta de las otras, y yo creo que procede de la electricidad. Es bien sabido que el movimiento de un navio con un viento fresco es muy rápido, y que es grande su frotacion con las olas, porque el mar agitado por un viento impetuoso está mucho mas caliente que el ayre. Las substancias vituminosas que cubren los costados de los navios, los clavos y el agua que sirve de conductor, explican estos efectos eléctricos.

La segunda especie de luz parece ser verdaderamente fosfórica: muchos cuerpos animados se pudren y disuelven en el Océano; y casi cada partícula de los cuerpos animados, la mayor parte de los minerales, y el ayre mismo contienen el acido fosfórico, como parte integrante: los que han visto se-

car pescado salado, deben saber que este pescado se hace casi siempre fosfórico. Tambien es un hecho bien notorio, que el agua del mar despues de una larga calma se vuelve hedionda y muy pútrida, lo que segun toda apariencia es efecto de la putrefaccion de gran número de substancias animales, que mueren en el Océano, sobrenadan, y en los dias calurosos de calma se pudren, á menudo de repente: igualmente se sabe, que los pescados y las *moluscas* contienen partículas oleosas é inflamables: el acido fosfórico desprendido por la putrefaccion de la mezcla primitiva que le retiene en los cuerpos animados, puede combinarse con algunas de las materias inflamables de que acabo de hablar, y producir así un fósforo que nade por la superficie del mar, y produzca esta luz que tanta admiracion causa.

En fin, la tercera especie de luz fosfórica es causada por animales vivientes que nadan sobre el mar; este efecto se debe atribuir á su particular estructura, ó mas bien á sus partes constitutivas. Seria muy conveniente hacer analisis química de algunas *moluscas* que son luminosas.

Ninguna cosa espanta mas á los navegantes que se hallan en altas latitudes, que la primera vista de las masas inmensas flotantes de hielo; y aunque yo habia leido gran número de descripciones de su figura,

naturaleza y extension, quedé lleno de asombro quando las ví por la primera vez. La magnificencia de este espectáculo excedió mucho á la idea que yo me habia formado: veiamos á veces islas de hielo de una ó dos millas de alto, y elevadas mas de cien pies sobre la superficie del agua. Supongamos que una de estas masas de hielo que tiene dimensiones paralelas, no sobrepuje á la superficie del agua mas que la décima parte de su masa. En esta suposicion muy moderada respecto de los experimentos hechos por algunos sabios, una isla de hielo no mas que de una milla de largo, de un quarto de milla de ancho, y de cien pies sobre el agua, debe tener 6, 169, 600, 000, pies cúbicos de hielo sólido, y por consiguiente formar un cuerpo enorme.

No es lo mas prodigioso el inmenso volumen de estas islas flotantes de hielo, pues su número infinito causa el mayor asombro. El 26 de Diciembre de 1773 contamos ciento y ochenta y seis de estas enormes masas; otras veces nos veiamos rodeados por todas partes de estas islas de hielo, ó precisados á mudar de rumbo, porque nos impedia el paso una inmensa llanura, que parecia un continente de hielo. En estas ocasiones veiamos al principio pedazos pequeños de hielo llenos de agujeros y poros, semejantes á una esponja, que habian

sido arrancados de la gran masa por las olas; mas allá descubriamos témpanos llanos y sólidos de inmensa extension. Por otra parte veiamos islas de asombrosa elevacion, muy sólidas, y figuradas de modos muy estraños, en puntas como torres, y como peñascos destrozados. Estos hielos se extendian por todo el espacio que alcanzaba la vista. Es digno de notarse que hemos encontrado el hielo, ya mas pronto ya mas tarde, en varias estaciones y en diferentes parages del mar. El 10 de Diciembre de 1772 encontramos hielos entre los grados 50 y 51 de latitud austral: el 12 de Diciembre de 1773 los primeros hielos que encontramos, estaban á los 62 grados de latitud austral, y el 27 de Enero de 1775 no los encontramos hasta los 60 grados de latitud. El 24 de Febrero volvimos al mismo parage, donde veinte y seis meses antes habiamos sido detenidos por una masa enorme é impenetrable de hielo, que nos obligó á dirigirnos ácia el Este; pero entonces no encontramos ningun vestigio de hielo, como tampoco en el parage en que Bouvet situó *el Cabo de la Circuncision*, porque hemos navegado repetidas veces por el parage que él creyó era una tierra. No podemos habernos engañado en su situacion, porque hemos permanecido por bastante tiempo en un mismo paralelo.

Otra circunstancia digna de notarse es

que todo el hielo flotante en el mar, quando se derrite, produce agua dulce; sin embargo, se debe cuidar de no coger aquel hielo que con la agitacion de las olas se pone esponjoso y como un panal de miel, porque en estas cavidades se encierra mucha agua salobre, y ademas no es tan sana ni gustosa. Este hielo esponjoso es muy facil de distinguir del sólido; comunmente es el mas exterior de los grandes témpanos de hielo, por estar mas expuesto á la accion de las olas. De este hielo mas firme se cogen los pedazos que con mas facilidad se pueden subir á la chalupa; se hace un monton de ellos para que escurra el agua salobre que está pegada á las superficies; el contacto de la madera y el mayor calor de la embarcacion derriten parte de este hielo; se llena de pedazos de hielo una caldera para derretirlo mas prontamente al fuego; se hacen pedazos los témpanos para llenar mas facilmente las pilas, y encima de ellas se echa el agua caliente de la caldera para que todo se liquide.

Parece innegable que el hielo que hemos hallado en alta mar á los 50, 67, y aun á los 71 grados de latitud austral, se forma mucho mas lejos ácia el Sur, porque ó tiene su origen cerca de alguna tierra, ó en plena mar. En el primer caso es evidente que el hielo viene de una region que está mucho

mas allá del término á que han llegado nuestros navios, esto es, mas al Sur de los 60, 67, y 71 grados de latitud austral, porque no hemos descubierto ninguna isla donde hayan podido tener origen estas grandes masas de hielo. En el segundo caso, si el hielo se ha formado lejos de tierra, el clima en que esto haya sucedido, debe estar muy lejos al Sur del punto á que llegaron nuestros navios; porque no hemos encontrado jamas hielos que pudiesemos considerar como fixos, pues al contrario siempre estaban en movimiento. En fin, los hielos flotantes en los grados 71 y 50 de latitud austral deben haber venido de lejos, porque el hielo sólido está mas allá de los 71 grados. Otros navegantes han encontrado hielos en menores latitudes australes á los 49, 50, 51 y 52 grados al principio de la primavera y del estío, y es evidente que deben haber venido de un parage situado mas allá de los 60, 67 y 71 grados. En los mares del Norte se observa casi todos los años que el hielo camina ácia los climas calientes: estos exemplares prueban que una fuerte corriente, una atraccion, ó alguna otra causa regular, impele estas grandes masas de hielo desde los dos Polos ácia la Linea Equinoccial.



CARTA CCCV.

Reynos vegetal y animal.

La vegetacion varía considerablemente en cada pais de los que hemos exâminado ; y casi cada una de estas tierras presenta un aspecto nuevo y singular. Entre el Trópico hemos encontrado islas baxas , esto es , peñascos de coral apenas cubiertos de arena ; las islas de la Sociedad , de altura considerable, adornadas de fertiles llanuras, estan rodeadas de arrecifes de coral, y otros muchos grupos de islas llenas de montañas sin arrecifes ni llanuras. Notamos quanto se aventaja la mas inferior de estas regiones del Trópico á los cantones salvages de la Nueva Zelanda ; y quanto mas horribles son las extremidades de la América que la Nueva Zelanda ; en fin, no se puede ver pais mas espantoso que las costas australes que hemos descubierto. Las plantas de estos varios paises se diferencian en el número , altura , belleza y utilidad.

En las islas de la Sociedad la naturaleza llena de admiracion al espectador con la magnificencia de sus perspectivas: un conjunto brillante de toda especie de figuras y de colores presenta la idea de todo género de

belleza. Se ven llanuras, collados, altas cordilleras de montañas, donde la vegetacion está variada de mil modos. Las llanuras que rodean estas islas ofrecen mas espacio para el cultivo que los parages montuosos; estan cubiertas de plantios así como tambien las extremidades de los valles, que se extienden entre los collados. Estan habitadas por pueblos numerosos, mas civilizados que ninguno de sus vecinos: de en medio de las tierras incultas se pasa de repente á huertas muy amenas y bien cultivadas; el terreno no está cubierto de ramas y hojas podridas, que crian matorrales y plantas parasintas; una alfombra de grama menuda adorna toda la superficie, y forma cespedes que anuncian siempre el cultivo. Los arboles frutales se elevan separados unos de otros á proporcionada distancia; la sombra de sus frondosas ramas cubre la verde yerba, defendiéndola de los rayos del sol, que entre los Trópicos la consumiria bien pronto. Las habitaciones de los naturales gozan de la misma ventaja, porque comunmente estaban situadas en medio de un grupo de arboles, y muchas veces rodeadas de arbustos. La primera cordillera de cerros mas allá de las llanuras está privada de árboles, el sol lanza en ellos sus rayos sin ningun obstáculo, y no dexa crecer la yerba ni planta alguna tierna, de suerte que todo el terreno está cu-

bierto de una maleza seca, y de dos especies de arbustos que pueden resistir á los rayos verticales del sol.

Segun se va subiendo, empieza á verse mas verdura y frondosidad, y las cumbres mas elevadas se hallan cubiertas de arboles corpulentos. Como estas cumbres estan siempre cubiertas de nubes, es suave el temple del ayre, y los vegetales de todas especies crecen allí en abundancia. Las islas, que Mendaña llamó Marquesas de Mendoza, yacen al Nordeste de las islas de la Sociedad; podrian compararse con éstas, si tuviesen arrecifes y llanuras: las Marquesas tienen mas arboleda, pero no hay en ellas tanta variedad de plantas, porque muchos de los plantios se hallan en los bosques.

Despues de las islas de la Sociedad se debe colocar por la abundancia de sus producciones y la belleza de sus perspectivas el grupo de islas que hemos llamado con razon *islas de los Amigos* por la bondad y caracter pacifico de sus habitantes. Se hallan tan elevadas sobre el nivel del mar, que no se las puede contar entre las islas baxas, y como carecen de montañas, no son de la misma clase que las islas altas. Estan muy pobladas; el terreno es favorable para el progreso del cultivo, y de un extremo á otro estan cortadas con sendas y veredas que separan los plantios. Desde luego parece que este gran

cultivo ofrecerá pocas plantas espontaneas á la botánica; pero estas amenas regiones tienen el mérito particular de unir lo util con lo agradable; muchas especies de plantas silvestres crecen entre las cultivadas, y presentan aquel hermoso desorden que no se halla en nuestros jardines.

Las islas mas occidentales, llamadas *Nuevas Hebridas*, presentan una vegetacion muy diferente: son elevadas y montuosas sin llanuras ni arrecifes, aunque sus collados tienen laderas muy suaves, y sus valles son espaciosos. Son fértiles, y estan casi del todo cubiertas de florestas, en medio de las quales los plantios de los habitantes forman unos distritos aislados; el número de los habitantes es corto respecto de la extension de las tierras. Las plantas espontaneas ocupan mayor espacio, y la variedad de las especies es mas considerable que en las islas situadas mas al Este.

El terreno árido de la *Nueva Caledonia* se diferencia de todos los otros del mar del Sur, pero produce gran número de plantas, cuya mayor parte forma géneros muy distintos de los que se conocian antes de nuestra expedicion. Un arrecife de peñascos de coral rodea sus costas á una distancia considerable, del mismo modo que en las islas de la Sociedad. Sus estrechas llanuras son igualmente los únicos parages cultivados de

este pais ; pero aunque los naturales los labran mucho , parece que sacan de ellos poca utilidad , lo que probablemente es causa de su corto número. Segun el testimonio unánime de varios Oficiales de nuestra expedicion se puede asegurar , que las producciones de esta grande isla, exceptuando las llanuras , se parecen en todo á las de las costas de la Nueva Holanda, que no dista mucho de ella.

La Nueva Zelanda, que yace en la Zona templada , ofrece un aspecto muy diferente de todas las regiones del Trópico. La isla septentrional , aunque llena de montañas como la otra , tiene sin embargo laderas muy extensas , de las quales saben aprovecharse los naturales para el cultivo; pero como no desembarcamos en esta isla, no hablaré sino de la isla meridional , donde surgimos en la parte del Sur y en la del Norte. Se descubren allí varias cordilleras de montañas mas elevadas unas que otras, y las mas altas estan cubiertas de nieve. Las costas son escarpadas , los valles estrechos, y por todas partes hay florestas inmensas. El clima es tan templado , que todas las especies de plantas de Europa que sembramos , producen con abundancia : las plantas indigenas son muy prolificas , y es considerable la variedad de especies y géneros nuevos. Pero como la industria quizá no ha

tocado jamas á este pais desde su primera exîstencia, los bosques son unos verdaderos laberintos impenetrables por la multitud de matorrales, y de maleza que impide crecer á las yerbas. Estas últimas no se encuentran sino en las playas á lo largo de los valles, y todas ellas son ó anti-escorbúticas ó del género de hortalizas.

A proporcion que se camina ácia el Sur, el aspecto de las tierras se descubre mas y mas estéril: la del Fuego en la extremidad meridional de la América está oprimida del rigor del frio, y todas sus costas occidentales presentan montañas de peñascos desnudos, cuyas cumbres estan siempre cubiertas de nieve. En la bahia en que estuvimos surtos al Nordeste del Cabo de Horn, apenas hay algunos vestigios de vegetacion, excepto en algunas islas baxas en que hay alguna yerba pantanosa que cubre los peñascos. En lo hondo de los valles ó en las quebradas de las montañas se ven algunos arbustos deformes, que jamas se elevan á la altura de un arbol: las partes mas elevadas de las montañas son rocas negras enteramente peladas. Entre el corto número de plantas que allí nacen, observé el apio silvestre, que es uno de los mejores anti-escorbúticos que se conocen.

Al exâminar las costas estériles de la tierra del Fuego, creimos que no habria

region mas horrible; pero habiendo caminado algun tiempo ácia el Este, encontramos en la misma latitud la isla de la Nueva Georgia, tan horrible que antes de desembarcar la juzgamos por una isla de hielo. No hay en todo el mundo conocido montañas mas escarpadas y puntiagudas; en medio del estio estan cubiertas de grandes masas de nieve casi á la orilla del agua, al mismo tiempo que el sol iluminando algunas puntas esparcidas descubre un terreno negro y estéril. No encontramos en la bahia de Posesion mas que dos plantas, la una nueva, peculiar del hemisferio austral, y la otra una grama ya conocida; lo baxo y débil de estas plantas indican la miseria del pais.

Pero como si la naturaleza hubiera querido hacernos ver que puede producir tierras aun mas horribles, descubrimos otra, 4 grados mas al Sur de ésta, mas alta en apariencia y absolutamente cubierta de hielo y nieve (excepto en algunos peñascos desgajados) incapaz segun todas las apariencias de producir ninguna planta. Está cubierta de nieblas casi continuas; no podiamos descubrirla sino en algunos intervalos, y aun entonces no veiamos sino los parages mas baxos. Unos nubarrones espesos cubren continuamente la cima de las montañas; su aspecto causaba el mayor horror,

y aun ahora no puedo acordarme de ella sin espanto.

Segun lo dicho, parece evidente que el frio riguroso de las regiones antárticas impide absolutamente crecer á las plantas; que los paises de las Zonas Templadas aunque la mayor parte estan incultos, producen una gran variedad de plantas, que no necesitan del arte sino para contenerlas en los justos límites; y en fin que el clima y el cultivo dan á las islas de los Trópicos una vegetacion abundante. El número de los vegetales comunmente es proporcionado á la extension del pais, y esta es la razon porque los Continentes han sido notables en todos tiempos por la inmensidad de sus riquezas botánicas. El de la Nueva Holanda ha recompensado tan bien los trabajos de Banks y Solander, que dieron á una de sus bahias el nombre de *Bahia Botánica.*

Las trescientas treinta especies nuevas de plantas que hemos hallado en las islas del Trópico no componen toda la Flora de estos paises, porque no hemos tenido bastante tiempo para hacer investigaciones botánicas. Yo tengo fundamento para creer, que exâminando atentamente aquellos campos, se duplicaria este número. Para probar que muchas veces hemos tenido indicios de nuevas plantas, sin haber podido encontrarlas, no hablaré sino de la nuez moscada

de la isla de Tanna; adquirimos varias de ellas, sin poder jamas descubrir el arbol. Asique Quirós tiene razon en contar la nuez moscada entre las producciones de la tierra del Espiritu Santo, lo que es una nueva prueba de la veracidad de este famoso navegante; y como dice tambien, que hay plata, ébano, pimienta y cinamomo en esta tierra y en las islas vecinas, me inclino á creer que realmente se encontrarán.

Pasando ahora al reyno animal, las tierras del mar del Sur y las costas australes contienen una variedad considerable de animales, aunque estos se hallan reducidos á un corto número de especies. Hemos visto por qué grados va descendiendo la naturaleza desde la florida y brillante amenidad de las islas de la Sociedad á la horrible esterilidad de la tierra de Sandwich; igualmente el reyno animal, magnifico, encantador y rico entre los Trópicos, es deforme y pobre en las costas australes. Al discurrir por los amenos bosques de Otahiti causan el mayor embeleso las perspectivas campestres mas pintorescas; allí se ven reunidas la felicidad y la riqueza. Por todas partes se descubren manadas de cerdos y de perros junto á las habitaciones; el gallo despliega allí en medio de su harem su hermoso plumage, ó vuela á los árboles para solazarse: los paxarillos trinan todo el dia entre

las frondosas ramas, y de rato en rato se oye el amoroso arrullo de las palomas y tórtolas. Mas allá se vé á los naturales ocupados en la orilla del mar en la pesca; cogen pescados, cuyos colores moribundos varian á cada instante, ó recogen sobre los arrecifes conchas, que aunque conocidas de los Naturalistas, merecen siempre la atencion del filósofo, que admira la elegancia maravillosa de la naturaleza en sus producciones mas comunes, así como en las mas raras. Lo que da mas realce á este espectáculo encantador, es que no hay ningun insecto incómodo en este feliz pais; los mosquitos no infestan á los habitantes como en las otras regiones del Trópico; los animales carniceros ni los reptiles venenosos no les causan jamas sobresalto.

Si pasamos de aquí á la Zona templada, ¡qué mudanza tan repentina y que diferencia tan grande no se observa entre estas amenas y deliciosas campiñas, mansion de la felicidad doméstica, y los desiertos de la Nueva Zelanda! Aquí las montañas de rocas, las florestas, la especie humana, todo tiene el caracter del estado salvage: sus animales son menos felices que entre los Trópicos; los halcones y cernicalos, tiranos de las selvas, devoran á su arbitrio los débiles páxaros; sin embargo, un trinar continuo se percibe por todo el pais, cuya

armonia compite con la de nuestros ruiseñores. Caminando ácia el Sur, y atravesando un Océano inmenso, en medio del qual algunos páxaros solitarios vuelan sobre las olas buscando un alimento precario, se llega á la extremidad meridional de la América. Descubrese una costa estéril y horrible, habitada por la raza mas miserable de los hombres, y salpicada de algunos feos arbustos; gran número de buitres, halcones, y aguilas estan en continua observacion para hacer su presa. Se observa que la mayor parte de las otras aves viven en bandadas en algunos cantones, al mismo tiempo que los peñascos estan ocupados por una especie de vacas marinas, que parecen monstruosas y disformes en comparacion de los otros pescados. Las clases de las aves y de los peces son las únicas numerosas en los paises que hemos visitado: las de los quadrúpedos é insectos no ofrecen mas que una quantidad muy pequeña de especies conocidas: las de los cetaceos, anfibios, y gusanos no son tampoco abundantes, y principalmente las dos primeras apenas ofrecen alguna cosa de nuevo.

En las islas de los Trópicos no hay mas que quatro especies de quadrúpedos, dos de los quales son domésticos; el vampiro y la rata no lo son. Esta última se halla en las islas Marquesas, en las de la Sociedad, en

las de los Amigos, y en las Nuevas Hebridas; tambien se encuentran en la Nueva Zelanda, pero no sabemos si las llevaron nuestros navios; en la Nueva Caledonia no las vimos. Hay increible número de ellas en Otahiti y en las islas de la Sociedad, donde se alimentan de las sobras de los alimentos que dexan los naturales en sus chozas, y de frutas: su osadia es tanta, que á veces muerden en los pies á los isleños. Son mucho mas raras en las Marquesas y en las islas de los Amigos, y rara vez se las vé en las Nuevas Hebridas.

El vampiro, que es la especie mas grande de los murciélagos conocidos, no se vé sino en las islas mas occidentales. En las islas de los Amigos estos vampiros andan en vandadas de muchos centenares, y en el discurso del dia se ve volar algunos: sobre un grande arbol ví mas de quinientos en varias actitudes; unos colgados de los pies traseros, otros de los delanteros. Se alimentan principalmente de frutas: vuelan á flor del agua con singular agilidad, y aunque vimos uno que nadaba, no basta esto para afirmar que son buenos nadadores. Sabemos que se meten en el agua para limpiarse de la suciedad ó de los insectos que se les pegan: su olor es desagradable; quando los irritan, muerden con furor, pero de otra manera no hacen ningun mal. Ademas de

estos grandes murcielagos, hay en Tanna millares de otros mas pequeños, que vimos, pero no pudimos coger ninguno para exâminarlo.

Los dos quadrúpedos domésticos son el cerdo y el perro: las islas de la Sociedad son las únicas que poseen uno y otro; en la Nueva Zelanda y en las islas baxas no hay mas que perros: en las Marquesas, islas de los Amigos y Nuevas Hebridas hay solamente cerdos; la isla de Pasqua y la Nueva Caledonia carecen de unos y otros. La raza de los cerdos es la que se llama *china*: tienen el cuerpo y las piernas cortas; les cuelga el vientre casi hasta tierra: tienen las orejas rectas, y pocas cerdas. Ninguna otra carne de cerdo es mas substanciosa, ni hay manteca mas agradable, lo qual se debe atribuir á los excelentes alimentos de que se mantienen: los ceban principalmente con fruta de pan fresca, ó con la masa agria de esta fruta, ñames &c. Hay gran cantidad de ellos en las islas de la Sociedad, y se les ve al rededor de casi todas las casas en crecido número: abundan tambien en las Marquesas, en Amsterdam, una de las islas de los Amigos, pero son mas raros en las Nuevas Hebridas.

La raza de los perros del mar del Sur es singular; se parecen mucho á los mastines ordinarios, pero tienen la cabeza muy gruesa, los ojos muy pequeños, las orejas pun-

tiagudas, el pelo largo, y la cola corta y peluda. En las islas de la Sociedad se alimentan principalmente de frutas, pero en las islas baxas y en la Nueva Zelanda no comen mas que pescado. Su estupidez es extremada, rara vez ó nunca ladran, pero ahullan de quando en quando: tienen muy debil el olfato, y son sumamente perezosos. Los naturales los ceban para comérselos, porque son muy apasionados á su carne, y la prefieren á la del cerdo. Ademas, de su pelo fabrican varios adornos; en las islas de la Sociedad, y en la Nueva Zelanda guarnecen con ellos sus vestidos.

Ademas del perro, hay en la Nueva Zelanda otros quatro quadrúpedos, la rata, un murcielago pequeño, el oso marino, y el animal llamado leon marino por el Lord Anson.

(Es muy estraño que Forster de quien he tomado estas observaciones, no cuente entre los quadrúpedos del mar del Sur al *kangurό*, del qual se hace mencion en los viages de Coock. Supliré esta falta con lo que dicen otros viageros acerca de este animal. Hasta ahora se habia contado al *kanguró* en la clase de los gerbos, pues dice Allamand en sus adiciones á Buffon, que el kanguró es la especie mas grande de los gerbos conocidos. El tamaño de este singular quadrúpedo, segun los mejores viageros, se acerca á

la de una oveja. Su cabeza, cuello y hombros son muy pequeños con respecto á las demas partes de su cuerpo. Sus orejas son bastante semejantes á las de la liebre; la cola cuya longitud es casi igual á la de todo su cuerpo, es gruesa en la raiz y remata en punta; su pelo es corto y de color de rata obscuro; sus pasos, ó por mejos decir sus saltos, son muy largos. Este animal, segun Coock, pesa unas cien libras.

El redactor del viage del Comodoro Phillip, no distingue entre la clase del opossum y del kanguró, á quien Zimmerman habia colocado á exemplo de los demas naturalistas, en la clase de los gerbos. Veamos las descripciones que hacen el redactor mencionado y Mr. White en su viage á Bahia Botánica.

„El kanguró, dice el redactor, se parece al gerbo en que no se sirve para andar sino de las piernas traseras; pero á pesar de esta conformidad, no pertenece á la misma especie. La bolsa en que la hembra cria á sus hijuelos, hace pensar que tiene mas relacion con el opossum. Los kangurós mas grandes pesan cerca de ciento y quarenta libras; pero se han descubierto dos especies, una de las quales rara vez pasa de sesenta libras: ésta se cria principalmente en los parages altos, su pelo es roxizo, y su cabeza es mas pequeña que la de la especie grande. El

tocado jamas á este pais desde su primera exîstencia, los bosques son unos verdaderos laberintos impenetrables por la multitud de matorrales, y de maleza que impide crecer á las yerbas. Estas últimas no se encuentran sino en las playas á lo largo de los valles, y todas ellas son ó anti-escorbúticas ó del género de hortalizas.

A proporcion que se camina ácia el Sur, el aspecto de las tierras se descubre mas y mas estéril: la del Fuego en la extremidad meridional de la América está oprimida del rigor del frio, y todas sus costas occidentales presentan montañas de peñascos desnudos, cuyas cumbres estan siempre cubiertas de nieve. En la bahia en que estuvimos surtos al Nordeste del Cabo de Horn, apenas hay algunos vestigios de vegetacion, excepto en algunas islas baxas en que hay alguna yerba pantanosa que cubre los peñascos. En lo hondo de los valles ó en las quebradas de las montañas se ven algunos arbustos deformes, que jamas se elevan á la altura de un arbol: las partes mas elevadas de las montañas son rocas negras enteramente peladas. Entre el corto número de plantas que allí nacen, observé el apio silvestre, que es uno de los mejores anti-escorbúticos que se conocen.

Al exâminar las costas estériles de la tierra del Fuego, creimos que no habria

region mas horrible; pero habiendo caminado algun tiempo ácia el Este, encontramos en la misma latitud la isla de la Nueva Georgia, tan horrible que antes de desembarcar la juzgamos por una isla de hielo. No hay en todo el mundo conocido montañas mas escarpadas y puntiagudas; en medio del estio estan cubiertas de grandes masas de nieve casi á la orilla del agua, al mismo tiempo que el sol iluminando algunas puntas esparcidas descubre un terreno negro y estéril. No encontramos en la bahia de Posesion mas que dos plantas, la una nueva, peculiar del hemisferio austral, y la otra una grama ya conocida; lo baxo y débil de estas plantas indican la miseria del pais.

Pero como si la naturaleza hubiera querido hacernos ver que puede producir tierras aun mas horribles, descubrimos otra, 4 grados mas al Sur de ésta, mas alta en apariencia y absolutamente cubierta de hielo y nieve (excepto en algunos peñascos desgajados) incapaz segun todas las apariencias de producir ninguna planta. Está cubierta de nieblas casi continuas; no podiamos descubrirla sino en algunos intervalos, y aun entonces no veiamos sino los parages mas baxos. Unos nubarrones espesos cubren continuamente la cima de las montañas; su aspecto causaba el mayor horror,

y aun ahora no puedo acordarme de ella sin espanto.

Segun lo dicho, parece evidente que el frio riguroso de las regiones antárticas impide absolutamente crecer á las plantas; que los paises de las Zonas Templadas aunque la mayor parte estan incultos, producen una gran variedad de plantas, que no necesitan del arte sino para contenerlas en los justos límites; y en fin que el clima y el cultivo dan á las islas de los Trópicos una vegetacion abundante. El número de los vegetales comunmente es proporcionado á la extension del pais, y esta es la razon porque los Continentes han sido notables en todos tiempos por la inmensidad de sus riquezas botánicas. El de la Nueva Holanda ha recompensado tan bien los trabajos de Banks y Solander, que dieron á una de sus bahias el nombre de *Bahia Botánica.*

Las trescientas treinta especies nuevas de plantas que hemos hallado en las islas del Trópico no componen toda la Flora de estos paises, porque no hemos tenido bastante tiempo para hacer investigaciones botánicas. Yo tengo fundamento para creer, que exâminando atentamente aquellos campos, se duplicaria este número. Para probar que muchas veces hemos tenido indicios de nuevas plantas, sin haber podido encontrarlas, no hablaré sino de la nuez moscada

de la isla de Tanna ; adquirimos varias de ellas, sin poder jamas descubrir el arbol. Asique Quirós tiene razon en contar la nuez moscada entre las producciones de la tierra del Espiritu Santo, lo que es una nueva prueba de la veracidad de este famoso navegante ; y como dice tambien, que hay plata, ébano, pimienta y cinamomo en esta tierra y en las islas vecinas, me inclino á creer que realmente se encontrarán.

Pasando ahora al reyno animal, las tierras del mar del Sur y las costas australes contienen una variedad considerable de animales, aunque estos se hallan reducidos á un corto número de especies. Hemos visto por qué grados va descendiendo la naturaleza desde la florida y brillante amenidad de las islas de la Sociedad á la horrible esterilidad de la tierra de Sandwich ; igualmente el reyno animal, magnifico, encantador y rico entre los Trópicos, es deforme y pobre en las costas australes. Al discurrir por los amenos bosques de Otahiti causan el mayor embeleso las perspectivas campestres mas pintorescas ; allí se ven reunidas la felicidad y la riqueza. Por todas partes se descubren manadas de cerdos y de perros junto á las habitaciones ; el gallo despliega allí en medio de su harem su hermoso plumage, ó vuela á los árboles para solazarse : los paxarillos trinan todo el dia entre

las frondosas ramas, y de rato en rato se oye el amoroso arrullo de las palomas y tórtolas. Mas allá se vé á los naturales ocupados en la orilla del mar en la pesca; cogen pescados, cuyos colores moribundos varian á cada instante, ó recogen sobre los arrecifes conchas, que aunque conocidas de los Naturalistas, merecen siempre la atencion del filósofo, que admira la elegancia maravillosa de la naturaleza en sus producciones mas comunes, así como en las mas raras. Lo que da mas realce á este espectáculo encantador, es que no hay ningun insecto incómodo en este feliz pais; los mosquitos no infestan á los habitantes como en las otras regiones del Trópico; los animales carniceros ni los reptiles venenosos no les causan jamas sobresalto.

Si pasamos de aquí á la Zona templada, ¡qué mudanza tan repentina y que diferencia tan grande no se observa entre estas amenas y deliciosas campiñas, mansion de la felicidad doméstica, y los desiertos de la Nueva Zelanda! Aquí las montañas de rocas, las florestas, la especie humana, todo tiene el caracter del estado salvage: sus animales son menos felices que entre los Trópicos; los halcones y cernicalos, tiranos de las selvas, devoran á su arbitrio los débiles páxaros; sin embargo, un trinar continuo se percibe por todo el pais, cuya

armonia compite con la de nuestros ruiseñores. Caminando ácia el Sur, y atravesando un Océano inmenso, en medio del qual algunos páxaros solitarios vuelan sobre las olas buscando un alimento precario, se llega á la extremidad meridional de la América. Descubrese una costa estéril y horrible, habitada por la raza mas miserable de los hombres, y salpicada de algunos feos arbustos; gran número de buitres, halcones, y aguilas estan en continua observacion para hacer su presa. Se observa que la mayor parte de las otras aves viven en bandadas en algunos cantones, al mismo tiempo que los peñascos estan ocupados por una especie de vacas marinas, que parecen monstruosas y disformes en comparacion de los otros pescados. Las clases de las aves y de los peces son las únicas numerosas en los paises que hemos visitado: las de los quadrúpedos é insectos no ofrecen mas que una quantidad muy pequeña de especies conocidas: las de los cetaceos, anfibios, y gusanos no son tampoco abundantes, y principalmente las dos primeras apenas ofrecen alguna cosa de nuevo.

En las islas de los Trópicos no hay mas que quatro especies de quadrúpedos, dos de los quales son domésticos; el vampiro y la rata no lo son. Esta última se halla en las islas Marquesas, en las de la Sociedad, en

las de los Amigos, y en las Nuevas Hebridas; tambien se encuentran en la Nueva Zelanda, pero no sabemos si las llevaron nuestros navios; en la Nueva Caledonia no las vimos. Hay increible número de ellas en Otahiti y en las islas de la Sociedad, donde se alimentan de las sobras de los alimentos que dexan los naturales en sus chozas, y de frutas: su osadia es tanta, que á veces muerden en los pies á los isleños. Son mucho mas raras en las Marquesas y en las islas de los Amigos, y rara vez se las vé en las Nuevas Hebridas.

El vampiro, que es la especie mas grande de los murciélagos conocidos, no se vé sino en las islas mas occidentales. En las islas de los Amigos estos vampiros andan en vandadas de muchos centenares, y en el discurso del dia se ve volar algunos: sobre un grande arbol ví mas de quinientos en varias actitudes; unos colgados de los pies traseros, otros de los delanteros. Se alimentan principalmente de frutas: vuelan á flor del agua con singular agilidad, y aunque vimos uno que nadaba, no basta esto para afirmar que son buenos nadadores. Sabemos que se meten en el agua para limpiarse de la suciedad ó de los insectos que se les pegan: su olor es desagradable; quando los irritan, muerden con furor, pero de otra manera no hacen ningun mal. Ademas de

estos grandes murcielagos, hay en Tanna millares de otros mas pequeños, que vimos, pero no pudimos coger ninguno para exâminarlo.

Los dos quadrúpedos domésticos son el cerdo y el perro: las islas de la Sociedad son las únicas que poseen uno y otro; en la Nueva Zelanda y en las islas baxas no hay mas que perros: en las Marquesas, islas de los Amigos y Nuevas Hebridas hay solamente cerdos; la isla de Pasqua y la Nueva Caledonia carecen de unos y otros. La raza de los cerdos es la que se llama *china*: tienen el cuerpo y las piernas cortas; les cuelga el vientre casi hasta tierra: tienen las orejas rectas, y pocas cerdas. Ninguna otra carne de cerdo es mas substanciosa, ni hay manteca mas agradable, lo qual se debe atribuir á los excelentes alimentos de que se mantienen: los ceban principalmente con fruta de pan fresca, ó con la masa agria de esta fruta, ñames &c. Hay gran cantidad de ellos en las islas de la Sociedad, y se les ve al rededor de casi todas las casas en crecido número: abundan tambien en las Marquesas, en Amsterdam, una de las islas de los Amigos, pero son mas raros en las Nuevas Hebridas.

La raza de los perros del mar del Sur es singular; se parecen mucho á los mastines ordinarios, pero tienen la cabeza muy gruesa, los ojos muy pequeños, las orejas pun-

tiagudas, el pelo largo, y la cola corta y peluda. En las islas de la Sociedad se alimentan principalmente de frutas, pero en las islas baxas y en la Nueva Zelanda no comen mas que pescado. Su estupidez es extremada, rara vez ó nunca ladran, pero ahullan de quando en quando: tienen muy debil el olfato, y son sumamente perezosos. Los naturales los ceban para comérselos, porque son muy apasionados á su carne, y la prefieren á la del cerdo. Ademas, de su pelo fabrican varios adornos; en las islas de la Sociedad, y en la Nueva Zelanda guarnecen con ellos sus vestidos.

Ademas del perro, hay en la Nueva Zelanda otros quatro quadrúpedos, la rata, un murcielago pequeño, el oso marino, y el animal llamado leon marino por el Lord Anson.

(Es muy estraño que Forster de quien he tomado estas observaciones, no cuente entre los quadrúpedos del mar del Sur al *kangurό*, del qual se hace mencion en los viages de Coock. Supliré esta falta con lo que dicen otros viageros acerca de este animal. Hasta ahora se habia contado al *kangurό* en la clase de los gerbos, pues dice Allamand en sus adiciones á Buffon, que el kangurό es la especie mas grande de los gerbos conocidos. El tamaño de este singular quadrúpedo, segun los mejores viageros, se acerca á

la de una oveja. Su cabeza, cuello y hombros son muy pequeños con respecto á las demas partes de su cuerpo. Sus orejas son bastante semejantes á las de la liebre; la cola cuya longitud es casi igual á la de todo su cuerpo, es gruesa en la raiz y remata en punta; su pelo es corto y de color de rata obscuro; sus pasos, ó por mejos decir sus saltos, son muy largos. Este animal, segun Coock, pesa unas cien libras.

El redactor del viage del Comodoro Phillip, no distingue entre la clase del opossum y del kanguró, á quien Zimmerman habia colocado á exemplo de los demas naturalistas, en la clase de los gerbos. Veamos las descripciones que hacen el redactor mencionado y Mr. White en su viage á Bahia Botánica.

„El kanguró, dice el redactor, se parece al gerbo en que no se sirve para andar sino de las piernas traseras; pero á pesar de esta conformidad, no pertenece á la misma especie. La bolsa en que la hembra cria á sus hijuelos, hace pensar que tiene mas relacion con el opossum. Los kangurós mas grandes pesan cerca de ciento y quarenta libras; pero se han descubierto dos especies, una de las quales rara vez pasa de sesenta libras: ésta se cria principalmente en los parages altos, su pelo es roxizo, y su cabeza es mas pequeña que la de la especie grande. El

kanguró se sirve de su cola, que es muy gruesa, como de arma ofensiva, y da con ella tan recios golpes á los perros, que los auyenta. La desproporcion entre la parte superior y la inferior de este animal es mayor que lo que hasta ahora se ha manifestado en los dibujos que se han hecho de él."

Segun esta descripcion me parece que no se debia considerar al kanguró como una quarta especie de los Gerbos, porque éstos no tienen como el Opossum ó Sariga una bolsa que contiene las mamilas, en la qual se refugian los cachorrillos quando quieren mamar, ó quando temen algun peligro, particularidad admirable que hasta ahora no se habia observado sino en los animales de esta especie.

Parece, pues, probable que el kanguró pertenece mas bien al género del Opossum que al del Gerbo; pero como los naturalistas han incurrido en algunos errores hablando de este singular quadrúpedo, me parece necesario reunir aquí todas las particularidades, que pueden contribuir á ilustrar su historia. La mayor anchura de este animal es cerca de las ancas; es muy estrecha su circunferencia por los hombros, y va creciendo gradualmente hasta la extremidad del cuerpo. Las piernas delanteras tienen nueve pulgadas de largo, y las de atras tres pies y siete pulgadas: la cola tiene dos pies y nue-

ve pulgadas de largo, es gruesa en la raiz, y remata en punta. Las orejas son anchas y rectas; la cabeza es bastante agradable, y se parece á la de un cervatillo. El kangurό tiene seis dientes incisivos, y quatro muelas en la mandíbula superior, que al parecer carece de colmillos: la inferior está armada de dos dientes incisivos muy largos, semejantes á los de la ardilla, y de quatro muelas, correspondientes á las de la mandíbula superior. Las piernas delanteras tienen cinco dedos con uñas, pero estas piernas son tan cortas que no puede servirse de ellas para andar, y solo las emplea para excavar su madriguera, ó para llevar la comida á la boca: las piernas traseras son rasas, callosas, y en extremo fuertes. Este animal se sienta sobre ellas, y sus posaderas estan levantadas de tierra algunas pulgadas. En cada pierna trasera no tiene mas que tres dedos; el de enmedio es muy largo y fuerte; lo interior está dividido en dos, como si lo hubieran serrado por medio á lo largo. Quando el kangurό está descansando, tiene la cola tendida; pero quando anda, la lleva casi recta. Su piel es de un color pardo obscuro, como la rata, las partes inferiores son de color mas claro que las superiores.

Este animal parece indigena de la Nueva Holanda, á lo menos no se le ha encontrado en ninguna otra parte del Globo. Se ase-

gura que puede saltar con facilidad cercas de nueve pies de alto, y si le ase un perro, tiene tanta fuerza, que por lo comun le hace soltar la presa; por lo que los Europeos no conocen otro mejor modo para cazarle, que ponerse en espera, y tirarle al paso. Sin embargo, dicen que los naturales saben cogerle sin matarle.

El macho se distingue facilmente por lo grueso del escroto: la hembra tiene, como las demas de su especie, una bolsa ó saco en que se hallan dos grandes mamilas, á las quales se asen sus hijuelos luego que nacen, y permanecen en aquel saco hasta que tienen fuerza para andar solos. Retiranse con frecuencia á él como á un asilo, y entonces la madre aprieta esta bolsa con tanta fuerza que no se puede abrirla sin mucha dificultad. Mr. Shorland pretende que estos animales van á pacer en manadas de treinta á quarenta, y que siempre ha observado uno que se quedaba haciendo centinela á cierta distancia de los otros.)

Los animales cecateos (prosigue Forster) que hemos visto en el mar del Sur, son la ballena de nariz de botella, la *grampusa*, el tiburon y el delfin de los Antiguos. Los dos últimos se encuentran en todo el Océano desde la Linea hasta el círculo Polar Antártico: no hemos podido exâminar mas que una hembra del delfin, que correspondia en-

teramente á las descripciones de los naturalistas : la matamos con harpon , y la comimos.

Los páxaros del mar del Sur y de la Tierra del Fuego son numerosos , y ofrecen una variedad considerable de especies. Se ven allí dos géneros absolutamente nuevos , y otro tercero , que es el *penguin* , á los quales se ha confundido hasta ahora con los otros. Viven tranquilos en los arboles y matorrales, los naturales jamas los inquietan ; alegran los bosques con su continuo canto , y su plumage variado contribuye al esplendor de la naturaleza. Se cree comunmente que los páxaros de varios colores no cantan bien, pero este es un error como el suponer que las aves de entre los Trópicos no cantan: sin hablar del xilguero ordinario , que es quizá uno de los páxaros mas hermosos del mundo, y cuyo canto es tan agradable, es facil citar otros muchos exemplos de lo contrario. La armonia de las aves hace resonar continuamente así las selvas incultas de la Nueva Zelanda , como los amenos bosques de Otahiti. Rigurosamente hablando , no hay mas que una especie de aves domésticas en las islas del Trópico del mar del Sur , que son las gallinas. La isla de Pasqua está llena de aves , y no hay allí ningun otro animal doméstico; tampoco se halla ninguna otra ave doméstica en las islas de la Sociedad , ni en

las de los Amigos, y en éstas ultimas son de un tamaño extraordinario. No son raras en las Marquesas, en las Nuevas Hebridas, en la Nueva Caledonia; pero las islas baxas y las de la Zona templada carecen de ellas absolutamente. No se pueden contar entre las aves domésticas los papagayos, ni las palomas, porque aunque los isleños de la Sociedad y de los Amigos domestican algunas de ellas, jamas las hacen procrear. Hemos contado treinta y siete nuevas especies de aves en la Nueva Zelanda, quarenta y siete en las islas del Trópico, y mas de veinte en el mar en las extremidades meridionales de la América y en las tierras australes: el total es ciento y quatro, la mitad de las quales son aquatiles. Observamos ademas unas treinta especies de las de Lineo, y mas de veinte de ellas eran aquatiles. Estoy persuadido á que no las hemos visto todas, así como tampoco hemos recogido una Flora completa de cada uno de aquellos paises. Asi que, la cantidad de las nuevas aves es asombrosa, comparada con la que ya conocian los Naturalistas, y por aquí se pueden formar grandes esperanzas sobre aquellos paises que aun no se han exâminado. Los géneros aquatiles son muy numerosos, como ya hemos dicho, y la observacion que he hecho acerca de las

plantas se debe aplicar tambien á las aves.

Los pocos animales anfibios que hemos hallado en el mar del Sur, habitan en el pais del Trópico, y son el carey, cuya concha es tan preciosa; la tortuga verde, cuya carne es muy agradable; el lagarto comun; el *gecko*; la culebra anfibia, y la culebra *platura* de Lineo: ninguno de estos es venenoso.

El mar del Sur es abundante es pescados; nos ha costado sumo trabajo el formar colecciones en este ramo de historia natural, porque nos hemos detenido poco en la mayor parte de las islas, y careciamos de pescadores habiles. Sin embargo, he recogido en varios parages setenta y quatro especies diversas, y otras quarenta de las descritas por Lineo. La mayor parte de los pescados del mar del Sur son buenos de comer; muchos son deliciosos, y solamente un corto número de cierta especie son dañosos.

No hay tierras en que se encuentren menos especies de insectos que en las del mar del Sur; es cosa bien estraña el corto número de ellas que hemos observado, y éstas eran ya conocidas. La Nueva Caledonia es le única isla donde hay bastante cantidad, y yo presumo que es por su proxîmidad á la Nueva Holanda. Debo advertir que hay un pequeño escorpion en las is-

las Trópicas del mar del Sur, que es mas comun en las islas occidentales que en las de la Sociedad, y aun en éstas yo no he visto ninguno. Edideo nos dixo que no hace ningun daño; sin embargo, está armado del mismo modo que las otras especies de su género, y convendria averiguar por qué circunstancias accidentales el veneno del aguijon del escorpion se hace mas ó menos venenoso. Las experiencias de Mr. Maupertuis parece indican que todos los individuos de una misma especie no son igualmente venenosos, y que un mismo individuo es mas ó menos dañoso en diferentes estaciones.

Las ostras del mar del Sur son menos varias de lo que podia presumirse, y los arrecifes de las islas del Trópico ofrecen por lo general las conchas mas comunes de que habla Lineo, como las cauris, mitras de Obispo, *murices Tritonis*, &c. Hay pocas especies de ellas en la Nueva Zelanda, y la mayor parte son pequeñas: las pocas moluscas que hemos descubierto, se hallaron en el mar Atlántico, y nada hemos descubierto en las otras clases.

El número total de las especies de las mayores clases de animales, es á saber, quadrúpedos, cetaceos, anfibios, aves y pescados, que hemos visto en el mar del Sur, asciende á unas doscientas sesenta, ó dos-

cientas setenta especies cuya tercera parte era ya conocida. Supongamos que esta cantidad forma las dos terceras partes de los animales de estas clases, que se hallan actualmente en las tierras y aguas del Sur, habrá mas de quatrocientas; y suponiendo las clases de los insactos solamente de ciento cincuenta especies, toda la Fauna de las islas del mar del Sur se compondrá á lo menos de quinientas cincuenta especies, cantidad prodigiosa, si se compara con la de su Flora.

Aunque la mayor parte de las aves de la Nueva Zelanda son notables por los bellos colores de su pluma, sin embargo, en la isla de Norfolck (la qual contiene exâctamente las mismas especies que la Nueva Zelanda) la pluma de las aves tiene colores mas vivos, lo que prueba que el clima influye mucho en los colores. La pluma por otra parte depende tambien del clima baxo otra consideracion: las aves de los paises calientes estan medianamente pobladas de ella, al paso que las de los paises frios tienen una cantidad infinita de plumas, cada una de ellas doble. Las aves de tierra entre los Trópicos y fuera de ellos fabrican sus nidos sobre los árboles, exceptuando la codorniz ordinaria de la Nueva Zelanda, que tiene la misma costumbre y propiedades que la de Europa. La especie mas proli-

fica del mar del Sur es la de las ánades: la especie de pescado de mas agradable gusto, es tambien la mas prolifica; pero conviene advertir que ninguna isla del mar del Sur ofrece tantos pescados como la Nueva Zelanda. Por esta causa, el pescado es el principal alimento de aquellos isleños, que de este modo logran un sustento mas facil y cómodo, y por consiguiente mas análogo al caracter indolente que les es comun con todas las naciones bárbaras.

Parece que los individuos del reyno animal no tienen tantas variedades en el mar del Sur, como los del reyno vegetal. Primeramente la domesticidad que ha hecho degenerar tantas especies entre nosotros, se reduce allí á tres especies, el cerdo, el perro, y la gallina; ademas, esta domesticidad no se diferencia del estado natural. Los cerdos y las gallinas andan libremente por donde quieren, sobre todo las gallinas, que se alimentan únicamente de lo que encuentran, y no se las da ningun alimento regular. Los isleños no mantienen los perros mas que para comerselos, y por consiguiente estos animales no padecen el yugo de esclavitud que en los paises civilizados. Permanece tendido todo el dia, si quiere, le echan de comer á ciertas horas, y no se exîge de él ningun servicio; así que nada pierde de su estado natural. Sus

facultades sensitivas son inferiores probablemente á las del perro salvage, lo que puede proceder de los alimentos con que se nutre; no tiene la sagacidad ni la viva percepcion que nuestros perros. Las aves silvestres tienen pocas variedades; pero en esta parte se necesita de una larga serie de observaciones, que nosotros no hemos tenido proporcion de hacer.



CARTA CCCVI.

Poblacion de las islas del mar del Sur.

Las altas montañas de la isla de Otahiti, una de las mas grandes, pobladas y cultivadas del mar del Sur, carecen de habitantes, y exceptuando algunos valles fértiles y bien regados, que contienen un corto número de chozas, lo interior del pais se halla todavia como quando salió de las manos del Criador. Las habitaciones de los isleños se hallan principalmente enmedio de las llanuras que rodean la isla cerca del mar, y sus campos son de los mas amenos, fértiles y bien cultivados. El terreno está cubierto de cocoteros y de eurus: por todas partes se ven plantios de bananas, de

moreras que sirven para la fábrica de sus telas, y de otras plantas útiles, como ñames, cañas de azucar, &c. A la sombra de estas deliciosas arboledas se descubre por todas partes gran multitud de habitaciones, que aunque no son mas que una especie de cobertizos, bastan para guarecer á los naturales de la lluvia, del calor, y de la inclemencia del ayre. Estas casas estan llenas de gente, y las mayores contienen varias familias. A donde quiera que nos dirigiamos, encontrabamos los caminos llenos de isleños, sin que ninguna de las casas quedase desierta, y quedando una gran multitud de ellos en la parte opuesta. La poblacion es extraordinaria en esta metrópoli de las islas del Trópico, y todo concurre á aumentarla.

El clima es suave y templado, y las brisas de mar y tierra, templando el demasiado ardor del sol, fomentan el desarrollo de los vegetales; esta feliz combinacion es tambien favorable á la organizacion humana. Es tan grande la profusion de los excelentes frutos que allí se crian sin cultivo, que nadie tiene que afanarse por su subsistencia. Ademas, el mar es un gran recurso para los habitantes de esta isla, y para todos los de la Sociedad; pescan gran porcion de peces, ostras, y otros mariscos en los arrecifes de dia y de noche, y van con freqüen-

cia á las islas baxas situadas á pocas leguas de distancia á traer *cavias*, tortugas y aves marinas. Así que con la mayor facilidad adquieren el alimento y el vestido, que son las dos primeras necesidades del hombre, y las unicas de estos isleños, los quales aun no conocen, por su fortuna, las necesidades facticias que el luxo, la avaricia y la ambicion han introducido entre nosotros.

La naturaleza reune muy temprano á los dos sexôs en este agradable clima: los hombres escogen bien pronto una compañera, y gustan de verse reproducidos en una posteridad numerosa. Todas estas ventajas, comparadas con las infinitas necesidades de las naciones civilizadas, con los trabajos que padecemos para proveer á ellas, con los obstáculos y afanes que preceden y acompañan á nuestros matrimonios, bastarian para probar que debe ser muy considerable la poblacion en estas islas Afortunadas. Mas para que se pueda hacer juicio de ella, voy á recordar lo que ya tengo insinuado en las cartas anteriores.

Quando volvimos á Otahiti por Abril de 1774 los Otahitinos estaban haciendo preparativos para una expedicion contra la isla de Eimeo. La parte de Otahiti, llamada Tobreonu, ó la peninsula grande, contiene veinte y quatro distritos ó partidos; la peninsula mas pequeña ó *Tallarabu* tiene diez

y nueve. El distrito de Otaburu, que es de los mayores, habia equipado para una expedicion ciento cincuenta y nueve piraguas de guerra, y unas setenta pequeñas; y el de Titahau, que es de los mas pequeños, enviaba quarenta y quatro piraguas de guerra, y de veinte á treinta de las pequeñas, que se destinan para los xefes, para los cadaveres y para las provisiones. Haciendo un cálculo muy moderado, supongamos que cada distrito puede enviar solamente cincuenta piraguas de guerra, y veinte y cinco pequeñas de transporte; el total de las piraguas de guerra de la peninsula grande será de 1200, y de las pequeñas 600. Nosotros contamos cincuenta hombres en las piraguas de guerra, comprehendidos los guerreros, los remeros, y los que las gobiernan, y unos treinta en las pequeñas: algunas piraguas de guerra necesitaban de ciento quarenta y quatro remeros, ocho hombres para gobernarlas, uno para mandar á los remeros, y unos treinta guerreros para pelear; pero como en cada peninsula no hay mas que dos ó tres piraguas de esta magnitud, no haremos caso de ellas para nuestro cálculo. Contando no mas que veinte hombres en cada piragua de guerra, el número de los que se necesitan para defender y gobernar 1200 piraguas, asciende á 24000: cada uno de los transportes contenia unos cinco hombres,

por consiguiente la tripulacion de todas las piraguas pequeñas de los veinte y quatro distritos (contando veinte y cinco buques por cada distrito) forman el número de 3000, que juntos con los de las piraguas de guerra, forman 27000. Supongamos ademas que cada uno de estos hombres es casado , y que tiene un hijo ; el número total de los isleños será 81000. Es preciso confesar que este cálculo es el mas moderado que puede hacerse , y que el número de los habitantes de la peninsula grande , es doblado por lo menos. En efecto , no todos estos isleños son guerreros ; no todos trabajan en la maniobra de las piraguas ; muchos viejos se quedan en sus casas , y es harto poco dar un hijo á cada casado, pues ordinariamente procrean mucho mas. Yo he visto de seis á ocho en muchas familias ; Hapay , padre de Otu, Rey actual de la peninsula mayor, tuvo ocho, de los quales vivian siete quando estuvimos en Otahiti ; otra gran multitud de familias tenian desde tres hasta cinco hijos.

Quizá se dudará , cómo puede ser que una cantidad tan prodigiosa de hombres reunidos en tan corto número de terreno, hallen suficiente alimento para subsistir ; he aquí mi respuesta. He hablado repetidas veces con admiracion de la gran fertilidad de estos paises : los naturales de las islas de la Sociedad nos han repetido mil veces , que

tres grandes eurus bastan para mantener á un hombre durante la estacion de la fruta de pan; es decir, por ocho meses. Durante el invierno, los isleños se alimentan de raices, de que tienen inmensos plantíos; ademas hacen para aquellos quatro meses una pasta agria de fruta de pan fermentada, que dura muchos meses, y que es sana y agradable para los que estan acostumbrados á comerla. Añadase á esto los cerdos, perros, gallinas, aves de mar y tierra, pescados y mariscos, de cuya abundancia he hecho larga mencion, y cesará la duda acerca de la dificultad de subsistir tanto número de habitantes en tan corto terreno.

Tallarabu, ó la peninsula mas pequeña, que tiene diez y nueve ó veinte distritos, está tan bien cultivada y poblada como la grande, porque sus habitantes no solo han resistido á todo el poder de la otra peninsula, sino que los han derrotado y han saqueado aquella costa. Se puede pues creer que es muy poco inferior á la otra peninsula en fuerzas militares y en poblacion, si es que no la iguala: pero suponiendo que no tenga mas que la mitad de los habitantes que Tobreonu, ascenderá su número á 40500.

Eimeo es una isla pequeña, bien cultivada, sujeta al Rey de Tobreonu. Segun lo que nos dixeron los Otahitinos, tiene fuerzas suficientes para provocar, y aun para vencer á

los de Tallarabu, y para hacer frente al gran armamento que vimos prepararse en Otahiti. Sin embargo, no la señalaremos mas que la quarta parte de la poblacion de Tobreonu, esto es, 20250, que juntos con las dos sumas de Tallarabu y Tobreonu, forman un total de 141750 habitantes de Otahiti y de Eimeo. Todos estos isleños son vasallos de Otu, Rey de Tobreonu, porque aunque en Tallarabu hay un Eri particular, este Príncipe es vasallo de Otu.

Las islas de Ojaine, Orayatea, Tajaa, Porapora, Morua, Taburamanu y Matea, estan ciertamente muy pobladas, porque las tres que nosotros vimos, estaban bien cultivadas y llenas de isleños; y como el Eri de Porapora ha conquistado á Orayatea y á Tajaa, es muy probable que su poder, y por consiguiente la poblacion de Porapora y de Morua sean iguales, por lo menos, á la de las dos islas conquistadas: por lo que no será demasiado computar en 2000 habitantes los de estas siete islas.

Las cinço islas Marquesas estan tambien muy pobladas, porque los naturales cultivan y habitan todas las faldas de las montañas. Entre estas islas y las de la Sociedad se halla gran número de islas baxas, llenas de habitantes. Las tierras que estan al Este y al Sudeste de Otahiti, tienen tambien gran número de ellas, como lo han comproba-

do varios navegantes. Se puede, pues, suponer que todas estas islas juntas con las Marquesas contienen 100ϑ habitantes.

Mas allá al Oeste se halla el grupo de las islas de los Amigos. Tongatabu, la mas considerable, está muy bien cultivada. Eauve, que es de menor extension, no está enteramente cultivada, como tampoco Anamoca; sin embargo, en una y otra se ven gran multitud de habitantes industriosos y de buen caracter. Al rededor de Anamoca hay un grupo de isletas llenas de habitaciones, y segun Tasman, este archipiélago continúa con el nombre de islas del Príncipe Guillermo. Yo valúo la poblacion de todas estas islas en unas 200ϑ almas.

Mas al Oeste se descubre el grupo de islas grandes, llamadas las Nuevas Hebridas. Aunque no estan, con mucho, tan bien pobladas como las de los Amigos y de la Sociedad; sin embargo, son infinitamente mas extensas, y contienen gran número de habitantes. La una de ellas, Manicola, estaba llena de isleños; y si se ha de juzgar de la poblacion de Ambrin por su cultivo, debe estar igualmente poblada. Las islas de la Aurora, de los Leprosos, de Pentecostes no parecen tan pobladas: la Australia del Espíritu Santo es muy espaciosa, y quizá á proporcion de su grande extension tendrá muchos habitantes. Las islas de Pauni, Api, Tres-

Colinas, Shepherd, Montagu, Hinkinbrooke y Sandwich estan habitadas, y la última parece muy fértil y poblada. Hemos reconocido que Irromanga y Tanna lo estan igualmente; y nos dixeron en Tanna que la poblacion no es menor en las islas de Immer y de Anatom. Se puede pues suponer, que en todas las Nuevas Hebridas habrá por lo menos doscientas mil almas.

Si contamos cincuenta mil almas en la Nueva Caledonia y en las islas adyacentes, no será un cálculo excesivo, porque aunque estas tierras no estan tan pobladas como las otras del mar del Sur, es necesario tener presente que tienen ochenta leguas de largo.

La isla meridional de la Nueva Zelanda está poco habitada; pero la mas septentrional está mas bien poblada, y aun en algunos parages, lo está mucho; por lo que cuento cien mil almas en estas dos islas. Asi que, la suma total de los isleños del mar del Sur, segun este cálculo tan moderado, será un millon de almas.

La tierra del Fuego tiene muy pocos habitantes; son tan cortas las quadrillas de aquellos Salvages, que creo no pasarán de dos mil en un pais de tanta extension como la mitad de Irlanda.

No añadiré mas que dos observaciones á este cómputo de la poblacion de las islas del mar del Sur, que hemos visitado. La

primera, que no pretendo que mis valuaciones sean exâctas, pues no son mas que unas conjeturas de aproxîmacion en quanto lo permiten los datos que hemos podido recoger; sin embargo, son estos cálculos mas bien diminutos que excesivos. La segunda, que la poblacion de los paises se aumenta á proporcion de la civilizacion y del cultivo, no porque éstas sean las verdaderas causas del aumento de la poblacion, siendo mas bien sus efectos. Luego que el número de los hombres en un espacio limitado se aumenta hasta tal grado, que se vean precisados á cultivar las plantas para su alimento, nò bastando ya las producciones espontaneas de la naturaleza, discurren medios para hacer estos trabajos mas faciles y cómodos: se ven precisados á adquirir de otra parte granos y raices, y á estipular entre sí el no destruir sus plantios, defenderse mutuamente contra las invasiones, y ayudarse unos á otros. Tal es el efecto de las Sociedades civiles, las quales producen, mas ó menos pronto, las distinciones de clases, y los diferentes grados de poder, de crédito y riquezas que vemos entre los hombres. Tambien suelen producir muchas veces una diferencia esencial en el color, temperamento, y caracter de la especie humana. Voy á tratar brevemente de todos estos objetos.

Acerca de las variedades de la especie humana hemos observado dos de ellas considerables entre los isleños del mar del Sur. Vimos una raza mas blanca, de miembros mejor formados, fuerte, de bella persona, y de un caracter dulce y humano; la otra que es mas negra, tiene unos cabellos que empiezan á ser lanudos y crespos, el cuerpo baxo y delgado; de un caracter vivo y animoso, pero desconfiado. La primera raza habita en Otahiti, islas de la Sociedad, de los Amigos, de las Marquesas, isla de Pasqua y Nueva Zelanda: la segunda se halla en la Nueva Caledonia, Tanna, Nuevas Hebridas, y sobre todo en Manicola. Los Salvages de la Tierra del Fuego me parece no deben contarse entre los isleños del mar del Sur, porque es evidente que proceden del Continente de la América. Cada una de estas dos razas se subdivide en muchas variedades, formando graduaciones que se acercan á una ú otra de ellas; de aquí es que algunos isleños de la primera son casi tan negros y delgados como los de la segunda; y entre los de esta segunda hay hombres fuertes y vigorosos que pueden competir con los de la primera en lo alto y grueso; pero como hay muchas razones para comprender en una misma tribu á todos los isleños de la primera raza, no rezelo asignarles un caracter general, cuyos

dos extremos deben distar mucho entre sí á causa de la grande extension en que estan esparcidas estas naciones.

En Otahiti y en las islas vecinas de la Sociedad se ven los mas bellos individuos de la primera raza; la naturaleza parece que en su formacion ha seguido el mismo sistema de abundancia y variedad que hemos observado en los vegetales, pues no se limita á un solo modelo. La gente ordinaria está mas expuesta al ayre y al sol; se ocupa en todas las obras mas groseras; emplea sus fuerzas en los trabajos de la agricultura, de la pesca, de remar y construir casas y piraguas; en fin, no siempre tiene alimentos á discrecion. He aquí la razon porque sus individuos degeneran ácia la segunda raza; sin embargo, siempre conservan restos del prototipo original, que se muestra en toda su perfeccion entre los Xefes ó Eries, y los isleños de clase distinguida. Su color es algo mas claro que el de muchos Españoles, en una palabra, es un color blanco con alguna mezcla de moreno que tira á amarillo; pero esta mezcla es tan ligera, que en las mexillas de las mugeres blancas se distingue facilmente el colorido del rubor. Se notan tambien todas las medias tintas desde este color hasta el moreno vivo que toca en el color bazo-negro de la segunda raza. Sus cabellos son por lo

comun negros y fuertes; ondean naturalmente en bellos rizos, y el aceyte de cocos con que los ungen, los hace muy brillantes. He visto algunos, aunque pocos, de color castaño claro; regularmente las extremidades eran de color castaño, y la raiz de color mas moreno. No ví mas que un hombre en Tajáa que tuviese el cabello perfectamente roxo; su tez mas blanca que la de sus compatriotas, estaba sembrada de manchas roxas. Por lo general, tienen las facciones regulares, dulces y agradables; la nariz es algo ancha ácia la punta. La fisonomia de las mugeres es franca y alegre, y sus ojos son grandes, vivos y fogosos; tienen el rostro mas bien redondo que ovalado; las facciones son muy simétricas, y realzan su hermosura con una dulce sonrisa que es imposible describir. El cuerpo de la cintura arriba es bien proporcionado; sus contornos tienen la mayor gracia. La mayor parte de los Eries y principales isleños parecen atletas en la corpulencia, pero se advierte en ellos cierta afeminacion; los pies son algo anchos, y no siguen la proporcion de las demas partes del cuerpo. La gente comun es asimismo bien apersonada; pero son mas activos, y sus miembros tienen mas agilidad y soltura. Las mugeres por lo regular son hermosas, y aun tienen formas delicadas; sus brazos, manos y dedos son

tan graciosamente torneados, que pueden competir con los de la Venus de Medicis. Por desgracia, su costumbre de andar descalzas de pie y pierna, hace que sus piernas sean gruesas y mal formadas. Por lo general, los Eries son de alta estatura; ví algunos de seis pies y tres pulgadas, y uno de seis pies y quatro pulgadas; á veces se ven de estas estaturas agigantadas entre la gente comun. Las mugeres son baxas de cuerpo; hay pocas tan altas como los hombres; bien que encontré una de seis pies, y otras muy altas.

Estos isleños por lo comun son vivos y àlegres; gustan de risas y diversiones; su caracter es franco, y dispuesto al bien; su veleidad les impide fixar su atencion en ninguna cosa. Su organizacion destemplada con el ardor del sol adquiere una indolencia extremada, y una aversion imuperable á todo trabajo. Los ricos y poderosos se ocupan en comer todo el dia, y su vida es una serie continua de deleytes. Su inaccion llega hasta el extremo de no llevar la comida á la boca, y se les da de comer como á los niños. La gran cantidad de alimentos excelentes, la amenidad encantadora del clima, y la belleza de las mugeres les sirven de poderosos incentivos para los deleites carnales, á los quales se entregan muy temprano. Sus canciones, danzas, y espectacu-

los dramáticos inspiran la mayor voluptuosidad. Una de sus virtudes es la hospitalidad; y el ser tan propensos al robo, consiste en que los tesoros que les ofreciamos á la vista, excitaban en ellos unas tentaciones irresistibles. En la guerra pelean con valor y corage; en una palabra, tienen todas las qualidades amables que son posibles en una nacion que acaba de salir del estado de la naturaleza.

Los habitantes de las islas Marquesas son la gente mas hermosa del mar del Sur despues de los de la Sociedad: por lo general, su color es mas bazo, porque se hallan situados 9 grados 57 minutos mas cerca de la linea. Ademas, estan mas acostumbrados á no cubrirse el cuerpo; sin embargo, hay entre ellos algunos individuos mas blancos. Sus mugeres, que comunmente andan vestidas, son casi tan blancas como las de las islas de la Sociedad. Por lo general, la estatura de los hombres es fuerte y nerviosa; pero ninguno es tan gordo como los isleños de que acabo de hablar. Esta diferencia proviene, á mi entender, de que éstos tienen mas actividad. Como la mayor parte de ellos vive en las faldas y cimas de las montañas, pareciendo sus habitaciones nidos de águilas, deben tener el cuerpo delgado y cenceño, porque tienen que trepar á menudo por estas montañas, y respiran un

ayre muy sutil en aquellas chozas, casi siempre rodeadas de nubes. Tienen la barba negra, y hermoso cabello; las mugeres y los jóvenes tienen las facciones regulares y agradables, y el rostro ovalado; pero los hombres hechos se pican el rostro y el cuerpo con varias figuras, de suerte que se vuelven feos. Los jóvenes son por lo ordinario hermosos, y pudieran servir de modelos para un Ganimedes: la fisonomia de las mugeres es dulce é interesante, todo su cuerpo guarda la simetria mas perfecta; sus manos, hombros, y pecho son admirables. Su estatura es como la mediana de los hombres; hay muy pocas, quizá ninguna, que se pueda llamar pequeña. Los naturales nos parecieron afables, civiles, y hospitalarios. Se advierte en ellos mucha curiosidad, y aquella ligereza que forma el caracter general de las naciones situadas baxo el Trópico; pero habiéndonos detenido allí tan poco, no podemos dar razon de ellos mas circunstanciada.

No permanecimos mas que media hora en Tiukea, una de las islas baxas situadas entre las Marquesas y Otahiti, y observamos que las personas de ambos sexôs son de color muy moreno, robustas, membrudas y bien proporcionadas, con los cabellos negros. Tenian en el pecho, cuerpo, y á veces en las manos figuras picadas: son de

mediana estatura: nos acogieron con bondad, y aunque eran numerosos y bien armados, no intentaron insultarnos.

La belleza de los habitantes de las islas de los Amigos no es inferior, si es que no iguala á la de los isleños de las Marquesas. Su color es mas obscuro que el comun de los naturales de las islas de la Sociedad: este moreno vivo se inclina mucho al colorado de los Americanos; pero gran número de individuos y principalmente los mas distinguidos y ricos, y la mayor parte de las mugeres se acercan mucho en el color á las bellas Otahitinas. Son de mediana estatura; sus facciones son varoniles y regulares: los hombres llevan la barba corta, cortándola con pedazos de concha: en sus orejas tienen dos agujeros, en los quales meten unos palitos. Las formas de sus cuerpos no son tan redondas como las de los Eries de las islas de la Sociedad; pero son robustos de miembros, bien proporcionados, de músculos bien señalados, efecto del trabajo moderado. La estatura de las mugeres es casi igual á la de los hombres: no hay entre ellos personas tan gordas y pesadas como en las islas de la Sociedad. Su color moreno conviene á sus facciones regulares, á sus rostros redondos, á sus ojos grandes y animados: una dulce sonrisa agracia toda su fisonomia: su talle es elegante, y

en todas sus acciones se nota desembarazo y garbo. En Tongatabu vimos una joven de unos doce años, cuyas facciones eran las mas perfectas, el rostro ovalado, y la fisonomia interesante: sus ojos eran vivos, brillantes, y llenos de expresion: sus largos cabellos rizados ondeaban libremente por los hombros y espalda, adornados con flores olorosas. En todos sus movimientos se notaba la mayor gracia: tenia en las manos cinco manzanas, que arrojaba y cogia en el ayre con admirable destreza. Estos isleños son realmente muy amables: su conducta generosa para con nosotros haria honor á la nacion mas civilizada: todas sus acciones manifestaban un alma generosa, y una rara sencillez de costumbres; aunque tienen algunas de las faltas que observamos entre los Otahitinos. Sus muebles, armas, manufacturas, agricultura y música suponen un genio inventivo y un gusto elegante.

Despues de esta nacion vimos á los habitantes de la isla de Pasqua, que no pasan de novecientas personas, y son muy inferiores en todo á los isleños de que he hablado. Su color es moreno, pero mas obscuro que el de los naturales de las islas de los Amigos. La estatura de estos isleños es de cinco á seis pies; son delgados pero bien proporcionados; sus facciones no son be-

llas; las mugeres que son algo mas pequeñas, nada tienen de desagradable; los hombres tienen todo el cuerpo labrado; en sus orejas se veian grandes agujeros, y la ternilla de la nariz estaba dividida en dos partes. Esta nacion es pacifica y benéfica; algunos de ellos exercitan la mas perfecta hospitalidad con toda la pureza de los tiempos patriarcales, pero son propensos al hurto. En aquel terreno que es duro y estéril, hay grandes plantios de patatas, cañas de azucar, bananas, &c. aunque es muy rara el agua y la leña en este pobre pais. Los únicos vestigios de la antigua grandeza y poblacion de esta isla son algunos restos de plantios sobre los cerros, y las enormes columnas de piedra erigidas cerca de los cementerios en honor de sus xefes. Los muebles esculpidos con gracia, que se ven entre ellos, son pruebas evidentes de su ingenio y gusto.

Lejos de esta tierra y de todas las otras del mar del Sur, habitadas por la primera raza de hombres, se hallan á la extremidad Sud-Oeste de este mar espacioso las dos grandes islas de la Nueva Zelanda, pobladas de la misma raza. Todos sus naturales tienen el rostro picado, y su color aparece mucho mas moreno por la costumbre que tienen de labrarselo con rayas anchas, que no dexan crecer la barba. Por lo general son

de alta estatura, robustos, y habituados al trabajo: sus miembros son bien proporcionados, exceptuando las rodillas que son demasiado gruesas por la costumbre que tienen de apoyarse sobre ellas en sus piraguas. Las mugeres por lo regular son delgadas; pocas de ellas tienen una fisonomia tolerable; sus rodillas son tan gruesas como las de los hombres; y éstos las maltratan sujetándolas á los trabajos mas penosos. Sus guerreros son intrépidos y osados; su enemistad es implacable y cruel, y su venganza llega hasta comerse á sus enemigos.

Por lo que hace á las variedades de la segunda raza, todas estan entre los Trópicos. El vasto pais de la Nueva Caledonia, aunque vecino al Continente de la Nueva Holanda, está habitado por una raza de hombres del todo diferente de los naturales de esta última tierra, y se diferencian por muchos respetos de todos los isleños pertenecientes á la primera raza, esparcida en las islas orientales del mar del Sur. La mayor parte de los habitantes de la Nueva Caledonia son altos y robustos, y no ví ninguno de estatura inferior á la ordinaria; pero las mugeres, á las quales sujetan á los trabajos mas penosos, son por lo comun pequeñas. Todos estos isleños son de color atezado, de cabellos crespos, pero poco lanudos; tienen barbas largas; sus facciones

son varoniles ; se agujerean las orejas como los de la isla de Pasqua. Sus miembros fuertes y nerviosos estan bien contorneados: por lo comun las facciones de las mugeres son groseras y toscas ; tienen el rostro redondo , los labios gruesos , y la boca muy grande. Pocas hay que tengan una fisonomia agradable ; sin embargo , tienen buena dentadura , los ojos vivos , los cabellos bien rizados , y los cuerpos de las que no han parido , son bien proporcionados. Esta nacion es de un caracter dulce , benéfico , y propenso á complacer á los estrangeros ; pero el terreno ingrato apenas les suministra un escaso y mal alimento.

El color de los isleños de Tanna , una de las Nuevas Hebridas , es casi tan atezado como el de los isleños de que acabo de hablar : solamente algunos lo tienen mas claro ; las extremidades de los cabellos de éstos , son de color castaño obscuro. Los cabellos y barba de los otros son siempre negros y crespos , á veces lanudos. Por lo general , esta nacion es muy robusta y bien hecha ; no hay ninguno gordo ni corpulento ; la mayor parte de ellos tienen un aspecto varonil y osado , y pocos son de fisonomia desagradable. El color de las mugeres es lo mismo que el de los hombres ; quando son jóvenes , tienen los cuerpos bien contorneados ; pero son poco agraciadas , y las

hay muy feas. No ví mas que dos, que tuviesen facciones agradables, y aspecto risueño. Las personas de ambos sexôs tienen en las orejas grandes agujeros, donde llevan varios anillos gruesos de concha de tortuga: tambien se agugerean la ternilla de la nariz, y se atraviesan un palito, ó una piedra cilíndrica. Su cabeza se asemeja á un puerco espin, cubierto de sus puas. Andan desnudos, solamente se cubren las partes naturales con hojas, que sujetan á la cintura. Se graban en brazos y pechos varias figuras, aplicando encima yerbas que elevan la cicatriz sobre la piel. Son benéficos y hospitalarios: parecen valientes en los combates: antes de conocer la superioridad de nuestras armas, un solo hombre con un dardo ó una honda, poniéndose en una senda, impedia el paso á un destacamento de ocho ó diez de nosotros. Al principio se mostraron recelosos y desconfiados, pero luego que se convencieron de que no queriamos hacerles mal, nos dexaron discurrir por todas partes con libertad. Caminé algunas millas tierra adentro, acompañado de dos ó tres personas, y jamas supe que hubiesen robado nada. A veces mostraban tanta veleidad como las otras naciones del mar del Sur, aunque por lo general me parecieron mas graves; pero son vivos, animosos, y prontos á hacer qualquier favor.

Los naturales de Manicola son pequeños, agiles, delgados, negros y feos; de todos los hombres que he visto, son los que mas se parecen á los monos. Su craneo es de una construccion singular: desde la raiz de la nariz ácia atrás, es mucho mas hundido que el de los demas hombres. Sus mugeres son disformes y horribles; las obligan á servir de bestias de carga, llevando acuestas las provisiones de sus maridos haraganes, y son las que cuidan de los plantios. La mayor parte de estos isleños tienen los cabellos lanudos y rizados, las orejas y nariz agujereadas: tienen el mismo color que los monos, las facciones toscas, los huesos de las mexillas salidos, la cara ancha, toda la fisonomia en extremo desagradable, los miembros delgados aunque de bella forma, y el vientre tan oprimido con un cordel, que representan la figura de una hormiga. Cubren sus partes, y las levantan ácia la cintura como los habitantes de Tanna y de la Nueva Caledonia. Llevan adornado uno de los brazos con un brazalete que les ponen en la niñez, de suerte que no se les puede quitar quando son grandes. Ví muchos de ellos que tenian todo el cuerpo cubierto de pelo, sin exceptuar la espalda, y lo mismo observé en Tanna y en la Nueva Caledonia. Son agiles, vivos y traviesos; algunos parecian perversos y de torcida in-

tencion, pero la mayor parte eran benéficos y generosos. Gustan mucho de la alegria, placeres, danzas y música. Aunque sus saetas envenenadas no mataron á los perros en que las probamos, quizá son ponzoñosas. Quirós que reconoció tambien á estos isleños, sospecha que sus saetas son envenenadas. Me parece que son crueles é implacables con sus enemigos, pero al mismo tiempo debo decir que no carecen de principios de justicia y humanidad. La mayor parte de ellos cuidaron mucho de no darnos ningun motivo de queja, y temian tanto que sus compatriotas empezasen las hostilidades, que nos pareció conocian todas las conseqüencias de la agresion de su parte: ademas tomaron varias precauciones para no causarnos ningun recelo.

Aunque los habitantes de la tierra del Fuego no pertenecen á ninguna de las razas del mar del Sur, y es muy probable que descienden de los habitantes de la América Meridional, no puedo menos de hacer aquí mencion de ellos. Como la mayor parte de los Viageros confunden las diversas naciones que habitan en la extremidad de la América Meridional, procuraré fixar las ideas sobre las tribus de esta parte del mundo.

El Capitan Wallis, que midió los naturales que viven á la entrada del Estrecho

de Magallanes, halló que tienen de cinco pies y diez pulgadas hasta seis pies de alto. Mr. de Bougainville no vió ninguno que no tuviese cinco pies y de cinco á seis pulgadas de Francia, y en lo mismo convienen otros muchos navegantes.

Al Sur del Estrecho de Magallanes en la tierra del Fuego se encuentra una tribu que ha degenerado mucho de las naciones del continente de América. Los que nosotros encontramos en la bahia de la Natividad son de baxa estatura, tienen la cabeza grande, el color obscuro, las facciones toscas, los huesos de las mexillas elevados y prominentes, la nariz aplastada, las ventanas de ella y la boca muy grandes, la fisonomia sin expresion, los cabellos negros y lacios, la barba poco espesa y corta, el pecho y espalda anchos, el vientre estrecho y hundido, el escroto muy largo, los muslos delgados y secos, las piernas zambas, las rodillas gruesas, las puntas de los pies vueltas ácia adentro, y los pies no tienen proporcion con lo restante del cuerpo. Andan del todo desnudos sin mas ropa que un pedazo de pellejo de foca sobre la espalda. Las mugeres tienen casi la misma figura, color y formas. La fisonomia de estos salvages indica su miseria; son pacificos y hospitalarios, pero es extremada su estupidez: no comprehendian ninguna de

nuestras señas, que eran tan inteligibles para las naciones del mar del Sur.

Estas son las diferencias mas notables que forman las variedades de las dos grandes razas que hemos observado en las islas del mar del Sur. Convengo en que las causas que he expuesto no son las unicas, y que el clima solo no puede producir tan grandes efectos, porque los Holandeses establecidos en el Cabo de Buena-Esperanza mas hace de ciento y treinta años, son siempre blancos é iguales en todo á los de Europa. Comparándolos con los Hotentotes, se ve que los alimentos y el modo de vivir juntamente con el clima no bastan para causar esta diferencia, pues muchos de los hacendados Holandeses viven lejos de la ciudad del Cabo casi del mismo modo que los Hotentotes. Así que, si el clima produce alguna diferencia en los hombres, deberá ser necesario el discurso de muchos siglos; y como nuestros conocimientos sobre la emigracion de las naciones son tan imperfectos, y tan cortas las observaciones filosóficas sobre esta materia, no podemos hacer aquí sino conjeturas.

Una de las pruebas mas ciertas para averiguar el origen de las naciones es la identidad de las lenguas, aunque se vea una misma lengua diversificada en varios dialectos. Esta es la regla mas segura que he seguido

en mis observaciones. ¿Pero de qué parte del mundo pudieron venir los habitantes de las islas del mar del Sur? Sobre este punto propondré las conjeturas que me parecen mas probables.

Si exâminamos con atencion el mar del Sur, se ve que ácia el Este le termina el continente de América, al Oeste el Asia, al Norte las islas de la India, y la Nueva Holanda al Sur. Al pronto nos inclinamos á presumir que los habitantes de las islas del mar del Sur pueden proceder de la América, porque los vientos del Este son los que mas dominan en aquellos parages, y las miserables embarcaciones de los isleños apenas pueden navegar contra el viento. Pero á poco que se reflexîone, se ve que la América no se pobló mucho antes de la época en que fue descubierta por los Españoles. No se encontró en aquel inmenso continente mas que dos estados ó reynos que fuesen algo numerosos, y que hubiesen hecho algunos progresos en la civilizacion: el origen de estos gobiernos no ascendia mas que á unos quatro ó cinco siglos antes de la llegada de los Españoles. Lo restante del pais estaba ocupado por algunas tribus errantes, dispersas por aquella vasta extension de tierras, de suerte que á menudo no se encontraba mas que unas cien personas en un espacio de mas de cien le-

guas, y tambien se hallaron grandes desiertos. Ademas, quando los Españoles descubrieron las primeras islas del mar del Sur pocos años despues del descubrimiento de América, las hallaron tan pobladas como lo estan en el dia; así que no es probable que su poblacion provenga de la América. Si ademas se consultan los vocabularios de México, del Perú, Chile, y de las demas lenguas Americanas, no se percibe la menor semejanza ni aun remota con las lenguas del mar del Sur. El color, facciones, formas, temperamento y usos de los Americanos y de estos isleños, son absolutamente distintos. A esto añadiré, que las distancias de 600, 700, y aun 1000 leguas que hay entre el continente de América y las mas orientales de estas islas, en atencion á la pequeñez y mala traza de las embarcaciones de estos isleños, prueban á mi entender de un modo incontestable, que sus habitantes no han venido de América.

Veamos ahora si la poblacion de las islas del mar del Sur ha podido venir de la parte Occidental: empecemos por la Nueva Holanda. Todos los navegantes antiguos y modernos han encontrado muy pocos naturales en este gran continente. La estatura tan baxa de sus habitantes, la singularidad de sus usos y costumbres, la total carencia de cocos,

de bananas cultivadas y de cerdos, como tambien la disposicion miserable de sus chozas y piraguas, prueban manifiestamente, que los isleños del mar Sur no provienen de la Nueva Holanda; pero lo que acaba de demostrarlo es su lengua del todo diferente, como ya hemos advertido en su lugar.

Por la parte del Norte las islas del mar del Sur se hallan, por decirlo así, enlazadas con las islas de las Indias Orientales. La mayor parte de estas ultimas tierras estan habitadas por dos razas diferentes de hombres. En algunas de las Molucas hay una raza mas negra, de cabello lanudo, que es alta y delgada, que habla una lengua particular, y habita en las montañas de lo interior del pais: estos en varias islas se llaman *Alfuries*. Las costas de estas islas estan habitadas por otra nacion, que tiene el color moreno, formas mas agradables, cabellos largos y rizados, y una lengua diferente, que es un dialecto de la Malaya. Las montañas de lo interior de las Filipinas estan habitadas por una nacion negra, de cabello crespo, alta y gruesa, muy guerrera, y que habla una lengua particular, diferente de la de sus vecinos: pero á las orillas del mar hay otra raza infinitamente mas blanca, que tiene el cabello largo, y habla diferentes idio-

mas. A estas naciones se dan varios nombres, pero los mas famosos son los Tagales, los Pampangos y los Visayos; los primeros son los mas antiguos, y los ultimos son ciertamente aliados de varias tribus Malayas, que habian llenado todas las islas de las Indias Orientales antes de la llegada de los Europeos á aquellos mares. Su lengua tiene mucha conformidad con la de los Malayos. La isla Formosa ó de Tai-Ovan, contiene tambien en lo interior de sus montañas una raza de hombres morenos, que tienen el cabello crespo y la cara ancha, pero los Chinos ocupan las costas, y principalmente los cantones que estan al Norte. Los habitantes de las islas de la Nueva Guinea, de la Nueva Bretaña y de la Nueva Irlanda tienen el color negro, y en las costumbres, usos, temperamento y formas se parecen mucho á los isleños de la Nueva Caledonia, de Tanna, y Manicola, es decir, á la raza segunda de los habitantes del mar del Sur; y estos hombres de la Nueva Guinea tienen mucha conexîon con los de las Molucas y Filipinas. Las islas de los Ladrones ó Marianas y las Carolinas nuevamente descubiertas estan habitadas por una raza de hombres, que tiene mucha semejanza con la primera del mar del Sur. Su estatura, temperamento, usos y costumbres, todo manifiesta la mis-

ma afinidad, y segun algunos autores se parecen casi en todo á los Tagales de Luzon ó de Manila: de suerte que se puede seguir la linea de las emigraciones por una serie continua de islas, de las quales la mayor parte no distan entre sí mas de cien leguas.

Fin del Quaderno LIV.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO XVIII.

QUADERNO CINCUENTA Y DOS.

CARTA CCLXXXVIII.

Continuacion de la Nueva Zelanda.

CARTA CCLXXXIX.

Vuelta á Otahiti.

CARTA CCLXXXX.

Continuacion del mismo asunto.

CARTA CCLXXXXI.

Isla de Ojaine.

CARTA CCLXXXXII.

Isla de Ulietea.

CARTA CCLXXXXIII.

Islas de los Amigos.

CARTA CCLXXXXIV.

Isla de Amsterdan.

Fin del Quaderno LII.

QUADERNO CINCUENTA Y TRES.

CARTA CCLXXXXV.

Caracter de los habitantes de las islas de los Amigos.

CARTA CCLXXXXVI.

Nueva Zelanda.

CARTA CCLXXXXVII

Isla de Pasqua.

CARTA CCLXXXVIII.

Islas Marquesas de Mendoza.

CARTA CCLXXXXIX.

Islas de Palliser.

CARTA. CCC.

Nuevas observaciones sobre estas islas.

CARTA CCCI.

Continuacion del viage.

Fin del Quaderno LIII.

QUADERNO CINCUENTA Y QUATRO.

CARTA CCCII.

Las Nuevas Hebridas.

CARTA CCCIII.

La Nueva Caledonia.

CARTA CCCIV.

Observaciones sobre el mar del Sur.

CARTA CCCV.

Reynos vegetal y animal.

CARTA CCCVI.

Poblacion de las islas del mar del Sur.

FIN.





Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600987862

UNIVERSAL

18